



AN AGE GAP
FORBIDDEN
MAFIA BODYGUARD
ROMANCE

BURNED

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

dreams

NEVA ALTAJ

BURNED

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

dreams

NEVA ALTAJ

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de una fan para otros fans.

*Si el libro llega a su país, apoya al escritor
comprando su libro.*

*También puedes apoyar al autor con una reseña,
siguiéndole en
sus redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

¡Disfruta tu lectura!

Traducción por:



Sinopsis

Alessandro

Ocho largos años, he estado esperando, Pacientemente tramando mi venganza. Ahora, lo he encontrado, Y voy a hacerle pagar. Me contrató para cuidar a su esposa, garantizar su seguridad. Y voy a matar a la misma mujer que prometí proteger.

Él sufrirá como yo lo hice, y cuando termine con él, estará rogando por misericordia,

Misericordia, que no le daré.

Ravenna

Me mira con odio en su mirada oscura, sus ojos tan negros como un abismo, siguiendo cada uno de mis movimientos. Esos ojos lo ven todo; No puedo escapar de esa mirada silenciosa, o esconder los moretones que cubren mi cuerpo, cada marca es la prueba de mis sueños quemados.

Yo tampoco puedo negar las ansias que tengo por un hombre, que nunca será mío.

*Burned Dreams es una novela de larga duración con varias escenas candentes de puertas abiertas, sin trampas y un HEA garantizado.

Este es el séptimo libro de la serie Perfectly Imperfect mafia. Cada libro de esta serie presenta una pareja diferente y se puede leer de forma independiente, pero para disfrutar al máximo, siga el orden de lectura recomendado.

Dedicatoria.

Para mis lectores que querían leer la historia de Az (y pidieron que se incluyera una escena de —reencuentro— con Sergei).

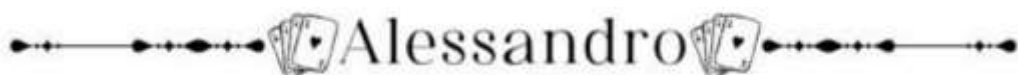
Espero que les guste.

Advertencia.

Tenga en cuenta que este libro contiene situaciones que algunos lectores pueden encontrar perturbadoras, como la mención de un cónyuge fallecido, violencia doméstica y abuso, descripciones gráficas de violencia, tortura, y heridas.

Prólogo

Hace diecinueve años (*Alessandro - dieciocho años*)



Hay dos reglas cuando se trata de forzar cerraduras.

Uno: Todas las cerraduras tienen puntos débiles.

Dos: Algunos puntos débiles son más explotables que otros.

Eso es lo primero que me enseñó mi viejo cuando me llevó a hacer un trabajo. Lástima que eso fue hace casi diez años, y algunas de sus enseñanzas ya no se aplican.

Pongo la linterna en mi boca y tomo las ganzúas y enfocando la luz en la cerradura frente a mí. La maldita cosa no tiene ningún punto débil aparentemente explotable, por lo que la única forma de descifrarla será desmontándola con habilidad y pura determinación.

Un perro ladra en algún lugar de la calle. Hago una pausa y escucho. El gélido viento otoñal sopla a mi alrededor, haciendo girar las hojas secas en el aire, y el frío se filtra a través de la fina sudadera con capucha hasta mis huesos. Dejé mi chaqueta con Natalie en la casa porque la calefacción no funciona y hace

demasiado frío adentro. Pesco neumonía el mes pasado y no quería correr el riesgo de que se enfermara de nuevo.

Se escucha otra ronda de ladridos de perro, pero momentos después, el silencio desciende sobre el vecindario. Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que no haya vecinos entrometidos cerca, luego me concentro de nuevo en la cerradura. Jodidos alfileres y su sistema de presión. Como si desarmar el sistema de alarma no fuera suficiente, ahora también necesito manejar esta mierda sofisticada.

Casi termino cuando siento el toque del frío metal en la nuca.

—Manos donde pueda verlas—, dice una voz masculina detrás de mí, —y date la vuelta, lentamente.

Mierda.

Dejo que mis herramientas caigan al suelo y levanto las manos en el aire mientras me enderezo y giro. Un hombre vestido con jeans y una chaqueta de cuero se para frente a mí con su arma apuntándome a la cara. ¿Qué carajo? Pasé tres noches investigando el antro y el vecindario y no había notado ninguna patrulla de seguridad. Este tipo sostiene el arma como si supiera lo que está haciendo.

¿Un policía fuera de servicio?

—Te vienes conmigo—, dice.

Sí. No va a pasar.

El tipo parece estar en forma y el arma le da una ventaja. Prefiero arriesgarme a morir que terminar en la cárcel como mi viejo, que cumple una condena de trece años. Relajo mi mandíbula, permitiendo que la linterna caiga de mi boca. El movimiento distrae al tipo, permitiéndome cambiar rápidamente

de posición y obtener el apalancamiento que busco. Agarrando la muñeca del imbécil con ambas manos, giro su brazo hacia un lado y golpeo mi rodilla contra su estómago. El tipo se inclina, tosiendo. Le doy un rodillazo de nuevo, esta vez en la cara, mientras trato de quitarle los dedos del arma. Se dispara, un disparo atraviesa el aire inmóvil, y la bala golpea la puerta detrás de mí.

Todavía estoy tratando de quitarle el arma cuando escucho pasos acercándose detrás de mí. Miro por encima del hombro justo a tiempo para ver un puño acercándose a mi cara.



—¿Tu nombre, niño?

Escupo sangre y me encuentro con la mirada de un hombre de mediana edad con ropa táctica. Cerniéndose sobre mí. La tenue luz de la bombilla desnuda que colgaba del techo detrás de él hace que las sombras en su rostro sean más profundas, enfatizando la línea de su mandíbula fuertemente apretada.

—Az—, muerdo y echo un vistazo rápido alrededor de la habitación.

Cuando los hijos de puta me trajeron aquí, pensé que me llevarían a la estación de policía, pero ahora está claro que no es así. No tengo idea de dónde me arrastraron exactamente o qué es esta instalación, pero ciertamente no es una estación de policía. Las paredes están desnudas, no hay ventanas y el aire parece viciado, casi como si estuviéramos bajo tierra. Desde mi posición arrodillada en el centro de la habitación, el único punto de salida que puedo ver es la puerta en la pared opuesta.

El hombre del equipo táctico maldice, obviamente no contento con mi respuesta. Él parece ser el que está a cargo.

—¡Quiero tu nombre completo, no el estúpido sobrenombre que te dieron en la calle!— Él grita.

De ninguna manera le voy a dar mi nombre. Me he esforzado mucho para asegurarme de que no estoy en el radar de la policía y que no hay un registro de mí en el sistema. Incluso si alguien revisa mis huellas, no obtendrá nada. Y nunca llevo una identificación cuando estoy en un trabajo.

Cuando no respondo, asiente con la cabeza al hombre a mi derecha. otro golpe se estrella en mi barbilla, girando mi cabeza hacia un lado, casi haciéndome perder el equilibrio mientras me arrodillo en el piso de concreto. Este tipo parece empeñado en dislocarme la mandíbula. Sacudo la cabeza para despejar un poco la niebla de mi cerebro.

Un par de zapatos negros pulidos entra en mi visión. Levanto la cabeza y observo a un hombre mayor con anteojos que ahora está de pie junto al jefe. Lo noté en el momento en que entró en la habitación, que fue poco después de que los hijos de puta comenzaran a golpearme. Estaba parado a un lado hasta ahora. La sencilla chaqueta de tweed del hombre, completada con tirantes, y la camisa a cuadros parecen completamente fuera de lugar. Me recuerda a mi profesor de historia.

—Él no cooperará, Kruger—, dice el tipo de la chaqueta de tweed. De todos modos, el chico es demasiado mayor para tu proyecto. Y demasiado terco. ¿Por qué no lo devolvemos a donde lo encontraste?

—¿Me estás diciendo cómo manejar mi unidad, Félix?— ladra el jefe. —Tienes que recordar tu puto lugar.

—El niño es solo un ladrón de poca monta. ¿Por qué molestarse?

—Porque durante los dos meses que mis hombres lo han estado siguiendo, él logro entrar en once casas con seguridad de primer nivel, sin activar las alarmas, una habilidad que sería extremadamente valiosa para nosotros. Kruger dice y se vuelve hacia mí. —¿Dónde aprendiste a eludir los sistemas de seguridad de esa manera, muchacho?

Escupí otra bocanada de sangre. —Chúpame la polla.

—Tsk, tsk, tsk... —Él niega con la cabeza. —Parece que necesitas un incentivo para cooperar. ¿Qué tal si hago que uno de mis hombres agarre a esa chica tuya y la traiga aquí? Estoy bastante seguro de que no soportará la paliza tan bien como tú.

Mi cuerpo se queda petrificado. *¿Cómo diablos sabe él sobre Natalie?*

—Oh, ya veo que eso llamó tú atención. Él sonríe. —Siempre me aseguro de obtener toda la información de la persona que estoy considerando contratar. Sus puntos fuertes. y sus debilidades.

—No la tocarás— me burlo.

—¿No? Bueno, depende de ti, Az. Si haces lo que digo, nadie tocará a tu chica. De hecho, pronto estarás ganando buen dinero. Más que suficiente para sacarla de ese basurero en el que ustedes dos han estado viviendo. — La sangre del corte en mi frente gotea en mis ojos, haciéndome difícil ver. Mis manos están atadas detrás de mi espalda, así que intento parpadear, pero no ayuda mucho.

—¿Lo haré?— Pregunto.

—Trabajarás para el gobierno. O, más específicamente, para mí.

Dejo que mis ojos se deslicen alrededor de la habitación una vez más, tratando de descifrar una posible vía de escape. Para llegar a la puerta de la pared opuesta, tendría que dominar a los hombres que me sujetaban, así como a este tal Kruger. Todos van armados, pero no es imposible. El anciano de la chaqueta de tweed no debería suponer un problema. Se parece más a un contador o algo así. ¿Qué va a hacer, tirarme una calculadora? —¿Y si digo que no? — Pregunto.

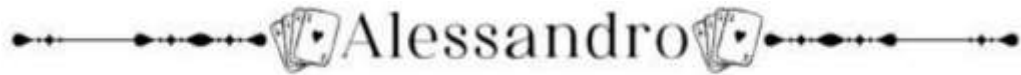
Los labios de Kruger se curvan en una mueca maligna. Metiendo la mano en un bolsillo de sus pantalones tácticos, saca una foto y la arroja al suelo frente a mí. La imagen da dos vueltas en el aire antes de aterrizar boca arriba. Observo el rostro ligeramente borroso de mi novia. La foto fue tomada mientras Natalie salía de la tienda de comestibles donde trabaja.

—Déjame demostrarte lo que sucederá si no cooperas. Saca un cuchillo de una vaina atada a su cinturón, se agacha frente a mí y clava la punta de la hoja justo en medio de la cara de Natalie. —¿Ha quedado claro?

No tengo la menor idea de quiénes son estos imbéciles o cuál es su plan para mí. Gobierno, mi trasero. ¿Qué interés tendrían en alguien como yo? Pero el hijo de puta sabe dónde vivimos. No me arriesgaré a que lastimen a mi chica. Entonces, apartando los ojos de la foto, me encuentro con la siniestra mirada del jefe. —Sí.

Una sonrisa tira de sus labios. —¿Ves, Félix? No es obstinado en absoluto. Entrenado adecuadamente, será un soldado perfecto. — El hijo de puta se ríe. —¿Verdad, Az?.

Capítulo 1



Hace ocho años

—Az.

Saco la última de mis armas y miro a Félix, que está de pie junto a mi casillero.

—Kruger quiere hablar contigo—, dice. —Es urgente.

Asiento y me quito el chaleco antibalas, haciendo una mueca por el dolor que se extiende a través de mi pecho. Se suponía que era una simple misión de reconocimiento, pero el equipo de seguridad nos tendió una emboscada a los veinte minutos. Belov atrapó una hoja en su brazo, pero considerando que éramos solo nosotros dos contra catorce guardias, lo hicimos bien. Cierro el casillero y miro al hombre rubio sentado en el banco junto a la pared. Sergei Belov mira al frente con ojos vacíos, y si su pecho no se moviera, pensaría que está muerto. De todos los tipos que fueron arrastrados a este maldito programa, él siempre pareció el más normal. Hasta que empezó a volverse loco hace unos años. Probablemente nunca lastimó a nadie antes de que Kruger lo

incorporara y lo convirtiera en un asesino a sangre fría. Tal como hizo con el resto de chicos que terminaron en la unidad Z.E.R.O.

—Tienes que sacar a Belov — digo.

—Lo sé. — Félix suspira y se aprieta el puente de la nariz.
—Estoy trabajando en ello.

Le doy una mirada al anciano. La relación entre los operativos y lo que se supone que son sus encargados en nuestra unidad debe ser estrictamente profesionales. Por lo general, los controladores brindan soporte desde una base de operaciones, principalmente recolección de datos y vigilancia durante la misión, pero la relación entre Félix y Sergei siempre ha sido diferente. Dudo que alguien además de mí lo haya notado alguna vez, el anciano es demasiado cuidadoso para nunca mostrar favoritismo, pero Félix se preocupa por él, y no solo como un activo. Cuida a Sergei como si fuera su propio hijo, asegurándose de que Belov no se rompa y empiece a matar gente a diestra y siniestra cada vez que se pone de mal humor.

—Hazlo rápido. — Cojo mi chaqueta y salgo del vestuario.

Las luces parpadeantes proyectan largas sombras en las paredes de hormigón desnudo mientras camino por el pasillo que conduce a la oficina del capitán Kruger. Uno esperaría que el cuartel general de una base militar secreta, que ha estado en funcionamiento durante más de una década, esté un poco más pulido, pero en cambio, son solo paredes de concreto, cables eléctricos fijados a las paredes con ganchos de plástico y el penetrante olor a moho. Es mejor en los niveles superiores. Estos fueron utilizados como dormitorios para los nuevos reclutas cuando el programa comenzó a existir, pero no han sido ocupados en años.

La unidad Z.E.R.O. es un proyecto altamente clasificado, no registrado en los libros, que tiene un solo propósito: deshacerse de las personas consideradas no deseadas por el gobierno o por el Capitán Kruger. De manera rápida, eficiente y sin rastro de papel. Comenzó como una unidad de once hombres: cinco operativos, cinco encargados y el capitán. Ahora, hemos bajado a seis. Tres agentes, dos manipuladores y Kruger. No parece que estén planeando contratar nuevos reclutas, por lo que el programa probablemente se cerrará cuando Sergei, Kai y yo terminemos muertos.

Estoy a medio camino de la oficina de Kruger cuando se abren las puertas del ascensor al final del pasillo y sale un hombre. El abrigo que lleva puesto está desabrochado, dejando al descubierto una camisa blanca cubierta de manchas de sangre. Kai Mazur. El último de nuestro trío de agentes.

Gira a la izquierda y también se dirige hacia la oficina de Kruger, su trenza negro azabache balanceándose como una cola a través de su espalda. Siempre me pregunté por qué Kruger le permitió mantener su cabello tan largo. El éxito de nuestras misiones se basa en ser encubiertos, y es realmente difícil no notar a un tipo de seis pies y cinco con una trenza que le llega casi a la cintura. Mientras camina por el pasillo, la sangre gotea en el piso de la bolsa de papel marrón en la mano derecha de Kai, dejando manchas rojas en el concreto.

Parece que el capitán quería un recuerdo otra vez y, a juzgar por el tamaño de la bolsa, probablemente sea la mano de alguien. Cuando Kai llega a la puerta de la oficina, deja caer la bolsa y hace un sonido grotesco y repugnante cuando golpea el suelo. Puede que no sea una mano después de todo. Kai asiente mientras nos cruzamos, y noto un corte mal cosido en su barbilla que todavía

rezuma sangre. Probablemente se cosió a sí mismo de nuevo. Desde que mató a su guía, el personal médico se niega a tratarlo a menos que esté sedado.

Agarro el pomo de la puerta y paso por encima de la bolsa ensangrentada en el suelo, entrando en la oficina del capitán. Kruger está sentado detrás del escritorio, mirando el monitor frente a él y revisando los informes de la misión. Me pregunto qué hará cuando me encuentre inalcanzable mañana.

Es probable que envíe a alguien para deshacerse de mí. Probablemente Kai. Sin embargo, Natalie y yo nos habremos ido hace mucho cuando eso suceda. Ya había decidido que esta sería mi última misión y, antes de irme, le di instrucciones a mi esposa para que hiciera las maletas y estuviera lista para partir en el momento en que llegara a casa. Traté de llamarla dos veces en mi camino de regreso a la base, pero la llamada fue al correo de voz.

—Toma asiento, Az. Kruger señala la silla al otro lado de su escritorio.

—Me quedaré de pie.

—Como quieras. Alcanza su café y toma un sorbo. —Tu esposa tuvo un accidente de tránsito esta mañana.

Mi visión se vuelve borrosa mientras proceso sus palabras. Agarro el respaldo de la silla. —¿Qué?

—El personal del hospital mencionó que es posible que no pase la noche, así que supongo que deberías ir allí—, dice con indiferencia, mirando hacia la pantalla, como si estuviera discutiendo el clima. Me doy la vuelta y salgo corriendo, mientras mi corazón se me sube a la garganta.



Miro los labios del doctor mientras habla como si eso ayudara a sus palabras a penetrar en mi cerebro.

... múltiples fracturas que resultaron en una hemorragia interna masiva...— No puedo entender lo que está diciendo. Es como si mi mente no lo aceptara. —...la resucitamos dos veces.

Agarro la parte delantera de su bata blanca y lo presiono contra la pared. Las palabras siguen saliendo de su boca y, con cada sílaba, la rabia y la desesperación se gestan dentro de mi pecho. ¡Necesito que el hijo de puta deje de hablar!

—... nosotros tratamos. Lo siento mucho.

Mi control sobre la bata del hombre se desvanece. Quiero aplastar su cabeza contra esa pared hasta que se retracte de todo lo que dijo, pero parece que he perdido la sensibilidad en mis manos. —Quiero verla—, le ladré en la cara. —Ahora.

El médico asiente y se pone fuera de mi alcance. Mis oídos están zumbando mientras lo sigo por el pasillo hasta que se detiene en la puerta de la derecha. —Largo— digo, agarrando el pomo.

Puedo escuchar los pasos alejándose, pero solo miro la puerta frente a mí. Es una simple pieza de madera de color azul pálido, pero para mí, se siente como si estuviera parado en la puerta de la perdición. La rabia que me consumía antes se ha evaporado, y lo único que queda en mi pecho es un dolor desgarrador. Agarro la perilla con más fuerza, pero no puedo obligarme a entrar. Todavía hay una pizca de esperanza, un pensamiento desesperado en el fondo de mi mente de que esto es un gran error. Es la esposa de

otra persona allí. Mi Natalie está en casa, sentada en su silla favorita en nuestra sala de estar, esperando que regrese para poder irnos por fin.

Todavía puedo recordar el día que nos conocimos como si hubiera sido ayer. Estaba tratando de robarle una billetera a un hombre en el pasillo de bocadillos de una estación de servicio a la vista de la cámara de seguridad. La arrastré afuera y le dije lo terrible que era como carterista. Ambos teníamos diecisiete años en ese momento y vivíamos en las calles, pero era tan claro como el agua que ella no estaba hecha para esa vida. Por lo general, me importaba un carajo la gente, pero supongo que vi una parte de mí en ella ese día. Entonces, la llevé a la casa abandonada en la solía estrellarme después de que mi padre terminara en la cárcel dos años antes. Se suponía que solo se quedaría unos días, pero nunca terminó yéndose.

Le enseñé a ser carterista con delicadeza e incluso la llevé conmigo a algunos trabajos más pequeños. Era bueno tener a alguien con quien volver a casa. Para compartir lo bueno y lo malo. Y considerando las condiciones en las que vivíamos en esos tiempos, hubo más mal que bien. No estoy seguro de cómo nuestra camaradería se transformó en amor. Se me acercó sigilosamente sin que me diera cuenta, como un arroyo que desgasta una piedra grano a grano diminuto. Los dos éramos jóvenes, ninguno de los dos tenía familia ni nadie más en el mundo, así que teníamos que valernos por nosotros mismos. Éramos nosotros dos contra todos los demás en esta jodida ciudad.

La amistad se convirtió en afecto, luego se transformó en algo más profundo. Ella se convirtió en lo único bueno en mi miserable vida. Cuando Kruger me atrapó y me hizo unirme a su jodido equipo de asesinos, me prometí a mí mismo que bailaríamos con su

música hasta que obtuviera suficiente dinero para llevarnos a Natalie y a mí lejos, a algún lugar donde no pudiera encontrarnos. Pensé que me tomaría un año o dos ahorrar suficiente dinero para que pudiéramos desaparecer.

Me equivoqué. Para salir del radar de Kruger, no pude usar ninguna de las identificaciones que ya tenía porque podía rastrearlos. Necesitaba nuevos documentos para mí y para Natalie, y Kruger tenía conexiones en todas partes: el gobierno, la policía, la clandestinidad, todos los malditos lugares. Obtener nuevas identidades sin que él se enterara era casi imposible. Sabía demasiado para que me dejaran escapar fácilmente, así que tenía que asegurarme de no levantar ninguna bandera roja. Si lo hiciera, tanto Natalie como yo terminaríamos muertos. Me tomó años, varios cientos de miles y cuatro cadáveres encontrar canales que Kruger no pudo rastrear. Recibí los malditos papeles una semana antes de ir a esta misión. Y ahora ella se ha ido. Algún pendejo me ha quitado la única familia que tenía.

Cerrando los ojos, abro la puerta y entro en la habitación.



Lanzo el último de los bidones vacíos a un lado y observo mi reflejo en el ventanal delantero, el sol poniente a mi espalda. Los paneles a ambos lados del panel grande están abiertos y los vapores de gasolina impregnan el aire. Compré esta casa tres años después de unirme a la unidad Z.E.R.O. porque odiaba vivir en un alquiler. Lo compré justo antes de pedirle a Natalie que se casara conmigo. Era solo una casa aburrida de ladrillo y cemento, pero era el único lugar en el que me sentía como en casa después de

mucho tiempo. Y ahora, ha vuelto a ser nada más que un montón de ladrillos y cemento otra vez.

Saco el encendedor de mi bolsillo, hago girar la rueda, encendiendo la llama, y lo tiro por la ventana abierta. El encendedor cae sobre los muebles saturados de gasolina, enciende el fuego, y cuando llego a mi auto, el fuego ya está consumiendo las cortinas.

Una vez que estoy detrás del volante, alcanzo la vieja caja de metal en el asiento del pasajero. Encima de la pila de pasaportes y otras identificaciones se encuentra un dije de en forma de oso de peluche con un lazo rosa que compré para Natalie hace años con el dinero que robé durante uno de mis trabajos. Estaba obsesionada con los osos de cualquier tipo, probablemente porque le recordaban la infancia despreocupada que tuvo antes de terminar en las calles. Creo que nunca la vi sin esa baratija tonta. El personal del hospital le quitó el brazalete cuando la llevaron a cirugía y la cadena se perdió en el camino. Solo el pequeño osito de peluche se incluyó con sus pertenencias cuando se las devolvieron a mí.

Mis ojos se desplazan hacia el llavero que cuelga del espejo retrovisor. Un colgante brillante de una mano de póquer, nada menos que una *flor imperial*¹. El broche de metal que unía el colgante al anillo se rompió hace mucho tiempo, por lo que ahora solo está asegurado con una cuerda de cuero. Mi padre me dio esa cosa después de que le gané en el póquer por primera vez, y la he guardado todos estos años para recordarme a él y a una de sus otras lecciones: no aceptes simplemente la mano que te han repartido. en la vida. A veces, tienes que ser el crupier².

¹La Flor Imperial es la mano más valiosa y menos frecuente en el Póker. Se forma con la combinación de las cinco cartas de mayor valor consecutivo, es decir el As, K, Q, J y el 10 del mismo palo.

² Los crupieres, talladores (o repartidores, como también se los conoce), trabajan en mesas de casinos o clubes de juego con licencia. Dirigen juegos como la ruleta, el blackjack y el póquer. Los casinos suelen emplear crupieres capaces de dirigir más de un juego.

Saco el llavero del espejo y quito el colgante de la cuerda, arrojándolo a la caja de metal. Sosteniendo el amuleto del oso de peluche en una mano, paso el cuero a través del lazo en la parte superior y luego ato la cuerda alrededor de mi muñeca. Cuando miro hacia la casa, el fuego ya está devorando sus costados. Me recuesto en el asiento del conductor y observo cómo las llamas aniquilan lo que alguna vez fue mi hogar, así como los últimos fragmentos de mi alma.

Nunca fui un buen hombre. La primera vez que tomé una vida, apenas tenía dieciséis años. Fue en defensa propia, pero eso no cambia el hecho. Cuando vives en las calles, en la peor parte de la ciudad, o matas o te matan. Supervivencia.

No me quedaba mucha humanidad cuando conocí a Natalie, pero tenerla a mi lado ayudó a salvar esos lamentables restos. Ella se convirtió en mi propósito. Lo único que impidió que mi corazón se convirtiera en una roca fría e inquebrantable.

Nunca le dije la verdad sobre mí —trabajo—, por temor a que se asustara. Natalie creía que yo era guardia de seguridad en una instalación militar y nunca supo que estaba viviendo con un asesino. A veces, quería confiar en ella, contarle algunas de mis misiones, pero no creía que fuera capaz de manejarlo, así que mantuve la boca cerrada.

Tenerla conmigo era suficiente. Pero ahora se ha ido, y se llevó todo lo bueno con ella. Esperanza. Sueños. Amor. Lo único que queda es la agonía y la rabia. Esta furia interior, surge una bestia salvaje y sedienta de sangre que pide venganza. Sangre. Muerte.

Me importa un carajo si lo que le pasó a mi esposa fue un accidente. No importaba si era un niño drogado como una cometa

o el abuelo de alguien con problemas de vista quien conducía el auto que la atropelló los voy a encontrar y ellos pagarán.

Saco la pila de documentos de la caja de metal y empiezo a hojearlos, mirando diferentes nombres en cada uno. Las identidades múltiples son una necesidad cuando la descripción de su trabajo incluye matar personas para ganarse la vida. Mi mano se detiene en la última identificación, un nombre que no he usado durante casi una década.

Alessandro Zanetti. Kruger siguió molestándome con mi verdadero nombre durante meses, pero nunca cedí, incluso después de que sus hombres me rompieron el brazo, y finalmente dejó el tema. No tenía ningún uso para un soldado que no podía ir a las misiones porque estaba demasiado maltratado, y todos los reclutas usaban nombres e identificaciones falsos de todos modos. No estoy seguro de por qué era tan terco al respecto. Tal vez porque mi nombre era lo único que realmente poseía en ese momento. O podría haber sido porque simplemente disfruté cabreando a Kruger.

Agarrando la pila de identificaciones y pasaportes falsos, incluidos los documentos que obtuve la semana pasada, los tiro por la ventana. Me parece apropiado usar mi nombre

real cuando mate al bastardo responsable de la muerte de mi esposa.

En el momento en que pongo el auto en reversa y salgo del camino de entrada, las llamas ya llegaron al techo, convirtiendo mi hogar en cenizas.



Hace cuatro meses

La lluvia es implacable, empapa mi chaqueta ya mojada y pega mi cabello a mi cara olvidé mi paraguas en el trabajo, demasiado sorprendida por la noticia de que el restaurante donde trabajo cerrará la próxima semana. Eso me deja solo con mi trabajo de medio tiempo en una firma de contabilidad, que no es suficiente, y tendré que empezar a buscar otra cosa de inmediato.

Estoy tratando de quitarme uno de los mechones húmedos de los ojos cuando un camión pasa a toda velocidad por mi izquierda, corriendo por la calle vacía pero cubierta de charcos y salpicándome con el agua sucia de la acera. Un suspiro de derrota sale de mis labios cuando me detengo en medio de la acera desierta y miro mis nuevas zapatillas blancas que ahora están empapadas y manchadas de lodo.

A pesar de que todavía estoy siendo azotada por la lluvia torrencial, no puedo apartar la mirada de mis zapatos. Ayer me sentí un poco culpable porque el dinero escasea este mes, pero estaba muy emocionada cuando salí de la tienda después de comprar mis zapatillas. Si hubiera sabido que perdería mi trabajo hoy, nunca los habría comprado.

El sonido de la bocina de un auto me saca de mis pensamientos y miro hacia arriba para ver a Melania, mi mejor

amiga desde la secundaria, saludándome desde la ventana del conductor de su auto.

—¡Jesús, Ravi!— ella grita —¡Entra!

Corro hacia su vehículo y abro la puerta del pasajero, pero cuando mis ojos se posan en el bonito interior y el asiento seco, simplemente niego con la cabeza. —Estoy toda embarrada.

—Oh por el amor de Dios. Entra, Ravenna. Melania se inclina hacia mí y agarra mi mano, tirando de mí hacia adentro.

—¿Turno de tarde?— Pregunto mientras me pongo el cinturón de seguridad. Melania trabaja en una farmacia al final de la calle.

—Sí. Debería haber terminado para la medianoche, pero tuvimos algunas entregas que llegaron tarde, así que tuve que arreglar eso. Tenemos ese bálsamo para el dolor que preguntaste para Mamma Lola.

Asiento con la cabeza. Teniendo en cuenta la situación, no estoy segura de que podamos permitirnoslo por el momento.

—Vi a Vitto cuando me dirigía al trabajo esta tarde—, continúa mientras regresa a la calle. —Estaba con Ugo.

—Le dije que no quiero que salga con ese chico, pero no me escuchara. Ese tipo es una mala influencia.

—¿Están robando de nuevo?

Me recuesto en el reposacabezas y cierro los ojos. mi hermano ha sido extremadamente difícil durante el último año. —Espero que no. El gerente de la tienda de comestibles dijo que presentará un informe policial si los atrapa nuevamente.

—Tal vez podrías tratar de encontrarle un trabajo para el verano. ¿Puedo preguntar si quieres?

—Sí, eso sería genial—, digo, aunque sé que no saldrá nada de eso.

Desde que nuestro padre murió hace un año, Vitto comenzó a pasar el rato en los lugares donde se reúnen los miembros de la Cosa Nostra, haciéndoles pequeños mandados de vez en cuando, con la esperanza de que le ofrecieran ocupar el puesto de soldado que ocupaba nuestro padre. Tanto mi madre como yo hemos estado haciendo todo lo posible para quitarle esa idea idiota de la cabeza, pero fue en vano. Le prohibí ir a cualquiera de esos lugares, pero estoy seguro de que todavía lo hace en secreto.

—Va a recuperarse, Ravi. Ya verás. —Melania aparca el coche en frente a mi edificio y se estira para apretar mi mano.

—Eso espero. — Aprieto la suya a cambio y abro la puerta. —Era solo una cuadra. No era necesario que me llevaras.

—Todavía te debo por toda la tarea de matemáticas que me hiciste en la secundaria. Ella ríe. —Saluda a Mamma Lola de mi parte.

—Lo haré.

Mis zapatillas mojadas hacen sonidos blandos mientras corro hacia el edificio y luego subo los cuatro tramos de escaleras. Tratando de ser lo más silenciosa posible, entro al apartamento y me dirijo directamente al baño para cambiarme cuando la voz temblorosa de mi madre viene detrás de mí.

—Vitto no está en casa, todavía.

Me doy la vuelta y miro a mi madre con pavor. Son casi las tres de la mañana. Mi hermano puede ser problemático, pero nunca se ha quedado fuera toda la noche sin avisarnos a mí o a mi mamá.

—¿Qué quieres decir?

—Salió con sus amigos y dijo que volvería a las once—, se ahoga mi mamá. —Su teléfono está apagado.

—¿Por qué no me llamaste?

—Estabas trabajando. Pensé que solo llegaba tarde, así que me acosté en el sofá para esperarlo. Me quedé dormida. — Ella estalla en llanto. —Intenté llamar a sus amigos, pero nadie lo ha visto.

—Mierda. Lo siento mucho, mamá. —Envuelvo mis brazos alrededor de ella y trato de

hacer que mi voz sea firme. —Probablemente se fue a dormir a casa de Ugo y se olvidó de llamarte.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía, Ravi.

Cierro mis ojos. —Sabes que no podemos.

Puede que no seamos miembros activos de la Cosa Nostra, pero mi padre sí lo era. Nosotros no debemos arriesgarnos a atraer la atención de la policía a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Y si le pasara algo?

—Está bien. Voy a llamar a Ugo y lo encontraremos. — Estoy alcanzando mi teléfono cuando suena un golpe fuerte en la puerta. Los ojos de mi madre se abren de miedo y una lágrima rueda por su mejilla. Cuando alguien llama a tu puerta a las tres de la mañana, no puede ser nada bueno. Corro a través de la habitación, abriendo la puerta.

Un hombre con un traje oscuro está de pie al otro lado del umbral. Nunca lo había visto antes, pero una mirada a su postura y la pistolera visible debajo de su chaqueta desabrochada dice suficiente. *Cosa Nostra*.

—¿Ravenna Cattaneo?— pregunta, mirándome fijamente.

—Sí—, me atraganto.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Se trata de mi hermano? ¿Él está bien?

—Por ahora. — El soldado de la Cosa Nostra me agarra del brazo y me conduce por el pasillo. Ni siquiera espera a que tome mi bolso o chaqueta.

—Todo va a estar bien, mamma—, digo por encima del hombro mientras trato de mantener el ritmo. Mi madre está de pie en la entrada, una de sus manos agarrando el marco y la otra presionada sobre su boca mientras me ve partir.

Cuando salimos del edificio y el hombre se acerca a un auto negro con vidrios polarizados, entro sin hacer preguntas. Aprieto mis manos en mi regazo mientras conducimos, tratando de mantener la compostura. Vitto debió haberlo jodido terriblemente esta vez para que la Cosa Nostra viniera a nuestro departamento en medio de la noche. ¿Mi hermano fue atrapado robando otra vez? ¿O tal vez dijo algo que no debería haber dicho? Oh Dios, si delató a alguien, es como si estuviera muerto.

El coche gira por un callejón estrecho y se detiene frente a un restaurante con cortinas a cuadros rojos y blancos. No reconozco el lugar de inmediato porque solo había estado aquí una vez cuando tuve que llevarle la billetera a mi padre después de que la olvidó en casa. Estaba de guardia en la trastienda. Salgo del auto y miro el letrero de madera sobre la puerta. *Luigi's* El lugar donde los soldados de la Cosa Nostra vienen a jugar a las cartas.

El conductor me guía en silencio entre las mesas vacías hacia la puerta en el otro extremo de la habitación. Una mujer con un

delantal blanco manchado está lavando platos y mira fijamente mientras pasamos por la cocina. Cuando alcanzamos la puerta escondida detrás de una cortina al lado de las cajas de vino, el hombre la abre y me empuja a la habitación oculta. La puerta se cierra detrás de mí.

En el interior, el aire está lleno de un denso humo de cigarro, lo que dificulta la respiración. La luz de la lámpara encima de la gran mesa redonda ilumina las formas de cuatro hombres sentados a su alrededor, jugando al póquer. Doy unos pasos en la habitación, y el que está frente a mí levanta la vista de sus cartas y se inclina hacia atrás mientras una sonrisa de suficiencia tira de sus labios. Doy un paso involuntario hacia atrás. Es uno de los capos. *Rocco Pisano*.

—Hemos terminado por esta noche—, dice y tira sus cartas en el medio de la mesa.

Los otros tres hombres se levantan, sus sillas rozan el suelo mientras se levantan y recogen sus pertenencias. Ninguno de ellos encuentra mi mirada cuando pasan junto a mí y salen de la habitación. La puerta se cierra detrás de ellos con un suave clic, pero me estremezco por lo ominoso que se siente ese pequeño sonido.

—¿Usted envió por mi Señor Pisano?— me atraganto, tratando de mantener el contacto visual sin acobardarme. No me gusta la forma en que me mira, como un gato que acaba de recibir un regalo inesperado.

—Lo hice— Rocco alcanza su bebida y se recuesta en su silla, observando mi ropa empapada. —Hay una deuda que debe saldarse.

Una sensación de hundimiento se apodera de la boca de mi estómago. —¿Una deuda?

—Sí. — Él sonríe y cambia su mirada a algo detrás de mí. ¿No es así, Vitto?

Me giro, y un grito estrangulado sale de mis labios cuando mis ojos se posan en el cuerpo acurrucado en la esquina. Mi hermano mira hacia arriba, tiene la cara manchada de sangre y uno de sus ojos está cerrado por la hinchazón.

—Ay dios mío. — Doy un paso hacia él, pero el sonido de una palma golpeando la mesa me detiene a medio paso.

—¡Ven aquí, o voy a terminar lo que empecé!— Rocco ruge.

Trago la bilis y me obligo a darme la vuelta para enfrentar al capo. Rocco asiente hacia la silla frente a él y observa cómo me acerco con las piernas temblorosas.

—Siéntate—, le espeta.

Me dejo caer en la silla y entrelazo mis manos en mi regazo. No sé qué está pasando o qué diablos está haciendo mi hermano aquí, pero sé que es malo.

Rocco da una calada a su cigarro y sopla el humo en mi cara. —Vito aquí pensó que podía jugar al póquer con Los peces gordos. Llegó más temprano esta noche, agitando una pila de dinero y pidiendo que se le permitiera participar en el juego.

Cierro los ojos por un momento, tratando de evitar que las lágrimas caigan. La muerte de mi padre golpeó duramente a mi hermano, y Vitto ha estado causando problemas desde entonces. Malas compañías. Robando. Incluso vendiendo marihuana. Pero nunca esperé que estuviera tan loco como para venir a un lugar de la Cosa Nostra a apostar.

—Él solo tiene quince años— susurro.

—El chico necesita una lección. Tiene la edad suficiente para ser considerado responsable de su palabras y acciones. — Rocco sonríe. —Y lo suficientemente mayor para pagar.

—¿Cuánto le debe?

—Los cuatro mil dólares que trajo fueron suficientes para el depósito inicial.

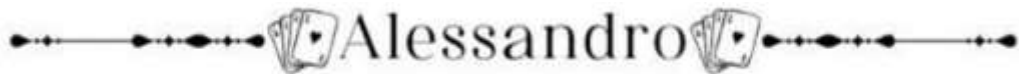
Cuatro de los grandes. Me retuerzo los dedos. Solo hay un lugar donde mi hermano podría haber conseguido ese dinero. La vieja lata de galletas que está debajo de mi cama. He estado trabajando desde la escuela secundaria para ahorrar dinero para la universidad.

La mayor parte se destinó a cubrir los medicamentos cuando mi padre se enfermó, pero logré ahorrar unos cuatro mil dólares el año pasado. —Iré a el banco y veré si puedo obtener un préstamo—, digo. —Le devolveremos cada centavo que Vitto le debe, pero por favor deje ir a mi hermano.

—Dudo que algún banco te dé un préstamo lo suficientemente grande para cubrir la cantidad que tu hermano me debe. Entonces, Vitto y yo llegamos a un acuerdo, uno que nos beneficiará a ambos. Me olvidaré del dinero y no lo mataré. Él sopla el humo en mi cara otra vez. —Y te tomaré como pago.

Capítulo 2

En la actualidad



La nieve cruje bajo los neumáticos cuando aparco el coche en la entrada de una enorme mansión de piedra gris. Son casi las seis de la tarde, pero esa es la hora a la que me ordenaron presentarme para el servicio. Apago el motor y me recuesto en mi asiento, mirando la casa a través del parabrisas. Dada la ubicación y el tamaño de la propiedad circundante, probablemente valga cinco o seis millones, pero es más pequeño de lo que esperaba. Solo dos plantas.

Es una hermosa casa.

Y arderá magníficamente.

Salgo del coche y me dirijo hacia los anchos escalones de piedra que conducen a las puertas delanteras dobles de madera teñida. Más temprano, mientras manejaba, noté a dos guardias en la puerta. Al menos tres más están ubicados en el exterior del alto muro perimetral que rodea la propiedad, pero no hay ninguno en la entrada principal ni en ningún lugar alrededor de la casa. Por lo que he deducido, mi nuevo empleador no permite que nadie de su equipo de seguridad se acerque a la casa. Esa es probablemente la

razón por la cual cada centímetro de los terrenos que rodean la casa está monitoreado por cámaras.

Cuando pongo mi pie en el primer escalón de piedra, la puerta principal se abre, revelando un hombre con un traje de tres piezas gris claro. La luz amarillenta del pasillo más allá ilumina su figura alta y larguirucha mientras está de pie frente a mí con una expresión de suficiencia en su rostro. Rocco Pisano. Un capo en la familia criminal de Nueva York.

—Zanetti—, dice mientras me indica que lo siga. —Te informaré en mi oficina. Tendrá que ser rápido. Tenemos que estar en el teatro en dos horas.

Camino unos pasos detrás de él cuando gira a la izquierda y me lleva a través del espacioso vestíbulo de mármol hacia la puerta corrediza de madera en el otro lado. El interior grita opulencia, y mis pasos resuenan en las paredes y el techo alto adornado con decoraciones de estuco. Pinturas al fresco en el techo muestran ángeles en colores vibrantes, mirándonos desde arriba. En las esquinas se colocan muebles barrocos de madera oscura que han sido pulidos hasta que brillasen. Una amplia escalera conduce al piso superior, y la elaborada barandilla de madera tiene talladas flores, enredaderas y otras mierdas decorativas.

La oficina de Pisano es igualmente grande. Un escritorio de madera maciza con un acabado en cerezo intenso ocupa el lugar central. En su superficie, cerca del borde, hay una placa gruesa tallada que hace juego con el revestimiento del escritorio.

El resto de la sala muestra ejemplos similarmente llamativos. Hay una enorme araña de cristal, que es más adecuada para un comedor que para una oficina. Dos esculturas de oro de tamaño natural de leones agazapados como si estuvieran de guardia están

colocadas a cada lado de su escritorio, y enormes estanterías se alinean en la pared detrás de él. Los libros están protegidos por puertas de vidrio con marco dorado.

Rocco toma asiento detrás de su escritorio y alcanza la caja de madera que contiene

puros de alta gama. Cuando toma uno de los puros, la luz del candelabro de arriba se refleja en un grueso anillo de oro con un enorme rubí en su dedo índice huesudo.

Ocho años. Ocho malditos años he estado buscando a este hombre y aquí está, finalmente sentado frente a mí. Apenas puedo controlar el impulso de envolver mis manos alrededor de su garganta, rompiendo su cuello en el acto. Pero no he esperado tanto para dejarlo ir con una muerte simple y rápida. No. Lo destruiré, pieza por pieza, y él observará. Solo cuando no quede nada de su vida dorada se le permitirá conocer a su creador. Y me aseguraré de que el camino que tomemos hasta su destino final sea muy, muy largo. Y extremadamente insoportable.

Los ojos de Rocco no me dejan mientras corta la punta y coloca el cigarro en su boca como si estuviera tratando de hacer una impresión. Tampoco me ofrece un asiento en una de las sillas ubicadas frente a su escritorio.

—Entonces, escuché que no te gustan las mujeres—, dice mientras enciende el cigarro. —¿Es eso cierto?

He estado esperando la pregunta. El jefe me dijo que Rocco estaba patológicamente celoso y que mató a los últimos tres guardaespaldas asignados a su esposa. La única razón por la que me acepto en el papel es porque Rocco cree que soy gay. No estoy del todo seguro de dónde surgió la idea, pero Ajello mencionó que eso es exactamente lo que Rocco piensa de mí. Tal vez escuchó que

nunca voy al club de striptease que frecuentan los otros soldados de la Cosa Nostra todos los jueves por la noche. O tal vez se imagina que soy gay porque rechacé a las chicas que el idiota de Carmelo envió a mi casa como regalo por mi quinto aniversario de unirme a la Familia. Realmente no me importa qué le dio esa impresión. Sostengo su mirada y asiento.

—Tu secreto está a salvo conmigo. — Los labios de Rocco se curvan hacia arriba. —Vamos a ir al grano. Estarás a cargo de la seguridad de mi esposa, veinticuatro siete. Como probablemente habrás notado, no se permiten guardias dentro de la casa. Eso solo cambia cuando tenemos invitados. De lo contrario, las únicas personas en esta casa somos mi esposa y yo. También contamos con un ama de llaves y dos empleadas domésticas. Vienen a las ocho y se van a las siete.

—¿Sistemas de seguridad?— Pregunto.

—Alarmas en las puertas delanteras y traseras, así como en las ventanas de la planta baja.

Cámaras en el exterior de la vivienda y a lo largo del muro perimetral. Son monitoreados desde la caseta de vigilancia en la puerta. Tres turnos de guardias de seguridad, cinco hombres en cada uno.

—¿Mis tareas?

—Solo tienes una. Mi esposa—, dice y se recuesta en su silla. —Ravenna no puede salir de casa sin supervisión. Le gusta pasear por la propiedad, así que cuando lo haga, debes ir con ella. Además, a menudo sale de compras y hace otras cosas femeninas. Peluquero. Manicura. Estarás con ella donde sea que necesite aventurarse.

—¿Alguna excepción?

—Sin excepciones. Si necesita ir a un maldito ginecólogo, irás con ella. Se levanta de la silla y viene a pararse frente a mí. —Tu trabajo no es simplemente actuar como el activo de seguridad de Ravenna. Eso es secundario. Lo que necesito que hagas es seguirla a cada paso y reportarme cualquier cosa sospechosa.

—¿Qué se considera sospechoso?

—Si habla con otros hombres. O extraños en general, mujeres incluidas. Tampoco puede hacer llamadas desde tu teléfono ni desde el de otra persona. Tiene un celular con los únicos números a los que puede llamar programados, y solo debe usar ese teléfono. Su agenda diaria debe ser confirmada conmigo cada mañana. No se permiten desviaciones.

Mantengo mi rostro inexpresivo mientras reflexiono sobre lo que dijo. La mujer debe ser una tonta o una pusilánime si está bien con que la controlen de esta manera, pero ese no es mi problema.

—Comprendido.

—Te quedarás con esto. Mete la mano en el bolsillo y saca su billetera, entregándome una tarjeta de crédito. —Déjala usarla cuando necesite comprar algo, luego retírala.

¿Quizás a la Sra. Pisano le gusta darse demasiados lujos? Tomo la tarjeta y asiento.

Rocco inclina la cabeza hacia un lado. —No hablas mucho, ¿verdad?

—No.

—Perfecto. — Se dirige hacia la puerta. —Ravenna debería estar abajo en cualquier momento.

Mientras lo sigo fuera de la habitación, me pregunto cómo será la mujer a la que voy a matar parece en persona.



Levanto la barbilla y miro mi reflejo en el espejo. Tres capas de base hicieron lo suyo. El moretón en mi cuello no es visible, y el ancho de la gargantilla de diamantes cubre lo que el maquillaje no pudo. Han pasado cuatro días, así que espero que desaparezca pronto.

Recogiendo mi abrigo del respaldo de la silla, salgo de mi habitación. La habitación de mi esposo está justo enfrente de la mía, y no puedo reprimir un escalofrío cuando mis ojos se posan en su puerta antes de dirigirme por el pasillo hacia la escalera principal.

Pronto, me digo. Solo necesito unos meses más.

Rocco está parado al pie de las escaleras, mirándome bajar. Sus ojos recorren rápidamente el vestido que llevo puesto y sus labios se abren en una sonrisa de satisfacción.

Cuando vino a mi habitación antes, me arrojó el vestido y el collar y me ordenó que me lo pusiera esta noche. Esperé a que se fuera antes de echar un vistazo al vestido rojo. Es peor que el vestido anterior que me compró, y la idea de salir, especialmente al teatro en esa cosa, me da mucha vergüenza, pero eso no es nada nuevo.

Estoy tan absorta en calcular cuánto dinero me falta hasta que haya suficiente para escapar y cuál sería la forma más rápida de

ganar más, que no me doy cuenta del hombre que está junto a la puerta hasta que llego al rellano. Cuando lo hago, mis pasos vacilan por un momento, pero de alguna manera, me las arreglo para ocultar mi viaje cercano. Mi esposo es un hombre alto, pero la persona detrás de él es casi una cabeza más alta.

—Ravenna, *bellissima*, te ves impresionante. Rocco sonríe cuando me acerco. y toma mi mano. —Este es Alessandro Zanetti, Tu nuevo guardaespaldas.

Haciendo todo lo posible por mantener la cara en blanco, lanzo otra mirada al hombre de pie con las manos detrás de la espalda. La postura enfatiza su cuerpo ancho mientras los músculos de sus brazos se tensan contra el material de la chaqueta de su traje negro. Es probablemente el hombre más grande que he conocido. Mi mirada recorre su ancho pecho y se detiene en su rostro. Siniestro. Esa es la primera palabra que me viene a la mente. Está bien afeitado, tiene una mandíbula fuerte y pómulos afilados, pero no es su rostro ni su enorme volumen lo que me hace querer dar un paso atrás. Son las cosas que veo en sus ojos oscuros. Odio. Aversión. Y apenas contenida rabia. Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Es como si sus ojos me atraparan y me mantuvieran prisionera. Si las miradas pudieran matar, estoy bastante segura de que estaría muerta en el acto.

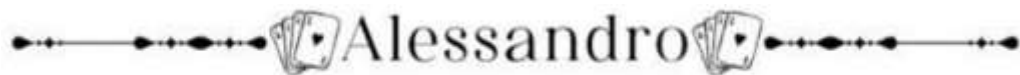
Me obligo a asentir y finalmente desvío la mirada, enfocando mis ojos en la entrada principal. Cuando pasamos por la puerta que Alessandro mantiene abierta para nosotros, puedo sentir sus ojos en mí todo el tiempo, todo el camino desde la casa hasta el auto de mi esposo. Solo una vez que me he deslizado en el asiento del pasajero y Rocco ha cerrado la puerta del auto me permito exhalar.

En el espejo retrovisor, veo a mi nuevo guardaespaldas caminando hacia un negro SUV, sus pasos lentos y calculados. Justo antes de entrar, mira hacia nuestro auto. No hay manera de que pueda saber que lo estoy mirando, pero de alguna manera, sé que lo hace. La vibra de hostilidad que emite es como algo vivo. No recuerdo la última vez que alguien me causó una impresión tan fuerte en la primera reunión, sin siquiera pronunciar una palabra. ¿Está enojado por haber sido asignado a este trabajo? Probablemente haya escuchado las historias sobre cómo terminaron los últimos tres de mis guardaespaldas, con un agujero de bala del arma de Rocco en la frente.

La puerta del conductor se abre, y rápidamente desvío mis ojos del espejo. —Bueno, parece que he encontrado el activo de seguridad perfecto para ti—, Rocco dice mientras toma asiento detrás del volante. —Este no caerá en tus encantos.

Aprieto el clutch³ que sostengo en mis manos y muerdo el interior de mi mejilla, tratando de dominar la necesidad de mirarlo y gritarle en la cara.

—Sí, Rocco— murmuro, manteniendo la mirada fija en mi regazo.



Me recuesto contra la pared y observo a la pareja Pisano que está sentada en sillas tapizadas en terciopelo a unos metros de mí.

³ Un clutch, también llamado cartera de mano, bolso de mano, bolso de fiesta o bolso de noche, es un pequeño bolso sin asa diseñado para llevarse en la mano.

Hay ocho asientos en esta cabina de balcón privado, pero los demás están vacíos.

Rocco parece aburrido. Su brazo izquierdo descansa sobre el respaldo de la silla de su esposa y tiene su teléfono en la mano libre. Ha estado jugando con su dispositivo desde que la mujer en el escenario comenzó a gemir, así que, claramente, no es un fanático de la ópera.

Su esposa es difícil de leer. Algo se siente mal entre estos dos. La señora Pisano se sienta muy erguida y evita mirar a su marido. Desde el momento en que tomó asiento, su mirada se centró en el escenario. No ha movido un músculo en casi una hora, y no puedo determinar si es porque está inmersa en la actuación o si hay otra razón para su postura estoica.

Cuando Rocco enumeró los parámetros de mi tarea anterior, me sorprendió. El hijo de puta tenía que estar loco de amor por su mujer, pero no entendía por qué un hombre en su posición sería tan inseguro como para recurrir a medidas tan controladoras. Sin embargo, cuando vi a Ravenna Pisano bajar las escaleras, apenas pude evitar que mi mandíbula golpeará el suelo. He visto varias fotos de ella, pero no le hacen justicia.

Hay mujeres hermosas. Y luego... ahí está ella.

El vestido rojo ceñido que lleva puesto tiene un profundo escote en V, mostrando sus pechos firmes. También es escandalosamente corto, llegando justo debajo de su culo. El color vibrante contrasta con su cabello negro azabache, que tiene atado en un moño apretado en la parte superior de su cabeza. No creo que jamás haya puesto mis ojos en una cara más perfecta, a pesar del exceso de maquillaje que lleva. Sombreado pesado alrededor de sus grandes ojos verdes. Labios rojo sangre, del mismo tono

que su vestido. Pestañas largas y gruesas, probablemente postizas. Es difícil adivinar su edad con toda esa basura en su rostro, pero calculo que tiene veintitantos años.

Mientras bajaba las escaleras de la casa, noté sus brillantes tacones de aguja negros altísimos y cómo complementaban su figura de reloj de arena. Solo cuando se detuvo junto a Rocco me di cuenta de que era mucho más baja de lo que pensé inicialmente. Incluso con tacones, la parte superior de su cabeza apenas llegaba a su nariz. De pie descalza, probablemente solo llegaría hasta la mitad de mi pecho.

Ravenna Pisano es un duendecillo de mujer, uno que no debería ser demasiado difícil de borrar de la existencia. Y planeo hacerlo justo en las narices arrogantes de su esposo. Apropiado, parece.

El artista en el escenario finalmente deja de aullar y se produce una gran ronda de aplausos. Rocco se levanta de su silla y le ofrece la mano a su esposa. La Sra. Pisano se levanta lentamente, el acto es tan majestuoso que es como ver a una reina aparecer ante sus súbditos. Una reina de hielo, para ser más exactos. Mientras pasan junto a mí, ella mantiene la cabeza en alto, mirando al frente, ignorando mi presencia completamente. Supongo que siente que estoy por debajo de ella, ya que los —ayudantes— generalmente lo es para los de su especie.

Sigo a los Pisano por el amplio pasillo hacia el espacio abierto al final donde los refrigerios esperan a los clientes privilegiados. Rocco inclina la cabeza para susurrarle algo al oído a su esposa, luego se une a un grupo de hombres en el centro de la habitación mientras se ríen a carcajadas mientras bajan sus bebidas. La señora Pisano se hace a un lado y se detiene en un lugar relativamente libre de gente. Su postura es aún más rígida de lo que era dentro

de la sala del teatro, y sus ojos parecen enfocarse en algo en la pared opuesta. Sigo su mirada, preguntándome qué ha llamado su atención, pero no hay nada allí. Sólo una pared blanca prístina. Ni siquiera una obra de arte o una lámpara a la vista.

Doy un par de pasos y me coloco a la izquierda de Ravenna Pisano. En el momento en que siente mi presencia, se congela, cada músculo se tensa por el retroceso.

—Por favor, muévete hacia atrás—, dice, y, por un segundo, me sorprende lo joven que suena. Pero luego sus palabras se hunden y el disgusto me abruma. Doy un paso atrás. Por supuesto, ella no puede tener su vista real contaminada por gente como yo. Es patético cómo las personas con derecho a veces olvidan que no son tan diferentes del resto de nosotros. Especialmente cuando sangran.

Me pregunto si ella sentirá lo mismo cuando su sangre corra por su esbelto cuello después de que lo se lo abrí.



Tomo una respiración profunda y mantengo mis ojos fijos en la pared frente a mí. Es una técnica que he adoptado recientemente para evitar que mis ojos se desvíen y se encuentren con la mirada de un hombre por accidente. Puedo ver a Rocco en mi visión periférica. Está hablando con otro capo, Cosimo Longo, y finge estar inmerso en la conversación, pero sé muy bien que me está mirando. Esperando a que me resbale. no lo haré he tenido mucha práctica para prevalecer en este retorcido juego suyo, y he recibido una gran cantidad de golpes y me ha dado los suficientes

moretones para motivarme a mantener mi mirada pegada a esa pared. Pero no hay nada que pueda hacer para evitar que los hombres me miren. O peor, se acerquen a mí. Rocco lo sabe y siente una gran satisfacción al verlo suceder porque significa que puede castigarme cuando lleguemos a casa sin que su conciencia reciba un golpe.

Mi esposo tiene una visión única del mundo. En su mente, es un hombre bueno y justo que nunca hace nada sin una causa. Si me porto lo mejor posible, no pasará nada. Bueno, la mayor parte del tiempo, al menos. Pero si hago algo mal, como mirar a otro macho o hacer algo para atraer su atención, él siente la necesidad de castigarme. A Rocco le gusta llamarlo —métodos de educación marcial. Entonces, me mantengo al margen, con la esperanza de que nadie me preste atención y que Rocco se aburra pronto para que podamos regresar a la mansión.

—Ravenna—, dice una voz masculina a mi derecha. —¿Por qué estás de pie sola? ¿Quieres que te traiga un trago?

Aprieto el bolso en mi mano con más fuerza. —Estoy bien, Pietro. Gracias.

Vete. Por favor, por favor, vete. Repito el mantra en mi cabeza. Tal vez si se va de inmediato, Rocco no lo notará.

—¿Estás segura de que no quieres nada de beber?

Él pone su mano en mi hombro. Cierro los ojos por un segundo, tratando de suprimir el pánico que crece dentro de mí, y me obligo a sonreír. Pietro trabajó junto a mi padre durante un par de años e incluso vino a nuestra casa un par de veces. Siempre fue amable conmigo, y en un momento, consideré pedirle ayuda, pero nunca me armé de valor.

—Estoy bien, solo estoy sumida en mis pensamientos. Gracias.

Pietro asiente y se dirige hacia el grupo de personas al otro lado de la habitación. Cuando está fuera de la vista, me arriesgo a mirar hacia donde estaba parado Rocco y lo encuentro mirándome por encima del borde de su vaso. Él está sonriendo. Mierda. Doy un paso atrás, chocando contra una pared de músculos duros. Una enorme mano masculina aterriza a un lado de mi cintura, estabilizándome. Mi sangre se enfría. Desde que me casé con Rocco, tres hombres han muerto por mi culpa. El primero apenas tenía veintiséis años. Sólo dos años mayor que yo. Todavía tengo pesadillas sobre ese día. Acababa de llegar a casa de mi cita con la manicura, y Gaetano se acercó para ayudarme con mi abrigo, rozando mi hombro con su mano por accidente. Un minuto después, Rocco salió furioso de la biblioteca con un arma en la mano y le disparó a mi guardaespaldas en la cabeza. Al principio, no me di cuenta de lo que había sucedido y solo miré el cuerpo de Gaetano tirado en el suelo mientras la sangre brotaba del agujero en el centro de su frente. Rocco comenzó a gritar, ordenándome que fuera a mi habitación, pero no podía hacer que mis piernas se movieran.

Aprendí mi lección después de eso y me aseguré de nunca, ni siquiera accidentalmente, tocar a mis guardaespaldas cuando Rocco o sus cámaras estaban cerca. No importaba, eventualmente. Los otros dos terminaron muertos porque mi esposo llegó a la conclusión de que me estaban mirando de manera inapropiada.

—Quita tu mano— me atraganto, mirando a Rocco mientras el pánico se eleva desde la boca de mi estómago.

No pasa nada.

—Ahora mismo, Alessandro.

La mano desaparece de mi cintura. Mientras observo, Rocco deja su bebida en la bandeja del mesero más cercano y se dirige en nuestra dirección. Ay dios mío. También va a matar a Alessandro. Rocco no le haría nada a Pietro porque es parte del círculo íntimo del don. Yo seré la que pague por ese encuentro. Pero mi marido no dudará en ejecutar a un guardaespaldas en cuanto volvamos a casa. No puedo vivir con la muerte de otro hombre inocente en mi conciencia. No puedo.

—Vete— susurro. —Por favor. Escapa.

No creo que Alessandro me escuche, porque todavía puedo sentirlo a mi espalda cuando Rocco se detiene frente a mí. Todavía lleva una sonrisa siniestra.

—La próxima vez, cuando un hombre se acerque a mi esposa—, dice Rocco mirando por encima de mi cabeza, —lo quitarás de su vista. Con fuerza, si es necesario. ¿Está claro?

No escucho una respuesta, pero asumo que Alessandro asiente. Rocco coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me lleva al pasillo. Nos vamos, gracias a Dios.

* * *

La puerta del dormitorio se cierra con un suave clic detrás de mí. Dejo mi bolso en el tocador a mi derecha y me doy la vuelta. La palma de Rocco se conecta con mi mejilla antes de que esté completamente frente a él.

—¿Pietro? ¿En serio? — sisea mientras me empuja hacia la pared. —¿Necesitas una polla? Te voy a dar una polla, puta.

Mi pecho choca contra la dura superficie. Tomando una respiración profunda, cierro mis ojos y presiono mis palmas contra

la pared. Rocco agarra el dobladillo de mi vestido, tirando hacia arriba, luego rasga mis bragas. Lo oigo desabrocharse el cinturón y me pego a la pared, asegurándome de moverme lo menos posible. Lo excita más cuando peleo. Un momento después siento su pene flácido presionando mi trasero. Se muele contra mí un par de veces, su respiración acelerada.

—¡Mierda! ¿Dónde están mis pastillas?

Lo escucho alejarse, probablemente para conseguir el Viagra que me hace conservar en el cajón de mi mesita de noche. Pasa un minuto. No me muevo de mi lugar. Su mano viene a mi culo, apretando. Cerré los ojos con más fuerza. Gruñidos. Respiraciones rápidas mientras bombea su polla detrás de mí.

—Maldita puta. Rocco me suelta el culo y me agarra del pelo.
—No puedo levantar mi polla por ti ni con el puto Viagra.

Casi tropiezo cuando me empuja hacia la cama y me tira al suelo.

—No se te permite salir de tu habitación hasta la mañana. ¿Me escuchaste?

—Sí, Rocco—, me atraganto.

La puerta del dormitorio se cierra de golpe, pero sigo tirada en la cama, mirando al techo, y vuelvo a calcular cuánto dinero necesito para salir de este espectáculo de terror. Reflexionar sobre los detalles se ha convertido en un mecanismo de defensa. Cada vez que Rocco me maltrata, me alejo de la situación planeando mi escape.

Mi mente se desplaza sin querer hacia el gran hombre silencioso que se convertirá en mi sombra siempre presente. ¿Le hará algo mi marido? Tal vez Rocco estaba demasiado concentrado

en Pietro y no se dio cuenta cuando Alessandro me tocó en el teatro. Si lo hubiera hecho, habría habido otra muerte esta noche. Muevo mi mano a mi cadera y rozo el lugar donde la mano de Alessandro aterrizó brevemente sobre mí. Tendré que tener mucho cuidado con él, al menos hasta que llegue a conocerlo mejor. Con suerte, no es una persona demasiado atenta. Tal vez debería suspender mi... las actividades extracurriculares durante unos días. No, no puedo dejar eso. Cada segundo que paso en esta casa con Rocco es un infierno. La situación comenzó mal y solo ha empeorado exponencialmente. Supongo que el derramamiento de sangre que ocurrió el día de nuestra boda fue solo un precursor de lo que vendría. Un presagio de la pesadilla que me atrae cada día más profundo. Empapándome en la miseria y ahogándome en el dolor.

Supe desde el principio que mi esposo es un hombre problemático. Ninguna persona en su sano juicio obtendría una esposa como pago de una deuda de juego. En ese momento, no entendí por qué necesitaba recurrir a tales medidas. Rocco siempre ha sido popular y muy respetado, y como era capo, hasta era temido. Muchas mujeres habrían saltado de emoción ante la posibilidad de casarse con él, pero Rocco se quedó soltero. No podía entender por qué de repente sintió la necesidad de casarse conmigo, sin embargo, una hija de un humilde soldado de la Cosa Nostra. Esa pregunta fue respondida rápidamente, en nuestra noche de bodas.

Rocco Pisano es impotente. Y él está listo para matar a cualquiera que se atreva a revelar su secreto. La única persona que sabe es el médico que Rocco visita de forma encubierta. Y ahora yo. No estoy segura si su problema es congénito o un desarrollo reciente, pero tengo la sensación de que ha estado lidiando con él durante bastante tiempo. Su impotencia es probablemente la razón

por la que se abstuvo de casarse con una mujer de una familia de mayor rango. Probablemente temía que se lo contara a sus padres o hermanos y, poco después, todos lo supieran. Pero Rocco nunca permitiría que se expusiera su secreto. Y él no podía arriesgarse a levantar la mano contra una mujer así para mantenerla callada. Si su familia alguna vez se enterara, también lo haría el don.

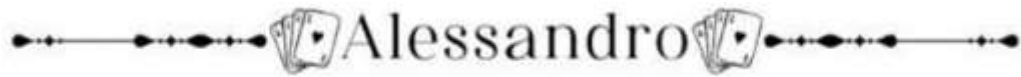
Tal vez si mi padre todavía estuviera vivo, mi vida hubiera sido diferente. O tal vez no lo hubiera hecho. El matrimonio siempre ha sido considerado sagrado por mi familia. Durante años, escuché a mi padre decir que una mujer debe respetar invariablemente a su esposo, pase lo que pase. Ella debe ser dócil y conocer su lugar, nunca contradecir a su hombre. Estaba tan arraigado en mí que la primera vez que Rocco me golpeó, estaba convencida de que era mi culpa. Después de que comenzó a suceder con regularidad, quería contárselo a alguien, pedir ayuda, pero no me atrevía a desafiarlo. Cuando estamos en público, Rocco siempre actúa como un esposo cuidadoso y cariñoso.

Nadie me creería. Y Rocco ha dejado muy claro lo que pasará con mi madre y mi hermano

si alguna vez digo una palabra. Así que mantengo la boca cerrada y lo soporto hasta que pueda guardar suficiente dinero para que los tres nos alejemos lo más posible.

Pronto...

Capítulo 3



Hago clic en el ícono gris en la esquina de la pantalla de mi computadora portátil. Una pantalla de lectura —*Conectando...*— aparece. Diez segundos después, el escritorio de la computadora se llena con un mosaico de una docena de pequeñas ventanas, cada una mostrando una imagen de una cámara diferente de la mansión de Pisano.

—¿Está funcionando?— Félix pregunta desde el otro lado de la línea telefónica.

—Sí. Estoy dentro. Si tengo problemas, te llamaré.

—¡No me cuelgues, joder!— él ladra. —Quiero saber lo que estás planeando.

—Nada que deba preocuparte.

—Teníamos un trato, Az. Te ayudo a salir del radar de Kruger y te mantienes en perfil bajo.

—Me mantendré en perfil bajo, Félix. Hago clic en la ventana que muestra la puerta principal y observo a los guardias en medio del cambio de turno. —Necesitaré que me consigas un cuerpo.

—¿Un cuerpo? ¿Qué tipo de cuerpo?

—De un desconocido. Masculino. Finales de los treinta. Caucásico. cabello negro Seis pies

siete. Alrededor de 250 libras— digo. No me he medido últimamente, pero es una buena suposición.

—Absolutamente. ¿Cuándo necesitas que te lo entreguen? —

¿Cuánto tiempo se necesita para destruir la vida de un hombre? —Dos meses—, respondo.

—¿De verdad? ¿Algún el color de ojos? ¿Tienes un peinado preferido, tal vez? — se burla a través de la línea. —¿Crees que estoy dirigiendo un jodido servicio de 'personas muertas a pedido'? ¿Dónde diablos te conseguiría un cuerpo?

—Conoces gente, Félix. Encuentra una manera. — Una sonrisa tira de mis labios. —Como sea mientras esté lo suficientemente cerca para que pueda pasar por mí, funcionará.

—¿Vas a fingir tu propia muerte?

—Sí. Tan pronto como termine aquí.

—¿Terminar? ¿Terminar con qué? — Félix chasquea. —Si tú ...—

Corté la llamada, tiro el teléfono en la cama junto a mí y me concentro en la pantalla de la computadora portátil. Hay más de diez cámaras instaladas alrededor del exterior de la casa y seis más en los muros perimetrales de la propiedad. Pero solo hay una en el interior, montada encima de la puerta principal. Será un montón de trabajo anularlas todos cuando llegue el momento, pero no imposible.

Mi teléfono suena con un mensaje entrante. Es el horario de la Sra. Pisano para hoy. Compras, tres horas. Almuerzo en un

restaurante, una hora. Visita con su madre, una hora. Hay una dirección al lado de cada actividad enumerada. El mensaje termina con una nota en negrita.

Espero un informe detallado mañana.

La vigilancia de los turnos de guardia tendrá que esperar hasta otro día, al parecer. Tomo mi pistolera de la mesa de luz, me la pongo y, con mi chaqueta en la mano, salgo de mi lugar.

Llego a la mansión Pisano media hora antes de lo que necesito y uso ese tiempo para caminar por la propiedad, observando el diseño y las ubicaciones de las cámaras. Dos sobre la entrada principal, una apuntando a la puerta, otra apuntando al camino de entrada. Tres más, una a cada lado, cubriendo los costados de la casa. Fingiendo que estoy dando un paseo casual, sigo el camino estrecho entre los árboles esparcidos por los terrenos y continúo mi inspección. Veo cámaras en cada esquina del muro perimetral y un par en la caseta de vigilancia y la puerta. Volviendo a la casa principal, encuentro más vistas al patio y al césped cercano.

Solo hay otro edificio en la propiedad, a unos cincuenta metros de la mansión. Parece un garaje, pero es demasiado grande. Salgo del camino y camino por la hierba, acercándome a la entrada para poder echar un vistazo al interior a través de una puerta elevada. Es un garaje, y cinco autos están estacionados adentro. A los hombres de la Cosa Nostra les encanta cotillear entre ellos, ya menudo los he oído hablar de la obsesión de Rocco con los autos caros. Los rumores parecen ser ciertos porque, según mi rápida evaluación, los vehículos aquí valen al menos dos millones. Probablemente no se lo tomará bien perderlos. Me dirijo a la izquierda y rodeo el garaje. Solo una cámara, justo encima de la puerta de la bahía. Bien. Me doy la vuelta y camino de regreso a la mansión.

Llego al vestíbulo justo a tiempo para ver a la señora Pisano bajando las escaleras. Lleva un elegante conjunto de pantalón marrón y camisa de seda del mismo color, con un largo abrigo blanco encima. Su cabello está recogido en un moño alto otra vez, y grandes anteojos de sol marrones cubren la mitad de su rostro.

La puerta de la oficina de Rocco se abre y él sale corriendo a través del vestíbulo para encontrarse con su esposa al pie de las escaleras. Mis manos se aprietan, me pica la necesidad de envolverlas alrededor de su cuello y asfixiarlo lentamente. Esperaba que fuera más fácil controlarme en su proximidad, sabiendo que su desaparición se avecina. Anoche, soñé que estaba suspendido boca abajo del techo mientras la sangre corría por su cuerpo y goteaba en el charco en el piso, cada gota hacía un sonido húmedo al caer. Fue el mejor maldito sueño que tuve en mucho tiempo.

—¿Dormiste bien, *bellissima*?— Pisano sonrío y baja la cabeza para colocar un beso en la mejilla de su esposa.

—Sí, gracias.

—Bien. Disfruta de tu día y no olvides comprar esa pulsera de oro que nos gustó. La mujer de Giancarlo tiene una parecida, pero más pequeña, y no podemos permitir que Elisabetta lleve mejores joyas que tú.

—Por supuesto que no.— La Sra. Pisano sonrío. —Gracias, Rocco.

Regreso a la puerta principal y la mantengo abierta para ella. Mientras ella me pasa, un leve olor a polvo invade mis fosas nasales. Para alguien como ella, hubiera esperado algo picante y almizclado. Algo que llame la atención y perdure mucho después de que ella haya desaparecido de la vista.

La Sra. Pisano baja los escalones de piedra delante de mí y se dirige hacia el sedán plateado en el camino de entrada que asumo es el suyo. Con mi altura, no hay manera de que quepa en esa elegante caja de mierda.

—Vamos a tomar mi coche—, le digo.

La Sra. Pisano se detiene y se da la vuelta, observándome. Es imposible descifrar la expresión de su rostro detrás de esos ridículos anteojos. Asiento con la cabeza hacia mi camioneta estacionada más a la izquierda. Dirigiéndome, abro la puerta trasera para ella y espero. Se acerca al coche y mira fijamente el asiento. Con neumáticos que no están en stock, mi vehículo se siente significativamente más alto que los autos estándar. No sirve de nada ser un imbécil solo porque estoy planeando matarla, así que extendiendo mi brazo, ofreciéndome a ayudarla a levantarse. Por extraño que parezca, mi odio hacia Ravenna Pisano no es personal. Ella no tuvo nada que ver con la muerte de mi esposa, pero representa todo lo que su esposo me había robado. La gente dice que el tiempo cura todas las heridas, pero en mi caso ha sido todo lo contrario. Con cada día que pasa, mi ira y la necesidad de tomar represalias se han vuelto más fuertes. La venganza contra Rocco Pisano se ha convertido en el propósito de mi vida, la única razón de mi existencia y la fuerza impulsora detrás de por qué paso cada respiración buscando derramar su sangre. Antes, podría haberme importado que un inocente se convirtiera en daño colateral. Ya no.

La Sra. Pisano inclina su rostro hacia abajo, mirando, presumiblemente, mi mano extendida por un par de segundos. Luego, se agarra del respaldo del asiento y se levanta, ignorando por completo mi oferta de ayuda. Cierro la puerta detrás de ella y camino alrededor del auto con la mandíbula apretada. Puede que

no le guste, pero no se acerca a lo que siento por ella o cualquier otra persona relacionada con Rocco Pisano.



Mi guardaespaldas no pronuncia una palabra durante todo el viaje de una hora. Ojalá lo hiciera porque tiene una voz muy bonita. Profunda y ronca. Le queda bien. Ni siquiera me mira mientras nos dirigimos a nuestro destino, ni siquiera una mirada pasajera en el espejo retrovisor. Yo, en cambio, paso todo el tiempo observándolo. Menos mal que llevo gafas de sol, o probablemente pensaría que soy una especie de asqueroso por mirarlo sin parar. Muevo mis ojos a su mano mientras descansa en la palanca de cambios. Traté de ayudarme, ofreciéndome esa misma mano cuando estaba subiendo al auto. Cuando Rocco lo hace, tengo que tragarme la bilis antes de obligarme a tocarlo. No tomar la mano de mi esposo estaría fuera de cuestión. Está obsesionado con retratar nuestro matrimonio como perfecto y amoroso, especialmente cuando hay alguien cerca. Rocco solo muestra su verdadero yo cuando estamos solos. Cuando vi la mano extendida de Alessandro, no me atreví a tocarlo.

Hay una cámara que monitorea el camino de entrada y Rocco revisa las grabaciones con frecuencia. No quiero que mi esposo lastime a Alessandro solo porque permití que mi guardaespaldas me tocara. No sé cuál es el trato entre él y mi esposo, pero Rocco no parece estar preocupado por Alessandro. Eso es inusual. Con todos mis guardaespaldas anteriores, Rocco se ponía furioso cuando pensaba que me miraban de cierta manera o, Dios no lo quiera, me tocaban.

Desearía que estuviéramos en otro lugar cuando Alessandro extendió su mano, en cualquier lugar donde las cámaras no estén presentes. Quería tomarlo, tal vez porque su animosidad hacia mí no se esconde detrás de una sonrisa falsa. Estoy tan harta de esta farsa en la que se ha convertido mi vida, que empecé a creer que no queda ni una sola persona sincera a mi alrededor. No le gusto a mi guardaespaldas, y no está dispuesto a fingir lo contrario. Respeto eso. Mis ojos suben por el grueso brazo de Alessandro y se detienen en su perfil. Él es muy guapo, de una manera áspera y poco convencional, y definitivamente es más grande y musculoso que cualquier otro hombre que haya conocido antes. Rocco es alto, pero es bastante larguirucho. Alessandro supera a mi esposo y pesa más de setenta libras. Ciertamente parece un guardaespaldas profesional, pero tengo la sensación de que no es solo un matón regular a sueldo. Había algo en sus ojos cuando nuestras miradas se encontraron ayer, algo debajo de ese profundo odio que inicialmente pensé que estaba dirigido únicamente hacia mí. Pero tenía la misma vehemencia en su mirada cuando miró a mi esposo antes. Era casi como si apenas se estuviera conteniendo de matar a Rocco en el acto. No creo que Rocco lo haya notado. O tal vez simplemente no le prestó atención. Mi esposo rara vez mira al personal a los ojos, incluso cuando les habla, ya que considera que los trabajadores están por debajo de él.

Alessandro aparca el coche en el garaje subterráneo del centro comercial y viene a abrirme la puerta del vehículo. Él no ofrece su mano esta vez. Salgo del auto y me dirijo hacia el elevador, y él me sigue unos pasos atrás. Cuando entro en la cabina del ascensor, presiono el botón en el panel de control del tercer piso y pego mi espalda a la pared, manteniendo mis ojos fijos en la fila de números sobre el umbral con el iluminado indicando el nivel en el que estamos. Alessandro entra, su enorme cuerpo bloquea mi

vista. La cabina del ascensor no es tan pequeña, pero con él adentro, se siente diminuta. Cuando la puerta se cierra, aprieto mi bolso contra mi pecho y trago.

—¿Puedes moverte a un lado?— mascullo, odiándome por tener preguntar. Mi cuerpo no es la única parte de mí que mi marido ha maltratado. Alessandro da medio paso hacia un lado. Puedo ver la parte derecha de la puerta, pero no es suficiente. Las paredes del ascensor parecen estar cerrándose sobre mí, amenazando con aplastarme. ¡Necesito ver esa puerta despejada! Mis ojos revolotean sobre los números de nuevo. Solo un piso más. Un momento después, hay un ding que anuncia que hemos llegado a nuestro destino. Respiro hondo y espero a que se abra la puerta. No pasa nada. Hay un botón en el panel para abrir la puerta y lo presiono dos veces. Suena otro ding, pero la puerta permanece cerrada. Un sonido estrangulado sale de mis labios. No. No. No. Presioné el botón de nuevo.

—Eso es suficiente. — Los dedos de Alessandro se envuelven alrededor de mi muñeca, apartando mi mano de los controles.

—Necesito salir— susurro.

—Vamos a hacerlo— Presiona el botón de emergencia. Ni siquiera se me ocurrió hacer eso. Otro golpe. Entonces, uno más. La puerta permanece cerrada. miro a mi guardaespaldas, lista para pedirle que abra la puerta a la fuerza, justo cuando la luz dentro del ascensor se apaga. Las palabras mueren en mis labios. Tengo mi teléfono en mi bolso, pero no puedo moverme para sacarlo y encender la linterna. Lo único que puedo manejar es respiraciones rápidas y superficiales. La palma de Alessandro todavía está envuelta alrededor de mi muñeca, y me aferro a su toque. Un extraño clic suena un momento después, y una luz naranja brota frente a mis ojos. Observo una pequeña llama que sale del

encendedor Zippo en la otra mano de Alessandro. Revolotea ligeramente de nuestras respiraciones combinadas. Lentamente, miro hacia arriba, y nuestras miradas se encuentran. El reflejo del brillo hace que sus ojos también parezcan estar en llamas.

—Vamos a contar—, dice su voz profunda.

—¿Qué?

—Solo números impares. Hacia atrás. Comienza en setenta y uno.

Parpadeo confundido.

—Sesenta y nueve—, dice. —Tú el próximo.

Tomo una respiración profunda. —Sesenta y siete.

Alessandro asiente y me suelta la muñeca. —Sesenta y cinco.

¡No! Extiendo la mano y agarro la manga de la chaqueta de su traje y, manteniendo mi vista fija en la suya, muevo mi mano hacia abajo hasta que puedo sentir su mano en la mía de nuevo. La piel de su palma es áspera como si hubiera pasado años haciendo trabajo manual. Engancho mi dedo meñique con el suyo. —Sesenta y tres.

Él entrecierra sus ojos hacia mí. ¿Va a preguntar por qué me estoy volviendo loca? ¿Se reirá de mí? ¿O quitara su mano de la mía? Mi respiración se intensifica.

—Cincuenta y nueve, —su voz llena el espacio a nuestro alrededor.

—Cinco...— Niego con la cabeza. —Te saltaste el sesenta y uno.

—No.

—Sí. El mío tenía sesenta y tres.

—No lo era.

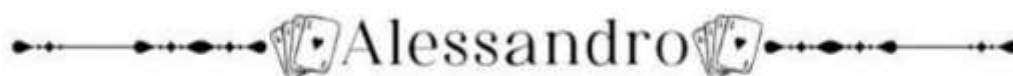
La llama parpadea de nuevo, su movimiento reorganiza el juego de luces y sombras en el rostro de Alessandro. Su mandíbula está apretada con fuerza, y hay esa malevolencia en sus ojos nuevamente, claramente visible incluso en la tenue iluminación. Este hombre me odia, y no entiendo por qué. Lo que sí entiendo aún menos, es el hecho de que todavía sostiene mi dedo con el suyo y, obviamente, está tratando de calmar mi pánico distrayéndome. Porque estoy segura de que se perdió ese número a propósito.

Hay un clic apenas audible, seguido de un brillo repentino cuando la luz del techo vuelve a encenderse. Suena un ding y la puerta del ascensor se abre, revelando a un hombre con uniforme de mantenimiento al otro lado. Está diciendo algo sobre una falla en el circuito y se disculpa por tener que apagar la luz mientras la anulaba, pero sigo mirando a mi guardaespaldas. Todavía sostiene su encendedor frente a mí.

—Te saltaste el sesenta y uno a propósito— digo. Alessandro inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Y por qué haría eso, Sra. Pisano?

Puedo escuchar un sutil matiz hostil en su voz. Cierra el Zippo, apagando la llama, y quita su mano de la mía antes de salir del ascensor.



Puedes aprender mucho sobre una persona simplemente observándola, especialmente cuando no saben que lo estás haciendo. La señora Pisano ha estado examinando los estantes de varias boutiques durante casi dos horas y he notado algo muy inusual. Cada vez que entra en una tienda, camina entre los estantes, saca una o dos cosas de cada uno y luego continúa con el siguiente. No se prueba ninguno de los artículos y apenas mira las cosas que elige. Y luego, justo antes de ir a la caja, se acerca a la sección exclusiva.

Toda la ropa en estas tiendas es cara, pero la ropa zona exclusiva es un nivel diferente de locura. En la primera tienda a la que fuimos, compró unas botas que costaron seis de los grandes. En el siguiente, compró un monedero feo por el doble de esa cantidad. Ahora, observo cómo se acerca a un perchero con abrigos y empieza a mirar las etiquetas. Ella nunca hace eso cuando está mirando el resto de la tienda, pero para los artículos de gama alta, revisa cada etiqueta de precio.

Se quita un abrigo largo con un borde de piel sintética sobre el cuello, revisa la etiqueta del tamaño y luego se dirige a la caja registradora. Ni siquiera se lo probó, pero incluso desde la distancia, estoy seguro de que es al menos dos tallas más grande. Me concentro en sus pies. Ahora que lo pienso, las botas que compró antes también parecían bastante grandes.

La Sra. Pisano coloca el montón de ropa en el mostrador al lado de la caja registradora y me mira. Saco la tarjeta de crédito que me dio Rocco ayer. Mientras le paso el plástico, nuestros dedos se tocan, y es como si un hierro candente me chamuscara la piel. Como cuando enganchó su dedo meñique con el mío en el ascensor. No me gusta, pero al mismo tiempo, no puedo obligarme a mover la mano. La Sra. Pisano mira hacia arriba, pero no puedo

ver sus ojos. Esas terribles gafas de sol aún ocultan la mayor parte de su rostro. Suelto la tarjeta y recojo las bolsas después de que la encargada empaqueta sus compras, pero la sensación de su piel contra la mía aún persiste, hormigueando en las puntas de mis dedos. Cuando salimos de la boutique, la Sra. Pisano se dirige directamente hacia la joyería. En el otro extremo del centro comercial, caminando unos pasos delante de mí. Dejó su abrigo en mi auto, así que tengo el regalo de una vista ininterrumpida de su perfecto trasero redondo. Nunca he entendido la fascinación que tienen algunos hombres con los culos de las mujeres, pero mientras observo cómo se mueven sus nalgas bajo la suave tela de sus pantalones marrones, siento la urgencia de colocar mi palma sobre su trasero y comprobar si está tan firme como parece... Disgustado conmigo mismo por mis pensamientos, rápidamente levanto la vista y enfoco mi mirada en la parte posterior de su cabeza.

Se ve tan majestuosa mientras camina por el paseo marítimo con la mirada fija frente a ella, mientras sus tacones de cuatro pulgadas hacen un sonido distintivo en el piso de baldosas. Todos los hombres que pasan junto a ella, sin importar su edad, la miran con los ojos muy abiertos. Incluso aquellos acompañados por sus novias o esposas. Es como si no pudieran evitar sentirse atraídos por ella. Y parece que yo también soy uno de ellos. debería estar prestando atención a nuestro entorno, pero me encuentro incapaz de quitar mis ojos de ella. Ravenna Pisano no parece darse cuenta del alboroto que está creando. Majestuosa y controlada, sigue paseando con la cabeza en alto, absolutamente imperturbable por lo que sucede a su alrededor.

Es una gran diferencia en su comportamiento en comparación con la forma en que actuó en el ascensor antes. Al principio, pensé que se había asustado por tenerme tan cerca en el pequeño

espacio. La mayoría de las mujeres tienden a sentirse intimidadas por mi tamaño. Pero entonces, ella agarró mi mano, aferrándose a ella como si le fuera la vida. Fue entonces cuando me di cuenta de que era el espacio cerrado lo que la desencadenó. Debería haber explotado ese miedo. Pero no pude obligarme a hacerlo. Justo cuando la Sra. Pisano llega a la entrada de la joyería, un hombre que sale se detiene en el umbral. Sus labios se curvan hacia arriba mientras le da una mirada sin disimular.

—Bueno, hola. — Él sonríe mientras está allí, impidiendo su entrada.

Es uno de esos tipos hípster: traje caro con pantalones demasiado cortos, una barba prolijamente recortada y cabello rubio peinado hacia atrás en un estilo idiota. Dejo las bolsas de compras en el suelo y doy un paso hacia adelante hasta que estoy justo detrás de mi cargo. Envolviendo mi brazo alrededor de su cintura, la muevo hacia un lado. Ella deja escapar un pequeño grito de sorpresa, que rápidamente se transforma en un grito ahogado cuando agarro al idiota elegante por el nudo de su corbata de seda amarilla.

Los ojos del hombre brillan en estado de shock cuando lo saco del camino y asiento. hacia la escalera mecánica de la izquierda. —Piérdete.

Lo suelto y mantengo a la vista su forma en retirada mientras se aleja apresuradamente. luego recojo las bolsas de la compra y estiro el brazo en señal de visto bueno. Ravenna Pisano me parpadea, luego mira hacia otro lado rápidamente y entra en la tienda. ¿Cómo es posible querer matar a una persona y sentir la necesidad de protegerla? ¿ambos al mismo tiempo?



Casi hemos llegado a nuestro próximo destino, la casa de la madre de la Sra. Pisano, cuando siento un ligero toque en mi hombro.

—¿Puedes hacer una parada aquí? Necesito conseguir algo de la farmacia.

Me detengo y estaciono, y luego camino alrededor del auto para abrir la puerta trasera. La acera está en malas condiciones, y hay un charco y barro medio congelado donde se ha acumulado la suciedad cerca de una rejilla de desagüe debajo del auto. Cuando mi asignación comienza a salir del vehículo, mis ojos se posan en sus brillantes tacones blancos. Sin pensarlo, me inclino hacia adelante, agarro su cintura y la levanto, dejándola sobre suelo seco. En el momento en que sus pies tocan el suelo, la suelto y cierro la puerta del coche. *¿Por qué diablos acabo de hacer eso? ¿Por qué me importaría si mojara sus elegantes zapatos?* Me giro y me dirijo hacia la farmacia. Los tacones de la Sra. Pisano repiquetea en el pavimento mientras trata de mantener el paso, pero mantengo mi ritmo constante, enojado como el demonio conmigo mismo.

Sostengo la puerta de la farmacia abierta para ella, asegurándome de que mi mirada esté enfocada al frente y sobre ella. Cuando pasa junto a mí, me aposto junto a la puerta y junto las manos a mis espaldas. No volveré a mirar a esa mujer a menos que sea absolutamente necesario. Formar cualquier tipo de conexión con una persona que pretendes eliminar nunca es algo bueno. Mi determinación flaquea apenas un minuto después cuando escucho su voz. Habla en un tono uniforme e informal, pero hay una leve nota de angustia en él. Giro la cabeza hacia un

lado para verla parada en el mostrador, hablando con el empleado de la farmacia.

—Realmente preferiría que Melania me ayudara. Por favor.

—Señora. Ya le dije. Ella fue a la trastienda para tomar una llamada—, dice el hombre al otro lado del mostrador en un tono condescendiente. —Si es solo una receta, soy completamente capaz de manejar eso por usted.

—Creo... creo que... Volveré más tarde. Gracias—, dice la Sra. Pisano y se vuelve hacia la puerta.

—¿Ravi?— Una mujer de poco más de veinte años sale y luego se vuelve hacia su colega —Tengo esto, Charles. Ve a tomar tu descanso para almorzar. — Cuando el chico desaparece de la vista, la Sra. Pisano coloca un papel en el encimera.

—¿Cómo estás, Melania?

La chica toma la receta, pero en lugar de comprobar lo que está escrito, mira en mi dirección y rápidamente aparta la mirada. —Estoy genial. — Ella sonríe, pero parece artificial.

—¿Y cómo estás? ¿Todo bien en casa?

—Por supuesto—, dice la Sra. Pisano.

La niña asiente, busca en el cajón debajo de la caja registradora y luego coloca una bolsa de papel blanco en el mostrador. Ni siquiera había mirado la nota de la receta. La señora Pisano toma el paquete, pero en lugar de despedirse, se queda en el lugar. La energía nerviosa parece irradiar de ella, igualada por la chica de la farmacia al otro lado del mostrador. El momento es breve, apenas unos segundos, pero se siente como si los dos estuvieran teniendo un intercambio sin palabras. Y dudo que tenga algo que ver con liquidar el pago, tampoco.

—Gracias.

Hay un tono inusual en las palabras de la Sra. Pisano cuando finalmente dice aquello. No suena como una simple cortesía.

—Cuando quieras, Ravi, — susurra la chica de la farmacia y coloca su mano sobre la de la Sra. Pisano. Sus ojos una vez más se mueven hacia mí antes de que rápidamente deslice la nota de prescripción del mostrador y la meta en el bolsillo de su bata de laboratorio. Mi protegida pasa junto a mí al salir, y no puedo evitar preguntarme qué acaba de recibir en ese paquete. Porque estoy dispuesto a apostar que no era lo que estaba escrito en su receta.



No sé qué esperaba cuando estacioné el auto frente al edificio donde vive la madre de la Sra. Pisano, pero no era un lugar que pareciera que apenas se mantiene unido. El ascensor está averiado, así que subimos los cuatro tramos de escaleras y al diríjase al estrecho pasillo con pintura agrietada y descascarada y un suelo de linóleo rayado. Algunas de las bombillas están apagadas o faltan por completo en sus lámparas, la luz tenue solo acentúa las condiciones de abandono. El hedor del olor corporal y la orina que flota en el aire tampoco es un punto de venta aquí. La Sra. Pisano se detiene en la última puerta y se estira para tomar las bolsas que estoy sosteniendo. Ella insistió en traerlos adentro a las veinte bolsas, diciendo que quería mostrarle a su madre la ropa nueva que compró. Miro alrededor del lugar y me siento disgustado. En lugar de gastar los treinta grandes en la ropa que parecía importarle poco en primer lugar, Sra. Pisano podría haber sacado a su madre de este agujero de mierda y pagado el alquiler de un

nuevo lugar durante todo un año con ese dinero. *¿Es ella realmente tan egoísta? ¿Qué carajo le pasa a ella? ¿Por qué dejaría que su madre viviera aquí y también sentiría la necesidad de alardear de la porquería que acaba de comprar?* Desearía poder ver sus ojos para tener una idea de lo que está pasando en su cabeza en este momento, pero todavía tiene puestos esos jodidos lentes de sol. No se ha molestado en quitárselos ni siquiera en este pasillo turbio.

—Puedes quedarte aquí—, dice, tirando de las bolsas. —No tardaré mucho.

Mantengo un fuerte control sobre las bolsas y llamo a la puerta. La mujer que lo abre es la viva imagen de la Sra. Pisano, solo que mayor. Cabello negro salpicado de canas, los mismos ojos verdes y una nariz pequeña idéntica. Hay un centelleo en sus brillantes profundidades cuando aterrizan sobre su hija, pero tan pronto como me nota, ese destello desaparece.

—Mamá. Este es Alessandro—, dice la Sra. Pisano. —¿Podemos entrar?

La mujer mayor asiente y se hace a un lado. Cuando entramos, dejo que la Sra. Pisano tome las bolsas y se mueva para pararse junto a la pared, justo al lado de la puerta, enfocando mi mirada en la ventana al otro lado de la habitación. Incluso sin mirar alrededor, puedo ver que el interior del apartamento, aunque limpio y ordenado, no es mucho mejor que el edificio mismo. La madre y la hija se sientan en el destartado sofá y empiezan a mirar la ropa. Cada pocos minutos, la madre lanza una mirada rápida en mi dirección.

—Este es hermoso, Ravi—, dice, pero su tono no parece coincidir con el sentimiento. —Oh, y mira esa falda, te verás impresionante en eso.

La Sra. Pisano no dice una palabra, solo sigue sacando la ropa. De hecho, toda la escena se siente apagada. Escenificado de alguna manera, como si estuvieran actuando para mi beneficio. Giro la cabeza hacia un lado para poder verlas mejor, pero pretendo que todavía estoy mirando algo más allá de la ventana. Enseño mi expresión para que parezca vacía, incluso aburrida, para que dejen de prestarme atención. La Sra. Pisano alcanza la bolsa más grande, la que contiene el abrigo de piel sintética, y rápidamente la empuja detrás del sofá, fuera de la vista. Luego, saca algunas de las blusas y se las pasa a su madre, pero cuando llega a la cartera cara, también termina escondida detrás del sofá. Cuando terminan de examinar sus compras, vuelve a poner todo en las bolsas. Las botas, sin embargo, no están a la vista.

—¿Cómo estás?— pregunta su madre despreocupadamente mientras toma un pequeño papel doblado de la mesa de café y se inclina hacia su hija como para enderezar el cuello de su blusa. El papel doblado cambia de manos en una fracción de segundo.

—Estoy bien, mamá. La Sra. Pisano sonríe. —¿Cómo va el trabajo?

—Lo mismo. Voy a limpiar la casa de la Sra. Natello mañana y nuevamente el viernes.

—Me pasaré antes del viernes, entonces.

La señora Pisano se ajusta las gafas de sol, que todavía no se ha quitado, y mira por encima del hombro. —¿Dónde está Vitto?

—Conoces a tu hermano. Se quedó en casa de Ugo anoche. —La mujer mayor se encoge de hombros.

—¿Todavía pasan el rato?

—Sí. Al menos dejó de jugar a las cartas después... sabes...

—Bien. ¿Necesitas ayuda con algo?

—Estoy bien, Ravi.

—¿Qué hay de tu espalda? ¿Todavía duele?

—Esta mejor, pero creo que me pellizqué un nervio esta mañana cuando traté de lavar las ventanas.

—Caramba, mamá. La Sra. Pisano niega con la cabeza mientras se pone de pie y se retira a una pequeña cocina a mi derecha. Saca un trapo viejo de un cajón y agarra una botella de spray de debajo del fregadero antes de depositar ambos en el mostrador cercano. Luego, se arremanga la blusa de seda y se sube a una silla vieja y desvencijada que ha apartado de la pequeña mesa de la cocina apoyada contra una de las paredes. Mientras observo, Ravenna Pisano, la esposa de un capo de la Cosa Nostra, recoge los artículos de limpieza y comienza a lavar las ventanas de su madre. La miro, atónito, durante casi una hora mientras ella termina el vidrio, luego limpia todos los mostradores y gabinetes de la cocina y, finalmente, trapea el piso.



Cuando llego a casa esa noche, paso una hora repasando los libros de los Pisano. El plano del garaje que Félix me había enviado. Parece que fue un pequeño edificio de servicios en un punto que luego se amplió y renovó en un garaje. Tiene una alarma instalada, pero no es nada lo suficientemente complicado como para presentar un problema. El panel eléctrico está ubicado en el interior junto a la puerta lateral, lo que facilita el acceso a los cables que se dirigen hacia él. Perfecto. Recojo el plano de la mesa, camino hacia mi habitación y pego el papel a la pared, junto a la

copia impresa de la cuenta bancaria de Rocco. Luego, doy un paso atrás y miro detenidamente la vista que tengo delante. Toda la superficie de la pared está cubierta por un mosaico de papeles, fotos y notas. Conozco cada detalle clavado en esta pared. A lo largo de los años, he recopilado innumerables fragmentos de información, algunos con la ayuda de Félix y otros los extraje mediante sobornos o por la fuerza. Muchos eran callejones sin salida o pistas falsas, pero los mantuve de todos modos. No me gusta quedarme en un lugar por mucho tiempo en caso de que Kruger todavía me esté buscando, así que me he mudado con frecuencia durante los últimos ocho años para asegurarme de que no siga mi rastro. Cada vez, eliminé los elementos de mi muro de venganza y meticulosamente los reprimió, exactamente en el mismo patrón, en una nueva ubicación. Cada acción en ese proceso reabrió la herida en mi pecho, pero el dolor es bueno. El ritual me ayuda a mantener mi enfoque.

El primer elemento que siempre coloco en el centro de la pared es una foto de Natalie. En ella, lleva puesto un vestido naranja con lunares blancos por todas partes. Pensé que esa cosa era atroz. Pero el patrón brillante hizo que todo su rostro se iluminara cuando lo vio, y terminamos comprando el vestido. Clavar su cara sonriente en mi tablero de venganza siempre es la parte más difícil. Con cada traslado, siento como si un mazo me golpeará justo en el pecho, recordándome lo que me quitaron. Cada. Solitario. Minuto. Después de eso, agrego el informe del médico que detalla lo que intentaron hacer para mantenerla con vida en el hospital, y el informe de la policía sobre el incidente de tráfico que fue etiquetado como un golpe y fuga. Los siguientes elementos en subir, que rodean el punto focal, son las declaraciones de testigos escasamente escritas que afirman que no vieron nada, ni siquiera el color del automóvil. Félix tardó varios meses en obtenerlos

porque alguien se olvidó convenientemente de ingresar la información en el sistema y tuvo que pagarle al empleado para encontrar los estados de cuenta en papel hechos por las dos personas que estuvieron presentes durante la colisión.

Cuando finalmente tuve la oportunidad de hablar directamente con los dos testigos, ambos admitieron que vieron un auto deportivo rojo, pero no recordaban la marca ni el modelo. Me tomó casi un año encontrar al mecánico que trabajó en el auto deportivo rojo golpeado en la época en que mataron a Natalie. Parece que dirigía un taller de carrocería personalizada en Jersey, pero le pagaron generosamente para arreglar una parte delantera rota y el parabrisas de un Audi R8 en su garaje privado. No parecía interesado en compartir mucha información al principio, pero cambió de opinión después de que le rompí las piernas. Tuvimos una charla bastante productiva después. Dejé su lugar con un par de detalles importantes.

El hombre que apareció con un auto destrozado tenía poco más de veinte años, estaba claramente intoxicado y parecía un poco alterado. Una hora después, llegó un hombre mayor y discutieron en italiano. El mecánico no hablaba italiano, pero recordó que el hombre mayor le había dicho famiglia varias veces, lo que reconoció por ser un gran admirador de Los Soprano. El viejo luego puso un arma en la sien del mecánico y le indicó que arreglara el auto y mantuviera la boca cerrada. Aunque la cabeza de mierda no pudo proporcionar los nombres de los hombres, obtuve suficiente. El responsable de la muerte de mi esposa era miembro de la mafia italiana.

Mi padre era italiano, así que pensé que sería fácil entrar en la Cosa Nostra, especialmente para alguien con mis habilidades y los antecedentes que Félix me preparó. Me equivoqué. El

establecimiento cambió menos de un año antes, y el nuevo don era muy estricto con respecto a quién podía ingresar a la organización. Me tomó nueve meses entrar. Pasaron cuatro años más antes de que me abriera paso en el círculo interno y tuviera la oportunidad de profundizar más. Sin embargo, el tiempo no importaba. Estaba empeñado en encontrar al hombre responsable de la muerte de mi esposa sin importar cuánto tiempo tomara. Sabía que estaba buscando a alguien de los altos mandos, un soldado humilde no habría tenido dinero o influencia para encubrir la muerte de Natalie. Con el paso de los años, todavía no podía averiguar quién era. Pero me quedé. Y escuché. Cuando no hablas mucho, las personas tienden a olvidar que estás en la habitación o creen que no estás interesado en sus conversaciones. No digo mucho. Nunca tengo que hacerlo. Pero escucho todo.

Hace un mes, estaba jugando al póquer con algunos de los hombres, en su mayoría tenientes que trabajaban para un par de capos diferentes. Siempre me aseguro de perder más a menudo de lo que gano. A la gente le gusta eso. Se emocionan. Y cuando están emocionados, hablan. Carmelo ganó la última mano esa noche, y estaba parloteando acerca de estrellarse contra el escaparate de una tienda cuando estaba borracho e intentó estacionar su auto un par de noches antes.

—Tal vez debería pedirle a Elio que me arregle eso—, dijo, —como lo hizo cuando Rocco se estrelló con esa mujer en un paso de peatones. Dios, ¿recuerdas eso? Rocco también estaba tan jodido.

Todavía no sé cómo me las arreglé para mantener mi trasero en esa silla en lugar de salir corriendo a matar a esos dos hijos de puta. Pero me obligué a quedarme allí toda la noche, fingiendo calma y desinterés, mientras la rabia se gestaba dentro de mí. Cuando llegué a casa esa noche, agregué más fotos a mi muro.

Rocco Pisano, el asesino de mi esposa. Coloqué su foto encima de la de Natalie y dibujé una X roja sobre su cara. Elio Pisano: el padre de Rocco, quien lo ayudó a encubrir el crimen. otra X esos dos no fueron suficientes, sin embargo. Necesitaba martillarlo en casa. Ojo por ojo. Entonces, agregué la tercera foto.

Rávena Pisano. la esposa de Rocco. *Mi venganza.*

Capítulo 4



Los débiles rayos del sol de la mañana caen sobre la superficie del tocador que tengo delante, iluminando la multitud de frascos y estuches de maquillaje dispersos. Inclino mi cabeza hacia un lado y empiezo a aplicar la segunda capa de corrector sobre el moretón cerca de mi ojo izquierdo. No es tan malo desde que Rocco me abofeteó con la palma abierta. La marca casi se ha ido, pero no quiero correr ningún riesgo. Estará nublado hoy, y me veré ridícula usando lentes de sol. Cuando estoy satisfecha con mi trabajo, recupero el papel que he escondido en mi sombra de ojos y la despliego.

Tacones nude, pero solo cuero genuino. Italiano.

Chal y suéter – color pastel, preferiblemente azul.

Pendientes de perlas.

Es una lista de las cosas que le gustaría a la Sra. Natello la próxima vez. Los zapatos y la ropa no son un problema. Los encontraré fácilmente en las boutiques. Pero los pendientes plantearán un problema. Mi marido suele comprarme oro, así que no tengo un par de perlas en mi colección de joyas. Y no me puedo arriesgar a comprarlos porque ya tengo un colgante de oro no hace menos de dos semanas. Si empiezo a comprar joyas con demasiada frecuencia, Rocco se dará cuenta y me exigirá que use algunas de

las piezas nuevas. Debajo de la lista, se encuentran cuatro oraciones.

No puedo dormir por la noche debido a la preocupación, passerotta⁴.

Por favor considera decírselo a Don Ajello de alguna manera, o déjeme hacerlo a mí.

Por favor.

Te amo, Ravi.

Paso mi pulgar sobre la pulcra letra de mi madre. Desde que era niña, a mi mamá le encantaba esconder notas cortas para Vitto y para mí en nuestra habitación y esperar a que las encontráramos. Nunca fue nada importante, solo unas pocas palabras como: —Vamos a cenar tu pizza favorita— o —Escuché que te fue bien en tu examen. ¡Buen trabajo! — escrito en hojas plegadas. Las notas nunca fueron firmadas, pero siempre supimos que eran de mamá. Mi padre nunca fue del tipo abiertamente cuidadoso, y su letra parecía como si un cuervo mojara su pata en tinta y escribiera la cosa.

Una sonrisa triste tira de mis labios. Mamá siempre ha hecho todo lo posible para compensar la falta de afecto de mi padre y hacer que Vitto y yo nos sintamos amados. Saber la verdad sobre mi matrimonio y guardar silencio la está matando, pero le hice prometer que no le dirá una palabra a nadie. Antes de casarme con Rocco, me imaginaba terminando la universidad y comenzando una familia. Esperaba tener un esposo que no fuera solo una figura decorativa, sino un hombre que me amara de verdad. Dos, tal vez tres niños para mimar. Y un hogar lleno de calidez. Fue un lindo sueño. ya no sueño Lo único que tengo ahora es la determinación de salir de esta pesadilla.

⁴ Gorrión

En los primeros días después de mi boda, me engañé con la idea de que encontraría la manera de contarle a alguien lo que estaba pasando y pedir ayuda, pero Rocco me quitó el teléfono y me prohibió hablar con nadie excepto con el ama de llaves y las criadas... Mi mamá y mi hermano eran las únicas personas a las que tenía permitido ver, pero siempre bajo supervisión. Tenerme encerrada en la casa generaría preguntas, así que Rocco insistió en que fuera a hacerme la manicura y hacer algunas compras. De esa manera, la gente no sospecharía nada. Rocco o un guardaespaldas siempre estaban conmigo cada vez que salía de la casa. Sin medios para contactar a nadie y estando bajo vigilancia constante, mis manos estaban atadas. Las notas secretas entre mi madre y yo eran lo mejor que podíamos hacer, y solo cuando lográbamos intercambiarlas sin que mi equipo de seguridad se diera cuenta. A Rocco le encanta arrastrarme a cenas y fiestas con otros miembros de Cosa Nostra, y siempre hay mucha gente. Esperaba que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero no sucedió. En público, Rocco ha tenido mucho cuidado de no atacarme cuando hay otras personas cerca, y nunca me ha hecho daño delante de testigos. Pero estoy segura de que algunas personas se han dado cuenta. Como el guardia de la puerta, cuando tenía un gran moretón en un lado de la cara hace tres semanas. Había venido a la ventana de Rocco, preguntando algo sobre el cambio de turno, y vi sus ojos agrandarse cuando me vio. Pero rápidamente desvió la mirada. Después de un mes, saqué mis esperanzas de mi cabeza y decidí que necesitaba salvarme. No existe tal cosa como un caballero de brillante armadura. Por lo menos no para mí.

En una de las notas, le pedí a mamá que le pidiera a Melania, mi mejor amiga de la infancia, que me consiguiera las pastillas de placebo de Viagra. En el siguiente, le dije que viera cuál de sus clientes estaría interesado en comprar mi ropa sin usar. La media

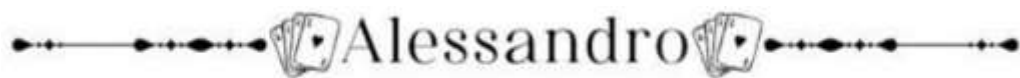
hermana de Capo Cosimo, la anciana cascarrabias para la que mi madre ha trabajado durante décadas, dijo que sí. Tuve que recurrir a comprar la ropa que ella quería porque la señora Natello es mucho más alta que yo.

El sonido de las hojas aplastadas por los neumáticos me llega desde más allá

de la puerta abierta del balcón. Arrugo la nota de mi mamá y la guardo en mi bolsillo para

desecharla más tarde. Con una última mirada en el espejo, agarro mi abrigo del respaldo de la silla y salgo corriendo de la habitación.

Hay trabajo por hacer.



—El reporte de ayer—, ladra Rocco en el momento en que entro a su oficina.

—Como estaba planeado, — digo. —Compras. Almuerzo. El lugar de su madre. De vuelta a la mansión. — Rocco frunce el ceño y se inclina sobre su escritorio, obviamente menos que encantado con mi informe.

—Necesito que seas más específico que eso, Zanetti. ¿Se reunió o habló con cualquiera? ¿De qué hablaron ella y su madre mientras estuviste allí? ¿Me mencionaron? Quiero saber todo, incluso lo que ordeno el restaurante.

—Visitamos cinco tiendas donde compró un montón de ropa y zapatos. No conoció a nadie ni habló con nadie más que con los empleados de la tienda. No fuimos a un restaurante. Agarró un pastel de una panadería en el centro comercial.

—¿Relleno? — él pide.

Inclino mi cabeza. —¿Qué?

—¿Cuál fue el relleno, Zanetti? Ravenna no puede comer dulces a menos que yo lo permita específicamente.

Puse mi mano derecha en mi costado. El bastardo enfermo controla lo que come su esposa. —Era un pastel de queso.

—Bien. Continúa con lo que sucedió en casa de su madre.

—Hablaron— digo entre dientes.

—¿Acerca de?

—Sobre la ropa que compró. Y luego nos fuimos.

Rocco toma un bolígrafo del escritorio y comienza a dar golpecitos en el borde del vaso que está frente a él con un ritmo lento y desigual. El sonido es extremadamente irritante, amenazando mí ya débil control. Cada vez que está en mi campo de visión, necesito emplear todas las malditas técnicas de autocontrol que conozco, para no matar al hijo de puta en el acto. ¿Piensa alguna vez en la mujer a la que le quitó la vida? mi esposa se acostó en un charco de su propia sangre, en medio de la calle durante casi media hora hasta que llegó la ambulancia. Ese día, a pocas cuadras de distancia, un piso superior del estacionamiento de la ciudad se derrumbó, matando e hiriendo a varias personas. El tráfico estaba paralizado por millas. Los departamentos de bomberos y policía ayudaron con el rescate y la evacuación. El personal médico estaba ocupado evaluando y trasladando a los

heridos a las instalaciones cercanas. En medio del caos, el vehículo de emergencia tardó demasiado en llegar a Natalie. Una vida en una ciudad de millones. Una muerte que sacudió mi mundo. Por supuesto, él no dedica un pensamiento a ella. Probablemente olvidó que alguna vez sucedió. Pero le haré recordar cuando llegue el momento. Recordará a la mujer que mató cuando abra a su esposa frente a él y lo haré ver cómo la vida se filtra lentamente fuera de ella.

La imagen de Ravenna Pisano tirada en el suelo, cubierta de sangre, parpadea ante mis ojos. Siempre me ha resultado reconfortante imaginar la forma en que mataría a la esposa del hijo de puta, como finalmente cumplir una promesa de toda la vida y deshacerme del peso de la carga que llevo, pero ahora, en lugar de la paz mental, surge algo más en mi interior. es negación

La imagen del rostro ensangrentado de la señora Pisano se desdibuja en mis pensamientos y se transforma en una mujer desconocida. Clavo mis uñas más profundamente en mi palma mientras aprieto mi puño y me concentro en la pluma Rocco todavía está golpeando el cristal, tratando de empujar la imagen de Ravenna Pisano de vuelta a donde imaginé que estaría. no funciona

—¿Y no pasó nada más, Zanetti?— pregunta Rocco. —¿Nada inusual?

Aparto los ojos del bolígrafo que sostiene y me encuentro con su mirada. Su esposa escondiendo ropa en secreto en casa de su madre probablemente contaría como inusual. Además de que su amiga le diera una sustancia desconocida de la farmacia.

—No, — digo.

—Bien. — Arroja el bolígrafo sobre el escritorio y enciende su computadora portátil. —Ravenna probablemente te esté esperando en la puerta principal. Tiene programada su cita semanal en el spa. Por supuesto que sí. Parece que las únicas cosas que le interesan a la Sra. Pisano son las compras y tratamientos de belleza. Mi mente va a la escena de ayer cuando la vi fregar la cocina de su madre para que la mujer mayor no se lastimara más la espalda. No cuadra.

Asintiendo, salgo de la oficina.

Tal como dijo su esposo, Ravenna Pisano está parada junto a la puerta principal, sosteniendo su abrigo sobre su brazo. Extiendo la mano para quitarle el abrigo, pero rápidamente da un paso atrás.

—Por favor, no lo hagas—, dice ella.

—¿Por qué?— Pregunto.

—Solo... no.

Se pone el abrigo, abre la puerta y sale. La sigo mientras baja corriendo los escalones de piedra y se detiene en el último con la cabeza inclinada hacia el cielo. No hay nada arriba que atraiga su atención, solo nubes grises. Se queda así durante casi un minuto, respirando profundamente y mirando la vasta nada antes de dirigirse al auto.



Situado en un edificio moderno, el Centro de cuidado ocupa todo el segundo nivel y promete a sus clientes nada menos que el cielo y el lujo. Eso es si uno va a creer el letrero en el vestíbulo que nos dirige a este lugar. Mientras la Sra. Pisano camina hacia el mostrador de recepción, el sonido de sus tacones resuena en el

piso de mármol, de alguna manera complementando los relajantes sonidos de la naturaleza que se escuchan en los parlantes bien escondidos.

—Señora. Pisano. La chica al otro lado del escritorio sonríe.
—Encantado de volverla a ver.

Hazel le está esperando.

—Gracias. — La señora Pisano asiente y se gira para mirarme.
—Tienes que esperar aquí.

Los hombres no pueden entrar.

Levanto una ceja.

—Este es un spa solo para mujeres, Alessandro. Hay mujeres desnudas allí. Por favor espere aquí. No iré a ninguna parte.

Toda la explicación se derrama de una sola vez, y el tono de su voz es ligeramente más alto de lo habitual. Está nerviosa y trata de ocultarlo. ¿Por qué estaría nerviosa por su cita en el spa? Me concentro en su rostro y asiento.

—Debería terminar en cuatro horas. Es una depilación corporal completa y tratamientos de limpieza facial y luego un masaje. Toma mucho tiempo. — Ella hace señas a la puerta de la izquierda. —Hasta luego.

Observo a la Sra. Pisano mientras desaparece, luego tomo asiento en una de las

sillas de cuero blanco colocadas contra la pared y espero. Mujeres elegantemente vestidas entran y salen, pasando por debajo de dos enormes candelabros de cristal que cuelgan del techo alto e iluminan el elegante interior blanco y dorado. Un extraño y dulce aroma a flores y coco me hace cosquillas en la

nariz. Impregna el aire como si alguien arrojara una tonelada de sales de baño en algún lugar cercano. Mis ojos recorren el elaborado espacio y veo un folleto sobre la mesa de café, vislumbrando los precios extravagantes. Jesús, no es de extrañar que este lugar parezca que puede rivalizar con una galería de arte o un pequeño museo. Incluso hay pinturas que decoran las opulentas paredes. No me sorprendería si el precio de esos es de cinco cifras. Apartándose de la escultura de mármol blanco que se encuentra junto a la recepción. Me concentro en la puerta por la que pasó antes la señora Pisano. Tiene un aspecto idéntico a las otras seis puertas que dan a esta zona de recepción.

No tiene nada de especial excepto por el hecho de que, en la última hora, ninguno de los otros clientes ha pasado por esa. Miro rápidamente mi reloj, luego dejo mi lugar y me dirijo hacia la salida. El edificio del Centro de cuidado está ubicado entre dos más pequeños. El de la izquierda es espacio para oficinas: los cubículos con escritorios y equipos informáticos son visibles a través de las ventanas del piso al techo. El edificio de la derecha, sin embargo, parece ser residencial, sus ventanas y balcones dan al spa. Estoy seguro de que hay una que tendrá una vista de la habitación en la que entró la Sra. Pisano, así que me dirijo al interior del edificio de apartamentos. Hay cinco residencias a cada lado del pasillo del segundo piso. Me detengo en el tercero a la izquierda y toco el timbre. Un hombre de unos treinta años abre la puerta y retrocede rápidamente cuando ve el arma en mi mano. Necesito echar un vistazo desde tu balcón digo. El rostro del hombre pierde color y rápidamente se hace a un lado. No pronuncia una palabra mientras cruzo la sala de estar para abrir la puerta corrediza y salir.

La mayoría de las ventanas pertenecientes al Centro de cuidado están empañadas, oscureciendo todo lo que sucede en el

interior. Sin embargo, hay dos, en mi línea de visión directa, que no lo son. Estas claramente no pertenecen a salas de tratamiento u otras instalaciones de spa porque puedo ver espacio de oficina con varios escritorios adentro. En uno de ellos, Ravenna Pisano está sentada frente a una computadora, tecleando vigorosamente algo en el teclado. Otra mujer está sentada a su lado, sosteniendo una carpeta azul gruesa y un bolígrafo. El escritorio está de espaldas a la ventana, así que puedo ver el monitor iluminado, pero estoy demasiado lejos para poder discernir en qué están trabajando. Los observo por un par de momentos, luego dejo el apartamento y a su residente asustado, y regreso al spa para esperar mientras mi protegida termina su —tratamiento de belleza.



Más tarde esa noche, después de dejar a Ravenna Pisano en casa, conduzco de regreso a el Centro de Spa. Todo el tiempo mis pensamientos están llenos de lo que pasó esa tarde. Cuando la Sra. Pisano salió, todo lo que hizo fue agradecerme por esperar. Nuestro viaje de regreso a la mansión pasó sin una palabra. La miré un par de veces a través del espejo retrovisor y parecía demasiado tensa para una mujer que supuestamente pasaba la mitad del día en el spa. La tensión no abandonó su diminuto cuerpo cuando llegamos, y salió de mi auto. Pasó a mi lado mientras le abría la puerta y entró en la casa sin mirarme a los ojos ni una sola vez.

Domino mis pensamientos y me concentro en la tarea que tengo entre manos. Hay una escalera de incendios en la parte trasera del edificio y la uso para llegar al segundo piso. Después de un reconocimiento rápido, abro la cerradura de la puerta de salida de emergencia y neutralizo el sistema de seguridad. No tuve

tiempo de obtener el plano de planta del edificio, pero encontrar la oficina que busco no es difícil. La carpeta azul que vi antes en manos de la mujer sentada con Ravenna Pisano todavía está sobre el escritorio. Lo abro y hojeo las copias impresas dentro. Órdenes de suministro. Una factura por el arrendamiento de la ubicación. Recibo de una limpieza en seco. Más extractos de artículos que requiere el centro de spa. Regresé la carpeta donde la encontré y encendí la computadora. El monitor se ilumina y muestra la pantalla de inicio de sesión. Sobre el campo de contraseña en blanco, el nombre de usuario dice Hazel con la palabra Contabilidad al lado. *¿Por qué demonios la esposa de un capo se ocuparía en secreto de la contabilidad de un centro de spa?*

Capítulo 5



Hay algo relajante en ver la puesta de sol cuando el silencio envuelve el entorno y no hay nadie más alrededor. Bueno, nadie excepto mi guardaespaldas que ha sido la sombra oscura siempre presente siguiéndome durante los últimos siete días. Miro rápidamente a Alessandro, que está de pie junto a un árbol a unos quince metros de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Con mis guardaespaldas anteriores, no tuve problemas para ignorar su presencia, pero ese no es el caso con Alessandro. Es difícil pasar por alto una montaña de un hombre que persigue cada uno de tus pasos. E incluso cuando está fuera de la vista, todavía puedo sentir su proximidad. Él, por otro lado, finge que soy una tarea sin rostro y aborrecida que necesita cumplir.

Ha pasado una semana desde que asumió este papel y su comportamiento no ha cambiado desde el primer día. Él hace su trabajo y no me habla a menos que sea absolutamente necesario. Ni siquiera me mira directamente, sus ojos normalmente están enfocados en algún lugar sobre mi cabeza. Pero unas pocas veces nuestras miradas se conectaron, y aún podía ver el desprecio en sus profundidades. Me odia, tal como lo hizo en el momento en que lo conocí. no sé por qué Solo sé que lo hace. Extiendo la mano

para romper con cuidado una rosa congelada frente a mí, y mira los frágiles y marchitos pétalos amarillos en mi mano. Las rosas estaban en plena floración cuando vine por primera vez a esta casa hace poco más de un año. También fue el día que conocí a mi futuro esposo.

Las dos criadas de Rocco se habían contagiado de un virus estomacal y, como mi madre a menudo limpiaba casas para los miembros de la Cosa Nostra, incluso para uno de los guardias de seguridad de Rocco, la llamaron para que la reemplazara. Vine con mi madre para ayudar porque ha tenido problemas de espalda durante años. El médico le dijo que no podía hacer trabajos manuales pesados, pero lo que ganaba en mi trabajo de contabilidad y el restaurante no era suficiente para cubrir las facturas médicas de mi padre, por lo que no tuvo más remedio que trabajar también. Llegamos a las siete de la mañana y salimos pasadas las nueve de la noche. Entonces vi a Rocco sólo de pasada. Estaba trapeando el vestíbulo cuando llegó a casa y entró en su oficina, dejando huellas mojadas por todo el piso que acababa de lavar. Le estaba gritando a alguien por teléfono y ni siquiera me había notado, pero incluso ese breve encuentro me molestó. Volvimos al día siguiente porque la casa era demasiado grande para que dos personas la limpiaran de una sola vez. Estaba quitando el polvo a una de las esculturas en la oficina de Rocco cuando él entró y comenzó a gritarme que tuviera más cuidado. Todavía puedo recordar la forma degradante en que me miró entonces. Cuando nos íbamos, me juré a mí misma que nunca más volvería a poner un pie en esa casa. Desafortunadamente, el destino tenía un plan diferente para mí. Aplasto los pétalos congelados en mi mano y los tiro. Dándome la vuelta, me dirijo hacia la pequeña glorieta a un lado. La sombra viva me sigue.

Hace demasiado frío para el suéter de lana que llevo puesto, pero no puedo obligarme a volver a la casa a buscar una chaqueta. Prefiero correr el riesgo de que me moquee la nariz que entrar en ese lugar espantoso si no es absolutamente necesario. Una de las sillas del interior del mirador tiene un cojín, una ligera barrera contra el frío. Lo giro para que quede de espaldas a la casa y tomo asiento. Unos momentos después, el crujido de las hojas congeladas me alerta cuando Alessandro viene a pararse en algún lugar a mi espalda. Cerrando los ojos, inclino la cabeza hacia el sol poniente e inhalo, dejando que el olor del aire frío del invierno llene mis pulmones.

—¿Tienes un apodo?— Pregunto. Algunas hojas más son aplastadas bajo sus pies, un poco más cerca esta vez.

—Sí.

Su voz tiene un timbre tan agradable. Como el ronroneo de un gran gato salvaje. Una pantera al acecho. Justo antes de que te coma. Espero a que continúe, pero lo único que puedo escuchar es el zumbido lejano de una aspiradora proveniente de la mansión.

—Y, ¿me dirás cuál es?

—Sí.

Levanto mi mano y presiono mis dedos sobre mi boca para sofocar una risa. Le gustan mucho sus respuestas monosilábicas. O tal vez no le gusta la idea de hablar conmigo. Probablemente debería dejar al hombre solo, pero me gusta demasiado el sonido de su voz. Y como ambos estamos de espaldas a la casa, nadie puede decir que estamos hablando.

—¿Entonces qué es? — presiono —Apuesto a que es algo corto.

—Az.

Una risita escapa de mis labios. No puede ser más corto que eso. Me gusta más su nombre completo.

—Rocco mencionó que trabajabas para el don antes de que te transfirieran aquí— digo. —¿Equipo de seguridad también?

—Sí.

—¿Para el Don?

—Su esposa.

Trato de recordar cómo es la esposa de Salvatore Ajello, pero no puedo. Ambos asistieron a mi boda, y recuerdo que la gente cotilleaba sobre ella, sin embargo, yo estaba demasiado distraída ese día para prestar atención.

—¿Cómo es ella?

Se producen unos momentos de silencio antes de que responda, y cuando lo hace, casi me caigo de la silla por su respuesta.

—Chiflada.

—No estoy segura de que sea prudente llamar chiflada a la esposa del don en voz alta. un resoplido se me escapa mientras me río de las palabras.

—Quizás.

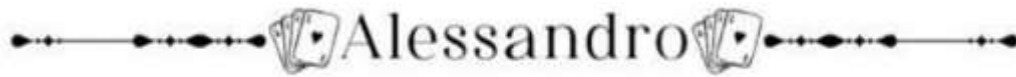
Miro por encima del hombro. Alessandro está apoyado en el árbol junto a la glorieta, su mirada fija en mí. De repente, como si todo lo demás se desvaneciera de la existencia, sus ojos duros y oscuros capturan los míos, y me encuentro incapaz de apartar la

mirada. Alessandro se aparta del árbol y, dando unos cuantos pasos largos, se para justo detrás de mí silla.

—Pero eres buena guardando secretos. — Levanta su mano y coloca su dedo índice debajo de mi barbilla, levantando mi cabeza. —¿No es así, señora Pisano?

Hay esa hostilidad en sus ojos otra vez, pero su toque es tan suave, apenas allá. Parpadeo y rápidamente miro hacia otro lado, su dedo se desliza de mi cara. Levanto mis piernas, envuelvo mis brazos alrededor de mis rodillas dobladas y vuelvo mi mirada a la extensión de cielo anaranjado sobre el horizonte. El sonido de pasos que se alejan resuena detrás de mí mientras Alessandro se aleja. No trato de ver a dónde va, demasiado absorta en la sensación aún persistente de su toque fugaz y el aleteo infligido en mi pecho. Unos minutos más tarde, lo escucho acercarse de nuevo. O tal vez solo lo siento. Todavía estoy concentrada en el cielo cuando algo suave y esponjoso aterriza en mi espalda. Miro hacia abajo, mirando los bordes de la manta que Alessandro colocó sobre mis hombros, mientras los últimos rayos del sol poniente se hunden detrás de las ramas desnudas de los árboles.

Capítulo 6



Doy un paso sobre el césped y me dirijo hacia el garaje, asegurándome de caminar unos metros más hacia la izquierda que ayer. La cámara montada en el poste de luz junto a la entrada cubre un ángulo más amplio de lo que pensaba, y necesito determinar cuánto más ancho.

Todas las mañanas cuando llego a la mansión Pisano, tomo un aparentemente paseo casual por los terrenos, y para cualquiera que se pregunte, probablemente parezca que solo estoy caminando mientras espero que mi asignación esté lista. Sin embargo, no hay nada aleatorio en mi intención.

El mapa de la propiedad de Pisano, que está clavado en mi pared, tiene todas posiciones de la cámara marcadas con un círculo alrededor de cada una, mostrando el área aproximada que cubre. No confío en la aproximación, así que

todas las mañanas tomo el camino que creo evitará los espacios monitoreados por cámaras. Cuando llego a casa por la noche, reproduzco la grabación de esa mañana, observo los lugares donde me captaron las cámaras y ajusto mi ruta la próxima vez. Durante los diez días de reconocimiento, he establecido la mayoría de las ubicaciones en el camino de entrada y el jardín delantero

donde las cámaras no llegan. Una semana más o así, y haré que registren toda la propiedad.

Se abre la puerta del balcón del segundo piso y sale Ravenna Pisano, vestida con una larga túnica de raso blanco. Doy un paso detrás de un tronco grueso para poder mirarla sin ser visto. Su cabello negro está recogido en un moño, como siempre, e incluso desde esta distancia, puedo ver que lleva mucho maquillaje. Crea un gran contraste con su delicado vestido mientras ondea en el viento. Se parece a una de las estatuas de mármol esparcidas por el césped. Fría. Intocable.

Su esposo me llamó esta mañana, dándome su horario para el día. Y preguntando si tengo algo que informar. Como hago todas las mañanas, dije: *Nada fuera de lo común sucedió el día anterior*. Pero la cuestión es que lo que Rocco Pisano considera ordinario es todo lo contrario. Su esposa no parece tener amigos ni conocidos. Aparte de su madre, nunca conoce a nadie. Compras, tratamientos de spa, almuerzos ella siempre va sola o con... su esposo. Ayer la llevé a un parque donde pasó tres horas caminando antes de llevarla a casa.

No sé por qué diablos no puedo dejar de pensar en ella. Desde el momento en que la vi, ha estado apareciendo constantemente en mi cabeza. No tengo por qué pensar en la esposa de Rocco Pisano más que decidir cómo voy a matarla, pero las ideas que inundan mi mente no tienen nada que ver con su cuerpo cubierto de sangre. Todo lo contrario. Me imagino mis dedos en su cabello después de sacarlo de ese maldito moño. Mis manos sobre su piel blanca lechosa, explorando su cuerpo pecaminoso mientras ella gime debajo de mí. Dejando suaves besos a lo largo de la línea de su delicado cuello donde había planeado abrirlo. Sólo pensar en ella me pone duro. La parte lógica de mí se siente enferma por eso.

no he tocado a una mujer durante ocho años porque ni el sexo ni ningún otro tipo de placer físico me han interesado lo más mínimo. La venganza era mi único deseo. Viví para ello. Nada más importaba. Y ahora, estoy deseando a uno de mis objetivos. Es como si el destino hubiera decidido joderme como un rey.

Ravenna Pisano se da la vuelta y vuelve a entrar, cerrando el balcón a su paso. Permanezco escondido detrás del árbol durante casi media hora, tratando de alejar las imágenes de su cuerpo desnudo debajo del mío. Y fallando.



—Voy a tomar algo de desayunar y luego podemos irnos—, dijo la Sra. Pisano dice mientras desciende la gran escalera que divide la casa en dos alas, luego cruza el vestíbulo y se dirige hacia el pasillo que conduce a la parte este del piso principal. El enorme comedor está en la parte opuesta de la casa, y es donde siempre come, incluso cuando come sola. Es bastante idiota, en mi opinión, que ella se siente sola en una mesa lo suficientemente larga para acomodar a doce, pero parece que así es cómo funcionan las cosas aquí.

La sigo por el pasillo que conduce a la cocina, aprovechando la oportunidad para memorizar esta parte de la casa. Solo las criadas y el ama de llaves han entrado en este pasaje, así que lo he evitado mientras Rocco ha estado en casa porque no quiero levantar sospechas. Pero se fue temprano esta mañana, antes de mi llegada.

—¿Podría traerme un poco de jamón y queso, Abby?— La voz de Ravenna Pisano me llega desde la habitación al final del pasillo.

—Lo siento, señora Pisano—, responde la voz entrecortada del ama de llaves, —pero el jefe dijo solo pan y agua.

Me detengo en seco a un paso de la puerta que conduce a la cocina.

—¿Puedo obtener leche en lugar de agua?

No se me escapa la satisfacción en el tono de voz del ama de llaves cuando responde: —Sr. Pisano fue muy claro en sus pautas sobre las comidas que debo preparar para usted. ¿Debería llamarlo y preguntarle sobre su solicitud?

—No claro que no. Esto está perfectamente bien, Abby.

Aprieto los dientes y entro en la cocina. Ravenna Pisano está de pie junto al mostrador, con un vaso de agua en una mano y un plato en la otra. Un plato con una sola pieza de pan encima.

—Fuera—, le digo.

Ambas mujeres me miran con sorpresa y conmoción en sus ojos me encuentro con la mirada del ama de llaves.

—Ahora, Abby.

Parpadea confundida y corre a través de la cocina hacia la puerta. Cuando pasa, estiro la mano y agarro su brazo. —Y mantén la boca cerrada, a menos que quieras que yo te la cierre. —Me inclino para susurrarle al oído. —Permanentemente.

Abby asiente y sale corriendo de la cocina. Cierro la puerta una vez que ella pasa y me vuelvo hacia la Sra. Pisano, quien me mira con los ojos muy abiertos. Paso junto a ella y saco una silla de una pequeña mesa junto a ella. —Siéntese.

Ella mira la silla por unos momentos, luego coloca su vaso y plato sobre la mesa y toma asiento. Me dirijo a un gran

refrigerador negro en la esquina y lo abro, escaneando los artículos. dentro de este localizo leche y queso, pero no veo jamón por ninguna parte. Después de mover algunos de los contenidos, encuentro dos paquetes de lonchas de jamón detrás de una fila de condimentos. Cierro de golpe las puertas del frigorífico y llevo la comida a la mesa donde la señora Pisano está sentada con los ojos pegados a su plato. Templando mi disgusto con esta jodida situación, coloco los comestibles frente a ella en el mismo orden en que los pidió (jamón, queso y, por último, una jarra de leche), luego me doy la vuelta y salgo de la cocina.



El semáforo cambia a rojo. Me detengo detrás de un camión blanco y miro por el espejo retrovisor. La Sra. Pisano está sentada con los ojos fijos en su regazo. No ha dicho una palabra desde que salió de la cocina esta mañana. La llevé a otra juerga de compras y luego a la casa de su madre, donde de nuevo, de forma encubierta, dejó algunas de las cosas que compró. Un suéter y un chal esta vez.

La primera vez que presencié esto, pensé que la ropa podría haber sido para su madre. Pero una vez que tuve la oportunidad de considerar lo que estaba pasando, me di cuenta de que ambas mujeres tienen aproximadamente el mismo tamaño. Dado que todos esos artículos parecían demasiado grandes para ella, la ropa que la Sra. Pisano escondió detrás del sofá debe ser para otra persona. Antes de irnos, noté que deslizaba una joya debajo del cojín del sofá. No visitamos ninguna joyería hoy, así que asumo que es algo de ella.

El semáforo se vuelve verde y muevo mis ojos hacia el camino, pero la escena de esta mañana permanece en mi mente.

—¿Por qué?— Pregunto. Me ha estado carcomiendo durante horas. ¿Por qué ese hijo de puta controlaría lo que come su puta esposa? Y, lo que es más importante, ¿por qué diablos me importa una mierda?

—¿Disculpa?

—El desayuno— digo.

Cuando ella no responde, miro por el espejo retrovisor, esperando encontrarla mirándome por atreverme a preguntar. Ella no es deslumbrante. La expresión de su rostro es difícil de interpretar. Sus labios están apretados y sus ojos saltones. Un instante después, se echa a reír. Es como magia. Una risa desenfundada y aguda que me recuerda el canto de los pájaros. Debería estar vigilando la carretera, pero no puedo quitarle los ojos de encima.

Estoy tan cautivado por la vista que quito el pie del acelerador para que no choquemos y la miro.

—Lo siento, pero ¿el desayuno? — Ella resopla y estalla en otra ronda de risitas —¿Tienes algo en contra de las oraciones compuestas?

Quiero que siga riéndose, pero no estoy seguro de cómo manejarlo. En todo el tiempo que he pasado en casa de los Pisano, no creo haber visto reír a Ravenna Pisano ni una sola vez.

—Tal vez—, digo.

Ella niega con la cabeza y se limpia debajo de los ojos con los dedos. —El desayuno es una de las cosas de Rocco. Le gusta enfatizar que él es el único proveedor de nuestro hogar, así que, a

veces, cuando él no está en casa durante una comida, solo recibo pan y agua como recordatorio.

—Mi agarre se aprieta en el volante. —¿Con qué frecuencia es a veces?—

—Un par de veces al mes.

Una bocina suena en algún lugar detrás de nosotros. Piso el acelerador y giro, mi mente devuelta a concentrarse en lidiar con el tráfico. Cuando miro por el espejo retrovisor un momento después, la señora Pisano ya no sonríe. Conducimos el resto del camino a la mansión en silencio. me esfuerzo mucho por mantener mis ojos en el camino, pero siguen deambulando hacia ese maldito espejo cada dos minutos. Después de estacionar frente a la casa, recojo las bolsas de compras del asiento del pasajero y salgo. La Sra. Pisano ya ha dejó el auto y camina hacia la puerta principal, agarrando los costados de su abrigo blanco contra su pecho.



He estado tan sumida en mis pensamientos que me doy cuenta de que Alessandro me ha seguido escaleras arriba solo después de que me detengo frente a la puerta de mi habitación. Tomando una respiración profunda, me doy la vuelta y me estiro para tomar mis bolsas, pero cuando mis dedos se envuelven alrededor de las azas de cinta, él no las suelta.

—¿Tu esposo te ha estado lastimando?

La voz profunda de Alessandro viene desde arriba de mi cabeza. Mi cuerpo se queda quieto. Trago saliva y, sin mirar hacia

arriba, niego con la cabeza. Su enorme mano entra en mi campo de visión mientras toma mi barbilla entre sus dedos e inclina mi cabeza hacia arriba. Debería estar intimidado por su altura sobre mí mientras sus ojos oscuros y penetrantes se clavan en los míos, pero su toque es ligero como una pluma y no me hace sentir amenazada. Su mirada es firme, y me doy cuenta de que sus ojos no son negros, sino del tono más profundo de azul.

—Podría haber jurado que son negros— murmuro.

—¿Qué?

—Tus ojos.

La punta de su pulgar comienza a moverse hacia un lado, trazando la línea de mi mandíbula. Un hormigueo comienza en mi estómago. Cierro los ojos por un momento y disfruto de su toque.

—Pregunté, ¿te está haciendo daño?

¿Puedo confiar en él? ¿Debería arriesgarme a decirle la verdad? Si solo fuera mi vida la que estuviera en juego, lo haría. Pero no puedo arriesgar la vida de mi madre y mi hermano. Si Rocco se entera de que intento escapar, probablemente nos mate a todos.

—No.— Abro mis ojos. —Por supuesto que no.

Alessandro asiente y suelta las bolsas. El dedo en mi barbilla permanece por un momento más antes de darse la vuelta y regresar por el pasillo. Me quito el abrigo, luego llevo mis compras a la cama y empiezo a guardar las cosas que he comprado. Blusas de seda. Suéteres de cachemira. Zapatos que cuestan más de seis meses de renta de mi mamá. Rocco insiste en que solo use marcas particulares, preferiblemente algo donde el logotipo o las etiquetas sean visibles. A veces, me siento como una valla publicitaria ambulante que anuncia lo rico que es mi esposo.

A la gente le encanta hablar a mis espaldas, especialmente en las fiestas. Ellos chismean de lo bien que lo hice, Atrapando un premio como Rocco. Un cuento de hadas de la vida real sobre una niña pobre que termina casada con un capo. Uno que la colma de joyas y ropas caras. No tienen idea de lo que sucede detrás de puertas cerradas y cómo se usan esas baratijas brillantes para cubrir los moretones. Con mucho gusto lo cambiaría todo para recuperar mi antigua vida. Mi familia, a la que solo puedo visitar bajo supervisión. Amigos, que estos días vuelven la cabeza en otra dirección cuando me los encuentro inesperadamente mientras estoy fuera. Dejé de llamar, así que creen que ahora soy demasiado bueno para ellos. Y mis sueños de ir a la universidad y encontrar un buen trabajo para poder ayudar a mi mamá. Quiero esos de vuelta.

Pero, sobre todo, desearía tener todavía mis esperanzas de casarme por amor. Darme cuenta de que probablemente nunca tendré una familia fue el golpe más duro. No estoy seguro de si Rocco es capaz de tener hijos, pero incluso si lo fuera, nunca podría meter un niño en este lío. Las tabletas placebo del Viagra no son las únicas píldoras que Melania me ha estado suministrando.

Una vez que tengo todos los zapatos y la ropa guardados en el armario, alcanzo la última bolsa y saco el vestido de terciopelo negro. Rocco me envió el enlace de esta prenda en particular hace unos días, ordenándome comprarla para la próxima fiesta. Como todos los otros vestidos que me hace usar, es corto, ajustado y muestra demasiado escote. Dejo el horrible vestido en una percha y salgo al balcón que da al patio delantero. Hace frío afuera, pero no me importa. Cerca de la glorieta de hierro que se encuentra a cierta distancia más allá del garaje, acecha la figura de un hombre. A Alessandro no parece molestarle el frío mientras permanece de

pie, inmóvil, y observa los alrededores. Apoyo mi hombro en la puerta del balcón y sigo su mirada, tratando de averiguar lo que está mirando. Está al borde de un jardín bastante agradable, pero no hay nada demasiado interesante allí. Árboles dispersos, rosales que ahora están todos secos y algunas esculturas de mármol de tamaño natural que Rocco había encargado. Mi esposo cree que estos hacen que el jardín se vea más sofisticado.

Alessandro inclina la cabeza hacia arriba, mirando hacia la luz del jardín a unos metros frente a él, luego mira a la derecha hacia el camino de entrada, donde una farola

ilumina la amplia ruta de acceso. Unos segundos después, se dirige hacia la mansión. Mira sumido en sus pensamientos mientras camina hacia adelante, luego cambia de rumbo, vacilando ligeramente hacia la izquierda unos doce o más pies antes de regresar a la casa. Cuando llega al borde del camino de entrada, cambia su camino una vez más. La comisura de mis labios salta hacia arriba. ¿Qué hace dando vueltas en zigzag?

Cuando llega al borde del césped, se detiene justo debajo de mi balcón. Doy un paso adelante y me inclino sobre la barandilla justo cuando él mira hacia arriba. Nuestras miradas se encuentran. La barandilla de hierro forjado bajo mis palmas se siente caliente en comparación con la frialdad en los ojos de mi guardaespaldas mientras me mira.

—Entra—, grita.

—¿Por qué?

Su mirada se mueve de mi cara a mi blusa de seda. —Hace frío.

Con eso, se da la vuelta y se dirige hacia su auto estacionado en el camino de entrada. Las hojas caídas y la sal del camino crujen

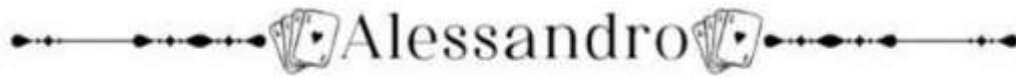
bajo los neumáticos cuando da marcha atrás y conduce hacia la puerta, desapareciendo de la vista. Ya deben ser las seis ya que es cuando termina su turno. Nunca sale un minuto antes, incluso cuando no tiene nada que hacer.

Tal vez podría pedirle que me lleve a uno de los centros comerciales de ciudad vecina mañana. Puedo fingir que estoy buscando algo en particular, y eso me permitiría pasar más tiempo con él. Me gusta la sensación de tenerlo cerca, aunque no hable mucho. Podría pretender tropezar de nuevo, como hice hace unos días y esperaba que tomara mi mano para estabilizarme. Él hizo. Y durante esos pocos segundos, mientras sus enormes dedos sostenían los míos, sentí que nadie podía hacerme daño.

El rostro de mi padre se eleva frente a mis ojos, sus palabras de prédica llenan los recovecos de mi mente. El matrimonio es para toda la vida, Ravenna. La santidad del matrimonio es el fundamento de nuestra sociedad. Bueno, me parece recordar algo acerca de los esposos que aman a sus esposas, y que también existe la misma cantidad de respeto y comprensión cuando se trata del matrimonio. Ninguna de esas cosas reside en esta casa. Odio a mi esposo con una pasión tan fuerte que, cada día, se vuelve más difícil de ocultar. Entonces, *¿está bien que me atraiga otro hombre si mi esposo es un bastardo?*

Más tarde esa noche, me despierto cubierta de sudor. No es la primera vez que ocurre. La diferencia es que, esta vez, no es una pesadilla por algo que haya hecho mi esposo. Es un sueño sobre él. Mi guardaespaldas. El sudor no es producto del miedo, sino del abrumador placer que inundó mis sueños donde él se estrelló contra mí, una y otra vez, mientras sus melancólicos ojos oscuros se clavaban en los míos.

Capítulo 7



Envidia. Desconfianza. Manipulación. Todo bien escondido detrás de falsas sonrisas y trajes lujosos. Rocco Pisano realmente disfruta de todo ese circo y de ser el centro de atención.

Doy unos pasos hacia la esquina donde tengo una mejor visión de la sala, y junto mis manos detrás de mi espalda, mirando a las personas que se arremolinan alrededor de la enorme sala de conferencias.

Se supone que esto es una especie de banquete de negocios. Pisano no compartió los detalles cuando me dijo que lo acompañaría a él ya su esposa. No importa, todos estos eventos son los mismos sin importar cuál sea su propósito. La mayoría de las personas presentes son hombres de negocios. Veo algunos miembros del personal de seguridad armados merodeando por el perímetro de la habitación, tal como lo estoy haciendo yo. Nada inesperado, suele haber de pocos de estos adheridos a algunos VIP. La ubicación es pública y competente para albergar este tipo de juergas, por lo que es probable que no surjan situaciones inusuales. Pero nunca dejo nada al azar. Aprendí mucho antes de que me involucraran en un programa secreto del gobierno que la cantidad de mierda que podría suceder es mayor cuando las expectativas son bajas. Entonces, examino los cuatro puntos de

salida una vez más, evaluando la cantidad de tiempo que se necesitará para llegar a cada uno.

Si tuviera que elegir, me quedaría con el más cercano para poder escapar de un tipo con esmoquin que da un discurso sobre las fluctuaciones de las acciones y lanza algunos chistes tontos desde una plataforma elevada en el lado opuesto del lugar. Parece ser el único peligro mortal en este lugar, amenazando con aburrir a los invitados con sus tonterías y su humor forzado.

Cuando termino de revisar los puntos de salida, mi mirada vuelve a la pareja Pisano. Rocco se está riendo de una broma estúpida que el tipo en el escenario acaba de divagar. Su mano descansa sobre la parte superior de la espalda de su esposa. Ella también se está riendo. Una imagen de una feliz pareja casada disfrutando de la fiesta. Si uno hace caso omiso de los pequeños detalles, eso es. La forma en que Ravenna Pisano agarra el vaso en la mano. O cómo cada pocos minutos tira discretamente del dobladillo de su vestido. La tensión en su cuerpo cuando la mano de Rocco se desliza por su espalda. Mis ojos se concentran en los dedos de Rocco mientras agarran la cadera de su esposa, y tengo que morderme el interior del labio para no gruñir. El interés que he desarrollado en la mujer que planeo matar es muy perturbador. Así como la inexplicable necesidad de acercarse a ellos y quitarle la mano a su marido.

Calor chisporrotea en la boca de mi estómago mientras la ira hierve dentro de mi pecho. No debería enojarme porque él la está tocando. Ella es su esposa. Y, sin embargo, mis fosas nasales se dilatan y mis ojos se entrecierran cuando un pensamiento no deseado se precipita en mi mente. No se le debería permitir tocarla.

Apretando los dientes, me obligo a apartar la mirada de los dedos huesudos de Rocco para observar a las personas que me rodean, pero menos de un minuto después, mi mirada se dirige de nuevo a Ravenna Pisano. Una sonrisa cortés todavía adorna su rostro cuando sus ojos se encuentran con los míos, pero no hay rastro de risa en esos orbes verdes que me miran desde el otro lado de la habitación. Todo lo contrario.

En una de las raras misiones en las que me enviaron para salvar vidas en lugar de acabar con ellas, estaba a cargo de salvar a un niño que pedían rescate. El padre del niño era amigo de Kruger, un pez gordo que estaba metido hasta el cuello en negocios turbios, por lo que los canales de rescate oficiales estaban fuera. Todavía puedo recordar la mirada en los ojos del niño mientras el secuestrador apuntaba con una pistola a su cabeza. Es la misma mirada que veo ahora en los ojos de Ravenna Pisano.

Miedo. y desesperación ¡Joder! La relación que tiene con su esposo no debería importar porque al final los mataré a ambos. El miedo en sus ojos no debería molestarme. Pero lo hace. El hombre en el escenario termina su discurso, agradeciendo a todos por estar aquí. Rocco baja la cabeza, susurrando algo al oído de su esposa, y noto el alivio reflejado en su rostro. Ella asiente y se aleja de él, yendo en mi dirección. El vestido que lleva esta noche es ceñido y negro como su cabello que nuevamente está recogido en un moño. Los enormes aretes de diamantes y un collar a juego alrededor de su cuello reflejan la luz de los candelabros de cristal del techo. La mayoría de las mujeres presentes llevan joyas igualmente caras, pero no escapa a mi atención que los diamantes de Ravenna Pisano son los más grandes de la sala. *¿Cómo se vería sin todo ese maquillaje y baratijas extravagantes?* Me pregunto. Un segundo pensamiento, y la imagen de Ravenna Pisano desnuda se forma ante mis ojos. Aparto esa imagen en ese mismo instante, pero no

puedo apartar la mirada de la mujer real que camina hacia mí. Se detiene frente a mí y levanta la cabeza, y esas joyas verdes miran directamente a mí

—¿Podrías llevarme de vuelta a la casa?

Un latido, una respiración, y rompo el contacto visual. doy un ligero movimiento de cabeza hacia las puertas más cercanas y listo para sacarla de la habitación. Cuando llegamos al guardarropa, un miembro del personal se nos acerca con nuestras chaquetas. Me pasa el mío y se vuelve hacia la Sra. Pisano, sosteniendo su abrigo negro para que se lo ponga. Arranco el abrigo de sus manos.

—Apártate.

La Sra. Pisano mira su abrigo en mis manos, luego encuentra mi mirada con una pregunta en sus ojos.

—Precaución de seguridad—, muerdo.

Arquea una perfecta ceja negra, se gira y desliza los brazos por las mangas. En el momento en que se pone su abrigo, me dirijo hacia la salida, negándome absolutamente a analizar mi comportamiento. El hombre era un elemento desconocido. Presentó una posible amenaza. Caso cerrado.

El viento me da en la cara cuando salimos y caminamos penosamente hacia el estacionamiento. La Sra. Pisano está a mi izquierda, tratando de seguir mis largas zancadas mientras su abrigo desabrochado aletea con cada fuerte ráfaga. Mi coche está a menos de cien metros de distancia. No hace tanto frío, pero me detengo y envuelvo mi mano alrededor de su brazo, girándola para mirarme.

—¿Qué ocurre?— pregunta, mirando a su alrededor.

Ignorando su pregunta, empiezo a abrocharle el abrigo. Solo tiene tres botones y la tela es demasiado fina. Estúpida mierda elegante, buena para nada, especialmente no para mantener caliente a una persona que lo usa. Cuando termino con los botones, levanto las solapas para cubrir su cuello.

—¿Precaución de seguridad, también?— Hay un rastro apenas detectable de diversión en su voz.

—Sí—, murmuro y retomo mis pasos hacia el coche.

Trato de mantener mis ojos pegados a la franja de la carretera más allá del parabrisas mientras conduzco, pero todavía se desvían hacia el espejo retrovisor cada pocos segundos. La Sra. Pisano está sentada en silencio, apretando su abrigo contra su pecho. Encendí la calefacción el momento en que me subí al auto, pero parece que todavía tiene frío. Mi agarre en el volante se aprieta, poniendo mis nudillos blancos. *No me importa*, me digo y vuelvo a mirar la carretera *No. Me. Importa*.

Ella estornuda.

Joder. Giro a la derecha y aparco junto al bordillo. Los vehículos se acercan cuando salgo y camine hacia la parte de atrás, abriendo la puerta del pasajero.

—Zapatos. Fuera— digo.

Ravenna Pisano levanta las cejas sorprendida, probablemente pensando que me he vuelto loco. Me temo que ella podría tener razón. Me inclino y, sujetando su tobillo, le levanto un poco la pierna para poder quitarle los tacones. Primero el derecho, luego hago lo mismo con el izquierdo.

—Piernas debajo de tu culo.

Espero a que se acomode, luego me quito el abrigo y me inclino para colocarlo sobre su regazo. Su frente está a solo unos centímetros de la mía, y puedo sentir su aliento en mi cara. El sutil aroma a talco me envuelve, instándome a inhalar una bocanada de él. Meto los costados de la chaqueta a su alrededor y me encuentro con su mirada.

—La próxima vez que vayamos a una de tus fiestas de compras—, le digo, mirándola, —Estás comprando un abrigo adecuado, o te compraré uno. ¿Entiendes?

Las esquinas de sus ojos se crispan, y una pequeña sonrisa tira de sus labios. —Felicidades.

Frunzo el ceño. —¿Porqué?

—Esa fue una oración hermosa y compleja. Lo estás haciendo genial. — Su sonrisa se ensancha.

¿Se está burlando de mí? Entrecierro los ojos hacia ella, esperando que deje de sonreír bajo mi mirada mezquina.

—¿Estás intentando una técnica de intimidación conmigo, Alessandro?

—Sí—, ladro.

Inclina su cabeza un poco hacia arriba y la punta de su nariz toca la mía. Sus labios están tan cerca que solo se necesitaría un movimiento minúsculo para saborearlos. ¡Mierda! Me inclino hacia un lado abruptamente y cierro la puerta de un golpe, apresurándome detrás del volante.

Cuando llegamos a la mansión, acompaño a la Sra. Pisano hasta la puerta principal sin decir una palabra, luego doy la vuelta y me dirijo hacia mi SUV. La luz sobre el garaje ilumina la puerta de metal que oculta los preciados vehículos de Pisano. Llevo aquí

dos semanas y todavía no he puesto en marcha mi plan. Podría mentirme a mí mismo y decir que solo quiero estar completamente preparado antes de dar el siguiente paso, pero soy muy consciente de que este retraso no tiene nada que ver con la preparación. Es ella Ravenna Pisano y esta maldita fijación que parezco haber desarrollado por ella. Estoy disgustado por el hecho de que he comenzado a preocuparme por la mujer que está casada con el asesino de Natalie.

Me subo al auto y me dirijo por el camino de entrada, prometiéndome a mí mismo que lo que sea que me impulsó a preocuparme por la esposa de Rocco, termina ahora. E ignoro deliberadamente el hecho de que, por un momento fugaz, mis ojos se dirigieron al espejo retrovisor y al reflejo de la ventana en el lado izquierdo de la casa.



El azote de una puerta me despierta de mi sueño. Me siento y escucho el eco de los pasos a través del pasillo, acercándose y deteniéndose justo en el suelo al otro lado de mi puerta. Mi pulso salta a un galope. Todo permanece inquietantemente silencioso por un par de momentos, luego escucho la puerta de la habitación de Rocco abrirse y cerrarse, y un suspiro de alivio sale de mis labios. Él se fue a dormir. Vuelvo a acostarme, pero cinco minutos después, el sonido de la puerta de Rocco abriéndose hace que todos mis músculos se tensen.

Pasos irregulares acercándose. Un golpe, seguido de una maldición. Agarro la colcha y la jalo hasta mi barbilla. La perilla gira y la luz del pasillo cae dentro de mi habitación.

—Estoy en casa, bellissima—, las palabras arrastradas de Rocco cuelgan en el aire.

Él está borracho. Me obligo a quedarme quieta, con la esperanza de que se vaya si cree que estoy dormida.

—Sabes, estaba pensando. Esas pastillas deben haber estado vencidas—, dice acercándose a la cama. —Entonces, me compré un nuevo lote.

No. No. No.

—Veamos si estos funcionan mejor. Él agarra la colcha y la arranca de mí.

Me obligo a volverme y mirarle. Rocco está parado al pie de la cama, vistiendo solo una camisa blanca desabrochada, una mancha de vino en el frente.

—Abre las piernas para tu marido.

Lo miró fijamente mientras el pánico aumenta y se extiende por cada nervio de mi cuerpo. Se sube a la cama y gatea, cerniéndose sobre mí. Su mano sale disparada, rasgando la parte superior de mi pijama, luego agarra la banda de mis pantalones cortos y los tira hacia abajo junto con mis bragas.

—Me estoy poniendo duro—, murmura, luego agarra mi mano y la presiona sobre su polla todavía semi-floja. —¿Ves? Todo está funcionando como debería. — Se ríe como un maníaco y luego se deja caer sobre mi cuerpo. El olor a alcohol y sudor invade mis fosas nasales.

—¡Más amplio!— él chasquea.

Abro un poco las piernas y él comienza a moler su pene en mi abertura. Apretando los dientes, me obligo a permanecer inmóvil e impasible. Los sonidos que salen de la boca de Rocco me recuerdan a un animal sufriendo. Gruñidos. Respiraciones cortas. Mientras se presiona contra mí, rozando su polla en mi coño. Luego se detiene de repente y gime. Un momento después siento su semen, tibio y pegajoso, entre mis piernas.

—Eso estuvo bien, bellísima—, dice entre respiraciones forzadas. —Será incluso mejor la próxima vez.

Me quedo inmóvil mientras baja de mi cama y se dirige hacia la puerta. Sólo cuando Oigo cerrarse una al del otro lado del pasillo, salto de la cama y corro hacia el baño. Tardo veinte minutos en fregarme hasta sentirme algo limpia de nuevo. Rocco no me obliga a menudo, y desde que comencé a cambiar su Viagra por el placebo que Melania me ha estado proporcionando, sucede incluso con menos frecuencia. Al menos dejó el nuevo frasco de pastillas en mi mesita de noche. Significa que puedo hacer el cambio de nuevo. Rocco se enoja cuando no puede tener una erección. Nunca se ha puesto lo suficientemente duro como para penetrarme, pero siento asco por el mero roce de él contra mí. Prefiero enfrentar su ira y sus golpes que dejar que haga eso.

Me siento en el banco de madera debajo de la ventana con la frente presionada al cristal. De ninguna manera voy a volver a la cama antes de cambiar las sábanas, y eso tiene que esperar hasta mañana. No puedo arriesgarme a bajar y encontrarme con Rocco otra vez esta noche. Pensar en lo que acaba de pasar todavía me da ganas de vomitar.

Son casi las cuatro de la mañana, pero no puedo dormir. Envolviéndome con una manta más apretada, cierro los ojos, solo para abrirlos de nuevo un minuto después. Necesito encontrar una manera de obtener más dinero. La cantidad que recojo de la ropa que mi mamma le vende a la Sra. Natello es mucha, pero no suficiente. Y tengo que tener cuidado para que Rocco no sospeche nada. Me aseguro de comprar una variedad de ropa en cada tienda, pero solo una prenda del montón para que mi mamma la revenda. De esa manera, si Rocco pregunta por lo que compré, tengo algo que mostrarle. Pero es demasiado lento.

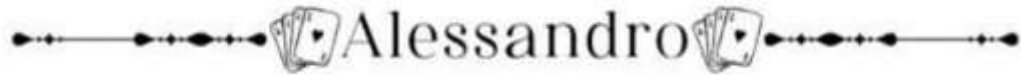
Las cosas que compré este mes valían dieciocho mil dólares, pero la Sra. Natello solo pagó nueve y dijo que no gastará más del 50 por ciento en prendas de segunda mano, a pesar de que todas tenían las etiquetas de precios adjuntas. Entonces, decidí darle a mamá algunas de mis joyas para que las venda. Ojalá y Rocco no se diese cuenta tal vez podría implorarle a Hazel que me deje ayudarla con la contabilidad dos veces por semana. El dinero que me paga no es mucho, pero cada centavo cuenta.

Mientras miro distraídamente el césped, todavía perdida en lo profundo de mis pensamientos, una sombra que se mueve detrás de un árbol me llama la atención. Los guardias de seguridad no pueden estar tan cerca de la casa. ¿Podría ser un animal? Me inclino hacia adelante, presionando mi nariz contra el frío panel de vidrio, pero nada parece fuera de lo común. Mi cerebro cansado probablemente me esté jugando una mala pasada.

Debo haber empezado a quedarme dormida cuando un fuerte golpe me sobresalta. Examino los terrenos y el jardín más allá de mi ventana, y algo naranja en la parte superior del garaje me llama la atención. Se produce otro estallido, luego unos cuantos más. Grito cuando el techo del garaje se derrumba. Aturdida e incapaz

de moverme, observo cómo las llamas consumen el edificio, y su almacén en ruinas es tragado por el furioso infierno y la ola de humo.

Capítulo 8



—¡*Me* importa un carajo que los autos estuvieran asegurados!— Rocco ruge en el teléfono. —Han pasado tres días. ¡Quiero que encuentren y se ocupen de la persona que trabajó en la electricidad de mi garaje!

Corta la línea y golpea su teléfono contra la superficie del escritorio.

—Me tomó seis meses adquirir uno de esos autos—, ladra. —Ahora, todos se han ido.

Por un idiota que no hizo bien su trabajo. ¿Cómo diablos un puto panel eléctrico se incendia de repente?

Sí. Es una pena.

—Necesito que lleves a Ravenna a la peluquería—, continúa. Después visitará a su madre y tú tendrás unas horas libres. Entonces, te necesito aquí a las once. Armado.

—Está bien. ¿Situación? — Pregunto.

—Hay un cargamento de drogas siendo entregado esta noche, y estamos un poco cortos de hombres para lidiar con eso. Arturo tomo a algunos de los tipos que se suponía que debían hacer este trabajo. Esencialmente se ha vuelto loco, ha estado conduciendo

por la ciudad durante semanas, buscando a su hermana desaparecida. Necesito que completes el grupo.

Asiento y me giro para salir. —Zanetti.

Su voz adquiere esa presunción y condescendencia que nunca podrá ocultar. Me detengo en seco y me doy la vuelta para mirarlo. Tomo todo mi poder para no poner mi puño a través de su fea cara, borrando esa expresión ensimismada de ella.

—¿Tienes algo que informar? ¿Algún comportamiento extraño en lo que respecta a mi esposa?

—No— digo, como hago todas las mañanas cuando me llama para informarme. —Nada fuera de lo común.



Como es habitual cuando acompaño a la señora Pisano a casa de su madre, estoy de pie junto a la pared, con la mirada fija más allá de la ventana. Su madre se había quedado dormida en el sofá y mi protegida salió de la sala principal diciendo que lavaría los platos antes de que nos fuéramos. Estoy reflexionando sobre sus acciones cuando el sonido de un cristal rompiéndose llega desde la pequeña área de la cocina. Mi cabeza se gira hacia un lado, concentrándome en la Sra. Pisano, quien está de pie frente al fregadero, sosteniendo su mano bajo el chorro de agua.

—¿Reví?

—Estoy bien, mamá. Vuelve a dormir. — Ella mira su mano.
—Mierda.

Cubro la corta distancia entre nosotros y me paro detrás de ella. la sangre está saliendo de un desagradable corte en el medio de su palma.

—Déjeme ver.

—Estoy bien—, murmura mientras intenta agarrar una toalla de cocina con la otra mano. —Era solo una taza astillada.

—Déjame. Ver.

Su mano se cierne sobre la tela. Lentamente, ella mira hacia arriba, y los vigilantes ojos verdes se encuentran con mi mirada. Cierro el agua y tomo su mano en la mía, inspeccionando el corte. No es profundo, pero es bastante largo, cruzando en diagonal toda la superficie de su palma.

—¿Kit de primeros auxilios?— Tomo una servilleta del soporte y la presiono en su palma.

Su mano es tan malditamente pequeña en comparación con la mía.

—No lo sé—, dice con una voz apenas audible y señala a mi izquierda. —Tal vez en el cajón donde mi mamá guarda su medicina.

No hay botiquín de primeros auxilios en el cajón, pero encuentro un spray desinfectante y un pequeño rollo de vendaje. Retiro la servilleta y rocío su corte. La Sra. Pisano toma aire, pero no se queja, y me observa en silencio mientras envuelvo el largo del vendaje alrededor de su mano.

—Por favor, no le digas a Rocco.

Levanto la vista y la inmovilizo con la mirada. —¿Por qué?

—Simplemente no lo hagas. Por favor.

Coloco mis palmas en el mostrador a cada lado de ella, enjaulándola, inclinándome hacia delante.

—¿Qué pasa con la ropa y otras cosas que compras cuando se las dejas a tu madre?

Los ojos de Ravenna se abren como platos. —¿Le dijiste a mi esposo?

—No.

Ella parpadea confundida. —¿lo harás?

—No.— Inclino mi cabeza hacia un lado y la estudio. —¿Estás vendiendo esas cosas?

¿Necesitas dinero?

Una mezcla de incertidumbre y temor brilla en sus ojos. Su pulso se acelera hacia arriba, acelerando su respiración, también. Solo dura un momento antes de que ella se recomponga, enderezando su columna vertebral.

—Rocco nunca pone un límite de gasto en mi tarjeta. Ella saca un poco la barbilla.

—Eso no es lo que pregunté.

—Bueno, esa es la única respuesta que obtendrás.

La comisura de mis labios se curva hacia arriba. Nunca la había visto responderle así a Rocco. Ella suele ser asustadiza con él. Mi tamaño tiende a alarmar a la mayoría de las personas, especialmente a las mujeres. Se asustan cuando estoy cerca, ya sea que haya una causa real o no. Tomando esta tarea, esperaba que Ravenna también lo hiciera. Ella no lo hace. Parece que hay mucho más en Ravenna Pisano de lo que parece.

—¿Qué estás haciendo en el spa? Las facturas, recibos...
¿Contabilidad con Hazel?

La respiración de Ravenna se entrecorta, pero sus labios permanecen fuertemente presionados. Es obvio ella no me da una explicación. Me inclino hacia delante hasta que mis labios rozan la concha de su oreja.

—¿Me pedirás que no le cuente a tu esposo sobre eso también?— Pregunto.

Cuando inclina la cabeza hacia un lado, nuestras mejillas se tocan. Su olor a talco se burla de mis fosas nasales, instándome a llenar mis pulmones. Agarro el mostrador con más fuerza, suprimiendo el impulso de aplastar mis labios contra los suyos. Cerrando los ojos, cuento hasta diez.

Esta mujer es demasiado tentadora. Ella es una distracción que no necesito, pero aquí está ella de todos modos, poniendo en peligro mi autocontrol sin siquiera darme cuenta.

—¿Necesito preguntar?— Ravenna susurra.

—No. No necesitas preguntar. Me permito otro segundo fugaz de su toque, luego doy un paso atrás. —Deberíamos irnos.



—¿Qué le pasó a tu mano, Ravenna?

Salto en mi silla, casi derribando el plato frente a mí, y rápidamente escondo mi mano vendada debajo de la mesa. Rocco está de pie al otro lado, mirándome.

—Te hice una pregunta, bellísima.

—Yo... me corté cuando ayudé a mamá con los platos esta mañana, — dije.

Dejo escapar y me arrepiento en el momento en que las palabras salen de mi boca. Rocco está obsesionado con lo que los demás piensan de él. Y por extensión, de mí.

—¿Sabes que vamos a cenar en casa de mi padre este fin de semana?— gruñe mientras camina alrededor de la mesa. —¡Algunos de nuestros socios comerciales estarán allí! ¿Quieres que piensen que permito que mi esposa haga trabajos de baja categoría?

—Lo lamento. No volverá a suceder.

Agarra mi brazo y me levanta de la silla. Gimo y trato de alejarme, pero su agarre solo se vuelve más fuerte.

—Por favor. Estas hiriéndome.

—Te lo has ganado. Me aprieta el brazo con más fuerza y grito. —Nunca te castigo a menos que te lo merezcas. ¿Lo hago?

—No, Rocco.

—Me alegra que estemos de acuerdo en eso. Se inclina hacia mi cara. —Zanetti te llevara a comprar un vestido para llevar a la cena. Asegúrate de elegir bien para que mis socios comerciales olviden que eres la hija de una señora de la limpieza.

Asiento con la cabeza. Iré a primera hora de la mañana.

—Por la tarde. Zanetti vendrá conmigo esta noche como respaldo, y no lo haremos. estar de vuelta temprano por la mañana.

—¿Respaldo?— digo, sin aliento. —¿Es algo peligroso?

—¿Estás preocupada por mí, bellísima?

¿Preocupada por él? ¿Es realmente tan delirante?

—Sabes que lo estoy. — Una mentira.

—Es sólo un negocio de drogas. Ahora, sal de mi vista.

Tan pronto como me suelta, doy media vuelta y salgo corriendo de la habitación. Rocco siempre ha sido fácil de enfurecer, pero desde que asumió la responsabilidad de algunos de los deberes de Arturo, se puso peor. El incendio del garaje solo ha encendido sus tendencias militantes.

Una vez dentro de mi habitación, me subo a la cama y me acurruco debajo de la manta. Ojalá pudiera matarlo. O tener el dinero para pagarle a alguien para que lo haga por mí. A menudo, cuando estoy despierta por la noche, me imagino escabulléndome en la habitación de Rocco mientras duerme y levantando el arma que guarda en su cajón. Nunca disparé un arma, por lo que la bala probablemente terminaría en la pared o el piso. Aun así, me hace sentir mejor imaginar los tiros que le darían en el pecho. Otras veces, me imagino envolviendo mis manos alrededor de su cuello y apretando con todas mis fuerzas. Oh, cómo disfrutaría ver sus ojos saltones mirándome mientras lucha por respirar. Sí, tengo sentimientos muy intensos por mi querido esposo.

Un fuerte ping rompe el silencio en la habitación, haciéndome congelar. Me toma unos momentos darme cuenta de lo que es.

Extiendo la mano, tomo el teléfono de la mesita de noche y miro la notificación en la pantalla.

Nuevo mensaje de texto.

Raramente recibo alguno. Rocco instaló un software de administración de dispositivos en mi teléfono que solo me permite comunicarme con personas en mi lista de contactos. Y él es el único con un código de acceso que le permite agregar contactos o cambiar permisos. Durante meses, ha habido exactamente cinco números en mi lista. El de Rocco. El del ama de llaves. Y los números de los tres jefes de seguridad, uno para cada turno. Su gente de mayor confianza. Pero se había agregado otro número hace tres semanas.

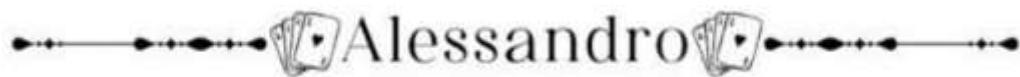
Hago clic en la notificación y el chat llena la pantalla. Bien, lleno no es realmente exacto ya que contiene solo una palabra.

19:47 Alessandro Zanetti: ¿Mano?

No puedo evitar sonreír. Es tan parecido a él. Toco con la punta de mi dedo su mensaje. Es solo una pequeña palabra, pero el calor se extiende dentro de mi pecho con solo mirarlo. A juzgar por las miradas que suelo recibir de él, me odia por alguna razón. Aún. Excepto cuando piensa que tengo frío o hambre, y ahora cuando estoy herida. Le importa lo suficiente como para preguntar. Escribo una respuesta rápida, luego presiono enviar.

19:52 Rávena: Bien.

Miro la pantalla durante diez minutos, preguntándome si enviará algo más, pero el teléfono permanece en silencio. Probablemente debería borrar la conversación. Tan benigno como es, si Rocco lo ve, se pondrá furioso. Incluso puede lastimar a Alessandro por eso. Me muerdo el labio inferior, escribo otro mensaje y luego borro rápidamente todo el intercambio.



La estructura de la fábrica abandonada que se eligió como punto de encuentro todavía tiene las paredes y el techo prácticamente intactos, pero se está congelando por dentro porque la mayoría de las ventanas están rotas.

Rocco tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras se pone de pie y observa dos

camionetas que pasan por la entrada trasera de las instalaciones. Hasta que Arturo regrese, Don Ajello ha dividido las responsabilidades de manejar el negocio de las drogas entre dos capos: Cosimo y Rocco. Ambos están a cargo de la construcción y los negocios inmobiliarios para el don, pero ahora también soportan la peor parte del trabajo extra. Basado en la mirada irritada en el rostro de Rocco, no está feliz de tener que ensuciarse las manos. Hay una gran diferencia entre negociar contratos de propiedad en un restaurante de lujo con una botella de coñac caro y estar de pie en la oscuridad de la noche en una fábrica fría y destartalada en medio de la nada.

Saco el teléfono de mi bolsillo y rápidamente miro de nuevo el mensaje que Ravenna me envió antes. Es la cuarta vez que lo hago hasta ahora.

20:02 Ravenna: Ten cuidado esta noche.

Los golpes de las puertas del auto al cerrarse provienen de la dirección en la que miro, así que guardo mi teléfono y evalúo a los recién llegados. Hay varias organizaciones criminales y pandillas

en Nueva York. Aquellos que se ocupan de sus propios asuntos o cooperan con la Cosa Nostra pueden prosperar. Otros dejan de existir en muy poco tiempo. El grupo de hombres que acaba de salir de los vehículos pertenece al conjunto que ha sido autorizado a realizar sus operaciones en este territorio. Esa asignación, hasta ahora, ha sido lucrativa para ambas partes.

La Cosa Nostra comenzó a hacer negocios con el sindicato serbio hace varios años, después de que Ajello asumiera el cargo de Don. No estoy seguro del alcance de los tratos comerciales de la Cosa Nostra con los serbios, pero por lo que he oído, mueven cerca del 50 por ciento de las drogas de Ajello. También dirigen un club que se presenta como un lugar de entretenimiento para la clientela de alto nivel, pero en verdad, es un terreno neutral donde se negocian la mayoría de las transacciones clandestinas.

Este club resulta ser un lugar donde el jefe serbio lleva a cabo su negocio principal: comerciar con piedras preciosas en el mercado negro, en su mayoría diamantes. Un verdadero aprendiz de todos los oficios, como aludió Ajello, probablemente también tenga los dedos de las manos y los pies sumergidos en otros ámbitos. El don ha estado tratando de plantar alguien dentro de la organización de los serbios desde hace un par de años, sin éxito.

Drago Popov, el jefe del equipo serbio, se acerca y la expresión de su rostro me dice que no está feliz de ver a Rocco.

Conocí a Drago recientemente cuando tenía algunos asuntos personales que atender. en una chaqueta de cuero y jeans negros, no parece el típico criminal de alto perfil. De hecho, parece bastante normal. La palabra clave aquí es parece. Pero reconozco a un asesino cuando lo veo, y Drago Popov pertenece a esa etiqueta.

Conociendo a Rocco, va a subestimar al hombre, creyendo que tiene la sartén por el mango.

—¿Dónde está Arturo?— Drago pregunta en un inglés con mucho acento.

—Arturo no está disponible. Estoy aquí en su lugar. Rocco le dice con la barbilla elevada. —Quiero ver el dinero primero.

El líder serbio levanta una ceja y luego se vuelve hacia el hombre rubio que está de pie a su derecha. —*¿Ko je ovaj idiot?*⁵

—Capo—, dice el chico rubio.

Drago *hace un ruido* y se dirige hacia su coche. —Hablaemos cuando vuelva Arturo.

—¡Oye!— Rocco grita. —Vuelve aquí o puedes olvidarte de cualquier otro trato.

Aprovecho la oportunidad, mientras Rocco y sus hombres están enfocados en el grupo de serbios en retirada, para dirigirme al nuevo auto deportivo de Rocco. Compró el descapotable el día después de que incendiara su garaje, junto con todos sus juguetes caros dentro. Este, también planeo explotarlo en algún momento, pero aún no. Quizás en una semana más o menos.

Otros dos vehículos están estacionados frente a él, bloqueándome de la vista de todos. Me agacho junto a él y deslizo mi brazo debajo, comprobando el dispositivo que planté anoche. Es un aparato muy sofisticado y me costó una pequeña fortuna, pero valdrá la pena.

Hacer bombas nunca fue mi fuerte. Sergei Belov estuvo a cargo de las misiones que requerían que nuestra unidad volara mierda. Podía hacer una bomba, usando solo las cosas que uno podría

⁵ ¿Quién es este idiota? En serbio original

tener en la cocina, en menos de cinco minutos. Puede que no tenga el conjunto de habilidades para hacerlas, pero sé muy bien cómo usarlas.

Rocco sigue gritando, amenazando a Drago con que arruinará su negocio. El amartillar de las armas hace eco a través del espacio. La mierda está a punto de golpear el ventilador. Justo cuando termino de armar la bomba, el primer disparo atraviesa el aire. La lámpara del techo explota, arrojando fragmentos de vidrio a mi alrededor. Joder, odio cuando tengo razón.

Enciendo el receptor, asegurándome de que la señal esté viva, y saco mi arma. Una bala da en una de las ventanillas del coche de delante. Algunos de nuestros hombres se han puesto a cubierto detrás y están disparando a los pandilleros serbios. Los disparos rugen por todas partes. Rocco está en cuclillas al otro lado de un muro bajo de hormigón, dos de sus los hombres de seguridad lo flanqueaban. Un poco a la derecha, otro tipo de seguridad está tirado en el suelo. Recibió una bala en el muslo, pero está vivo.

—¡De vuelta en los autos!— Rocco grita.

Me enderezo y apunto hacia el grupo de nuestros oponentes, cubriendo a los hombres de Rocco mientras entran a sus vehículos. Después de cambiar la revista, miro por encima del techo elevado del auto deportivo. Dos de los pandilleros serbios están ilesos y están tratando de ayudar a los heridos a subir a las camionetas. Me aseguré de que ninguno de mis disparos fuera letal. De vez en cuando, no son infrecuentes las pequeñas reyertas entre nuestras tripulaciones, así es cómo funcionan los negocios ilícitos. Mientras nadie termine muerto, los tratos entre nosotros continúan.

Rocco se levanta y envía una bala a la espalda de uno de los hombres de Popov. Drago empuja al tipo herido hacia la parte

trasera del vehículo y se vuelve hacia Rocco, apuntando a su cabeza. Levanto mi arma y disparo, golpeando el hombro del serbio. El arma cae de su mano, estrellándose contra el suelo.

Mientras se sube a su auto, Rocco me levanta la barbilla, agradeciéndome por salvarle la vida. El idiota no tiene idea de que se estampó una fecha de vencimiento sobre su lamentable existencia en el momento en que descubrí que mató al último miembro de la familia que me quedaba. Y seré el único que llegue a terminarlo.

Capítulo 9



Detesto las visitas al padre de Rocco. No solo porque es un cerdo misógino, sino porque mi esposo tiene una necesidad extremadamente enfermiza de presumir frente a su padre. Hemos ido tres veces a Elio Pisano, y en cada ocasión, la experiencia fue peor que la anterior. Teniendo en cuenta que los socios comerciales también estarán presentes esta noche, seguramente superará todos los eventos anteriores.

Termino de arreglarme el cabello y me miro en el espejo alto. El rojo y apretado vestido con su escote ridículamente bajo que compré para este evento me hace sentir como una puta. Antes de casarme con Rocco, mis gustos se inclinaban por la ropa casual: jeans y blusas, a veces vestidos sencillos. Prefiero la comodidad y los colores pastel. También llevaba el pelo suelto y nunca me maquillaba, excepto en ocasiones especiales. Rocco insiste en un peinado remilgado y apropiado con un moño apretado y elegante y mucho maquillaje porque, a sus ojos, me hace ver mayor y con más clase. Me atrapó con la cara limpia una vez cuando llegó temprano a casa del trabajo. Tuve que aplicar una doble capa de corrector y base durante la semana siguiente para ocultar el moretón en la barbilla.

Con una última mirada en el espejo para asegurarme de que todo está como debe estar, salgo de mi habitación y bajo las

escaleras. Rocco está de pie al pie de la escalera, hablando con alguien en el teléfono. Cuando me oye llegar, levanta la vista y asiente. Supongo que mi atuendo es aprobado porque se da la vuelta y continúa con su conversación en voz baja. Mientras bajo las escaleras, mis ojos vagan hacia Alessandro, que está de pie junto a la puerta principal, y casi tropiezo por la intensidad de su mirada. *¿Le gusta lo que ve?* Desde que mi vida se vino abajo como un castillo de naipes, me he estado sintiendo como una mierda.

Soy un saco de boxeo para un perverso que me obliga a vestirme como una prostituta. Para que sus amigos puedan salivar al verme, solo para que él me —castigue— por eso después. Pero hay una diferencia palpable en la reacción de mi guardaespaldas en comparación con la de Rocco. El rostro de mi esposo mostró satisfacción al verme literalmente semidesnuda. Un atuendo muy revelador significa que más hombres me mirarán con lujuria en los ojos. La expresión en el rostro de Alessandro, sin embargo, es completamente inexpresiva, pero la mirada en esas profundidades de acero muestra desaprobación.

Quiero reír y llorar al mismo tiempo. Durante meses he detestado las miradas acaloradas que otros hombres me han estado dando porque significaba que pagaría por cada una. Y ahora, cuando en secreto anhelo tener sus ojos llenos de lujuria sobre mí, están dotados de desdén en su lugar. Bueno, en estos días, también estoy acostumbrada a eso. A pesar de que se siente más puntiagudo de alguna manera. Rompiendo nuestras miradas fijas, camino hacia la puerta principal, mirando al frente.

Rocco se acerca a su nuevo y reluciente convertible que está estacionado en el camino de entrada y mantiene la puerta del pasajero abierta para mí. Estaba de un humor excepcionalmente bueno cuando lo condujo a casa desde el concesionario y ni

siquiera comentó cuando mencioné que también tenía días de spa los sábados. Con el final del año acercándose, hay más trabajo por hacer, y Hazel aceptó mi oferta de venir dos veces por semana.

Tragando la bilis que sube cada vez que tengo que tocar a mi esposo, tomo su mano extendida y me deslizo dentro del auto. Rocco camina alrededor del capó y se pone al volante, farfullando sobre los caballos de fuerza y la velocidad que puede alcanzar el auto nuevo.

—Ese hijo de puta de Cosimo se morirá de envidia cuando vea a este bebé. Se ríe mientras cepilla la tapicería de cuero blanco. —Lo escuché decirle a Pietro que estaba mirando exactamente este modelo pero que no quería gastar cien mil dólares. ¿Sabes que

todavía conduce esa lata que compró hace cuatro años? — Hace cara de disgusto. —Algunas personas no se respetan a sí mismas.

A veces me recuerda a un niño mimado que tiene una rabieta si alguien tiene un juguete más brillante que él. Cosimo resulta ser un tema especialmente delicado para Rocco. Ya sea que el otro capo se dé cuenta o no, Rocco está en un duelo total con el hombre mayor. Intenta superarlo en todo momento.

Sea lo que sea que consiga Cosimo, Rocco debe superarlo. Lo que sea que Cosimo quiera, Rocco debe poseerlo primero. Creo que todo se debe a que el Don parece ceder más a los consejos de Cosimo, y Rocco no puede soportarlo.

Rocco continúa divagando mientras enciende el motor y conduce hacia la puerta. Finjo que estoy escuchando sus tonterías mientras mis ojos vagan hacia el espejo lateral. El todoterreno de Alessandro nos sigue de cerca. No puedo ver su rostro sombrío en el reflejo del espejo, pero casi puedo sentir sus ojos en la nuca. No dijo nada cuando me llevó al Centro de Spa esta mañana, a pesar

de que ambos sabíamos que no iba allí para que me hicieran un tratamiento facial. Y cuando pasamos por la casa de mi madre después, estoy bastante segura de que se dio cuenta de que deslizaba un bolso que compré para la Sra. Natello detrás del sofá. No hizo ningún comentario al respecto. *¿Por qué no le ha dicho nada a Rocco?*

Recuerdo la mirada endurecida de Alessandro cuando me preguntó si Rocco me había hecho daño. La dureza en su mandíbula cuando me pregunta sobre las cosas que compro. El borde en su voz cuando me aseguró su silencio sobre mi tiempo en el spa. Tal vez odia a mi esposo más de lo que yo le desagrado.

Anoche volví a soñar con él. Estábamos en un ascensor, frente a frente, mientras una docena de encendedores Zippo flotaban sobre nuestras cabezas, arrojando una luz amarillenta sobre el rostro de Alessandro. No tenía miedo del espacio reducido como lo estaría en la realidad. Era como si la sola presencia de Alessandro ahuyentara el miedo y la ansiedad. Dio un paso hacia mí, agarrando los dos lados de mi vestido. El sonido de la tela al rasgarse llenó el pequeño espacio cuando me arrancó el vestido del cuerpo con un solo movimiento. Estaba desnuda debajo.

Sus ojos sostuvieron los míos mientras desabrochaba la cremallera y soltaba su polla, luego me agarró por debajo del culo y me levantó, presionando mi espalda contra la fría pared del ascensor. El frío se disolvió cuando sus ásperas palmas acariciaron mi suave piel. Su toque parecía tan real. Al igual que la felicidad absoluta una vez que enterró su polla en mí con una rápida zambullida. Las llamas suspendidas sobre nosotros parpadeaban al ritmo de las estocadas de Alessandro, haciendo la escena aún más surrealista. Como en el sueño anterior, me folló sin piedad durante lo que parecieron horas, sin pronunciar una sola palabra

en voz alta en todo el tiempo. estaba crudo. Salvaje. Sin disculpas
Y disfruté cada segundo de ello. yo era libre Cuando desperté,
estaba tan empapada que tuve que cambiarme la ropa interior.

—Asegúrate de comportarte, bellísima—, dice Rocco, tirando
de mí hacia la tierra.

Miro hacia el parabrisas y observo la forma de una gran casa
blanca visible por encima de la cerca que se extiende por la calle.
Casi estamos allí. Respiro hondo, tratando de prepararme
mentalmente para lo que está por venir.

—Conoces las reglas—, continúa Rocco. —No hables a menos
que alguien te haga una pregunta directa. A nadie le interesa lo
que tienes que decir.

—Sí, Rocco. Asiento con la cabeza.

Cuando estacionamos frente a la casa de Elio Pisano y nos
dirigimos hacia la puerta principal, lanzo una mirada fugaz por
encima del hombro. Alessandro camina unos pasos detrás de
nosotros, una sombra imponente en un paisaje cubierto de nieve.
Nuestros ojos se encuentran por una fracción de segundo, y mi
corazón salta en mi pecho cuando su mirada quema a través de la
mía.



—¿Cuándo puedo esperar un nieto, Rocco?

Mi cuerpo se queda inmóvil al escuchar la pregunta de mi
suegro. No me atrevo a mover mis ojos del plato frente a mí.

—Ravenna todavía es joven—, dice mi esposo a mi lado.
—Planeamos esperar un par de años.

—Tienes treinta y cinco años—, ruge Elio. —No tienes tiempo para esperar. ¿Qué si el primero es una niña?

—Tal vez Rocco quiera disfrutar un poco más de tener a su esposa solo para él. Un hombre sentado más abajo en la mesa se ríe. —Sé que lo haría.

Todos alrededor de la mesa se echan a reír. Tomo el borde del mantel entre mis dedos y lo aprieto.

—Tiene sentido. No hay nada más asqueroso que las tetas de una mujer después de terminado de amamantar. Asegúrate de reservar un cirujano plástico para ella inmediatamente después—, se burla Elio y luego asiente hacia mi mano derecha, notando mi movimiento detenido cuando estaba a punto de dejar el tenedor. —¿Qué le pasó a su mano? ¿Estás siendo demasiado rudo en la cama, Rocco?

—Yo nunca lo haría—, dice Rocco con una sonrisa y otro estallido de risa. Se escucha.

—Vamos a jugar a las cartas y relajarnos. Rocco, envía a tu mujer a casa. Mi suegro se pone de pie y le indica al resto de los hombres que lo sigan. Y justo cuando pensaba que no podía sentirme peor, sus siguientes palabras demuestran que estoy equivocado.

—¿Sabías que mi hijo gano a su esposa en un juego de póquer?

No lo soporto más. Agarrando mi bolso, corro hacia el otro lado del comedor. No me detengo cuando llego al vestíbulo, solo continúo al mismo ritmo hasta la puerta principal donde Alessandro está de pie junto a la pared en su postura habitual, la columna vertebral recta y las manos entrelazadas a la espalda. Agarro el pomo y, sin esperarlo, salgo corriendo. Solo cuando el aire fresco y frío me golpea, encuentro la capacidad de respirar.

Cuando Alessandro sale, ya estoy de pie junto a su coche, temblando de frío. Me olvidé por completo de agarrar mi abrigo al salir.

Espero que me pregunte qué diablos me pasa, corriendo así. Él no lo hace en cambio, se quita el abrigo y me lo ofrece. Mis ojos comienzan a picar, las lágrimas amenazan con derramarse mientras miro el abrigo que sostiene. Estoy temblando de frío, pero no me atrevo a soportarlo. Si Rocco me ve aceptando la oferta de mi guardaespaldas, Alessandro estará muerto.

—Ravenna.

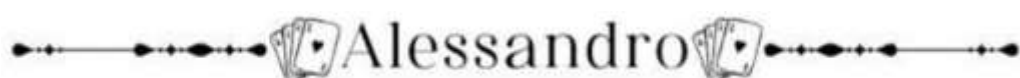
Mi corazón se salta un latido. Es la primera vez que Alessandro usa mi nombre. Inclino mi cabeza hacia arriba y lo encuentro mirándome, sus ojos enfocados en mi mejilla. Levanta la mano, ahueca mi cara y limpia la lágrima perdida con el pulgar. Pequeños pelos en la parte de atrás de mi cuello se levantan ante la sensación de su piel tocando la mía. Puedo sentir cada callo en su palma mientras acaricia debajo de mi ojo una vez más antes de retirar su mano.

—Ahora, Ravenna. — Su voz es más profunda de lo normal, y hay un extraño tono de indignación en ella, casi como si estuviera enojado por algo, pero tratando de ocultarlo. Los copos de nieve están atrapados en su cabello negro y en la chaqueta de su traje. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba nevando hasta este momento. Levanta el abrigo frente a mí de nuevo.

Miro hacia la casa y solo una vez que estoy segura de que no hay nadie a la vista, doy la vuelta y deslizo mis brazos en las mangas. A Alessandro, el abrigo le llega hasta las rodillas. Me traga hasta los tobillos. Desvío mi mirada hacia la mano de Alessandro, manteniendo abierta la puerta de la parte trasera del

auto, luego camino a su alrededor. Tirando de la manija, me subo al asiento del pasajero, cerrando la puerta detrás de mí. Entonces, espero.

Unos segundos más tarde, el lado del conductor se abre y Alessandro se desliza detrás del volante. Él no dice nada. No entonces, y no lo hace durante el viaje de una hora de regreso a la mansión.



La única luz en mi habitación es la de la computadora portátil que tengo enfrente, arrojando el pálido resplandor sobre las notas y las paredes cubiertas de cuadros. Observo la foto de Natalie, absorta en sus cálidos ojos marrones que parecen devolverme la mirada.

Mirar esta imagen siempre me ha calmado. También duele, pero me ayuda a mantenerme enfocado en mi propósito. Cada vez que me duermo, su rostro está en mi mente.

El día antes de poner un pie en la mansión Pisano, visité su tumba y reafirmé mi voto de vengar su muerte. Ojo por ojo. La mujer de Rocco Pisano por la mía. Lo juré.

Sin embargo, mirar ahora la foto de Natalie despierta en mí diferentes sentimientos, los mismos que se han estado gestando en mi alma. *Remordimiento. Lástima. Culpa.* Me han estado comiendo por un tiempo porque ya no son los ojos marrones los que veo cuando me duermo. Son los verdes. En lugar de soñar con matar a Ravenna Pisano a sangre fría, estoy imaginando cómo se sentiría

tenerla debajo de mí, gimiendo mientras la tomo, declarándola mía.

Esta noche, cuando vi a Ravenna caminar junto a su esposo, con el brazo alrededor de su cintura, casi estallé de ira. El impulso de quitarle la mano al hijo de puta de encima apenas podía contenerse. Quería agarrarla y gritar: —*¡Es mía!*— para que todos escuchen.

Es una locura. Y esta locura tiene que parar. Hago clic en el ícono en la esquina superior izquierda y la cámara se alimenta desde afuera La casa de Rocco llena la pantalla.

Cuando llegué a la casa de Rocco Pisano, el plan para su muerte era ya grabado en piedra, pensada hasta el más mínimo detalle. Imaginé mi plan de venganza como una gran fortaleza de roca que se elevaba hacia el cielo. *Sólido. Inquebrantable.* A menos que surja una variable no deseada, que haga necesario actuar antes de lo previsto, el plan permanece en su lugar. *Sin excepciones.*

La cronología impresa de cada jodida etapa, todos los pasos distribuidos estratégicamente a lo largo de dos meses, cuelga sobre mi cama. El garaje era la primera fase. El segundo es destruir su negocio de construcción y hacerlo parecer un tonto incapaz frente al Don. Las finanzas de Roco serían las siguientes. Solo después de haber terminado con las cosas materiales, había planeado avanzar con la fase cuatro: *jugar con su cabeza.*

El miedo constante por la propia vida, sabiendo que hay una amenaza que acecha en las sombras, es la tortura más intensa. La incertidumbre. Mirando por encima del hombro todo el tiempo. El plan era hacer que Rocco creyera que alguien está tratando de matarlo y prolongar ese escenario durante semanas hasta que el simple estallido de un corcho de vino lo haga cagarse en los

pantalones. Deshacerse de su padre vendría después de eso. Y al final, su esposa. Justo antes de matar al maldito Rocco Pisano y reducir a cenizas su bonita casa.

En la pantalla, el descapotable blanco de Rocco entra en el marco de la cámara y se estaciona en el camino de entrada. Miro el detonador a mi lado. La señal de la bomba que coloqué debajo de su auto deportivo sigue activa, lista para ser activada remotamente. Si se ejecuta bien, caer en el olvido es una muerte muy rápida y bastante indolora, desafortunadamente. Y la muerte que tengo en mente para Rocco Pisano no es ni rápida ni indolora. He planeado volar este auto en dos semanas, como una táctica de miedo. Y cuando pongo un plan en marcha, nunca me desvío de él.

Mis pensamientos van a la deriva hacia Ravenna, viéndola parada en el camino de entrada cubierto de nieve mientras el viento soplabla algunos mechones de cabello que se escaparon de su moño. Sacudo la cabeza tratando de deshacerme de la imagen. En lugar de desaparecer, la escena continúa repitiéndose en mi mente, en su rostro triste y la lágrima deslizándose por su mejilla.

Mi fortaleza sólida como una roca comienza a temblar. A sus lados aparecen largas y delgadas fisuras, y una gran parte de sus fortificaciones se rompe. Su ruido sordo distante trueno en mi mente cuando Rocco sale del auto y se dirige hacia la mansión. Siento las réplicas cuando tomo el detonador y coloco mi pulgar sobre el botón rojo. Ocho años de búsqueda y planificación... comprometida. Todo por culpa de unas lágrimas de la mujer que juré matar. Una gota de agua sobre una piedra. Tenaz.

Rocco sube las escaleras, llegando a las puertas delanteras. Goteo.

Presiono el botón.

El auto explota, su elegante carrocería deportiva es lanzada unos pies en el aire en un torrente de fuego, humo y escombros.

Una sonrisa tira de mis labios mientras veo el brillo anaranjado en Rocco Pisano. Su rostro aterrorizado mientras yace tirado en el suelo. Puede ser por la explosión, pero apuesto a que fue por el impacto. Me pregunto si se orinó a sí mismo.

Bueno, salté de la fase uno a la fase cuatro. Hora de realinearse y volver al tiempo. El hijo de puta perderá todo lo que ama antes de que termine con él. Su vida dorada está a punto de desmoronarse.

Mantengo mis ojos en la pantalla mientras tomo mi teléfono y llamo a Félix. La llamada suena dos veces y luego se desconecta. Lo golpeo de nuevo.

—¿Qué?— él ruge

—¿Me hiciste entrar?

—¡Es la una de la mañana!

Cambio la transmisión a otra cámara que tiene una mejor vista de Rocco.

—¿Así que lo hiciste?

—¡Me acuesto a las ocho!— Félix grita.

—Deja de lloriquear y respóndeme.

—¿Sabes lo que hay en la mesa? ¡Diamantes! Necesitarás al menos medio millón de rocas para jugar con ellas.

—Lo sé. ¿Me hiciste entrar, Félix?

—Sí, sí, tengo tu trasero loco. Los jugadores no pueden llegar directamente, por lo que te enviarán un vehículo. Secreto y todo eso. Obtendrás la hora y el lugar de recogida la mañana antes del juego.

—Bien. — Cambio las cámaras de nuevo. Rocco y algunos de los guardias están tratando de apagar el fuego. —¿Y dónde estamos con el cuerpo que pedí?

—No estamos en ninguna parte. Estoy siendo el maldito enterrador y cavando alrededor para ti. Necesito la fecha en que quieres que te lo entreguen.

—Solo tómelo cuando aparezca un candidato adecuado y guárdelo para mí hasta que llame.

—¿Guardarlo?— grita. —¡Es un maldito cadáver!

—Tienes un congelador, ¿no?

—Y que le digo a Guadalupe si se decide a hacer carne asada y encuentra un puto cadáver en el congelador?

—¿Quién es Guadalupe?

—Mi novia—, espeta.

Mis cejas golpean la línea del cabello. —Tienes noventa.

—¡Tengo setenta y cinco! Y para tu información, Lupe dice que no aparento más de cincuenta años.

—Dile, 'Lo siento, bebé, es solo trabajo'. Ella lo entenderá. Y tal vez llévala a que le revisen los ojos.

—Oh, vete al infierno, Az. La línea se corta.

Agarro la bolsa de terciopelo negro que está sobre el escritorio al lado de la computadora portátil y saco una pequeña roca verde,

levantándola hacia la luz. Drago Popov ciertamente tiene un buen producto.

Capítulo 10



Abriendo la ventana solo un poco y asegurándome de permanecer escondida detrás de la cortina, escucho a escondidas la conversación que tiene lugar en el camino de entrada de abajo.

—¡Podría haber muerto, Nino!— Rocco aúlla. —Si la bomba hubiera estallado diez segundos antes, ¡habría sido un brindis! Tengo un maldito cráter en mi camino de entrada.

—Haré que revisen el coche. Tal vez los técnicos puedan encontrar algo. Nino, el jefe de seguridad del Don, se acerca al auto de Rocco, o lo que queda de él, y coloca sus manos en sus caderas. —Mierda.

—Creo que es ese hijo de puta esloveno. Drago—, dice Rocco.

—Quieres decir serbio.

—Lo que sea. Tuvimos una escaramuza hace unos días, y algunos disparos fueron hechos. Esto es venganza.

—¿Quién disparó primero?— pregunta Nino.

—Lo hice. ¡Ese idiota arrogante se negó a tratar conmigo! Tenía que hacer un punto.

Nino se pellizca el puente de la nariz. —El jefe no estará contento con la forma en que se manejó eso, Rocco. Si fuera tú, me mantendría fuera de su vista.

—¡Ellos lo empezaron!

—Llamaré a Drago y trataré de razonar con él.

—¿Cuándo regresa Arturo? Tengo mi propia mierda para ejecutar. Nuestros proyectos de construcción se están retrasando y la adquisición de propiedades los plazos están respirando en mi nuca. No tengo tiempo para lidiar con los lunáticos con los que colabora.

—Ni idea. Aún no hay noticias de su hermana. Lo está perdiendo. — Nino suspira y se dirige hacia su auto. —Alguien vendrá a recoger los restos más tarde hoy.

Me alejo de la ventana y me dirijo al baño para darme una ducha. Como siempre, dejo la puerta del baño abierta de par en par para que no sienta que las paredes se me están cerrando. Ya es bastante difícil lidiar con la ducha, pero al menos los lados de vidrio ayudan a mantener mi ansiedad a raya. Cuando no se empañan demasiado.

El olor a humo y plástico quemado impregnaba cada rincón de la casa, haciéndome sentir sucia y enferma. Las ventanas de la planta baja tuvieron que ser tapadas y están siendo reemplazadas. Fueron destrozados por la explosión.

Cuando sucedió, la explosión fue aterradora. El fuerte golpe me sacudió despierta. Corrí a la ventana para ver qué había pasado y vi las llamas consumiendo los restos del auto. Por un breve momento, pensé que Rocco estaba dentro del auto cuando explotó. Y me sentí aliviada. Cuando cierro el agua y salgo de la ducha, encuentro a Rocco parado en la entrada tiene una expresión de rencor en su rostro como si estuviera listo para retorcerme el cuello solo por el puro placer de hacerlo. Doy un paso atrás y pego mi cuerpo desnudo a la fría pared de azulejos.

—Los amigos de mi padre querían saber por qué mi esposa se fue tan rápido anoche—, dice y da un paso dentro del baño. —Uno de ellos preguntó si quizás no te gustaba su presencia. O la mía, para el caso. ¿Es eso cierto?

—No—, me atraganto.

—Ciertamente parecía de esa manera. Su mano sale disparada, envolviéndose alrededor de mi brazo. Estoy de muy mal humor, bellísima. Presta atención a tu comportamiento, o no te gustará el resultado.

—Lo haré. — Asiento con la cabeza.

—Por supuesto que lo harás. — Con la otra mano, saca el arma de la cinturilla de sus pantalones y apunta a la luz del techo. El tiro resuena a través del pequeño espacio, y el accesorio se hace añicos, lloviendo escombros desde arriba y envolviendo el baño en la penumbra.

—No— susurro.

—Sí. — Una sonrisa siniestra se extiende por el rostro de Rocco cuando sale de la habitación, cerrando la puerta a su paso. La oscuridad me envuelve. Me pongo de pie de un salto, corriendo a ciegas hacia la puerta. Justo cuando encuentro la perilla, el sonido de una cerradura girando resuena en mis oídos.

—¡Rocco!— Grito, mientras el pánico crece dentro de mi pecho. —¡Por favor! ¡Por favor, no!

No hay respuesta. Sólo una risita que se aleja.

Cierro los ojos y me bajo al suelo, tratando de recuperar la respiración. bajo control. Yo no era un felpudo al principio de nuestro matrimonio. La primera vez que Rocco me encerró en el armario y apagó la luz, le dije que se fuera a la mierda. Me senté

en el suelo, esperando que volviera. Pasaron los minutos. Luego horas. Empecé a escuchar cosas. Probablemente solo era ruido de abajo, pero para mí, se sentía como si estuviera allí. A mi lado. Aunque nunca le he tenido miedo a la oscuridad, ni siquiera cuando era niña, estar encerrada en ese pequeño espacio oscuro y escuchar ruidos extraños a mi alrededor me asustaba.

Cuando Rocco finalmente me dejó salir a la mañana siguiente, estaba a punto de perder la cabeza. Lo ha hecho dos veces más desde entonces, cada vez que estaba particularmente descontento con mi comportamiento. Me dejó aterrorizada, y nació mi claustrofobia.

Mi cuerpo comienza a temblar, ya sea por el creciente pánico o por la rápido que las baldosas se enfrían debajo de mí, no estoy segura. Probablemente ambos. Todavía estoy goteando después de la ducha, y el aire a mi alrededor se enfría. Mis músculos cesan y no puedo obligarme a ponerme de pie para buscar una toalla. Soportar los golpes de sus puños es más fácil que esto. Envuelvo mis brazos alrededor de mi cuerpo desnudo y apoyo mi cabeza en mis rodillas.

Ojalá me hubiera quedado con el abrigo de Alessandro. La idea de envolverme en el me hace sentir un poco menos frío. No sé por qué sigo pensando en él. Vivir con Rocco me ha hecho despreciar a los hombres en general. Cuando sueño despierta con la posibilidad de conocer a alguien nuevo si logro escapar de mi esposo, se forma una sensación de malestar en mi garganta. antes de mi vida con Rocco, preguntarse por una pareja por lo general consistía en preguntas como, ¿nos gustarían las mismas cosas? ¿Qué pasa si nuestros gustos musicales difieren demasiado? Soy madrugadora, ¿y qué si él prefiere dormir hasta tarde? Ese tipo de

tonterías. No se sentía como una tontería entonces. ¿Ahora? Ahora lo primero que pienso es, ¿me pegará a mí también?

Desde los días de los primeros golpes de Rocco, comencé a prestar atención a las parejas que me rodeaban. De vez en cuando, me daba cuenta de los sutiles indicios de que el matrimonio aparentemente perfecto en el exterior era todo lo contrario. Como el mío.

Cerrando los ojos, imagino a Alessandro sentado a mi lado, su mano sosteniendo la mía.

—Setenta y tres— susurro.

Se siente extraño hablar en voz alta cuando no hay nadie alrededor, y mi voz suena débil a través de mi castañeteo de dientes.

—Setenta y uno—, continúo. —Sesenta y nueve. Sesenta y siete. Sesenta ...—



El clic de la cerradura me alerta de la apertura de la puerta. Levanto la vista y entrecierro los ojos hacia Rocco. La luz que se derrama desde el dormitorio delinea su forma, haciéndolo parecer aún más amenazador. Por un momento aterrador, me siento como si estuviera a las puertas del infierno, con Cerbero bloqueando la salida.

—Vístete—, espeta. —Voy a cenar con un socio y te llevaré conmigo.

Lo observo mientras se va, y cuando escucho que la puerta del dormitorio se cierra, me levanto de mi lugar en la esquina del

baño. Miles de agujas perforan mis piernas mientras me arrastro hacia la cómoda junto a la cama donde guardo mis prendas delicadas. Un reloj blanco adornado está encima de él, mostrando que son las dos de la tarde. Me mantuvo en el baño por lo que parecieron días, pero solo fueron seis horas. Me pongo el sostén y la ropa interior y miro mi reflejo en el espejo. debería colar un destornillador u otra herramienta en el baño y el armario, y esconderlos en algún lugar para que la próxima vez que Rocco me encierre dentro pueda intentar desmontar la cerradura. Esa idea nunca apareció en mis pensamientos antes de hoy. Todo este tiempo, es como si Rocco lograra no solo vencer mi cuerpo y mi mente, sino también mi sentido de valía. Dejé de pelear con él y dejé que me convirtiera en su perro obediente. Con una última mirada en el espejo, me doy la vuelta y me dirijo al vestidor.

Cuando bajé las escaleras, Rocco lanza una mirada de disgusto a mi blusa negra que tiene

un escote modesto, pero sus labios se abren en una sonrisa cuando nota la falda roja corta que apenas cubre mi trasero.

—Vamos a llegar tarde. — Toma mi mano y me arrastra hacia la puerta principal.

Salimos de la casa y parpadeo confundida. Cuatro vehículos están estacionados en

el camino de entrada, con el jefe del primer turno de seguridad de pie junto al de enfrente. Un coche de alquiler es el siguiente en la fila, debe haber llegado mientras estaba encerrada, y otros dos vehículos están en la parte trasera. Rocco rara vez lleva guardaespaldas con él cuando asiste a sus reuniones. La mayoría de ellos son con personas que no están involucradas en actividades ilegales. Me han asignado el único destacamento de seguridad

constante, y no tiene nada que ver con su preocupación por mi bienestar.

Mis ojos vagan hacia la camioneta en la parte trasera y el hombre sentado detrás del volante. Mi corazón late más rápido, como lo hace cada vez, cuando veo a Alessandro. Lleva gafas de sol de aviador y parece estar mirando al frente, pero puedo sentir su mirada en mí.

—Entra—, Rocco espeta y me lleva al asiento del pasajero de su coche de alquiler. El vehículo frente a nosotros ronronea y se dirige hacia la puerta. Rocco enciende el auto y lo sigue. Miro por el espejo lateral y me doy cuenta de que los dos últimos coches circulan detrás de nosotros. Toda la situación es como una escena de una película: un convoy presidencial cuando sale de la residencia.

—¿Qué está sucediendo?— Pregunto.

—Alguien está tratando de matarme, eso es lo que está pasando—, ladra Rocco.

Saco mis gafas de sol de mi bolso y me las pongo en la cara, en secreto. observando a Rocco como lo hago yo. A primera vista, parece enojado. Su mandíbula está apretada y un ceño fruncido estropea su rostro. Pero miro más duro, y hay cosas que no escapan a mi atención. La forma en que sus ojos se lanzan al espejo retrovisor y a los lados de vez en cuando. Gotas de sudor se acumularon a lo largo de la línea del cabello. Y finalmente, sus respiraciones, llegando más rápido de lo normal.

Una sonrisa amenaza con tirar de mis labios, y apenas puedo ocultarla. Rocco Pisano, el hombre que proclama tener los huevos más grandes del mundo, está muerto de miedo.



El murmullo de varias docenas de personas hablando a la vez. Risa. el sonido de los cubiertos en los platos. Cada sonido perfora un pequeño agujero en mis sienes. Llevo el tenedor a mi boca, pero no tengo ganas de comer. Me duele la garganta y, aunque la habitación está bien caldeada, tengo frío.

—¿Estás bien, Ravenna?

Levanto la vista y ofrezco una sonrisa falsa a la mujer sentada a mi izquierda. Rocco me los presentó a ella ya su esposo cuando llegamos al restaurante, pero no recuerdo su nombre.

—Creo que me estoy enfermando con algo—, le digo.

—Oh, lo siento mucho, cariño. Ella mira hacia Rocco, quien está involucrado en una discusión profunda con su esposo sobre bienes raíces. —Rocco, Ravenna no se siente bien. Tal vez deberías llevarla a casa.

—¿Oh?— Rocco inclina la cabeza y me clava la mirada. —¿Estás enferma, bellísima?

—No.— Sacudo rápidamente la cabeza. —Estoy bien.

—¿Segura? Tal vez deberías ir a casa y descansar un poco. — Él se inclina hacia el lado hasta que sus labios están justo al lado de mi oído y susurra, —Tengo un gran juego esta noche. Asegúrate de estar lista cuando llegue a casa por la mañana.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Rocco es un jugador frecuente de póquer. Suele jugar en Luigi's con otros hombres de la Cosa Nostra, pero él no encuentra esos juegos lo suficientemente desafiantes. Simplemente sostienen su adicción.

Sin embargo, cada tres meses se lleva a cabo un torneo de póquer en un lugar no revelado fuera de la ciudad, y Rocco está obsesionado con él.

El juego es un evento solo por invitación y los jugadores asistentes están ocultos. Sus identidades y presencia se mantienen en secreto, incluso de sus competidores, pero a Rocco todavía le encanta presumir de ello, especialmente frente a los otros capos. El torneo anterior fue justo después de nuestra boda. Rocco ganó y, cuando llegó a casa, lleno de adrenalina y lleno de sí mismo, me despertó en la oscuridad de la noche y me exigió que le rogara que me follara. Le escupí en la cara cuando me dijo que me quitara la ropa y me arrodillara en el suelo. Me golpeó con tanta fuerza que terminé allí de todos modos. A la mañana siguiente, me desperté con un mensaje en mi teléfono. Era una foto de primer plano de mi madre dormida, con un arma apuntándole a la cabeza. Era una amenaza de lo que sucederá si me atrevo a desobedecerlo nuevamente.

—Bueno. — Me levanto, lista para dejar la mesa.

Siempre el marido cariñoso en público, Rocco también se pone de pie y agita la mano hacia Alessandro, que ha estado esperando junto a la salida con los otros dos tipos de seguridad. Cuando el beso de Rocco aterriza en mi mejilla, mis ojos vagan hacia Alessandro mientras se acerca a nosotros con una mirada asesina en sus ojos. Parece que ha vuelto a odiarme.

—Lleva a mi querida esposa a casa—, dice Rocco y me acaricia la mano antes de volver a sentarse.

Alessandro me sigue fuera del restaurante y hasta su camioneta en silencio. No dice una palabra mientras enciende el vehículo y sale a la calle. Me las arreglo para mantener la

compostura durante casi una hora, pero cuando giramos hacia el camino que conduce a la mansión, la ansiedad se dispara en mi pecho.

—Por favor, detente—, me atraganto.

Alessandro se detiene inmediatamente a un lado de la carretera. En el momento en que

estacionamos, salgo y apoyo mi espalda en el costado del auto. Cerrando los ojos, me concentro en respirar profundamente, tratando de no pensar en lo que sucederá cuando Rocco llegue a casa.

No escucho el acercamiento de Alessandro alrededor del auto. Pero no importa Incluso con los ojos bien cerrados, puedo sentirlo de pie frente a mí.

—Sabes—, digo, mientras el viento hormiguea en mi cara, —cuando era niña, pensé que iba a ser profesora de matemáticas.

—¿Por qué?

—Me gustan los números. y niños Supongo que así es como me veía a mí misma. Yo suspiro.

—¿Tú? ¿Dónde te viste?

El silencio se extiende antes de que él responda.

—En la cárcel.

Lo último que tengo ganas de hacer es sonreír en este momento, pero su respuesta hace que mis labios se curven de todos modos. —¿Quieres elaborar?

—No.

Por supuesto que no. Envuelvo mis brazos alrededor de mi cintura, pero dudo que sea por el frío. Pasa un latido, y luego siento una ligera caricia como una pluma en mi rostro.

Mis ojos se abren de golpe para encontrar a Alessandro inclinado sobre mí. Su palma izquierda está apoyada en el coche, justo al lado de mi cabeza, mientras traza la línea de mi mandíbula con el dorso de la otra mano.

—¿Qué ocurre?— él pide.

—Nada. Y todo.

—O es nada o es todo. No pueden ser ambos. — Sus ojos se clavan en los míos.

Estable. Enigmático.

—¿Por qué te importa? Ni siquiera te gusto.

—Diría que ni gustar ni disgustar son términos adecuados en esta situación, Ravenna.

Arqueo una ceja ante sus palabras crípticas.

—¿No? ¿Y lo que es?

—Algo crudo. Su rostro está envuelto en sombras que realzan las líneas afiladas de su rostro.

—¿Qué?— Yo susurro.

El toque de Alessandro desaparece de mi rostro. Baja la cabeza hasta que sus labios se acercan a los míos, a solo unos centímetros de distancia.

—Todavía estoy tratando de resolverlo por mí mismo—, dice y se inclina hacia mi cuerpo.

Debería ser tímida, tener un hombre tan corpulento inmovilizándome. Con el lío en el que se ha convertido mi psique como resultado del abuso de mi esposo, debería sentirme amenazada por el tamaño y la fuerza de Alessandro. Pero en lugar de temer su cercanía, lo quiero aún más cerca.

Mi sueño más reciente invade mi mente. Los pensamientos se llenan de imágenes de él meciéndose contra mí contra la pared del ascensor y yo gritando de placer. ¿Cómo se sentiría? ¿Sería como lo imaginé?

—Pregunta—, dice.

—¿Preguntar qué?

—La pregunta que veo en tus ojos.

Me estremezco ante el timbre de su voz. —Me preguntaba si se sentiría como en mi sueño.

—¿Qué?

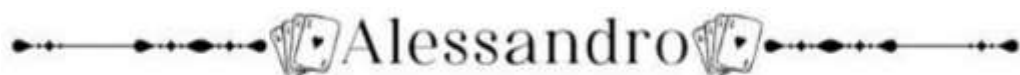
—Tú— susurro.

Algo parpadea en el rostro de Alessandro al escuchar mis palabras: una emoción fugaz, aparece un segundo y desaparece al siguiente. Aprieta la mandíbula y respira hondo, fortaleciendo su autocontrol por lo que parece. Nuestras caras están tan cerca que puedo sentir su cálida exhalación acariciando mi boca. Inclino mi cabeza hacia arriba muy levemente. La punta de mi labio superior toca el inferior. No es un beso. Solo el roce más pequeño, pero me golpea justo en el centro de mi ser. No me atrevo a moverme. Ni siquiera respiro.

Un vehículo pasa zumbando, su sonido retumbante rompe el hechizo. Alessandro da un paso atrás.

—Deberíamos irnos—, dice. —Tengo que estar en algún lugar y ya llego tarde.

Asiento y me meto rápidamente en el coche.



Los organizadores del torneo de póquer sin duda se aseguraron de mantener la identidad de los jugadores un secreto. Salgo del auto y miro hacia la casa de un piso escasamente iluminada. No hay otros vehículos alrededor, así que asumo que cada jugador estaba programado para llegar a una hora diferente. Un hombre que espera en la puerta principal me acompaña al interior, a través del pasillo sin amueblar, hasta una pequeña habitación en el lado izquierdo del edificio donde otro hombre, vestido con un traje de tres piezas y guantes negros, está sentado detrás de un escritorio cubierto con un mantel negro. Supongo que eso lo convierte en inspector.

—Control de calidad—, dice y golpea la superficie del escritorio con la palma de la mano.

Busco en mi bolsillo la bolsa de terciopelo, deshago la cuerda y dejo que el contenido se derrame sobre la superficie de ébano. El inspector toma una pequeña lupa y, tomando una de las rocas, la levanta hacia la luz. La piedra preciosa brilla en el brillo de la misma manera que lo hacen los ojos de Ravenna cuando sonríe.

—Diamantes verdes. Bonito—, murmura mientras mira la piedra desde todos los lados. —Muy lindo. ¿De Popov?

—Sí.

—Calidad excepcional. — Coloca el diamante a pequeña escala. Después de comprobar el peso, hace una nota en un cuaderno encuadernado en cuero y pasa al siguiente.

No existe un requisito específico sobre el tamaño o el color de las gemas preciosas que se utilizarán como apuestas para el juego, siempre que cada una tenga un valor mínimo de veinticinco mil. Una piedra equivale a un chip. No importa si el valor real está por encima del valor mínimo. Para las personas que asisten a este juego en particular, unos pocos grandes aquí y allá no importan.

Muevo mis ojos a la página donde el inspector está anotando el presupuesto, escaneando los números. Si Drago me jodió con una sola roca, no me dejarán participar. Después de que el joyero revisa mis veinte diamantes, los vuelve a colocar en la bolsa y asiente con la cabeza al hombre que me acompañó hasta aquí.

—Es bueno—, dice y me devuelve la bolsa. —Steven será su anfitrión por la noche. Le deseo un gran juego, señor.

Mi anfitrión me lleva a un espacio cerrado con cortinas en algún lugar en las profundidades de la casa. La alcoba está cubierta por pesadas cortinas negras del piso al techo que cuelgan a ambos lados de la puerta, creando un túnel en forma de embudo hacia un banco curvo y una silla ubicada en el otro lado. Al final, una ventana, ubicada justo encima del banco, me permite ver más allá. Una vez que me acerco y miro, me doy cuenta de que el banco curvo es en realidad una mesa redonda, dividida por los separadores de cortinas y la pantalla de la ventana, que parece ser

un vidrio de un solo sentido. Puedo ver afuera, nadie puede ver adentro.

Tomo asiento en la mesa, contemplando mi entorno. El juego está configurado para cuatro jugadores, a juzgar por las otras tres pantallas que marcan los lugares. El asiento de un crupier es el único que no queda oculto, ocupado por un hombre fornido con corbata de moño. Las cortinas negras, aunque resistentes, caen en suaves ondas. Su color me recuerda al cabello de Ravenna. Es como si me estuviera persiguiendo donde quiera que vaya.

El hambre que me ha quemado al tener su cuerpo pegado al mío no se ha disipado, a pesar de que han pasado horas desde que la dejé en la mansión. Paso mi pulgar sobre mi labio inferior, recordando el toque de ella en ese momento fugaz. Necesité todo mi autocontrol para no agarrarla en ese instante y morder su tentadora boca.

Esperé que pudieran surgir problemas, que algo pudiera poner en peligro mi plan de venganza o dificultar las cosas en el camino. Pero no esperaba que estos vinieran en la forma de una mujer con ojos como joyas, que ha estado invadiendo constantemente mi mente. La quiero fuera de mi cabeza. Desearía poder tomar un maldito par de alicates y desenterrar cada pensamiento sobre ella. Probablemente no ayudaría. Incluso ahora, dos horas después de que la dejé, todavía tengo su olor en la nariz.

Mi anfitrión viene a pararse a mi derecha, así que me vuelvo a concentrar en donde estoy. El pequeño espacio entre la ventana y la mesa tiene apenas diez pulgadas de alto, lo suficiente para permitir que mis manos se deslicen. Todo lo demás está oculto detrás de la pantalla de cristal unidireccional.

Los otros tres jugadores ya están en sus asientos, con el rostro oculto, pero puedo ver su presencia a través de los huecos. Supongo que cada uno tiene un host a su lado, al igual que el mío está flotando cerca. El hombre frente a mí tiene su mano derecha sobre la mesa, sosteniendo un cigarro encendido entre sus dedos. Un anillo de oro grueso con una joya roja está en su dedo índice. Rocco Pisano.

Sonrío y coloco la bolsa con los diamantes frente a mí. Que empiece el juego.



—Hemos terminado—, dice el anfitrión a mi oponente a la izquierda.

A través del espacio debajo de la pantalla, veo al hombre de traje blanco levantarse lentamente y salir de su recinto. Su anfitrión lo sigue. El jugador a mi derecha se fue hace media hora. Eso significa que solo quedamos Rocco y yo.

Me recuesto y observo las manos de Rocco visibles debajo del vidrio unidireccional. Está agarrando el borde de la mesa con tanta fuerza, que sus nudillos se pusieron blancos. Solo queda un diamante frente a él. Solo lo suficiente para la apuesta inicial, pero no podrá continuar el juego. Todas las demás piedras usadas en el juego hasta ahora son mías. La mano de Rocco sale disparada hacia un lado, agarrando la muñeca de su anfitrión parado a su derecha, acercándolo más. Hay murmullos, y luego el hombre retrocede.

—Nos gustaría continuar con los cheques, si lo permite—, el anfitrión de Rocco dice. Levanto una ceja. Solo se permiten piedras

preciosas como fichas, y cuando te quedas sin ellas, estás acabado. Se permite cambiar a cheques solo si todos los demás jugadores están de acuerdo y la —casa— acepta la responsabilidad de manejar la transacción. Casi nunca se hace, debido a una razón muy específica: el jugador que usa cualquier cosa que no sean piedras para hacer una apuesta pierde la opción de retirarse y se ve obligado a igualar, igualar o aumentar la apuesta. Debe seguir jugando hasta que termine la ronda.

Manteniendo mis ojos en las manos de Rocco que una vez más están agarrando la mesa, asiento con la cabeza y tiro una sola esmeralda hacia el centro de la mesa.

—Aprobación concedida—, declara mi anfitrión, y el crupier continúa con la siguiente mano.

Obtener los detalles de cuánto dinero tiene Rocco Pisano en sus cuentas de banco cuentas, tanto legítimas como en el extranjero no fue fácil. Félix tardó algunas semanas en obtener esa información para mí. El total es un poco más de dos millones. Estaba bastante sorprendido por esa suma. Basado en cuánto gasta en autos, hubiera esperado diez veces esa cantidad.

Cuando llega el momento de hacer una apuesta, tomo veinte gemas del montón que tengo frente a mí y las deslizo hacia adelante. No puedo ver a Rocco, pero puedo imaginar la mirada en su rostro. Se sienta inmóvil por un par de momentos, luego saca un talonario de cheques, garabateando algo con movimientos bruscos y enojados. Su anfitrión acepta el cheque que le entrega Rocco.

—Un millón—, declara el hombre y coloca una ficha de la casa en lugar del cheque de Rocco en el centro de la mesa.

Apenas puedo reprimir una risa. El estúpido hijo de puta no solo pagó mi apuesta, sino que también la dobló. Debe estar desesperado por recuperar sus diamantes. Tomo el resto de mis piedras y las empujo hacia adelante, elevando la apuesta total a dos millones.

Rocco Pisano tiene dos opciones. Para igualar mi aumento agregando otro millón. O volver a subir. Sin embargo, según las reglas de este torneo, la nueva subida debe ser el doble de la suma que acabo de proponer. Y sé que no le queda suficiente dinero en sus cuentas para hacer eso. Alcanza su pluma y escribe otro cheque.

—Un millón, sumando un total de dos millones de dólares—, el host de Rocco dice y agrega otra ficha de la casa a la mesa.

—La apuesta ha sido llamada. Por favor, muestre sus manos—, anuncia el crupier.

Como fui yo quien hizo la última subida, debería ser yo quien mostrara mis cartas primero. Parece que mi oponente está demasiado ansioso porque tira sus cartas y su risa histérica llena la habitación. Miro su mano. *Full house*.⁶

Rocco todavía se ríe cuando coloco mis cartas sobre la mesa, luego su risa muere. El silencio desciende sobre la habitación, y sólo el sonido de la respiración dificultosa se puede escuchar detrás de la pantalla de Rocco.

—Tenemos *Royal Flush*⁷ aquí—, anuncia mi anfitrión y se vuelve hacia mí. —Felicitaciones, señor.

⁶ El full house, más conocido como full, es una combinación de tres cartas del mismo valor más una pareja distinta. La mano Q, Q, Q, 4, 4 sería un full de damas y cuatros. El valor del full depende primeramente del valor del trío.

⁷ La escalera real o flor imperial (royal flush) es más importante con la figura picas y tréboles. Consiste en la permutación de las cinco cartas de mayor valor consecutivas (el As, la K, la Q, la J y el 10), y deben ser estrictamente del mismo palo. Es altamente improbable que se den dos escaleras reales simultáneas.

Espero mientras el inspector se acerca al crupier y reemplaza las fichas con el número equivalente de piedras. Luego desliza los diamantes hacia mí, y mi anfitrión los recoge y los coloca en mi bolsa. Saco cuatro rocas y se las entrego como pago a los organizadores del torneo. Con la transacción completa, mi anfitrión me indica que lo siga.

Mirando la pantalla hacia donde todavía está sentado Pisano, sonrío y dejo la habitación.

El auto que me trajo a este lugar me espera cuando salgo del edificio. El conductor está rondando por la puerta trasera y salta para abrirla cuando me acerco. Me detengo ante él y levanto una gema frente a su rostro.

—¿Señor?— pregunta mientras sus ojos se agrandan al ver la roca brillante.

—Necesito pedir prestado este auto. Le tiro el diamante. —Lo dejaré en el mismo lugar donde me recogiste.

—Sí, Sí. Claro. — Asiente con entusiasmo mientras cierra la puerta trasera, apresurándose al lado del conductor para abrir esa en su lugar. —Dejé la llave en la guantera. Tengo un repuesto.

En el momento en que me pongo detrás del volante, piso el pedal hasta el piso y salgo del camino de entrada. Cuando me acerco a la mansión Pisano, encuentro un lugar donde puedo dejar automóvil en la carretera y estacione detrás de algunos arbustos que lo ocultarán de la vista en caso de que alguien pase por allí. La distancia restante, la hago a pie. Mi análisis de las ubicaciones de las cámaras en el muro perimetral y en la puerta, así como el campo de visión que cubren, me lleva a una ubicación con vista directa de la entrada, pero cae en un punto ciego. Entonces,

espero. Media hora más tarde, los faros aparecen en el camino, acercándose a la puerta.

Conozco a hombres como Rocco Pisano, bastardos arrogantes y engreídos que no pueden lidiar con la realidad cuando alguien los supera. A menudo necesitan una forma de sacudirse la ira cuando se enfrentan a su propio fracaso y, por lo general, con violencia mientras culpan a otra persona. En las semanas que llevo con Pisano, no he visto a Rocco lastimar a su esposa, pero algo sigue sin cuadrar. No puedo quitarme de la cabeza esa mirada angustiada en los ojos de Ravenna.

Un hombre enojado puede recurrir a la violencia, pero uno asustado probablemente buscará un agujero para esconderse. Quiero asegurarme de que Rocco sea el último. Entonces, mientras su auto se detiene en la puerta, esperando que la puerta de metal se deslice hacia un lado, saco mi arma y apunto a la parte trasera del auto. Luego vacío mi cargador en la ventana trasera, el guardabarros, las luces traseras, todo lo que puedo, pero evito golpear a Pisano.

Los tipos de seguridad salen corriendo de la caseta de vigilancia, con las armas en alto, y se dirigen hacia el auto para ver cómo está su jefe. Para cuando empiezan a peinar el terreno alrededor de la puerta, ya estoy a medio camino del otro lado de la propiedad donde la semana pasada escondí una cuerda con un gancho para trepar en uno de los arbustos.

Saltar el muro no supone ningún problema, pero cruzar el patio me lleva más de diez minutos porque necesito zigzaguear por un camino específico que me mantiene fuera de la vista de las cámaras. Cuando llego a otro punto ciego en el ala oeste de la mansión, lanzo el gancho donde se engancha en la barandilla del balcón. La piel de mis manos se siente en carne viva por escalar la

cuerda sin guantes cuando llego a la cima. Tiro de la cuerda y me agacho detrás del parapeto para que no me vean.

La puerta de vidrio está cerrada, y la cortina está corrida sobre ella, pero el material transparente blanco todavía me permite ver a través de él. Ravenna duerme acurrucada bajo una manta. Ni siquiera estoy seguro de cuándo comencé a pensar en ella como —Ravenna— en lugar de —Sra. Pisano—, pero eso es lo que ella es ahora. Ya no puedo soportar etiquetarla como Pisano. El nombre de ese imbécil es demasiado sucio para que ella lo soporte.

Dirijo mi atención a la puerta del dormitorio al otro lado de la habitación y saco la pistola de mi funda. Los gritos y el ajetreo de los guardias de seguridad mientras registran los terrenos se acerca. Deben estar moviéndose de esta manera. ¿Qué diablos estoy haciendo vigilando a la mujer? ¿Qué estoy planeando? ¿para matar? ¿Arriesgarme a la exposición porque necesito estar seguro de que el hijo de puta no la lastimará? Sacudo la cabeza como si eso ayudara a despejar mi mente jodida.

Quizás Félix tenía razón. Tal vez me he vuelto loco, pero no por la sangre y la violencia que he visto y hecho. El detonante de mi locura está profundamente dormido a solo unos metros de distancia.

Capítulo 11



Tiro más fuerte de la manta a mi alrededor. ¿Por qué esta tan frío? ¿Dejé las puertas del balcón abiertas? No estoy segura. Lo último que recuerdo es estar acostada en la cama, mirando a la puerta de mi habitación y esperando que llegue Rocco. Tal vez me quedé dormida.

Sentándome, miro el reloj en el tocador. Las cinco y media de la mañana. Rocco no vino a mi habitación anoche. Un suspiro de alivio sale de mis labios. Es posible que se emborrachara después del juego y se fuera directamente a la cama al regresar a casa, pero eso parece poco probable. Se irrita aún más cuando bebe. Cualquiera que sea la razón, me salvé anoche, pero eso no significa que tendré suerte la próxima vez. El pavor inunda mis venas y un escalofrío de asco me recorre.

Capto un ligero movimiento por el rabillo del ojo, y miro las puertas del balcón, encontrándolas cerradas. Todavía está oscuro afuera, pero incluso con las cortinas interrumpiendo la vista, reconozco la forma imponente de Alessandro. Él está allí en un suspiro, y luego simplemente desaparece en otro. Corro hacia las puertas del balcón, envolviéndome con la manta mientras lo hago, y las abro. El viento frío de la mañana me da en la cara, haciendo que las cortinas largas y transparentes se muevan a cada lado de mí mientras contemplo la terraza vacía.

Casi me convencí de que solo me imaginaba viendo a Alessandro aquí cuando mis ojos se quedaron atrapados en un gancho de metal que colgaba de la barandilla. Doy dos pasos hacia adelante y miro hacia abajo sobre el borde.

—¿Qué..?

Murmuro mientras veo a mi guardaespaldas descender rápidamente por la cuerda atada al gancho. Alessandro todavía está a varios pies del suelo cuando salta y aterriza con gracia sobre sus pies. Mi mandíbula golpea el suelo. ¿Cómo puede alguien su tamaño ser tan ágil? Todavía estoy en estado de shock cuando mira hacia arriba y nuestras miradas chocan.

—El gancho—, dice con calma, como si escalar los balcones de la gente fuera la cosa más natural del mundo.

Miro el gancho, luego de vuelta a él.

—Ahora, Ravenna.

Sin romper nuestro contacto visual, desengancho la cosa de metal y la dejo caer al suelo. Alessandro se agacha para recoger su equipo y luego se aleja casualmente, en dirección al garaje. Cuando está a mitad de camino, hace un giro brusco a la derecha y continúa en esa dirección unos doce o más pies. Llega al roble junto a la fuente del jardín y cambia de dirección una vez más. ¿Qué demonios está haciendo? Si alguien lo ve, está muerto.

Pero no hay nadie tan cerca de la casa, excepto Rocco, que probablemente esté dormido,

¿verdad? Solo las cámaras. Observo el césped, fijándome en las farolas y las cámaras montadas en ellas. Estoy segura de que todavía están grabando. La seguridad en la caseta de vigilancia

monitorea el flujo veinticuatro siete, pero no veo a ninguno de los hombres corriendo aquí para detener al intruso.

Alessandro se dirige a la derecha, hacia el jardín trasero, fuera de mi vista. salgo corriendo de mi dormitorio al pasillo. Hay una gran ventana al final, y llego a tiempo para ver a mi guardaespaldas balanceando su garfio sobre la pared exterior. La penumbra del amanecer hace que sea difícil distinguirlo con claridad, pero estoy bastante segura de que justo antes de que comience a subir, mira hacia la ventana donde estoy parada. Momentos después, desaparece sobre la pared. Justo cuando regreso a mi habitación, mi teléfono vibra en la mesita de noche.

05:47 Alessandro: Vuelve a dormir.

Miro el mensaje, luego escribo una respuesta.

05:47 Ravenna: ¿Qué estabas haciendo en mi balcón?

Pasan varios minutos antes de que responda.

05:54 Alessandro: Mi versión de un tratamiento de spa. Un poco como el tuyo todos los miércoles y sábados, Ravenna.

La risa surge en mi pecho, amenazando con estallar. Entierro mi cara en la almohada y la dejo salir.

* * *

Me quedé dormida de nuevo, finalmente sintiéndome más tranquila después de pasar una noche inquieta temiendo el regreso de Rocco. Cuando me despierto poco después de las ocho, tengo el peor dolor de cabeza del mundo y mi nariz no para de moquear. Rara vez me enfermo, así que no guardo ningún medicamento en

mi habitación. ¿Quizás una de las sirvientas tiene algo? Rocco me ha prohibido salir de mi habitación sin maquillaje, pero debería haber ido a una reunión que mencionó anoche. Probablemente sea seguro para mí bajar rápidamente las escaleras y conseguir algo para el dolor. Salgo de mi habitación y me dirijo por el pasillo, cuando escucho que se abre la puerta de la habitación de Rocco.

—¡Ravenna!

Tomo una respiración profunda y lentamente me doy la vuelta para mirarlo. Sus ojos viajan sobre mi camisón y luego se eleva, deteniéndose en mi rostro sin maquillaje.

—¿A dónde diablos crees que vas con ese aspecto?— Da un paso adelante.

—Solo necesito un poco de medicina de la cocina, y volveré arriba para prepararme.

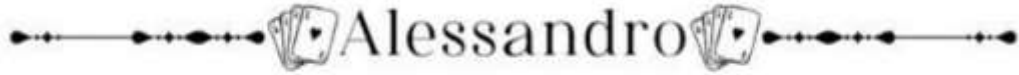
—¿Y qué te he dicho sobre andar por ahí y parecer algo que el gato arrastró?

Su mano se envuelve alrededor de mi cuello, haciéndome difícil tomar aire. Agarre sus dedos, tratando de quitárselos, pero su agarre solo se aprieta.

—No me desafíes, bellísima. — Acerca su rostro al mío. —No estoy de humor para lidiar con tu desobediencia. Si debo hacerlo, no disfrutarás de tu castigo.

Con un apretón más, suelta mi garganta y me doblo, tosiendo y luchando por llenar mis pulmones.

Capítulo 12



La puerta principal de la mansión Pisano se abre cuando salgo de mi SUV. Rocco sale corriendo, con una gran carpeta bajo el brazo, y baja los escalones de piedra hacia uno de los otros cuatro autos estacionados en el camino de entrada. Su chaqueta de traje está desabrochada, y puedo ver que está usando un chaleco antibalas debajo de su camisa de vestir. Mido el coche en el que se está metiendo. No es uno de esos descapotables elegantes que le gustan, sino un SUV resistente con vidrios polarizados. Parece que los eventos de anoche lo asustaron lo suficiente como para comenzar a usar un vehículo blindado. Bien. Espero hasta que el séquito sale del camino de entrada y luego me dirijo al interior de la mansión.

Una de las criadas está de pie al pie de la escalera, puliendo la barandilla de madera con un producto químico de olor agrio. Ravenna no parece estar cerca, así que me giro hacia el ala este. Traté de tomar una siesta cuando llegué a casa esta mañana, pero no podía dejar de pensar en ella.

La inquietud se asienta en mis entrañas. Desde el momento en que salté de ese balcón, tuve la sensación de que debería haberme quedado hasta que Pisano salió de la casa. Y mis instintos nunca se han equivocado. Ravenna no está en la cocina. El ama de llaves es la única allí, poniendo comestibles en la nevera.

—¿Dónde está la señora Pisano?— yo ladro

El ama de llaves salta, sobresaltada. —Todavía durmiendo. —

Son las nueve en punto. Ravenna siempre se levanta antes de que yo llegue. Me doy la vuelta, con la intención de caminar tranquilamente por el pasillo para ver el comedor y la biblioteca, pero termino corriendo. Ella tampoco está allí. ¡Mierda! Estoy en la mitad de la escalera, dirigiéndome a revisar su dormitorio cuando suena mi teléfono. Lo saco de mi bolsillo y veo su nombre en la pantalla.

—¿Puedes llevarme a la farmacia?— ella pregunta cuando tomo la llamada. Su voz suena rota.

Agarro la barandilla hasta el punto en que mis nudillos se vuelven blancos. —¿Por qué?

—Creo que me resfrié.

Mi agarre se alivia, la sangre regresa a las extremidades.

—Estoy abajo— digo y guardo el teléfono.

Ahí es cuando me doy cuenta de que la criada todavía está al pie de las escaleras. Está entretenida fingiendo pulir madera, pero la veo observándome por el rabillo del ojo. Casi puedo ver su mirada inquisitiva. Mierda. Me olvidé completamente de ella. Parece que olvido cosas muy a menudo cuando Ravenna Pisano está en la foto. Ignorando la mirada de la criada, paso junto a ella y me quedo junto a la puerta principal.

Diez minutos después, Ravenna aparece en el rellano superior. Mientras desciende las escaleras, observo su cuerpo, desde la parte superior de su cabeza hasta sus tacones negros. Parece estar bien, pero la miro de arriba abajo para asegurarme. Su olor a talco invade mis fosas nasales mientras pasa corriendo junto a mí a

través de la puerta. Una vez que estamos dentro de mi auto, la miro más de cerca a través del espejo retrovisor y noto círculos oscuros alrededor de sus ojos que son visibles incluso debajo de su maquillaje.

—La farmacia está justo aquí. Ravenna saca un pañuelo de papel de su bolso y se limpia la nariz.

Aparco el coche y la sigo al interior. Cuando el hombre de la caja registra sus compras y comienza a ponerlas en una pequeña bolsa de papel, tomo nota del contenido. Gotas nasales. Medicamentos para el dolor y la fiebre. Vitamina C. Mientras nos acercábamos al auto, Ravenna tropieza, y estiro la mano para estabilizarla. Sus ojos se concentran en mis dedos envueltos alrededor de su antebrazo, luego se mueven hacia arriba hasta que nuestras miradas se conectan.

—Tienes que estar en la cama— digo y suelto su brazo.

—Tengo que ver a mi mamma.

Mis cejas se surcan. Apenas puede mantenerse en pie por sí misma, y estoy bastante seguro de que tiene fiebre. Sin quitarle los ojos de encima, levanto mi otra mano y presiono mi palma en su frente, encontrándola caliente. Sus iris esmeralda me devuelven la mirada, pero ella no se aleja.

—Te llevaré a casa— digo, pero no quito la palma de la mano. Lleva un abrigo largo de color verde oscuro y una bufanda a juego que se envuelve alrededor de su cuello. Ambos hacen que el color de sus ojos resalte en este triste día.

—Está bien—, susurra.

Asiento y dejo caer mi mano para abrirle la puerta del auto. Ella mira el asiento

trasero, luego da la vuelta y abre la puerta del pasajero, tomando el asiento en la parte delantera. Debería decirle que se siente en la parte de atrás.

No.



Le digo que se mueva antes de que estemos a la vista de las puertas. No confío en que nadie abra sus bocas y le haga saber a Rocco que la vio sentada a mi lado. Todavía no estoy seguro de lo que sucede en esa casa, pero no estoy haciendo nada para poner en peligro su seguridad y bienestar por mi cuenta.

Cuando llegamos a la mansión, sigo a Ravenna adentro. No creo que ni siquiera se dé cuenta de que estoy caminando detrás de ella, demasiado concentrada en encontrar un pañuelo en su bolso y sonarse la nariz. ¿Por qué diablos tengo la ridícula necesidad de asegurarme de que se vaya directamente a la cama? Debería odiar todo lo que esté relacionado con Rocco Pisano. Su esposa incluida. Especialmente su esposa. Al mismo tiempo, necesito saber que ella está bien. Y eso es todo tipo de jodido.

Ravenna comienza a subir las escaleras, pero luego se detiene en el tercer escalón y cae en un ataque de estornudos. El sonido me recuerda a un pequeño gatito. Es difícil de creer, pero se ve majestuosa incluso cuando estornuda. Sacudiendo la cabeza, me inclino hacia adelante y la tomo en mis brazos.

—¿Qué?

Ravenna traga sorprendida, luego estornuda de nuevo. La cargo por las escaleras, manteniendo mis ojos fijos directamente al frente, tratando de ignorar el abrumador placer de tenerla tan

cerca. negándome a mí mismo la necesidad de acercarla aún más a mi pecho. Su cara está a solo una fracción de distancia, puedo sentir su aliento abanicando mi cuello. Cuando llego al rellano, la llevo por el pasillo y la bajo al suelo frente a su puerta.

—Ummm... gracias. No era realmente necesario, pero— ella estornuda, luego me mira —gracias.

La miro, me doy cuenta de lo roja que está su nariz después de limpiarla con un pañuelo al menos cien veces, y lo cansada que se ve. Quiero volver a tomarla en mis brazos, como si de alguna manera la hiciera sentir mejor. En su lugar, solo asiento una vez más.

Ravenna me parpadea y luego sonríe. Mi respiración se atrapa de la misma manera lo hizo la primera vez que la vi.

—La gente realmente necesita cavar para sacarte una palabra, Alessandro.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. El pañuelo alrededor de su cuello se ha soltado, y mis ojos se posan en su garganta. O más precisamente, a las vibrantes marcas rojas en él. Rabia asesina se enciende en mi pecho. Planto mis palmas contra la puerta a cada lado de ella y bajo mi cabeza hasta que nuestras caras están a solo pulgadas de distancia.

—¿Fue Rocco?— digo con los dientes apretados. Un jadeo sale de la boca de Ravenna. —¿Cuándo, Ravenna?—

Se da la vuelta, gira el pomo y desaparece en su habitación, cerrando la puerta detrás de ella. Aprieto mis manos en puños y respiro profundamente. Se atrevió a tocarla. lastimarla Debe haber sucedido esta mañana, después de que me fui.

Saco mi teléfono y abro la aplicación de rastreo. No tuve la oportunidad de poner un rastreador en el auto nuevo de Rocco, pero tengo etiquetados sus vehículos de seguridad. Y donde va Rocco, ellos lo siguen.



El nivel más alto de este garaje sin terminar me da una vista sin obstáculos de los alrededores. Dejo mi bolso en el suelo y miro hacia el sitio de construcción al otro lado de la calle.

Rocco está de pie junto a una mesa improvisada colocada a un lado. El hombre, que parece ser el administrador del sitio, está frente a él y actualmente está mirando los planos repartidos entre ellos. Los hombres de seguridad de Rocco, cinco de ellos, con las manos sin dejar nunca sus fundas, están repartidos en un radio de tres metros a su alrededor.

Me agacho junto a mi bolso y empiezo a armar mi rifle. No hay muchos rifles de francotirador diseñados para ensamblarse en el lugar. La mayoría están destinados a ser transportados y utilizados como unidades completas porque cada vez que el arma de precisión se desmonta y se vuelve a montar, su precisión se ve afectada. Esta belleza tiene el cañón y el ensamblaje óptico en una sola pieza, por lo que permanece en el punto cero y listo para disparar. Cuesta más que mi auto, pero la alternativa sería llevar un arma de un metro de largo. Solo un lunático haría eso. Bueno, un lunático o Kai Mazur.

Ninguno de los muchachos de mi antigua unidad estaba exactamente cuerdo, pero Kai Mazur era un tipo único de loco. Me recordó a un animal sediento de sangre entrenado que nunca olvidó su naturaleza salvaje. Me pregunto si lo encontraron en una

maldita jungla, le enseñaron a fingir cortesía y lo empujaron al programa. Kai fue el único miembro del equipo que fue enviado a misiones antes de cumplir los dieciocho años. Creo que nuestro comandante, Kruger, finalmente se arrepintió de haber reclutado a Kai y siguió enviándolo a las misiones más peligrosas con la esperanza de que no regresara. Pero ese maníaco siempre regresaba. Excepto por esa vez que lo detuvieron porque estaba paseando por la ciudad con un maldito rifle de francotirador en la espalda en pleno día.

Atraer la atención de la policía local fue un gran —no— en nuestra línea de negocios, pero estoy bastante seguro de que Kai lo hizo a propósito, solo para irritar a Kruger. Terminé de armar mi arma y me cubrí en el parapeto sin terminar. Rocco, todavía en una acalorada discusión con el administrador del sitio, se inclinó hacia adelante sobre la mesa, con las palmas de las manos sobre la superficie de madera. Miro por la mira y apunto a la cabeza del bastardo. Tan fácil. Sería tan jodidamente fácil acabar con su vida aquí y ahora. Me imagino la bala atravesándole la sien y pienso en la idea de que su materia cerebral explotara por el otro lado, pero luego, cambio mi puntería más abajo hasta que me concentro en el centro de su mano derecha. La mano responsable de los moretones en el cuello de Ravenna.

Y aprieto el gatillo.

❖❖❖❖❖ ❖ Ravenna ❖❖❖❖❖

El vio.

No puedo creer que me olvidé y dejé que Alessandro viera mi cuello. Siempre me aseguro de cubrir los moretones con base de maquillaje, pero esta mañana estaba tan cansada que decidí usar el pañuelo para disimularlos. Aplicarme toda la cara de maquillaje agotó la poca energía que tenía.

Alcanzo los medicamentos para el dolor y la fiebre en la mesita de noche y tomo dos pastillas. Mi cabeza se siente como si fuera a explotar. Acurrucándome bajo dos mantas, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.



Bang.

Cierro los ojos con fuerza y tiro la manta sobre mi cabeza.

¡Bang! ¡Bang!

—Señora. ¡Pisano! — la voz de la criada llega a través de la puerta.

—Estoy durmiendo—, me atraganto y me giro hacia la pared.

—Nino necesita hablar con usted, Sra. Pisano. Dijo que es urgente. — me siento —¿Qué necesitaría conmigo el jefe de seguridad del Don?

—Estaré abajo en quince minutos— digo y me arrastro fuera de la cama.

Después de una ducha rápida y ponerme una nueva capa de maquillaje, dejo mi habitación y bajo las escaleras. La fiebre había bajado mientras dormía, así que me siento ligeramente mejor. Sin embargo, no se ve en mi cara, así que me aseguré de poner suficiente pintura de guerra para ocultar ese hecho. Cuando entro

en la oficina de Rocco, Nino está de pie junto al escritorio. Alessandro está unos pasos detrás de él, con la espalda apoyada en la pared.

—Ha habido un tiroteo, Ravenna—, dice Nino.

—¿Un tiroteo?— No entiendo por qué me dice esto. Nunca nadie me dice nada sobre el '*negocio*'.

—Alguien trató de matar a Rocco. Era un francotirador, pero escapó antes de que nosotros logramos localizarlo—, continúa Nino. —Rocco está en un hospital privado. Los médicos están tratando de salvar su mano.

—¿Su mano?

—Sí. — Nino asiente. —El tirador falló. La bala alcanzó a Rocco en su mano derecha.

Mi ritmo cardíaco se dispara, una ola de emociones surge a través de mí, pero estoy demasiado abrumado para darle sentido a ninguna en específico. Muevo mis ojos de Nino a la sombra que se cierne sobre su espalda. No hay palabras que puedan describir la mirada en los ojos de Alessandro cuando atraviesan los míos. Profundidades sin fondo, de color azul oscuro, me miran con una determinación inquebrantable. Tan llena de rabia y despecho, pero también de satisfacción. Inclina su cabeza hacia un lado y mueve su mirada hacia mi cuello donde los moretones están ocultos bajo varias capas de corrector. Luego, retrocede hasta que nuestros ojos se encuentren de nuevo.

Y yo lo sé. El francotirador no falló.

—Ravenna—, pregunta Nino. —¿Estás bien? ¿Necesitas sentarte? — Aparto la mirada de Alessandro y niego con la cabeza. —Estoy bien, Nino.

—Hoy no se permitirán visitas, pero Zanetti puede llevarte a ver a Rocco por la mañana—, dice y mira por encima del hombro a Alessandro.

—Ve a empacar. Te quiero de vuelta aquí en tres horas.

—¿Empacar?— Pregunto.

Zanetti se quedará contigo en la mansión hasta que Rocco sea liberado.

Definitivamente debería haberme sentado. Estoy Bastante segura de que mi corazón está a punto de salirse de mi pecho.

—Está bien—, me las arreglo para decir. —¿Algo más?

—Eso es todo. Te avisaré cuando Rocco esté fuera de cirugía. No te preocupes, estos médicos saben lo que hacen, y no es la primera vez que tratan a hombres de la Cosa Nostra.

Sigo a Nino con la mirada mientras sale de la oficina. Cuando lo perdí de vista, respiré hondo y me enfrenté a Alessandro, que todavía estaba recostado en silencio contra la pared al otro lado de la habitación. Se endereza y se dirige hacia mí. Cada paso que da se siente como un golpe dentro de mi pecho. Se detiene frente a mí, su enorme cuerpo sobresale por encima de mi cuerpo, y levanto la cabeza para mirarlo a los ojos.

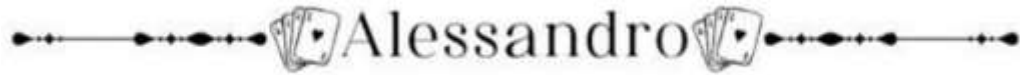
—Fuiste tú, ¿no? — susurro, mirándolo a los ojos.

Alessandro no responde. Solo me mira por un par de momentos, luego levanta su mano y roza suavemente mi mejilla con el dorso. Es un toque muy ligero, pero todavía se siente como si me hubiera golpeado un rayo. Sin mover sus dedos de mi cara, se inclina hasta que su boca está justo al lado de mi oído.

—Si tu esposo todavía tiene la mano cuando llegue a casa—, dice con voz profunda y controlada, y un escalofrío me recorre la columna, —lo corregiré de inmediato.

Su toque desaparece y cierro los ojos por un segundo, lamentando la pérdida de su calor. Cuando los abro de nuevo, se ha ido.

Capítulo 13



Empujo el plano de la mansión de Pisano que Félix me proporcionó dentro de mi tocador y alcanzo mi chaqueta y la pistolera en la silla. Había puesto mi despertador a las cinco de la mañana para tener tiempo suficiente para revisar el ala este antes de que el ama de llaves y las criadas comenzaran sus turnos a las ocho.

Cuando llegué con mis maletas anoche, el ama de llaves me propuso tomar una de las habitaciones de huéspedes en el ala oeste. Ya exploré esa parte de la casa en detalle durante las últimas semanas, así que la rechacé. En cambio, me mudé a una pequeña habitación en el ala este, una que probablemente estaba destinada a ser un espacio de almacenamiento pero que en algún momento se equipó para el personal doméstico. Solo tiene una ventana estrecha y horizontal, en lo alto de la pared. Desde el exterior, nadie puede ver el interior, especialmente porque la unidad de aire acondicionado y otros medidores de servicios públicos están en el camino. También está cerca de la cocina y el lavadero que no he tenido la oportunidad de reconocer hasta ahora. Salgo y me dirijo por el pasillo hacia el cuarto de lavado, pasando la cocina y algunos dormitorios más vacíos para el personal en el camino. El plano mostraba que hay un espacio de subnivel sin terminar debajo del piso principal de la casa, pero el esquema no tenía marcada la entrada. Encuentro la puerta del sótano en el otro

extremo de la lavandería, detrás de uno de los estantes que contienen productos de limpieza. Está cerrado.

Saco mi teléfono y reviso la transmisión de la cámara desde la puerta de entrada. Los guardias de seguridad están en medio de su turno, actuando bastante relajados, en realidad, y no hay autos a la vista. Guardo el teléfono y saco mi juego de ganzúas. La puerta del sótano solo tiene una cerradura estándar y se tarda menos de veinte segundos en abrirla. Cuando bajo los escalones, miro alrededor del vasto espacio. Es solo una habitación con un horno y el tanque de agua apagado en la esquina, las tuberías de los conductos y los cables eléctricos que corren a lo largo de las vigas expuestas. No hay nada más que gruesos pilares de apoyo.

Me tomo mi tiempo para inspeccionar la unidad de calefacción y las tuberías, luego reviso las paredes hasta que encuentro un panel eléctrico. Con eso hecho, me muevo a los pilares de soporte, haciendo cálculos en mi cabeza. La casa puede ser más pequeña de lo que esperaba originalmente, pero sobrecargar los circuitos no será suficiente. Los pilares también tendrán que desaparecer. Hago otra ronda para asegurarme de que no me he perdido nada y luego vuelvo a la lavandería.

Caminando por el pasillo, tengo la intención de subir las escaleras y ver el piso superior, cuando escucho sonidos en la cocina detrás de mí. ¿No es demasiado temprano para que las sirvientas estén aquí? Una mirada a mi reloj confirma que todavía no son las ocho. Me doy la vuelta y vuelvo sobre mis pasos, solo para detenerme en seco cuando llego a la puerta de la cocina.

Hay una mujer de pie junto a la nevera abierta, buscando algo dentro. Su rostro está escondido detrás de la puerta del electrodoméstico, pero estoy seguro de que nunca la había visto

aquí antes. Lleva polainas⁸ negras y un suéter gris de gran tamaño con las mangas arremangadas. Sus pies están descalzos. El pelo largo y negro le cae por la espalda en suaves ondas.

—¿Quién eres y qué haces aquí?— yo ladro

Salta con un grito, cierra la nevera y se vuelve hacia mí. Mis ojos brillan en estado de shock.

—Buenos días—, murmura Ravenna.

No puedo dejar de mirar. Si la hubiera visto caminando por la calle, probablemente no la habría reconocido. Ravenna es cien veces más bella sin maquillaje. Parece un puto ángel bajado del cielo, y me resulta imposible quitarle los ojos de encima. También es mucho más joven de lo que pensaba.

—Ummm...— Ella inclina la cabeza hacia un lado y recoge un mechón negro entre los dedos, haciéndolo girar. —¿Estás bien?

No, no estoy bien.

Aunque nunca me han atraído las mujeres que usan mucho maquillaje, Ravenna me ha hipnotizado, incluso cuando usa ropa lujosa y tiene un montón de basura untada en la cara. Pero al verla con su cabello colgando libremente, enmarcando su rostro angelical, siento como si me hubieran dado un puñetazo, incapaz de tomar aire.

—Necesito ir al hospital y luego ver cómo está mi mamá—, dice.

Mi mirada se mueve hacia abajo, deteniéndose en su garganta. Los moretones en su cuello son de un color morado oscuro hoy, y mirarlos reaviva la rabia en mi estómago. Sé que es mi culpa.

Debería haberme quedado en ese maldito balcón y haber matado a ese hijo de puta en el momento en que entró en su habitación, sin importar las consecuencias.

—¿Alessandro?— Ravenna da un paso adelante e inclina la cabeza.

Extiendo la mano con cuidado y muevo su cabello hacia atrás para poder ver mejor.

Las hebras negras se sienten como seda en mi palma.

—Me gusta tu cabello—, murmuro.

Los labios de Ravenna se curvan hacia arriba.

—También me gusta tu cabello. Levanta la mano y duda por unos momentos, luego desliza sus dedos por un lado de mi cabeza.

—Es muy corto. Ella sonríe.

Debería irme, joder, no hablar de malditos cortes de pelo, pero no puedo obligarme a moverme.

—Hábito.

Con mi mano en su cuello, trazo la forma de cada moretón con la punta de mi dedo. Su piel es tan suave, y verla estropeada de esa manera me dan ganas de ir a ese hospital, cortarle la mano al bastardo y hacer que se coma la maldita cosa.

—¿Fue la primera vez?— Pregunto con los dientes apretados.

—Sí.

Ella se encoge de hombros. Su mano está ahora en la parte superior de mi brazo, y puedo sentir la calidez de su toque incluso a través de la tela de mi camisa y chaqueta. Ella está mintiendo.

Debería haberme dado cuenta mucho antes de que su esposo la estaba lastimando. Había tantos signos que señalaban que algo andaba mal entre ellos, pero yo estaba demasiado cegado por mi odio y concentrado en la venganza que decidí no pensar en ellos.

Todavía no quiero. No quiero que me importe. Significaría despedirme de mi venganza y romper la promesa que me hice a mí y a Natalie. Eso no puede pasar. Puede que me haya desviado de mi plan hasta ahora, pero voy a ejecutarlo en su totalidad al final. Estos estúpidos sentimientos que comenzaron a crecer en mí, envolviéndose alrededor de mi corazón helado como garras de fuego, necesitan ser extinguidos. Odio a Ravenna Pisano, y será mejor que mi estúpido corazón lo recuerde.

El sonido de la charla femenina y los pasos apresurados nos llegan desde la dirección del pasillo. Las criadas han llegado. Ravenna rápidamente saca su mano de mi brazo y se aleja.

—¿Estaré listo en veinte si eso funciona para ti?—

Asiento y salgo de la cocina.

❖❖❖❖❖❖❖ ❖❖❖❖❖❖❖  Ravenna  ❖❖❖❖❖❖❖

Ni una palabra.

El hombre que estaba sentado a mi lado le disparó la mano a mi esposo porque la usaba para lastimarme, pero no me ha dicho una sola palabra desde que subimos a su automóvil. Pero lo atrapé mirándome cuando pensó que no me daría cuenta, una mirada de reojo mientras me deslizaba en el asiento del pasajero en lugar del trasero. Un vistazo entrecerrado mientras rebuscaba en mi bolso

buscando un nuevo paquete de pañuelos. Un vistazo a través del reflejo en la ventana lateral mientras intentaba encontrar el interruptor en el tablero para subir la calefacción. No puedo soportarlo más.

—Así que...— Pregunto. —¿El gato te comió la lengua?

Nada. Alessandro sigue mirando la carretera de frente.

—Lo parece. — Me sueno la nariz en el pañuelo. —Lástima. disfruto bastante tus monólogos de una sola palabra.

Él gruñe. El jodido hombre me gruñe.

—Lo siento, no hablo ese dialecto específico. ¿Puedes intentarlo de nuevo?

Esta vez, me mira de soslayo y luego él vuelve a mirar hacia la carretera.

—¿Te molesta mi presencia de repente, Alessandro?—

Oigo el chirrido del cuero cuando aprieta el volante. El momento es breve antes de que los tendones del dorso de sus manos toscas se relajen. Lo juro por Dios, no entiendo a este hombre. Sacudo la cabeza y me concentro en los edificios por los que pasamos. Estamos casi en el hospital.

—No deberías haberle disparado a Rocco— digo. Tal vez Alessandro esté preocupado. ¿Que el Don se enterará de lo que ha hecho? ¿Castigarlo por eso? ¿Maldiciéndome? —No me malinterpretes, me alegro de que lo hayas hecho. Pero es obvio que ahora te arrepientes. ¿Por qué si no actuarías cómo...?

El coche de repente se desvía a la derecha, grito y agarro la puerta. Como si mi vida dependiera de ello. Cierro los ojos con fuerza mientras corremos hacia el semáforo. Supongo que nos lo

perdimos porque el SUV se detiene con un chirrido una fracción de segundo después. La puerta del coche se cierra de golpe y me quedo en silencio.

Tentativamente, abro los ojos y observo a Alessandro mientras pasa junto al auto y se detiene varios metros más adelante en la acera. El viento cortante parece tener poco efecto en él a pesar de que no lleva abrigo. Todavía está en el asiento trasero del vehículo, justo donde lo arrojó cuando elegí sentarme en la parte delantera. Se gira parcialmente, no del todo hacia mí, pero lo suficiente como para captar su mirada fugaz, y echa la cabeza hacia atrás, de cara al cielo. ¿Qué está haciendo? ¿Buscando ayuda de arriba? Con las manos en las caderas, la inquietud que emana de él es casi palpable. Veo como finalmente deja caer su cabeza hacia adelante, la barbilla casi golpeando su pecho. Lentamente lo sacude de lado a lado, y tengo la clara impresión de que una lucha interna acaba de ocurrir dentro de él. Finalmente, me mira a través del parabrisas, nuestros ojos se encuentran y se mantienen.

Los suyos parecen arder mientras camina hacia mí, su mirada inquebrantable. Cuanto más se acerca, más rápido se mueve. Un depredador con presa a la vista. Acercándose a mi lado, agarra la manija y abre la puerta con un fuerte tirón. El aire se rompe cuando se inclina hacia adentro, su musculoso cuerpo invade mi espacio. La mirada en sus ojos es positivamente salvaje, como si quisiera aniquilarme en el acto.

—Es por esto—, dice entre dientes y, agarrando la parte posterior de mi cuello, golpea su boca contra la mía.

No respiro ¡No puedo! Parece que hasta mi corazón ha dejado de latir a través de estos segundos fracturados mientras sus labios permanecen presionados contra los míos. Antes de que tenga

tiempo de procesar o reaccionar, Alessandro suelta su agarre y se aleja abruptamente.

—¡Joder!— ladra, golpea el techo del auto con el puño y cierra la puerta de un portazo.

Mi corazón late con fuerza en mi caja torácica mientras lo observo. camina alrededor de la parte delantera de la camioneta y vuelve a ponerse al volante. Pone el coche en marcha y sale a la calle. Con los labios apretados y los ojos pegados a la cinta de cemento gris más allá del parabrisas, ahora ni siquiera me mira. Yo, por otro lado, no puedo apartar la mirada de su perfil brusco.

No creo que un beso me haya sacudido tanto, especialmente uno tan rápido. O tan enojado. Solo había tenido dos novios antes de casarme con Rocco, pero ninguno me hizo sentir como el demasiado breve beso de Alessandro. Dios, quiero que me bese de nuevo.

Anoche volví a soñar con él. He llegado a desear estas visiones nocturnas. Esta vez, yo estaba encima, cabalgando su polla mientras sus manos se movían sobre mi estómago y pechos, y hasta mi garganta. Eso debería haberme asustado, sus manos envueltas alrededor de mi cuello. Rocco a menudo me sujeta cuando me fuerza. Le gusta recordarme su poder. Pero incluso en el sueño, los dedos de Alessandro en mi garganta no me perturbaron. Mi subconsciente sabía que podía confiar en él. Me vine tan fuerte, que cuando me desperté, mi coño todavía temblaba ante la idea.

¿Qué pasa ahora? Presiono mis muslos juntos, incapaz de detener el deseo dentro de mi núcleo. Alessandro estaciona en el hospital y camina alrededor del frente de la camioneta para abrirme la puerta. Su postura es rígida, la mirada enfocada en

algún lugar a través del mar de autos. Salgo del vehículo y me dirijo hacia la entrada de visitantes, mientras él me sigue unos pasos atrás.



Miro la puerta blanca al final del pasillo del hospital. no necesito ser dirigida a la habitación de mi marido. Solo hay una puerta con un guardia a cada lado. Estuve obsesionada con esa puerta durante lo que parecieron horas mientras estaba parada en la sala de espera, pero sé que no pudieron haber sido más que unos pocos minutos.

—Por favor, quédate aquí—, le digo a Alessandro sin darme la vuelta, luego me dirijo por el pasillo.

Cuando entro en la habitación, encuentro a Rocco acostado en la cama, con la cabeza levantada para permitirle una mayor comodidad. El televisor montado en la pared en el lado opuesto muestra las noticias. El monitor al lado de la cama rastrea sus signos vitales (latidos del corazón, presión arterial) emitiendo un pitido constante de vez en cuando. Su mano derecha está oculta a la vista, envuelta en una gruesa capa de vendajes.

—Todavía está allí. Por ahora.—

Me tenso al escuchar la voz de Rocco y me obligo a mirarlo.

—Fueron esos bastardos serbios. No puede ser nadie más—, continúa. —Pero serán tratados lo suficientemente pronto. He hecho arreglos para que algunos de mis muchachos golpeen ese club de ellos y maten a todos allí.

—Al Don no le gustará que actúes sin su aprobación— digo. Él es la cabeza de nuestra Familia y es muy estricto en cómo se manejan las cosas.

—¡Uno de ellos casi vuela mi maldita mano!— gruñe. —El doctor dijo que me van a tener aquí por lo menos tres semanas. ¡Tres semanas!

Puedo sentir que la presión en mi pecho se alivia ligeramente. Casi un mes sin él.

—Y entonces, ese hijo de puta de mala calidad, Cosimo, me llamó, diciéndome que estaba arrepentido de lo que pasó, y que él se haría cargo de mis obligaciones. Y qué pena que no pueda ir mañana a la jodida fiesta de Giancarlo—, divaga. —Él siempre actúa como si fuera mejor que los demás, cuando todos sabemos que está recibiendo un trato especial solo porque se está tirando a la madre del don. Yo no iré, pero tú sí. Y después me vas a contar todo lo que pasa ahí. Quiero saber quién estuvo presente y qué se dijo sobre mí.

Tomo una respiración profunda y aprieto el bolso en mi mano. Puede que Rocco me haya comprado toneladas de joyas caras y ropa extravagante, pero nunca sentiré que pertenezco a ese círculo. El dinero siempre fue escaso en mi familia, y me siento muy mal rodeada de tanta riqueza porque sé que mi mamá y mi hermano apenas pueden pasar un mes con lo que gana mi mamá. Detesto ir a las reuniones de la Cosa Nostra.

—¿Me estás escuchando, Ravenna?

Muerdo el interior de mi mejilla cuando un recuerdo de mí acurrucada en el piso del baño aparece en mi mente. La comprensión de que nunca traté de forzar o romper la cerradura para salir me carcome como el ácido.

—No quiero ir a esa fiesta— le espeto.

Rocco me mira y se inclina hacia adelante. Doy un paso atrás involuntariamente y golpeo mi espalda contra la puerta.

—¡A quién diablos le importa lo que quieras!— grita y me lanza el control remoto

del televisor. Apenas tengo tiempo para agacharme y evitar que me golpeen en la cabeza.

—Harás lo que te diga, y te cuidarás. Haré que Zanetti me informe a mí de tú comportamiento. ¿Está claro?

—Sí—, me atraganto.

—Bien. ¡Vete fuera ahora! ¡No puedo soportar mirarte!

Abro la puerta y salgo corriendo de la habitación. Corriendo por el pasillo, ignoro las miradas curiosas de la gente cuando paso junto a ellos. Solo una vez que llego a la acera frente al hospital me detengo. Mi corazón está latiendo fuera de mi pecho y estoy luchando por cada respiración. Una mano se posa en la parte superior de mi brazo, sus dedos largos y fuertes lo aprietan ligeramente.

—¿Hizo algo?— La voz de Alessandro raspa sobre mi espalda.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Patético. Rocco estaba en la cama, casi diez metros de mí. Él no habría sido capaz de golpearme, pero aun así entré en pánico y salí corriendo como la cobarde que soy. Es hilarante, cómo siempre creí que tenía confianza. Nunca retrocedí ante la confrontación. Una vez yo atrapé a un niño mayor de la escuela que intimidaba a mi hermano. Le di un rodillazo en la basura. Y mírame ahora. Jodidamente aterrorizado porque ese bastardo levantó la voz.

—Ravenna.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Me encanta cómo Alessandro dice mi nombre. Lentamente, me giro y miro su rostro endurecido. Incluso en mis cuatro pulgadas de tacones, todavía necesito inclinar mi cabeza hacia atrás para poder encontrar su mirada.

—¿Qué hizo?— pregunta con los dientes apretados.

—Él no hizo nada.

Parpadeo para evitar que las lágrimas se derramen. No sé por qué tengo ganas de llorar. Tal vez estoy de luto por mi lamentable intento de enfrentarme a Rocco.

—Simplemente gritó. Me asusté. Es estúpido.

Las fosas nasales de Alessandro se dilatan y baja la cabeza, a la altura de mi cara. Hay un brillo peligroso en sus ojos, y si hubiera sido cualquier otro hombre en su lugar, probablemente habría retrocedido. Una vez mordido, dos veces tímido, dice la gente. Pero no retrocedo. Desde que lo conocí, Alessandro me ha obsequiado con una plétora de diferente aspecto. Hubo desprecio. Enojo. Irritación. Incluso el odio, especialmente al principio. No me he sentido amenazado por él ni una sola vez.

—Él lo hará. Nunca. Tocarte de nuevo— dice en voz baja.

Ha pasado mucho tiempo desde que alguien me defendió. Especialmente un extraño, o al menos no un miembro de la familia. No estoy segura de poder confiar en mí misma para creer.

—No puedes prometer eso— susurro. Si Alessandro se enfrenta a Rocco de todos modos, mi marido hará que lo maten. O lo hará él mismo.

—Sí, puedo—, dice Alessandro y sonríe.

No puedo apartar la mirada de su boca, cautivada por lo pecaminosamente atractiva que podría ser una sonrisa tan malvada. Mientras nos dirigimos hacia su auto, el dorso de su mano accidentalmente roza la mía. Mordiendo el interior de mi mejilla, me muevo un poco más cerca y engancho mi dedo meñique con el suyo.

Alessandro se detiene.

Yo también me detengo, pero no me atrevo a mirarlo. Pasa un momento. Alessandro vuelve a caminar, y yo lo sigo. No quita su mano de la mía.



Cuando llegamos al departamento de mi mamá, Alessandro toma su lugar junto a la puerta como de costumbre, y me dirijo a la cocina donde mamá está preparando el almuerzo.

—Llegas más tarde de lo habitual—, susurra mientras alcanza una cebolla. —¿Paso algo?

—Rocco recibió un disparo.

—¿Está muerto?

—No. Está en el hospital. Saco unas zanahorias de una bolsa y empiezo a pelar una.

—¿Cuánto te dieron por el brazalete?

—Ocho de los grandes.

Mierda. Esperaba por lo menos diez. —Voy a ver si tengo un collar que no sea demasiado distintivo y lo traeré la próxima vez.

—¿Y si Rocco se da cuenta?

—Solo diré que lo perdí.

Mi mamá lanza una mirada rápida a Alessandro, quien parece extremadamente interesado en la ventana de la pared opuesta, luego vuelve a concentrarse en la cebolla que está cortando.

—¿Y adónde iremos cuando tengamos suficiente dinero?—

—Tan lejos como sea posible.

—Vendrá por nosotros, Ravi. Tú lo sabes.

Cierro los ojos por un segundo. Mentirle a mi mamá es lo último que quiero hacer, pero ella nunca estaría de acuerdo si se enterara de la verdad. Sabía desde el principio que escapar de mi esposo sería casi imposible. Él tiene los fondos y las conexiones para encontrarme sin importar a dónde vaya, así que he decidido que no me quedaré con Mamma y Vitto. Los instalaré en algún lugar lejos de Nueva York, con suficiente dinero para durar durante unos meses. Yo soy lo que Rocco estará buscando, y no dejaré que mi familia se convierta en el daño colateral. Probablemente me matará cuando me alcance. Nadie se cruza con Rocco Pisano y vive para hablar de ello.

—Ya encontraremos algo cuando llegue el momento—, le digo. —¿Dónde está Vitto?

—Todavía durmiendo. Salió con sus amigos anoche y volvió esta mañana.

—¿Qué amigos?

Ella solo se encoge de hombros, evitando el contacto visual.

—¿Mamma?

—Le hice prometerme que esta era la última vez. No lo volverá a hacer.

—¿Se fue con Ugo?— yo chillo —Maldita sea, mamma. ¿Volvieron a ir a ese bar a jugar a las cartas?

—Dijo que solo fueron a mirar. Ya no juega a las cartas.

—¿Y le creíste?— tiro la zanahoria a medio pelar en el mostrador y marchó por la sala hasta el dormitorio de mi hermano.

Vitto está tirado en la cama, todavía con sus jeans y su sudadera. Las cortinas están corridas sobre la ventana, bloqueando la luz exterior. Pulso un interruptor, encendiendo la lámpara de la derecha, y paso por encima de un par de pantalones de chándal en el suelo, alcanzando la mochila negra en su escritorio.

—¿Mamma?— Vitto gruñe somnoliento. —Apaga esa lámpara.

Abro la mochila y vacío el contenido en su escritorio. Una botella de refresco medio llena. Bolsa de bocadillos vacía. Auriculares. Algún cambio. Más basura. Y un fajo de dinero.

—¿Qué diablos es esto, Vitto?— Grito.

—¿Ravi?— Se sienta y me mira con los ojos entrecerrados. —Qué vas a...

—¡Explícalo!

Mira el dinero en efectivo en mi mano y salta de la cama, agarrando mi brazo.

—Eso es mío. ¡Devuélveme eso!

—¿Otra vez jugando? ¿Después de todo? ¡¿Cómo pudiste?!

—¡Es mi vida! ¡No tienes derecho a decirme lo que no puedo hacer! — Envuelve sus dedos alrededor de los míos, tratando de abrirlos.

—¿Pero puedes arruinar la mía?

—¡Vete a la mierda, Ravenna!— me grita en la cara.

Un brazo grueso envuelve la cintura de Vitto desde atrás. Observo en estado de shock cómo Alessandro saca a mi hermano de la habitación y luego corro tras ellos. Vitto hace todo lo posible por liberarse, dando vueltas con las piernas colgando un pie del suelo y gritando obscenidades en el camino.

Alessandro lo deja en medio de la sala y señala el sofá.

—Siéntate.

—¿Qué carajo, hombre?— Vitto grita. —¿Quién crees que...— Alessandro da un paso adelante?

—Siéntate. Ahora.

Mi hermano se deja caer en el sofá y cruza los brazos sobre el pecho.

—Ahora, discúlpate con tu hermana.

Vitto mira a Alessandro de reojo, luego se vuelve hacia mí y mete la barbilla.

—Lo siento, Ravi.

Niego con la cabeza y vengo a sentarme en el sofá a su lado. Alessandro camina de regreso a su lugar al lado de la puerta principal, pero mantiene su mirada fija en mi hermano. Mi mamá todavía está en la cocina, con las manos agarradas al mostrador y

la cabeza gacha. No puedo ver su rostro, pero sé que está llorando por cómo se estremece su cuerpo.

—Tienes que parar, Vitto. No es un juego. — Tomo su mano en la mía y miro a Alessandro.

Todavía nos está mirando. —Ya sabes lo que pasó la última vez.

—Pero salió bien, Ravi. Ahora vives en un lugar agradable. Rocco tiene un montón de dinero y siempre te compra ropa elegante. Tienes una gran vida y...

—Cállate la boca, Vitto— gruñe mi madre desde la cocina.

—Pero es la verdad, mamá. Si no fuera por mí, ella no sería rica. Tengo que Esperar al menos un par de años más antes de que me permitan unirme a la Cosa Nostra y comenzar a ganar dinero como Rocco.

Mi madre irrumpe en la sala de estar y agarra a mi hermano por la parte delantera de su sudadera, haciéndolo girar.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué tu hermana usa lentes de sol casi siempre que viene aquí?— ella le grita en la cara.

—Mamá, no lo hagas. Agarro su antebrazo. —Por favor.

—¿Lo hiciste, Vitto?— sigue gritando mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas. —¡Porque ella no quiere que veamos los moretones! Rocco la ha estado golpeando desde el principio. ¡La cagaste y ella tuvo que pagar el precio! Y todavía lo estás haciendo.

Vitto mira a mamá y luego se vuelve hacia mí.

—¿Ravi? Eso no es cierto, ¿verdad? Te gusta Rocco. Tú mismo me lo dijiste.

Me presiono los ojos con las palmas de las manos y niego con la cabeza. Mamá prometió que nunca le diría la verdad a mi hermano.

—Jesús, joder—, se ahoga Vitto. —Voy a matarlo. Voy a matarlo jodidamente.

Salta del sofá y corre hacia la puerta principal.

—¡Vitto!

Salto para detenerlo, pero no hay necesidad. Cuando mi hermano llega a la puerta, Alessandro lo envuelve en un abrazo de oso. Vitto se agita, sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha, tratando de darle un cabezazo a Alessandro. Pero mi protector se quedó allí, sus ojos furiosos abrasadores a través de mí.

—Quédate ahí—, dice y abre la puerta, llevando a mi hermano afuera.

—Alessandro—

—¡Déjame ir, hijo de puta!

El niño se retuerce, su saliva vuela por todas partes. Lo dejo en el suelo y lo inmovilizo contra la pared del pasillo.

—Cálmate.

—¡No puedo calmarme, carajo! Ese hijo de puta me ha estado pegando

¡hermana! Voy a matarlo.

—No vas a matar a nadie.

—¡Solo mírame!— grita y trata de liberarse. pongo un poco más presión en mi agarre.

—¿Y quieres que tu hermana vea cómo te arrastran a la cárcel? O peor aún, ¿asistir a tu funeral? Porque, créame, no hay nada más insoportable que ver el ataúd con tu familiar hundido en el suelo.

El niño deja de agitarse y levanta la cabeza para mirarme.

—Ahora, vas a calmarte, vuelve adentro y abraza a tu hermana. Le dirás que la amas y que no volverás a causar más problemas en el futuro.

El niño me mira, luego asiente.

—¿Y qué hay de Rocco? Si él va a...

—Rocco Pisano hizo firmar su sentencia de muerte hace años— digo. —Él No volveré a tocar a tu hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no puedes golpear a nadie si no tienes manos. Y porque voy a matarlo antes de que tenga la oportunidad de volver a acercarse a ella. — Suelto al niño. —Ve adentro. Dile a Ravenna que la esperaré aquí afuera.

Se da la vuelta y entrecierra los ojos hacia mí.

—Realmente vas a matarlo.

—Sí.

—Espero que sufra.

Una sonrisa fácil se dibuja en mi rostro.

—Mucho.

Ya no es el adolescente impetuoso de hace unos minutos, Vitto da una mirada de un hombre que comprende la gravedad de esta situación y vuelve adentro. Apoyo la espalda en la pared frente a la puerta del apartamento y escucho las palabras en voz baja que provienen del interior, pero no me acerco más para escucharlas con más claridad. Apenas estoy colgando de un hilo, y si escucho algo más sobre cómo ese hijo de puta la lastimó, voy a asaltar ese hospital y separar la cabeza del pendejo de su cuerpo. Ravenna sale unos minutos más tarde, con la mirada clavada en el suelo decrepito.

—Lamento que hayas tenido que presenciar eso—, murmura.

Extiendo la mano y levanto su barbilla. Sus ojos se encuentran con los míos. Tristes. Obsesionados.

—¿Por qué te casaste con Rocco?— Pregunto. —¿Estabas enamorada de él?

Una risa angustiada escapa de sus labios.

—Mi hermano pensó que sería divertido desafiar a Rocco a una partida de póquer. Vitto perdió. Y yo era parte de la liquidación de deudas.

La miro. Han estado circulando historias de que Rocco ganó a su esposa en un juego de cartas, pero pensé que no era más que un chisme de mierda.

—¿Quién lo sabe?— Pregunto con los dientes apretados.

—¿Qué Rocco me ha estado golpeando? Aparte de mi mamá, nadie. Tal vez uno de los guardias que vio los moretones.

—¿Su nombre?

Los ojos de Rávena se agrandan.

—¿Por qué?

¿Por qué? Porque necesito encontrar al hijo de puta que la vio lastimada y no hizo nada. Cierro los ojos con fuerza, tratando de borrar esa idea de mi mente. Ella es mi objetivo. El hecho de que ella estaba siendo abusada no debería tener ningún impacto en mí. No pondré más en peligro mi plan por culpa de ella. Ella no significa nada para mí. Muevo mi mano a su mejilla, ahuecándola en mi palma. La piel debajo de mis dedos se siente tan suave, como plumas.

—Su nombre, Ravenna.

—Federico.

El calvo del segundo turno que trabaja en la puerta. Asiento con la cabeza.

—¿Alguien más?

—No. Rocco fue muy claro sobre lo que pasaría con mi madre y mi hermano si le contaba a alguien. Ella deja caer los hombros.

—Mi mamá ha estado vendiendo la ropa y las joyas que le doy. En unos meses más, debería tener suficiente dinero para que los tres escapemos. Pero hasta que eso suceda, tengo que aguantar.

Levanto su barbilla hacia arriba.

—¿Aguantar?

—¿Crees que soy débil? ¿Simplemente dejar que esto suceda y no hacer nada?

Ravenna niega con la cabeza.

—Intenté contraatacar. La primera vez que Rocco me abofeteó, intenté romperle la cabeza con una lámpara de mesa. Me golpeó

tan fuerte que después no pude comer alimentos sólidos durante el resto de la semana.

Como el estallido de una maldita granada explotando en mi cerebro, siento el temblor de mi fortaleza de piedra fría. Los temblores sacuden los cimientos de mi plan de venganza. Sí, al principio, pensé que era una esposa trofeo, débil y superficial, cuyos únicos intereses eran comprar ropa y desfilarse como una reina más. Ella también me engañó. O, mejor dicho, me dejé engañar porque así era más fácil odiarla. Ella ha estado tratando de luchar contra ese hijo de puta desde el principio, y cuando no pudo hacerlo con fuerza, recurrió a burlarlo. Sola.

—Estás lejos de ser débil, Ravenna.

Rozo su mejilla con el dorso de mi mano mientras otro enorme trozo de mi fortaleza se rompe y se desmorona en una nube de polvo.



Cuando regresamos a la mansión, acompaño a Ravenna a la puerta principal luego que da la vuelta y finjo un paseo casual por los terrenos, en dirección a la caseta de vigilancia. Hay un punto ciego cerca del viejo roble. Sabiendo que las cámaras no serán un problema aquí, me detengo y saco mi teléfono. No es posible anular varias fuentes sin mi computadora portátil, pero puedo codificar una con el software en mi celular. Seleccione la cámara que da a la caseta de vigilancia y abro una grabación ficticia que preparé hace unos días. haciendo el cambio. Ahora, nadie me verá deslizarme por la puerta cuando sea el momento adecuado.

Me cubro en las sombras y espero, pegado a la pared exterior de la caseta de vigilancia, no lejos de la puerta peatonal que está justo al lado de la principal. La ventana me deja ver lo que está pasando adentro. Federico y otro tipo de seguridad están sentados frente a los monitores en un escritorio cubierto de contenedores de comida rápida. Quince minutos después, el otro hombre sale de la caseta de vigilancia y se dirige hacia los árboles, probablemente para orinar. Federico permanece, su atención enfocada en la pared de monitores frente a él. Me deslizo dentro y me acerco por detrás. Golpeando mi mano izquierda sobre su boca, simultáneamente agarro su cuello con mi otra mano presionando ambas arterias carótidas.

No es un pellizco de nervio vulcano y no como en las jodidas películas cuando el oponente cae inconsciente al instante. En realidad, debe mantener la presión en ambos puntos durante al menos siete segundos para cortar el flujo de sangre al cerebro. Cuando el cuerpo de Federico se hunde, aprieto su nariz y tomo una hamburguesa de una de las cajas de comida para llevar, metiéndola hasta el fondo de su garganta. Se recupera bastante rápido y comienza a sacudirse, jadeando, pero mantengo su boca y nariz cerradas. La pelea lo deja varios momentos después, y su cuerpo se hunde nuevamente. Para bien esta vez. Dejo que el bulto de Federico se afloje en la silla, con vómito goteando de su boca y barbilla, y luego salgo de la caseta de vigilancia.

Mientras camino de regreso a la mansión, miro hacia el segundo piso. La última ventana a la izquierda. La luz de Ravenna está apagada, pero puedo ver su silueta detrás de la cortina transparente. Hago una pausa, saco mi teléfono y marco su número. Ella desaparece de la ventana, luego regresa unos momentos después. La cortina se mueve hacia un lado, revelando a Ravenna con su celular en la mano.

El timbre se detiene y la llamada se conecta, pero ella no dice nada. Lo único que puedo escuchar es su suave respiración.

—Mañana por la mañana a las seis—, le digo al teléfono. —La biblioteca. Ponte algo cómodo.

Unos segundos de silencio antes de que ella susurre: —¿Por qué?

—Porque funcionará mejor.

Y porque me aseguraré de que nunca se sienta indefensa nunca más.

Termino la llamada y la observo. Una luz lejana de la farola del camino de entrada arroja su brillo sobre el rostro de Ravenna. Ella sigue mirando donde estoy, luego asiente. La cortina cae sobre la ventana. Un momento después, ella desaparece de la vista. Debería haberla matado en el momento en que puse un pie en esta casa. No lo he hecho

Y ahora, ya no soy capaz de hacerlo.

Capítulo 14



Entro en la biblioteca y miro las estanterías altas de madera que cubren todas las paredes. La primera vez que entré en esta sala, me sorprendió la cantidad de tomos encuadernados en cuero que llenaban los hermosos estantes antiguos. Cada estantería está dispuesta para contener libros de un color similar. No tardé mucho en darme cuenta de que los libros no estaban allí porque mi a mi marido le gustaba leer, pero si porque hacían que la habitación se viera bien. A Rocco le encanta que le sirvan cócteles a sus amigos para que puedan exclamar y exclamar al ver el lujoso espacio. Lo único que le importa a mi esposo es lo que la gente piensa. Sin invitados, los únicos visitantes de esta habitación somos yo y una de las sirvientas que limpian la biblioteca dos veces por semana.

Alessandro me dijo que me esperará aquí a las seis, pero según el reloj del lado izquierdo de la habitación faltan diez minutos, y no está a la vista. No tengo idea de por qué me pidió que viniera aquí. Decidiendo regresar a mi habitación, me doy la vuelta y choco con un amplio pecho masculino. Inclino mi cabeza hacia arriba y hacia arriba hasta que me encuentro con la mirada de Alessandro.

—Siento llegar tarde—, dice. —Hubo un incidente.

—¿Un incidente?

—Uno de los guardias se atragantó con su comida anoche. Nino vino a traer a su reemplazo.

—¿El guardia está muerto?

—Mucho.

Alessandro asiente, luego pasa junto a mí, en dirección al gran ventanal con vista al jardín.

Parpadeo, mirando su forma en retirada. La apariencia de Alessandro es siempre muy formidable, independientemente de lo que lleve puesto. No es sólo su tamaño, lo que tiene un gran impacto en la impresión general. Es la combinación de su silencio y frialdad lo que se aferra a él como una segunda piel. Incluso con pantalones de chándal azul marino que cuelgan bajo sus caderas y una camiseta blanca que se ajusta sobre esos hombros anchos y una espalda enorme, Alessandro parece ser capaz de luchar contra una docena de hombres sin sudar. Mientras admiro su cuerpo musculoso, se acerca a la ventana y corre la cortina.

—Menos de dos horas para que llegue el personal—, dice mirando a su reloj de pulsera. Será mejor que empecemos.

—¿Comenzar qué?

Alessandro se detiene justo en frente de mí. —Tu primera clase de defensa personal—, dice, y antes de que tenga tiempo de procesar esa declaración, envuelve ambas manos alrededor de mi cuello.

Me congelo. No me está lastimando, y su agarre es mayormente flojo, pero todavía no puedo moverme.

—Libérate. — Lo miro.

—Ahora, Ravenna.

—Eres más del doble de mi peso— murmuro.

—Más cerca del triple, probablemente, pero eso no es importante. No te estoy pidiendo que me noquees. Solo para salir de mi agarre.

—¿Por qué?

Se inclina, acercándose a mi cara.

—Porque saber que puedes escapar te ayudará a mantener la calma. Y liberarte te permitirá tomar el control de la situación.

Cierro los ojos y respiro hondo. Las manos de Alessandro permanecen alrededor de mi cuello, y me gustan allí.

—Incluso si me libero del agarre de Rocco, eventualmente me atrapará. Y solo será peor entonces.

—Mírame.

Cuando abro los ojos, Alessandro se acercó aún más, su frente casi tocando la mía.

—Ya te dije. Tu marido no volverá a ponerte las manos encima. — Está tan cerca que siento su aliento en mi piel. —Esto no se trata de Rocco. Se trata de ti, Ravenna. Entonces, nunca te sientes impotente y siempre puedes protegerte. Ahora, trata de salir.—

Lo observo, su rostro ceñudo y esos ojos azul oscuro, luego envuelvo mi

manos alrededor de sus muñecas, empujándolas hacia un lado. No pasa nada. Ni siquiera un centímetro de movimiento.

—Estás compitiendo fuerza por fuerza conmigo—, dice. —La mayoría de los hombres serán más grandes y más fuertes que tú.

—¿Entonces, ¿qué?

—Luchar contra mis puntos más débiles. Mis pulgares. Levanta su mano derecha de mi garganta y la coloca en la parte superior de mi cabeza. —Da un paso atrás con la pierna derecha. Entonces dóblate. — Empuja mi cabeza hacia abajo y la guía debajo de su brazo izquierdo. Su agarre en mi cuello desaparece.

—Eres libre.

—Tu agarre estaba suelto.

—No será así la próxima vez. De nuevo.

Sus dedos vienen alrededor de mi garganta otra vez, pero su apretón permanece flojo.

—Pierna. Doblar. Todo el cuerpo, Ravenna, no solo tu cabeza. De nuevo.

Sigo practicando, pero solo una pequeña parte de mi cerebro se concentra en el movimiento real. El resto está demasiado concentrado en las manos de Alessandro en mi cuello. Sus dedos en mi cabello mientras me guían cuando no bajo lo suficiente. La cercanía de su cuerpo.

—¿Necesitas un descanso?— pregunta después de la vigésima vez más o menos.

—Sí. No, no estoy seguro. — Mi cerebro está nublado, y no estoy segura si es por repetir el mismo movimiento una y otra vez, o porque él está tan cerca. Creo que es lo último. Y quiero más de su toque.

—Hagámoslo unas cuantas veces más—, exhalo.

Alessandro asiente y coloca sus manos alrededor de mi cuello. no hago un mover para doblar. En cambio, levanto mis manos y

envuelvo mis dedos alrededor de sus muñecas. O intentarlo, al menos. Sus muñecas son más gruesas que mis tobillos.

—Ya hemos establecido que ese enfoque no funcionará, Ravenna.

—Lo recuerdo— digo y sostengo su mirada. Los ojos de Alessandro bajan a mis labios. Dios, quiero sentir sus labios sobre los míos otra vez, tanto.

Su agarre de mi cuello se relaja, y sus manos se mueven hacia arriba para tomar mi rostro entre sus palmas. Su expresión es completamente ilegible, totalmente contraria a la mirada peligrosa en sus ojos. Según todas las apariencias, parece imperturbable por tenernos tan cerca el uno del otro, pero veo la verdad en su mirada ardiente. Mi ritmo cardíaco se duplica bajo esa mirada. Esos orbes azul oscuro parecen querer comerme viva: un gato salvaje grande y hambriento listo para saltar. Y no me opondría. Deslizo mis manos por sus antebrazos, sintiendo los músculos tensos bajo mi palma. Cambia su postura, y mi corazón da un vuelco.

—Vamos a intentar algo más—, dice bruscamente. Al instante siguiente, encuentro mi espalda pegada a su frente, sus brazos cerrados alrededor de mí. —Esto se llama un abrazo de oso trasero. ¿Qué harías?

Sacudo mi cuerpo de izquierda a derecha, pero no mueve su agarre. Sus brazos permanecen fuertemente envueltos alrededor de mí.

—Soy más grande y más fuerte, y estoy en una posición de ventaja sin puntos débiles que puedas explotar. Estoy controlando todo tu cuerpo. Tienes que hacérmelo más difícil. ¿Qué deberías hacer?

—No lo sé, — digo.

—Abre tu postura y deja caer tu peso. Sí, así. Ahora puedes pisotear mi pie. O patearme en las bolas.

Lo miro por encima del hombro. —¿Por qué no probar eso primero?

Alessandro inclina la cabeza hasta que su boca toca mi oído. —Porque al ampliar tu postura, haces que sea más difícil para mí arrojarte al suelo e inmovilizarte.

Sé que no me hará daño, pero estar indefensa debería asustarme al menos un poco. no lo hace En lugar de asustarme, me muerdo el labio y me recuesto en su pecho, imaginando cómo sería estar atrapada debajo de ese cuerpo. ¿Se sentiría como en mi sueño?

Alessandro entierra su nariz en mi cabello e inhala. Su agarre se hace más fuerte, pero ahora es solo su brazo izquierdo el que me rodea. Su mano derecha esta lentamente a la deriva sobre mis pantalones cortos de yoga por mi estómago, y aún más abajo.

—No entiendo cómo una mujer puede joderme tanto, Ravenna.

Su palma se desliza sobre mi montículo y presiona mi coño, haciéndome jadear. Quiero darme la vuelta tanto, pero su abrazo es demasiado vigoroso.

—Años de planificación. Arruinados.

Los dedos acarician mi coño. Duro. La fina tela de mis pantalones cortos es apenas una barrera. Piscinas de humedad en mis bragas. Abro las piernas y agarro su antebrazo, apretándome contra su mano. La boca de Alessandro se mueve a un lado de mi cuello, mordiendo la piel sensible.

—Desde el momento en que puse mis ojos en ti, invadiste mi maldita mente como una plaga, Ravenna— dice junto a mi oreja y me da un beso debajo. Él está enfadado. Frustrado. Puedo oírlo en el tono de su voz, y está completamente en desacuerdo con la forma suave en que sus labios mordisquean mi piel. —Revolviendo mi cerebro para que ya ni siquiera pueda pensar con claridad.

Gimo cuando su mano agarra la cinturilla de mis pantalones cortos, empujándolos hacia abajo junto con mis bragas. Su palma se desliza hacia atrás sobre mi montículo, y siento su dedo en mi centro expuesto, deslizándose entre mis pliegues. Despacio. Tan lentamente que se siente como un castigo.

—Sueño contigo— lloriqueo, doblando las rodillas y tratando de tener más de su dedo dentro de mí. Presiona su dura polla contra la parte baja de mi espalda y me estremezco por el contacto. —Sé que está mal, pero no puedo hacer que los sueños desaparezcan.

Su dedo se desliza más profundamente dentro de mí, y luego agrega otro, estirándome.

—Háblame de tus sueños, Ravenna.

—Siempre eres tú. Llevándome. poseyéndome.

Un gruñido profundo sale de su garganta, y en el siguiente aliento, siento su lengua en mi piel.

—¿Cómo?

—De todas las formas posibles—, me atraganto.

El cuerpo de Alessandro se queda inmóvil y, por unos instantes, el único movimiento que puedo sentir es el subir y bajar de su pecho en mi espalda. Él maldice. Sus dientes rozan mi

garganta mientras su cálido aliento se desliza sobre mi piel, haciéndome temblar. Retirando su mano, me hace girar, y me encuentro presionada con mi espalda contra la pared.

—Esto no se suponía que pasara—, dice mientras sus manos agarran mi trasero, levantándome. Su voz es cruda. Tensa.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, tomando su rostro entre mis manos. —Lo sé— digo y presiono mi boca contra la suya.

Muerde mi labio inferior, tirando de él entre sus dientes, chupándolo mientras su polla empuja contra mí. Mis dedos tiemblan cuando los deslizo sobre su pelo corto, al igual que el resto de mi cuerpo. He imaginado cómo se sentiría esto durante tanto tiempo, y está más allá de mis sueños más salvajes. Solo nos estamos besando, y ya estoy cerca de quemarme.

—¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Haciendo este trabajo? —pregunta mientras deja un rastro de besos por mi cuello. Su voz es ronca. Hay una acusación en su tono.

Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos, desabrocho el cordón de sus pantalones de chándal y libero su polla.

—¿Por qué?— Dejo escapar cuando siento la punta de su dura longitud en mi entrada.

Alessandro arrastra sus labios a lo largo de mi barbilla hasta mi boca y se detiene una vez que alcanza su objetivo.

—Vine aquí para vengarme de tu esposo—, dice en mis labios mientras su polla se desliza lentamente en mi centro goteante. —Y tú fuiste mi venganza, Ravenna.

Hay tanto resentimiento en sus palabras. Debería sentirme amenazada. Él acaba de confesar su plan para acabar con mi vida,

pero tanto mi cuerpo como mi mente ignoran ese hecho pronunciado, demasiado embelesados en reclamar sus labios.

Alessandro sale, luego vuelve a empujar, hasta la empuñadura, presionando su cuerpo contra el mío. El aire abandona mis pulmones mientras mis paredes se contraen alrededor de su longitud. Él no mueve un músculo, solo se queda ahí parado con su cuerpo clavado en el mío, su polla acurrucada dentro de mí.

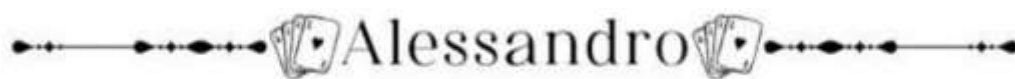
—Te odio, Ravenna Pisano—, me ladra en la cara, estrellándose contra mí. Una vez más.

El aire escapa de mis pulmones en respiraciones cortas, mi visión se nubla mientras los temblores sacuden mi cuerpo. Me agarro a sus hombros y grito mientras me taladra como si él quisiera grabar esa declaración en mis huesos. Pero me dejo llevar y cabalgo las olas del placer.

—Dime, Ravenna— dice la voz ronca de Alessandro junto a mi oreja a medio empujar. —¿Tu esposo te folla así?

Inclino la cabeza y hundo los dientes en su cuello.

—¿Por qué te importa?



—¿Por qué te importa?— susurra, y siento que esas palabras causan estragos en mi cabeza.

¿Por qué me importa? Un sonido atronador resuena en el fondo de mi mente mientras otro enorme trozo cae de la fortaleza

que he creado. Intento atraparlo, devolverlo, pero la pieza solo se desmorona en la nada.

—¡Respóndeme!— Rujo en ese rostro angelical, nervioso y bañado en sudor. Necesito saber. Solo la idea de que ese imbécil la tenga así está volviéndome loco. El veredicto sobre mi cordura sigue sin decidirse. La mano de Ravenna agarra la parte de atrás de mi cuello, sus largas uñas se clavan en mi piel.

—Rocco es impotente—, muerde. —Él nunca pudo...—

Mi cuerpo se queda inmóvil por un momento mientras mi cerebro procesa lo que escuché. El jodido Rocco Pisano nunca la ha tenido. Enredo mis dedos en los largos mechones negros en la parte posterior de la cabeza de Ravenna y toco fondo en su coño. Ravenna jadea y aprieto mi boca contra la suya, tragando ese dulce, dulce sonido de su placer para guardarlo para mí.

Manteniendo su cabeza segura acolchándola con mi mano, golpeo contra ella, finalmente acumulando semanas de frustración y noches de insomnio a las que me ha sometido. Me digo a mí mismo que mi ritmo implacable es un castigo. ¿Suyo? ¿Mío? Quiero arruinarla por hacerme traicionar mi voto. Destruyendo todo por lo que he vivido durante los últimos ocho años. Me obligaré a creerlo, todo mientras una furiosa tormenta ruge dentro de mi mente. Mi fortaleza tiembla y numerosos fragmentos caen de su estructura, arrojando a un lado los fragmentos de mi venganza. Tan jodidamente muchos, que nunca seré capaz de recogerlos y volver a ponerlos en su lugar. Sigo bombeando a mi ángel de cabello negro, una mujer a la que juré matar, repitiendo el mismo mantra en mi mente.

La odio. La odio.

Aun así, no puedo hacer que mi mano se mueva de detrás de su cabeza, no puedo arriesgarme a que se lastime en lo más mínimo, mientras ardemos en locura. Ravenna aprieta mis brazos, sus uñas se clavan en mi piel mientras tiembla de placer. Acelero el paso, mirándola a la cara. El sudor se desliza por mis ojos, haciéndolos escocer, pero no considero secarlo, ni siquiera me atrevo a parpadear. Tengo que verla cuando se venga. La necesidad de presenciar su ruina es primaria e implacable. Ravenna arquea la espalda, un grito de éxtasis sale de sus labios, mientras su coño se aprieta alrededor de mi polla. Y con un último empujón, me entierro en ella y rugo mientras mi semilla la llena. El sonido es gutural y quebrado, un grito de triunfo y derrota al mismo tiempo.

Cerrando los ojos, presiono mi frente contra la de ella. ¿Qué he hecho? Unos labios suaves y pecaminosos tocan los míos. Un cálido aliento aviva mi cara. le devuelvo el beso, aunque es lo último que debo hacer. No puedo evitarlo. Cada golpe de nuestras lenguas, cada pequeño mordisco, cielo e infierno al mismo tiempo. Placer y dolor.

Una parte de mí quiere quedarse así para siempre, con ella en mis brazos. Pero otra parte, grita de ira, llamándome traidor. La batalla por la supremacía ruge dentro de mi alma, destrozándola. El dolor es casi físico, sosteniéndome hasta que uno de los bandos finalmente se lleva la victoria.

Suelto el cabello de Ravenna y me alejo de sus labios.

—Esto no volverá a suceder—, le digo, bajándola al suelo.

Capítulo 15



—¡No puedo creer que alguien haya intentado matar a Rocco!— Eleonora, la esposa del Capo Giancarlo dice. —Debes estar devastada, querida.

Tomo una copa de vino de la bandeja que sostiene un mesero y tomo un gran trago. —Sí. Es terrible.

—¿Sabemos quién lo hizo?— Se inclina para susurrarme al oído como si fuésemos confidentes desde hace mucho tiempo. —Escuché que probablemente fue el clan serbio. Una venganza por una pelea que tuvieron.

—Tal vez. —Tomo otro sorbo y muevo mi mirada a la enorme figura en un traje negro parado en la esquina de la habitación. Tan pronto como mis ojos caen sobre él, mi corazón comienza a sangrar una vez más.

Alessandro ha estado fingiendo que no pasó nada entre nosotros esta mañana. Me folló como si no hubiera un mañana, dándome el mejor sexo de mi vida, luego salió de la biblioteca sin decir una palabra, cerrando la puerta de un portazo a su paso. Me quedé allí, sudorosa y nerviosa, su semen goteando por mis piernas, mirando esa puerta por quién sabe cuánto tiempo. Y lloré. Confusión. Dolor. Remordimiento. Todas esas emociones rugieron

dentro de mi pecho mientras trataba de entender qué diablos pasó y por qué salió como lo hizo.

Fuiste mi venganza, dijo.

¿Eso es todo lo que he sido para él? ¿Venganza por algo que mi marido ha hecho? ¿Fueron esos besos y caricias solo una mentira? Sí, probablemente lo fueron.

Miro hacia abajo a la copa de vino en mi mano y trago. me he enamorado de un hombre para el que no he sido más que un polvo de venganza. Se me escapa una risa triste. Debo ser la idiota más grande que jamás haya vivido porque pensé que él también sentía algo por mí. Supongo que es cierto lo que dicen, no hay nada más ciego ni estúpido que una mujer enamorada.

—Bueno, no me sorprendería que fueran los serbios—, continúa Eleonora. —Todos ellos están absolutamente locos. Serafina me dijo que vio a ese tal Popov corto el dedo a un hombre en la barra de su club. Lo hizo frente a los clientes. Un animal.

Me desconecto de las divagaciones de Eleonora y observo a Alessandro. Está de pie con las manos entrelazadas a la espalda, mirando a la multitud con una expresión sombría en su rostro. Toda la noche, he estado tratando de evitar mirarlo directamente porque me duele mucho, pero mis ojos siguen siendo atraídos hacia él como imanes. Tal como son ahora.

Después de lo que pasó en la biblioteca, no lo vi hasta esta tarde cuando me llevó al hospital para que pudiera cumplir con mi deber de esposa y visitar a mi esposo. El viaje hasta allí tomó más tiempo que la visita real. Tanto Rocco como yo sabíamos que lo estábamos haciendo para mostrar porque, Dios no lo quiera, alguien puede notar y comentar que algo anda mal entre nosotros. Entré en su habitación, entregué las cosas que me pidió que trajera

y me fui. Duró menos de un par de minutos, pero aun así no fue lo suficientemente rápido, y no podía esperar para salir de allí.

Cuando terminé con esa tarea, Alessandro me llevó al centro comercial donde había comprado más ropa y luego me llevó a la casa de mi madre, donde la dejé con las cosas que compré para la Sra. Natello. Cuando regresamos a la casa, desapareció en su habitación hasta que llegó el momento de dirigirse a esta jodida fiesta.

Alessandro mira hacia arriba y, por un segundo fugaz, nuestras miradas se conectan, pero él rápidamente mira hacia otro lado. Pica sobre todo porque nunca me había sentido como

esta mañana, rodeada de su cuerpo, su aliento caliente en mi cara y su polla dentro de mí. Me sentí ... Libre. Como si nada ni nadie pudiera alcanzarme, o lastimarme de nuevo. Su presencia era un muro impenetrable que me cobijaba y me protegía del daño.

Debería avergonzarme de engañar a mi esposo, pero no lo estoy. Si pudiera volver el tiempo atrás, lo haría todo de nuevo. Quiero volver a sentir el cuerpo de Alessandro junto al mío, y no se trata solo de sexo. Es él. Desde el día que nos conocimos, he sentido un tirón hacia él. Pensé que él también sentía algo por mí. En mi penosa necesidad de ser amada, me permito ver las cosas que nunca estuvieron ahí. Solo quería tirarse a la mujer de su jefe como venganza.

—¿Ravenna, querida?

—Lo siento—, aparté rápidamente la mirada de mi guardaespaldas. —Estaba perdida en mis pensamientos.

—Es entendible. Debes estar preocupada por Rocco. ¿Dijeron cuándo puede volver a casa?

La bilis sube por mi garganta ante esa noción. —En unas pocas semanas.

—Oh, ¿tanto tiempo? Debes extrañarlo. ustedes dos son tan hermosos como pareja.

Ella sonríe y comienza a decir algo más, pero los gritos estallan en algún lugar de la habitación. Me giro hacia un grupo reunido en una de las mesas, justo a tiempo para ver a un hombre mayor golpeando con el puño a otro chico.

—Sabía que ese hombre era un problema esperando a suceder—, dice Eleonora a mi lado, asintiendo hacia el joven que evitó el golpe y ahora está respondiendo con una patada en el estómago de su oponente.

—¿Quién es ese?— Pregunto.

—Damián Rossi. Su hermano es el Don de Chicago. — Ella sonríe. —Ortensia dice que es una fiera en la cama.

—¿Se le permitió venir aquí?— Pregunto. Los miembros de las otras familias de la Cosa Nostra tienen estrictamente prohibido ingresar al área de Nueva York sin el permiso de nuestro Don.

—Ajello tiene algún tipo de gran negocio con su hermano. Damián debe haber obtenido la aprobación, que estoy segura será revocada pronto. Ese hombre, el que intenta estrangularlo, es el marido de Ortensia.

Los guardias de seguridad se acercan a Damián Rossi para tratar de someterlo. en toda la conmoción, el marido traicionado grita algo y se mete la mano en la chaqueta. No veo qué sucede a continuación porque una sólida montaña de músculos disfrazados de traje negro se materializa ante mis ojos. Suena un disparo.

Dos grandes brazos me rodean y me encuentro con los pies colgando del suelo mientras Alessandro me lleva por la habitación. No puedo ver a dónde va o qué está pasando porque mi cara y mi cuerpo están pegados a su frente. Solo puedo escuchar gritos y otro disparo en algún lugar detrás de Alessandro. Mientras tanto, casualmente continúa caminando hacia su destino. Entiendo que este tipo de mierda debe suceder a menudo en su línea de trabajo, pero ¿no deberíamos correr o algo así cuando hay disparos por todas partes?

—¿Vamos a dar un paseo?— murmuro en su pecho.

—No.

—¿Tal vez podrías caminar más rápido entonces?

—Ninguna bala te alcanzará, Ravenna.

¡Por supuesto, no me golpeará cuando todo mi cuerpo esté cubierto por el suyo!

—¡Puede golpearte a ti!— chasqueo.

—Las posibilidades de que eso suceda son escasas.

Detrás de nosotros, el caos en la habitación parece haberse calmado porque ahora solo se escucha un murmullo silencioso. No dudaría si los invitados a la fiesta ya han pasado de la histeria al chisme. Los pasos medidos de Alessandro se detienen y me baja al suelo, pero mantiene sus brazos firmes a mi alrededor.

—No te muevas—, dice antes de finalmente dejarme ir y girarse para inspeccionar la habitación.

No puedo ver nada excepto su espalda ridículamente ancha, así que me inclino un poco para a un lado para mirar a su alrededor. Damián Rossi está siendo arrastrado por un par de

tipos. Se ve enojado pero ileso. El otro hombre, el esposo de Ortensia, está desplomado en una silla cercana, con una bolsa de hielo en la barbilla. El resto de los invitados están reunidos en pequeños grupos de tres o cuatro, riéndose entre ellos y saludando a los meseros para que traigan más bebidas.

Típico.

—Es seguro—, dice Alessandro.

Ni siquiera lo miro mientras doy un paso alrededor y me dirijo hacia el bar donde Eleonora está de pie con Pietro. La sensación de ser sostenida con fuerza en los brazos de Alessandro no se desvanecerá. Quiero más. Es como una adicción instantánea que solo él puede alimentar. lo desprecio.

—Gin tonic— le digo al barman y me coloco a la derecha de Eleonora.

Si mi marido estuviera aquí, le habría dado un ataque. A la esposa de Rocco Pisano nunca

se la vería con otra cosa que no fuera vino. Bueno, a la mierda Rocco. Y follar a la mujer de Rocco. Soy mi propia persona, tengo mis propios gustos y disgustos. Y detesto el vino. Hizo todo lo posible para suprimir la persona que soy, y lo dejé. Con cada comentario degradante, con cada golpe, me dejé hundir más y más hasta que casi no quedó nada. Fue necesario que mi guardaespaldas me follara y luego me desechara para que volviera en sí.

—Dios mío, eso fue horrible—, exclama Eleonora. —Una de las balas dañó el techo. No creo que se nos permita volver a alquilar este lugar.

—Probablemente no.— Me encojo de hombros, cojo el vaso que el camarero había puesto en un posavasos delante de mí y tomo un gran trago.

—Necesito encontrar a Giancarlo. Tal vez pueda razonar con el gerente. Pietro, ¿Puedes hacerle compañía a Ravenna?

—Por supuesto. — Pietro asiente. —¿Cómo te va, Ravenna?

—Comparado con mi boda, esto es solo una pelea menor.

—Sí, recuerdo esa noche.

—Yo también. Muy bien— digo.

Durante mi banquete de bodas, los mercenarios irlandeses atacaron mientras todos estaban afuera mirando los fuegos artificiales. Varias personas murieron y Rocco tuvo que lidiar con las autoridades hasta la mañana. Llegó a casa furioso y trató de follarme. Entonces, él me golpeó en su lugar.

—Nino me dice que Rocco perdió a uno de sus guardias de seguridad la otra noche.

Federico, ¿verdad? Pobre bastardo, atragantarse con su comida de esa manera.

El vaso se desliza de mi mano, estrellándose contra el suelo. Mi mirada se dirige hacia Alessandro, donde una vez más está al acecho junto a una pared. Su postura es rígida: la columna vertebral recta y los ojos fijos en Pietro.

—¿Ravenna? ¿Estás bien? — pregunta Pietro.

—Estoy bien susurro.

¿Es solo una coincidencia? no puede ser. Me preguntó el nombre del guardia que conocía que Rocco me golpeó esa misma

noche. Mi corazón salta en mi pecho. ¿Quizás siente algo por mí después de todo? Detente. Necesito dejar de pensar en él. Dejó muy claros sus sentimientos hacia mí esta mañana.

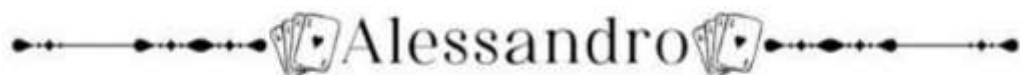
—No me pareces bien, Ravenna. Pietro coloca su mano sobre mi parte superior del brazo.

Me congelo, incapaz de mover un músculo. Incluso sin Rocco aquí para presenciar a un hombre tocarme, una ola de pánico todavía me envuelve ante la idea de que alguien se dará cuenta y le dirá a mi esposo. Ese hombre me ha convertido en uno de los perros de Pávlov.

—¿Quieres que te lleve a casa?

No quiero que Pietro me lleve a casa. Quiero que Alessandro lo haga.

—Si eso sería agradable. Gracias. — Yo sonrío.



Aparco junto al coche de Pietro en la mansión Pisano y agarro el volante hasta que me duelen las manos mientras lo veo acompañar a Ravenna hasta la puerta principal. Solo una vez que Pietro está de regreso en su vehículo y sale del camino de entrada, me permito dejar mi auto. De lo contrario, le habría partido el cuello. Esperaba que follar con Ravenna la sacara de mi sistema, me curara de la maldita obsesión que he desarrollado por ella, pero solo lo empeoró.

No puedo orientarme en lo que concierne a esta mujer. Puede que la odie, pero mi pene dice que no. Las cosas que me hace

sentir son algo que nunca antes había experimentado. Ni siquiera con Natalie. Amaba a mi esposa. Pero con Ravenna, mi necesidad por ella ya no es un anhelo que pueda negar. Ella se alojó bajo mi piel, un tatuaje en mi psique. ¿Cuándo se volvió más importante protegerla que matarla para llevar a cabo mi plan? Salvar a una mujer significa que estoy traicionando a otra, traicionando la promesa que hice en su tumba. ¿Pero quitarle la vida a Ravenna?

También puedo poner mi propia pistola en mi cabeza.

Subo los escalones de piedra y me dirijo al interior de la mansión. Es casi medianoche, así que no hay nadie alrededor mientras camino por el pasillo hacia mi habitación. Una vez dentro, me quito la chaqueta y la pistolera y saco los planos de la casa, extendiendo el esquema en el pequeño escritorio escondido en la esquina. Necesito hacer algo para que deje de pensar en Ravenna.

Dos horas más tarde, después de cometer el noveno error al marcar los puntos débiles de la planta baja, arrojo el bolígrafo al otro lado de la habitación y empujo los papeles. Salgo de mi habitación, camino por el vestíbulo vacío y subo las escaleras hasta el segundo piso. Es bien entrada la noche y, aparte del tictac del reloj del abuelo en el rellano, la casa está en silencio. Giro a la izquierda y me dirijo por el pasillo, deteniéndome en la puerta del dormitorio de Ravenna. La perilla está fría bajo mi palma mientras la giro con cuidado, empujando la puerta para abrirla un poco.

Ravenna está dormida, su largo cabello esparcido sobre la almohada. Una manta blanca y esponjosa yace enredada a sus pies. Me acerco a la cama y alargo la mano para mover un mechón que le ha caído sobre la cara y el cuello. No hace mucho, me imaginaba rebanando esa delicada garganta y viendo cómo se derramaba su sangre. ¿Pero ahora? Ahora, solo la idea de que

alguien la lastime de alguna manera me vuelve completamente salvaje.

Cuando conseguí este trabajo y vine aquí, parecía que todo estaría bien tan fácil. Tenía una meta y una forma de alcanzarla. Pero no contaba con que Ravenna Pisano y sus tristes ojos verdes lo desbarataran todo. Necesito otra distracción. Cualquier cosa que distrajera mi mente de Ravenna. Y necesito seguir adelante con mi plan. Reevaluar y adaptarme, he sido entrenado para hacer eso. Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo. Entonces, es hora de cambiar.

Arruinar el negocio de construcción de Rocco requerirá concentración y días de preparación, pero, actualmente, estoy demasiado nervioso para manejar cualquier cosa que requiera cualquiera de las dos. Debo tener sangre. ¡Ahora! Parece que ha llegado el momento de la muerte del padre de Rocco. Desafortunadamente, Pisano no estará allí para mirar.

No he tenido oportunidad de estudiar la casa de Elio Pisano, y no conozco el movimiento de los de seguridad. Por lo que vi mientras escoltaba a Rocco y Ravenna allí, los sistemas de alarma son muy básicos, pero toda la propiedad está bien resguardada. Sería demasiado arriesgado tratar de infiltrarse sin suficiente reconocimiento de patrullas. Pero no importa lanzando una última mirada al rostro dormido de Ravenna, tiro de la manta sobre ella y en silencio salgo de la habitación.



La casa de Elio Pisano está enclavada entre otras dos casas. A la izquierda, las linternas del jardín están encendidas, pero el césped alrededor de la casa a la derecha está envuelto en la

oscuridad. Lo haré. Utilizo la puerta del jardín abierta para entrar en la propiedad del vecino y me deslizo a lo largo del muro de la valla que la conecta con la de Elio Pisano, acercándome al arce que crece sobre la división. Sus ramas crujen y se doblan bajo mi peso mientras asciendo para escudriñar los alrededores.

Hay dos guardias en la puerta principal, pero ninguno a lo largo del perímetro exterior. Sin embargo, dentro de los muros de la valla hay al menos cinco hombres patrullando los terrenos, y hay más estacionados en la puerta principal. No veo ninguna cámara de monitoreo, excepto la que está en la puerta, que parece ser la única entrada a la propiedad.

Vuelvo a bajar del árbol y camino a lo largo de la cerca hasta que llego al lugar que he elegido como punto de entrada, extraigo el gancho y la cuerda de mi mochila. Durante mis misiones con la unidad Z.E.R.O, siempre usamos lanzadores de garfios accionados por presión de última generación, pero están diseñados para asegurar el acceso a lugares muy altos y tienden a ser demasiado ruidosos. Las paredes regulares de la casa requieren equipo de la vieja escuela.

Me toma tres intentos hasta que el gancho encuentra su agarre. Usando la cuerda, escalo la pared lisa, tiro el gancho al suelo del otro lado y luego salto hacia abajo. La mayor parte del patio está bien iluminada, pero hay árboles y elementos decorativos. arbustos esparcidos alrededor. Los uso para cubrirme mientras me muevo hacia una puerta sin protección en la parte trasera de la casa. Casi llego cuando un guardia de seguridad dobla la esquina y se detiene frente a la entrada. cuando no lo hace salgo después de cinco minutos, aprovecho las sombras y el follaje para llegar a una esquina del edificio. El guardia está de espaldas a mí y está mirando su teléfono.

Me acerco a él desde atrás, presiono mi palma sobre su boca y envuelvo mi otro brazo alrededor de su cuello. El hombre se retuerce e intenta liberarse, pero aprieto mi brazo con más fuerza y le rompo el cuello. Arrastro el cuerpo detrás de un arbusto y busco en mi mochila el bloqueador de alarma que es compatible con el sistema de seguridad que vi instalado en la casa de Elio Pisano. Un minuto después, estoy dentro.

La distribución de la casa es similar a la de Rocco: enorme vestíbulo y una escalera de madera igualmente decorativa, frescos en el techo. Una rápida mirada alrededor

confirma que no hay nadie en los alrededores. Las escaleras crujen bajo mis botas mientras subo al segundo piso y luego giro a la izquierda. Los cuatro dormitorios de este lado están vacíos, así que me dirijo hacia el otro lado cuando oigo pasos y el crujido de las tablas del suelo. Presiono mi espalda contra la pared y saco mi cuchillo.

Un hombre con traje de mayordomo sube al rellano. No tengo ni idea de qué negocio tiene dando vueltas por la casa a las tres de la mañana, pero hoy no es su día de suerte. Agarro la parte delantera de su chaqueta y, al mismo tiempo, paso mi cuchillo por su cuello. La sangre se derrama sobre mi mano mientras su cuerpo se contrae un par de veces. Llevo al mayordomo muerto a una de las habitaciones vacías y luego continúo con mi búsqueda.

Encuentro a Elio Pisano en el dormitorio del fondo. Está tirado en medio de la cama con dosel, vistiendo nada más que sus calzoncillos bóxers, roncando. Metiendo la mano en el bolsillo de mi chaleco táctico, saco una pequeña caja que contiene una jeringa y me acerco a la cama.

Por unos momentos solo observo al padre de Rocco, disfrutando de la emoción de lo que vendrá, luego le cubro la boca con la palma de la mano y entierro la aguja en su cuello. Los ojos de Elio se abren de golpe y me deleito con el pánico que veo en ellos. Su mano sale disparada, agarrando mi antebrazo, solo para volver a caer sobre su pecho. Cojera, como el resto de su cuerpo. Retiro mi mano de su boca y observo sus ojos saltones mientras miran fijamente la aguja hipodérmica vacía en mi otra mano.

—Es un pequeño cóctel conveniente—, digo mientras vuelvo a poner la hipodérmica en

su caja —Los militares lo usan a veces. Paraliza el cuerpo para que la persona no pueda moverse ni hablar.

Saco el cuchillo de mi muslo y coloco el borde de la hoja en la punta de su pulgar.

—¿Quieres saber la parte divertida? No adormece el dolor. Sonrío y corto una parte de la carne de su dedo. Solo una vez antes he visto a un hombre gritar con los ojos. Fue hace más de una década, un momento en que Kai se ausentó sin permiso después de una misión, y Kruger decidió darle una lección después. Llenó a Kai del mismo cóctel que acabo de usar con Elio y lo apuñaló al azar. Pero hay una gran diferencia entre entonces y ahora. La mirada en los ojos de Kai mostró un grito de furia. Los ojos de Elio solo muestran terror.

—Déjame contarte una historia. — Muevo el cuchillo por la mano y el antebrazo de Elio, haciendo una incisión poco profunda mientras arrastro la punta. Suficiente para infligir un dolor significativo sin la posibilidad de hacerlo desangrarse. —Es la historia de una mujer que estaba dando un paseo matutino por el

vecindario porque le gustaba el olor de los árboles en flor en primavera.

Me detengo cuando llego a su codo. Hay ciertas partes del cuerpo donde los nervios cercanos a la superficie son más sensibles al dolor. Puntas de los dedos. Rodillas. El arco de un pie. La tibia. Entierro la punta del cuchillo en el centro del suyo, justo a través del nervio cubital.

—Un hombre en un auto tuneado se saltó un semáforo en rojo y golpeó a la mujer cuando estaba cruzando la calle—, continuó mientras retuerzo el cuchillo en su carne. —Estaba borracho y manejaba al doble del límite de velocidad. Y huyó de la escena sin mirar atrás.

Mis fosas nasales se llenan con olor a orina. Cuando miro hacia arriba, los ojos de Elio están inyectado en sangre, y una fina capa de sudor cubre su frente. Me inclino sobre él y arrastro el cuchillo hasta su cuello, dejando un fino rastro rojo detrás.

—Y el papá del conductor, un capo recién hecho que intenta impresionar al nuevo Don de Nueva York, se aseguró de encubrir todo tan bien que me tomó años encontrar al culpable. Deslizo el filo del cuchillo a través de su cuello, manteniendo el corte superficial, luego trazo una línea hacia abajo y me detengo justo encima de su corazón. Cuando tengo el cuchillo en su lugar, inclino la cabeza hasta que mi boca está justo al lado de su oreja.

—Esa mujer era mi esposa, — susurro. —Cómo te estás muriendo en un charco de tu propia sangre y orina, piensa en lo que le haré a tu hijo.

Agarro el cuchillo con más fuerza y lo hundo en su corazón, hasta la empuñadura.



El sonido de un picaporte girando y el crujido de los pisos de madera bajo pasos lentos me despiertan. Mis ojos se abren de golpe, pero no me atrevo a moverme. Por un momento, creo que es Rocco, viniendo a imponerse sobre mí. Entonces, recuerdo que él no está aquí. Me siento en la cama, apretando las sábanas contra mi pecho, y noto a Alessandro en el sillón reclinable junto a la puerta del balcón. Basado en la luz pálida que se asoma por la ventana, debe ser temprano en la mañana. No parece que haya dormido en absoluto, y el extraño atuendo que tiene puesto me deja sin lugar a dudas.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación?— pregunto, escaneando su atuendo de pantalones cargo negros y una camisa de manga larga. Un chaleco militar negro cuelga del brazo del sillón reclinable. Aparte de en la biblioteca, durante mis lecciones de defensa personal, nunca lo he visto usar nada más que trajes.

Alessandro no responde, solo sigue mirándome.

—Vete—, espeto. —Obtuviste lo que querías ayer. No volverá a suceder. Fuera.

Sus fosas nasales se ensanchan y un gemido gutural sale de sus labios. Bajo mis ojos a sus manos. Está agarrando los brazos del sillón reclinable, su cuerpo tenso. Las mangas de su camisa están arremangadas hasta los codos, dejando al descubierto los músculos tensos de sus antebrazos. Manchas de color rojo oscuro marcan el dorso de la mano derecha y los dedos.

—¿Eso es sangre?

—Sí—, dice con los dientes apretados. —Estaba tratando de distraerme.

—¿Qué tipo de distracción deja a una persona con sangre hasta los codos?

—Del tipo asesino.

Parpadeo hacia él, esperando que el terror corra por mi columna. no lo hace. La idea de que mi esposo esté en casa me da ganas de correr y esconderme, pero el hecho de que Alessandro se siente a solo unos metros de mí después de que aparentemente acabó con la vida de alguien, no me asusta en absoluto. Lo único que me aterroriza es la necesidad de acurrucarme en su regazo y la creencia de que eso hará que todo mejore.

—¿Y por qué necesitabas una distracción tan extrema? — Pregunto.

—Para dejar de pensar en ti, Ravenna. Se levanta del sillón reclinable y da unos pasos hasta que está de pie a los pies de mi cama. —Me temo que no funcionó.

Él agarra el borde de la colcha. La tela se desliza de mis manos mientras tira de ella y la arroja a un lado. En mi sueño, mi camiseta se ha subido hasta mi cintura, dejando mis bragas azules de encaje a la vista. Mi respiración se acelera cuando los ojos de Alessandro viajan lentamente por mi cuerpo y se detienen en mi boca.

—¿Te gusta Pietro?— pregunta sin quitar la mirada de mis labios.

—Era amigo de mi padre y siempre fue amable conmigo.

Los ojos de Alessandro se mueven hacia arriba, encontrándose con los míos. —Deja que exprese esa pregunta de otra manera. ¿Quieres que siga respirando?

—Sí.

—En ese caso, por favor no le pidas que te lleve a casa de nuevo.

Sus ojos se deslizan hacia abajo de nuevo y descansan entre mis piernas.

Muerdo mi labio inferior y me recuesto en la cama, deslizando mi mano en mis bragas.

—¿Por qué te importa quién me lleva a casa?

—No lo hace—, ladra mientras me agarra los tobillos y tira de mí hacia el final de la cama.

La sensación de su piel sobre la mía mientras sus palmas suben lentamente por mis piernas hace que se me ponga la piel de gallina en todo el cuerpo. Siguen el camino de su caricia mientras engancha sus dedos en los lados de mis bragas y se encuentra con mi mirada. Sus ojos son dos estanques oscuros, y una tormenta se está gestando en sus profundidades.

—Dime que me detenga—, dice con voz tensa.

Aprieto los labios y levanto las caderas a modo de invitación.

Algo parpadea en sus ojos. La tempestad se despeja por sólo una fracción de segundo. Dejándome vislumbrar los secretos ocultos más allá. Allí un momento y desaparecido al siguiente, oscurecido una vez más por la pasión y el deseo. No tuve tiempo de comprender lo que eran, sus secretos permanecieron bloqueados. Una vez que quita el material de encaje, Alessandro se

arrodilla en el suelo y entierra su rostro entre mis piernas. Un gemido se me escapa al primer golpe de su lengua sobre mi raja. Nunca antes había experimentado el sexo oral, ni siquiera lo había considerado. Es demasiado carnal. Crudo. No pensé que me sentiría cómoda dejando que un hombre fuera tan personal. Otro golpe lento y luego siento la lengua de Alessandro deslizándose en mi centro. Deslizo mis dedos sobre su cabello corto y me abro más para darle mayor acceso.

—Más rápido—, gimoteo.

Ignora mi súplica y continúa al mismo ritmo, deslizando lentamente su lengua dentro y fuera. Torturándome. Sus palmas acarician mis muslos, mi piel arde dondequiera que toca. Cuando llega a mis tobillos, separa mis piernas, abriéndome aún más.

—Me he imaginado haciendo esto durante días—, dice entre lametones. —Comiendo tu bonito coño. Ver si es tan dulce como sospechaba.

—¿Y lo es?— Pregunto, absolutamente sorprendida por mis palabras.

—Sí. Incluso más dulce que en mis fantasías. Una fruta prohibida, seguro seré enviado directamente al Hades ahora que me he atrevido a probarlo. — Puedo sentir su aliento acariciando mi piel mientras inhala mi aroma. —Estoy condenado.

Un temblor comienza en la base de mi columna vertebral y luego me inunda como una ola mientras él se da un festín con mi coño, cada movimiento de su lengua un poco más rápido que el anterior. Mueve su mano izquierda a lo largo de la parte interna de mi muslo y desliza su dedo dentro de mí mientras continúa atormentándome con su boca. Mi espalda se arquea mientras tomo aire. La humedad se acumula entre mis piernas, goteando su

rostro mientras yo tiemblo. Alessandro sigue lamiendo mis jugos, deslizando su dedo aún más profundo.

—Vente por mí, mi ángel de ojos esmeralda—, susurra entre lametones y presiona sus labios contra mi clítoris, chupándolo. Una luz blanca explota detrás de mis párpados cerrados. Alessandro sigue devastando mi clítoris, y justo cuando empiezo a perder la cabeza por completo, desliza otro dedo dentro. Grito.

Es ruidoso y salvaje. Un grito de pasión, pero también de libertad. el grito de éxtasis de un alma liberada, finalmente liberada de sus cadenas. Alessandro coloca un beso en mi coño y saca sus dedos, poniéndose de pie. Todavía estoy temblando por las réplicas cuando él levanta la manta del suelo y me cubre con ella. Luego, se da vuelta y se dirige hacia la puerta.

—¿Adónde vas?— Pregunto.

Se detiene con la mano en el pomo, pero no se da la vuelta.
—De vuelta a mi infierno personal, Ravenna.

Capítulo 16



Cuando salgo de mi habitación para ir a desayunar, la criada dobla la esquina. y corre hacia mí.

—El guardia de la puerta acaba de llamar, señora Pisano. El Sr. Nino viene a verte.

—¿Dijo por qué?

—No. Solo dijo que es urgente.

Corro por el pasillo y bajo las escaleras, preguntándome qué podría haber sucedió. La sirvienta corre frente a mí y abre la puerta principal.

—Ravenna. — Nino asiente mientras entra.

—Necesitamos hablar.

—¿Qué pasó?

—Aquí no—, dice con voz grave.

—Bueno. — Lo llevo a través del vestíbulo a la oficina de Rocco y cierro la puerta corrediza una vez que estamos dentro. Nino se sienta en el sofá de cuero junto a la ventana y se inclina hacia adelante con los codos en las rodillas.

—Elio está muerto—, dice.

Parpadeo confundida y me bajo en el sillón reclinable frente a él.

—No sabía que estaba enfermo. Lo vimos hace una semana y parecía estar bien.

—Él no murió por causas naturales. Alguien irrumpió en su casa anoche y lo mató en su cama. Parece que lo torturaron primero.

Aprieto los brazos acolchados de la silla mientras la imagen de la mano manchada de sangre de Alessandro pasa ante mis ojos. La misma mano que acarició mi piel mientras se daba un festín con mi coño dos horas antes. me siento humedecerme rápidamente presiono mis rodillas juntas, ligeramente horrorizado por la reacción de mi cuerpo.

—¿Cómo murió?— Pregunto.

—Un cuchillo en el corazón.

—¿Sabes quién lo hizo?

—Ni idea. — Sacude la cabeza y logro ocultar un suspiro de alivio.

—Podrían haber sido los serbios. Rocco cree que ellos son los responsables del asesino a sueldo que le disparó, por lo que envió mercenarios para atacar el club de Popov anoche. Los serbios podrían haber estado tomando represalias por el ataque al club, pero el momento es demasiado ajustado. No hay forma de que pudieran haberlo hecho.

—¿Rocco sabe que su padre está muerto?

—No. Creo que sería mejor si se lo dijeras.

Apenas reprimo un escalofrío. —Sí, iré al hospital tan pronto como esté lista.

—Bien. Y asegúrate de no salir de casa sin Alessandro hasta que averigüemos qué está pasando—, dice.

—Me verá afuera.

Cuando Nino se va, vuelvo a mi habitación para cambiarme y ponerme unas bragas nuevas. Pero mientras estoy de pie frente a mi cajón de ropa interior, un impulso inusual de rebelarse surge dentro de mí. Miro el par de bragas limpias que saqué, luego las tiro hacia atrás y cierro el cajón. Como estaré viendo a mi esposo, lo haré mientras muestre la evidencia de mi atracción por otro hombre.

Elijo un par de pantalones de color melocotón pálido y una chaqueta que componen uno de los pocos conjuntos que realmente me gusta usar. Rocco me prefiere en colores llamativos, como negros y rojos. La única razón por la que me dejó quedarme con este conjunto es por los grandes botones dorados de la chaqueta que muestran el logo de la marca.

Mi bolso está en el tocador, y cuando lo alcanzo, me siento abrumada por el odio al verlo. Otras mujeres usan carteras para llevar consigo sus artículos más importantes. Documentos. Billetera. Su teléfono. Las únicas cosas en mi bolso son una pequeña bolsa de maquillaje, que he llegado a odiar, y dos paquetes de pañuelos. Mis documentos de identidad están guardados bajo llave en la caja fuerte de Rocco, y no se me permite dinero. Por lo general, dejo mi teléfono en la mesita de noche. ¿Cuál es el punto de llevarlo cuando no puedo llamar a nadie excepto a mi esposo? Mi bolso es solo otro recordatorio de las cosas que me ha quitado. Las cosas que dejé que me quitara. Mi

mirada se mueve desde el bolso hasta el espejo sobre el tocador. Me concentro en mi reflejo, mirando los grandes aretes de diamantes, reflejando la luz de las piedras y el oro brillante. Mi cabello largo está recogido en un moño alto, perfectamente apretado, y el maquillaje pesado cubre mi rostro.

—¿Quién eres?— Yo susurro. La mujer del espejo se parece a mí, pero no tenemos nada en común. No hay respuesta, por supuesto. Miro a la extraña durante mucho tiempo, tratando de encontrar más parecido que las meras líneas de mi rostro, pero no puedo. Ese bastardo me hizo perderme junto con todo lo demás. Con una última mirada a mi reflejo, tomo mi abrigo de la silla mientras saco los alfileres de mi moño al mismo tiempo con mi mano libre.

Mientras me dirijo hacia las escaleras, la cadencia constante de mis tacones se hace eco de los delicados pings de los alfileres que golpean el suelo mientras sigo sacándolos uno por uno. Cuando llego al rellano superior, un rastro de pequeñas horquillas negras me lleva de vuelta a mi habitación.

Alessandro se encuentra al pie de las escaleras, con una mirada oscura en su rostro. Esta mañana, me comió como un hombre hambriento que tiene su primera comida en semanas, y luego desapareció. No puedo dejar de pensar en su frase de despedida. Dijo que iba a volver a su infierno personal. ¿Qué quiso decir con eso? Soy la esposa de su enemigo, pero no había regodeo, satisfacción o triunfo en su tono. Parecía derrotado. Hay algo más en marcha.

Mi mirada se mueve de los ojos de Alessandro a sus labios. ¿Todavía puede saborearme?

¿Vendrá a mi habitación otra vez esta noche? La sensación de su boca en mi coño aún persiste. Es más que el acto sexual en sí lo que me sacudió hasta la médula. Es la forma en que me tocó, como si fuera algo precioso y valioso. Dijo que me odia. Incluso planeó matarme. Sus caricias me dicen lo contrario.

Soy consciente de cómo un hombre violento y enojado actúa más de lo que nunca quise ser. Puedo sentir uno, incluso a través de sus sonrisas y pretensiones. A pesar de las palabras hostiles de Alessandro, mi instinto de conservación no estaba motivado. Ni siquiera cuando envolvió sus dedos alrededor de mi cuello durante esa demostración de defensa personal. Tener su enorme mano alrededor de mi garganta realmente me emocionaba. Hay algo tan atractivo en darle a un hombre como Alessandro ese tipo de poder sobre mí. Con qué facilidad podría haberme roto el cuello si hubiera querido, pero, en cambio, su toque me hizo sentir segura. Protegida. Y me encendió.

Porque sé que no me lastimaría ni un pelo de la cabeza.



—¿Por qué diablos te fuiste de la casa con ese aspecto?— Rocco gruñe desde la cama. —¡No eres una maldita campesina que anda con el pelo despeinado en todas direcciones!—

Deslizo mis manos en los bolsillos de mi abrigo para que no las vea. temblando, y respire hondo. —Necesito decirte algo.

—¡Me importa un carajo!— Su rostro se sonroja mientras ruge y se inclina sobre el costado de la cama, señalando la puerta del baño con su mano sana. —¡Entra al baño y arregla tu cabello!—

—No hay nada malo con mi cabello—, le digo. —Nino me pidió que te pasara información.

—¿Qué información?—

—Tu padre está muerto.

El cuerpo de Rocco se queda inmóvil y varias emociones cruzan su rostro. Asombro. Negación. Y luego, una emoción apenas detectable que está tratando de ocultar. La relación que tuvo mi esposo con su padre siempre fue ambigua.

Por un lado, reverenciaba a Elio y buscaba su aprobación sin descanso, mientras que, por el otro, despreciaba a su padre por no mostrar nunca respeto a Rocco. En público, Elio siempre se jactaba de que Rocco es uno de los hombres de mayor confianza del Don, pero a puerta cerrada, disfrutaba hablando con su hijo, diciéndole que no es lo suficientemente bueno para convertirse en un subjefe.

—¿Cómo murió?— él pide.

—Fue asesinado en su casa anoche.

Los ojos de Rocco se agrandan increíblemente. —¡Estás mintiendo!

—No lo estoy.

El rostro de Rocco se vuelve de un tono aún más rojo, sus fosas nasales se dilatan y la vena de su cuello late. Alcanza su teléfono, que está sobre la cama, y me lo lanza como un niño hosco. Me doy cuenta de su intención a tiempo y me hago a un lado, dejando que su teléfono golpee la puerta y se estrelle contra el suelo. Mis ojos no se mueven de la forma indignada de Rocco mientras me agacho y recojo el celular.

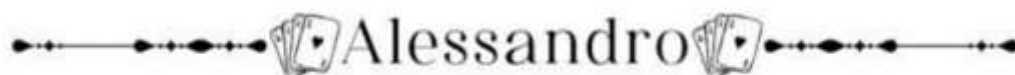
—Esta es la última vez que haces eso—, le digo. —Terminé de ser tu bolsa de boxeo. La próxima vez que me levantes la mano, iré directo al Don.

—¡Pequeña perra babosa!

Le lanzo el teléfono con todas mis fuerzas y la emoción me llena cuando lo golpea en el pecho. Rocco se agarra del lado de la cama, gritando y sacudiendo la barandilla. Simplemente me doy la vuelta y salgo de la habitación. Alessandro está sentado en la sala de espera al otro lado de un largo pasillo, pero se levanta cuando me ve llegar. Me detengo, lo enfrento y miro hacia arriba.

—¿Puedo recibir otra lección de defensa personal mañana por la mañana?

Los ojos de Alessandro se estrechan. Me observa durante unos segundos y luego asiente lentamente.



Salimos del hospital y nos dirigimos hacia mi coche cuando un motociclista se aproxima. demasiado rápido a través de los autos del estacionamiento a pocos metros frente a nosotros. Su motocicleta es completamente negra, excepto por el diseño prominente en el panel de la carrocería: una calavera blanca con una cruz gruesa sobre la frente. Mierda. Agarro la muñeca de Ravenna y tiro de ella detrás de mí.

—No te muevas, — digo, manteniendo al motociclista en mi vista. —Dime que entendiste Ravenna.

El silencio se extiende por unos momentos antes de que ella responda: —Sí.

El piloto desmonta la moto y se quita el casco. Mis ojos están fijos en él mientras se acerca a nosotros con pasos lentos y medidos hasta que está frente a mí.

—Zanetti. ¿Tu comprador estaba satisfecho con el producto?
— Su voz acentuada es firme y tranquila.

—Cumplieron su propósito—, digo. —¿Qué haces aquí, Drago?—

Drago Popov mira hacia el edificio del hospital y se concentra en Rocco. La ventana de Pisano. —Tengo algunas cuentas que saldar.

Entonces, sabe que Rocco está detrás del ataque a su club. Jodidamente perfecto. —Me temo que no es posible.

—¿Cómo es eso?

—Esa cuenta se mantiene en reserva. Por mí. — Miro al líder serbio, y sé que entiende lo que sucederá si hace un movimiento sobre un hombre que es mío para matar. La gente pasa a nuestro lado al entrar y salir del hospital, pero nadie presta mucha atención a nuestra conversación.

—¿Deuda personal?— él pide.

—Sí.

—¿Tienes un cronograma para liquidar la deuda?

—Dentro de una semana.

Popov lanza otra mirada hacia la ventana de Rocco, luego asiente y regresa a su motocicleta.

—Tienes siete días, Zanetti. Y eso se aplica sólo a él. No a otros involucrados en el ataque a mi propiedad y mi gente. Se pone el casco en la cabeza, se sube a la motocicleta y se marcha.

—¿Quién era ese?— Ravenna pregunta detrás de mí.

—Malas noticias.

Un ligero toque acaricia el dorso de mi mano mientras desliza la punta de su dedo a lo largo de él y luego engancha su dedo meñique con el mío. Cierro los ojos y respiro profundamente, con la esperanza de sofocar la necesidad de tomarla entre mis brazos. No puede pasar esta mañana, después de regresar a mi habitación, miré el techo durante horas mientras mentalmente hacía cambios en mi plan. La idea de joder con la mente de Rocco durante varias semanas se desintegró en polvo. La idea de atarlo a una silla mientras lo torturo en mi tiempo libre, desapareció. Necesito encontrar una manera de entrar en su habitación del hospital y acabar con él allí. Su muerte será demasiado rápida, y eso me cabrea, me dan ganas de pegarle a algo, pero no hay otra forma. No puedo esperar hasta que sea liberado. Para preservar mi cordura, Rocco Pisano necesita morir lo antes posible. Y luego, me iré. Puedo tratar de racionalizar esa decisión, encontrar una excusa para mí mismo, pero eso no cambiará la verdad: me estoy escapando.

Pasé una década completando las misiones secretas más peligrosas. Me han disparado tantas veces que he perdido la cuenta. Mantenido cautivo y torturado, dos veces. La última vez logré escapar por mi cuenta y, básicamente, arrastré mi cuerpo cubierto de sangre de vuelta a la base. Y encima de eso, casi he volado en pedazos en más de una ocasión. Luego, vinieron mis años con la Cosa Nostra. Yo tampoco llamaría a esto un entorno de trabajo seguro. El número de personas que he matado hasta ahora

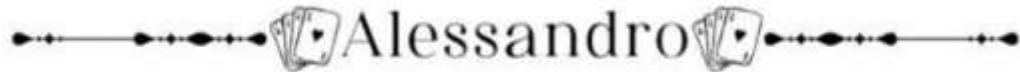
es de tres dígitos. Más de quince años de violencia y muerte, y nunca he huido de un campo de batalla.

Hasta ahora.

Y estaré huyendo, no de un enemigo más formidable, sino de una mujer con ojos esmeralda. Sus profundidades cristalinas me atraen y no tengo la fuerza para resistir la captura.

—Vamos—, digo y me dirijo hacia mi camioneta en el otro extremo del estacionamiento, sosteniendo con fuerza el dedo meñique de Ravenna con el mío. Da un paso a mi lado mientras el viento azota sus sedosos mechones negros en el aire.

Capítulo 17



No te estás rotando lo suficiente— digo y suelto mi agarre del cabello de Ravenna. Un vistazo rápido a mi reloj de pulsera me dice que todavía tenemos algo de tiempo antes de que el personal de la casa llegue aquí en una hora. —De nuevo.

Hemos estado practicando movimientos de defensa contra un ataque por la retaguardia durante veinte minutos. Cada vez que tiro de sus mechones, aunque lo hago a la ligera y sé que en realidad no la estoy lastimando, me mata. Este es uno de los ataques más comunes que una mujer puede experimentar, y es importante que aprenda a defenderse de él. Rocco no volverá a lastimarla nunca más, pero es bueno para ella tener este entrenamiento de todos modos. El mundo está lleno de un montón de imbéciles. Una rabia asesina se enciende en mi estómago en el momento en que se forma el pensamiento. No debería necesitar defenderse de nadie, nunca.

—¿Alessandro?

Levanto mi mano y enredo mis dedos en sus mechones, pero en lugar de retorcerlos en mi agarre, dejo que mi palma se deslice por las sedosas longitudes. *Ravenna*. El nombre le queda bien.

Se da la vuelta, los zarcillos se deslizan de mi agarre, causándome un dolor casi físico en el pecho por la pérdida de ese pequeño contacto. ¿Qué debo esperar cuando Rocco esté muerto y

sea hora de que me vaya? Extiendo la mano y trazo la línea de su barbilla. ¿Qué pasa si alguien se atreve a lastimarla de nuevo y yo no estoy allí?

—Me voy pronto— digo.

Ravenna toma aire, pero no dice nada mientras me mira a los ojos.

—No tienes que preocuparte—, continúo. —Incluso cuando me haya ido, estarás segura.

Siempre. Me aseguraré de ello.

—Interesante. ¿Mantienes a salvo a todos los que odias? —

—No.— Aprieto los dientes. —Solo a ti.



Observo el torbellino en los ojos de Alessandro. He estado demasiado concentrada en sus palabras crueles y su comportamiento, creyendo que a él no le importa un carajo. Debería haber prestado más atención a sus ojos. Es fácil mentir con palabras y acciones, pero los ojos siempre revelan la verdad. Y no hay odio en ellos ahora. No ha estado allí durante bastante tiempo. Una emoción diferente acecha en medio de la ira y la frustración. es desesperación No sé lo que está pasando en esa cabeza dura suya o las razones de sus mentiras.

—¿Son por mi bien o por el tuyo?— Pregunto.

—¿Qué?— Su pulgar se desliza hacia la comisura de mi boca, trazando la forma de mis labios.

—Las mentiras, Alessandro. ¿Son para mí o para ti?

Su mano se detiene y su cuerpo se pone rígido ante mis palabras.

—Son para mí—, dice. Su voz sale hosca.

Quiero dejarlo con sus falsedades, pero no puedo obligarme a alejarme.

Se irá en menos de una semana, tan pronto como mate a mi marido. Puede que me haya perdido la universidad, pero estoy lejos de ser una estúpida. La conversación que tuvo con el motociclista me reveló lo suficiente como para sumar dos y dos. La idea de Rocco muerto debería emocionarme porque finalmente seré libre. Pero en lugar de deleitarme con ese futuro esperanzador, lo único que siento es pavor. Sin Rocco, Alessandro también lo estará.

—¿Sabes qué?— Doy un paso más cerca, pegándome a él. La prueba de su falta de indiferencia presiona mi estómago. —Tanto tú como tus mentiras pueden irse al infierno.

Giro sobre mis talones, con la intención de abandonarlo tal como él lo hizo conmigo, cuando su brazo se envuelve alrededor de mi cintura, tirando de mí hacia su cuerpo.

—Ya estoy en el infierno, Ravi—, su mano libre se desliza dentro de la cintura de mis pantalones cortos y a mi coño. —Estuve allí por un tiempo.

Un gemido se me escapa, y agarro su antebrazo mientras su dedo se desliza dentro de mis pliegues, provocando, profundizando con cada golpe. Su pulgar se mueve hacia mi clítoris, aplicando una pequeña presión.

—Mi descenso comenzó en el momento en que puse mis ojos en ti. Otro golpe sobre mi coño, y luego me levanta del suelo y me lleva al otro lado de la habitación. —Y con cada mirada, con cada toque delicado, caía más en el abismo.

Se detiene frente al banco acolchado que se encuentra frente a la estantería, deja que mis pies toquen la suave tapicería y mantiene su dedo hundido profundamente. Su aliento acaricia mi cabello y me hace cosquillas en la nuca mientras huele mi aroma. Con la otra mano, me quita los pantalones cortos y las bragas de mi cuerpo. Gimo cuando su dedo deja mi coño, pero maulló al sentir su enorme polla en mi culo. Con manos temblorosas, agarro la estantería frente a mí, preparándome contra su forma sólida.

Un beso aterriza en el medio de mi espalda. Insoportablemente lento, sus labios se deslizan por mi columna, todo el camino hasta mis omoplatos. Mi respiración se acelera con cada toque reverente mientras espero lo que viene a continuación. Presiono mi frente contra la estantería y amplío mi postura para Alessandro. Las palmas ásperas recorren mi caja torácica y luego bajan por mi estómago hasta mi montículo. Cada célula de mi cuerpo está zumbando, una espiral apretada lista para liberarse.

Todo lo que necesito es tenerlo dentro de mí. Cuando su polla finalmente se desliza hacia el interior, casi me corro en ese mismo momento. Mi coño se aprieta alrededor de su circunferencia, y los temblores sacuden mi cuerpo, haciéndome difícil pararme. Suelto la estantería y envuelvo mis dedos alrededor de su muñeca derecha para guiar su mano alrededor de mi garganta.

—Quiero que me sujetes aquí— susurro.

Si fuera alguien más que él, estaría demasiado avergonzado para preguntar. Asustada de que pensarán que soy un caso perdido, dañada y jodida en la cabeza, rogando ser tratada de la misma manera que lo había hecho su marido abusivo.

El cuerpo de Alessandro se queda quieto detrás de mí. —¿Por qué?—

—Porque tener tu mano alrededor de mi cuello y saber que nunca me haría daño me excita— digo. —Me hace sentir segura.

No se mueve por unos momentos más, pero luego sus grandes dedos se envuelven alrededor de mi garganta.

—¿Cómo esto?

Su agarre es demasiado flojo, apenas allí. Me gustaría que fuera más duro.

—Te hice una pregunta, Ravi—, dice junto a mi oído.

—Lo necesito un poco más apretado. Por favor. — Jadeo, luego me muerdo el labio. —¿Crees que estoy loca por preguntar?—

—Nunca vuelvas a decir eso, Ravenna. — El agarre en mi cuello se vuelve más fuerte, haciéndome gemir. —¿Mejor?

Un agradable escalofrío recorre mi cuerpo. Asiento con la cabeza.

—Bien. Mientras no me pidas que te haga daño, te daré lo que quieras. Pero deberíamos tener algunas reglas. Si es demasiado y necesitas que te quite la mano, me lo dirás de inmediato.

—Bueno.

—Buena niña. — Besa la concha de mi oído y continúa su bombeo sin prisas.

Es tan grande que incluso con él yendo lentamente, todavía jadeo por aire con cada golpe. Su mano en mi cuello hace que la sensación sea más emocionante. Mis piernas tiemblan, amenazando con convertirse en gelatina, y necesito agarrarme a la estantería con todas mis fuerzas o correr el riesgo de perder el equilibrio. Cuando me llena por completo, cierro los ojos y una respiración tranquilizadora sale de mis pulmones. Alessandro se detiene, su mano derecha todavía en mi garganta, mientras que su otra mano se desliza hacia arriba y sobre mi cadera.

—¿Incómoda?— pregunta mientras aprieta suavemente mi costado.

—Solo un poco, — susurro. Es más intenso, que él me tome por detrás.

—Lo haré mejor.

Su mano se desliza hacia abajo, su largo dedo deslizándose entre mis pliegues. Rodea mi clítoris, sus movimientos pausados y controlados, mientras que su otra mano iguala las caricias en mi cuello. Mi respiración se acelera y, con cada respiración, la sensación de su polla hinchada dentro de mí aumenta.

Los roces circulares alrededor de mi clítoris se vuelven más rápidos, y cada golpe en mi centro es un poco más profundo. Sus dedos en mi cuello siguen un ritmo similar, y no puedo decidir en qué debo concentrarme. He perdido toda capacidad de pensamiento racional.

Alessandro mueve sus caderas, meciéndose lentamente dentro de mí. —¿Estamos bien?— No puedo responder porque me estoy ahogando en la sensación.

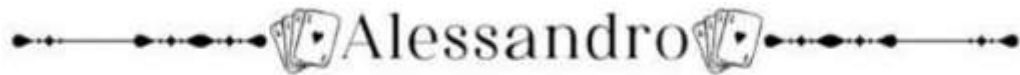
—¿Sigo?

—Dios, sí—, me atraganto. —Más.

Se desliza dentro de mí hasta el final, y estoy a punto de explotar.

—No debería sentirse tan bien—, dice con voz áspera junto a mi oído. —No puedo describir que increíble es estar enterrado en tu calor, escuchar tus gemidos, sentir tu pulso bajo mis dedos. No hay una sensación comparable a esa, y estoy perdiendo la cabeza por eso, Ravi.

Se retira y luego vuelve a entrar, pellizcando mi clítoris y apretando ligeramente mi garganta al mismo tiempo. Grito, y las estrellas estallan detrás de mis párpados cuando me corro. Manteniendo su mano alrededor de mi cuello, continúa bombeando mientras yo viajo en las corrientes de ingravidez.



Los brazos de Ravenna están envueltos alrededor de mi cuello mientras la llevo a través del vestíbulo hacia la escalera.

—La cámara de la puerta principal—, murmura en mi cuello.

—Solo cubre un radio de cinco pies alrededor de la entrada.

—¿Cómo lo sabes?

—Hackeé las transmisiones de vigilancia.

Ella se queda en silencio por unos momentos como si estuviera reflexionando sobre mi respuesta, y luego escucho una risa ahogada. —Pensé que era la caca de pájaro.

—¿Qué?

—Cuando te vi zigzagueando por el césped. Pensé que estabas tratando de evitar la caca de pájaro o algo así, pero debes haber estado tomando una ruta que te mantendrá fuera de las cámaras.

Mis labios se curvan hacia arriba. —Chica inteligente.

Al llegar al dormitorio de Ravenna, la llevo al interior del baño y la dejo junto a la ducha. La luz está apagada, así que acciono el interruptor de la pared, pero no pasa nada.

—Rocco disparó a la lámpara—, dice Ravenna, su voz suena inusualmente mansa.

Miro hacia el techo, luego escaneo el pequeño espacio hasta que mis ojos se enganchan en el pomo de latón pulido de la puerta abierta. Me toma un momento comprender que hay algo gravemente mal con el mecanismo de bloqueo. La parte exterior incluye el botón de giro, pero la manija interior no. Además, al pomo interior le falta un pequeño orificio que permite abrir la cerradura en caso de emergencia. Este conjunto no brinda privacidad ni seguridad, y ningún comerciante competente lo montaría en su lugar.

Mi cabeza se vuelve hacia Ravenna.

—El ascensor.

—Sí—, dice ella, mirando al suelo.

Cierro la distancia entre nosotros y tomo su rostro entre mis manos. Levantando la cabeza, me doy cuenta de que ha cerrado los ojos.

—Mírame.

Ella simplemente niega con la cabeza.

—Estoy tan avergonzada por dejar que él me convierta en esto. Su voz es tan pequeña cuando lo dice.

—Por favor mírame.

Los ojos de Ravenna se abren.

—Eres una maldita guerrera—, le digo. —Entraste en este campo de batalla sin cualquier arma, y luchaste contra un oponente mucho más fuerte con tus propias manos.

—Yo no peleé. Lo único que he estado haciendo es tratar de encontrar una manera de escapar.

—Eso es lo que haces cuando has sido capturado por un enemigo. Doblo mi cuello, nivelando mi cabeza con la de ella. —Eres una guerrera. Quiero oírte decirlo, Ravenna.

—Soy una guerrera—, murmura.

—Maldita sea, lo eres. Y nunca te atrevas a pensar lo contrario. — Cierro mi boca contra la de ella, sellando esa declaración.

Sus manos se cierran alrededor de mi cuello, acercándose más. Sin romper nuestro beso, la agarro por debajo del culo y la levanto para sentarla en el tocador del baño. Mi polla está tan dura que está a punto de estallar. La necesidad de estar dentro de ella de nuevo me está volviendo loco. No importa que la acabo de tener hace apenas diez minutos porque mi cuerpo anhela más.

Ravenna envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y agarra la parte de atrás de mi camiseta. Tratando de sacármela por la cabeza.

—Aquí no— digo en sus labios. No estamos haciendo nada en un lugar contaminado con malos recuerdos. La levanto del mostrador y la llevo al dormitorio.

Cuando llegamos a la cama, Ravenna desenreda sus piernas de alrededor de mi cintura y se para al borde de la cama. Su cabello es un completo desastre, mechones anudados y que sobresalen en diferentes direcciones. Lleva una camiseta blanca y unos pantalones cortos grises, que están al revés. No creo que se diera cuenta cuando se los volvió a poner. Me encanta verla así. Agarrando un puñado de mi camiseta, me la quito. Los ojos de Ravenna brillan al ver la tinta en mi pecho, y me doy cuenta de que nunca nos hemos visto desnudos. Tantas barreras entre nosotros, pero puedo derribar fácilmente esta. Rápidamente me despojo del resto de mi ropa y me paro frente a ella, dejando que sus ojos exploren su contenido.

La mirada de Ravenna se mueve lentamente por mi pecho y abdominales para detenerse en mi polla dura. Se muerde el labio inferior y lo atrapa entre los dientes mientras me mira a los ojos. Necesito todo mi autocontrol para no abalanzarme sobre ella inmediatamente. Alcanzando el dobladillo de su blusa, se la quita por la cabeza, revelando un sostén blanco de encaje acunando sus firmes senos, las areolas de color marrón oscuro visibles debajo de la intrincada tela.

—Necesito verlo todo— murmuro y deslizo mi mano detrás de su espalda para desabrochar su sostén, luego tomo la cintura de sus pantalones cortos y los deslice por sus piernas. Las bragas de encaje blanco son las siguientes, y me tomo mi tiempo

deslizándolas, centímetro a centímetro. Cuando la tengo completamente desnuda, doy un paso atrás y solo miro su perfección. Mi fantasía más profunda cobra vida. Mis ojos recorren su delicado cuello y sus deliciosos senos, luego su estrecha cintura y sus generosas caderas, hasta la punta de los dedos de los pies. Incluso sus pies son jodidamente perfectos.

—No puedes ser real. Coloco la punta de mi dedo en su clavícula, avanzando poco a poco en línea recta por su frente, y me detengo en su coño. —Contén la respiración.

Espero a que inhale, luego sumerjo dos dedos dentro de su coño. Ravenna gime y agarra

mi mano libre, guiándola hacia su garganta. Mis dedos acarician la suave piel de su cuello con un paso pausado que coincide con el ferviente masaje de su dulce coño. Su cuerpo tiembla bajo mi toque, sus afiladas uñas se clavan en la piel de mi antebrazo. Estoy bastante seguro de que mi polla explotará si no la meto pronto, pero alejo ese impulso. Esto es sobre ella.

—¿Todavía sueñas conmigo?— Pregunto y deslizo mis dedos aún más adentro.

—Sí. — Jadea mientras se muele en mi mano. —¿Y tú sueñas conmigo?

Deslizo mis dedos fuera de su coño y presiono mi pulgar sobre su clítoris. —Todas las malditas noches.

Ravenna jadea y se corre sobre mi mano.

Mi pulgar sigue acariciando su clítoris, prolongando su placer, mientras los temblores abruman su cuerpo. Solo una vez que su cuerpo se hunde, levanto mi mano de su coño y la levanto en mis

brazos. Desearía poder abrazarla para siempre, pero lentamente la dejo caer sobre la cama.

—¿Quieres saber un secreto?— Pregunto mientras cubro su cuerpo con el mío. Levantando su pierna por la parte posterior de su rodilla, la doblo y la doblo hacia un lado, y finalmente deslizo mi polla dentro de su calor líquido.

—Sí. — Ella agarra la cabecera por encima de su cabeza y engancha su otra pierna detrás de mi espalda.

Empiezo a golpearla, nuestras miradas se encuentran bloqueadas todo el tiempo, absorbiendo cada uno de sus jadeos y gemidos. Guardándolos para más tarde.

—Sueño contigo incluso cuando estoy despierto, Ravi.

Aplasto mis labios contra los de ella, empujándola hasta que me corro con un rugido y la lleno con mi semilla. Todavía estoy bajando de lo alto, con la cara enterrada en su cuello, cuando la escucho susurrar junto a mi oído.

—¿Me llevarás contigo cuando te vayas?

Un terremoto golpea dentro de mi mente, sacudiendo mi fortaleza metafórica. La idea me ha estado dando codazos durante días. Quiero llevarla conmigo. Podríamos correr a algún lugar lejano, a algún lugar donde nadie pudiera encontrarnos. Hasta que finalmente lo hagan.

No solo tendré que preocuparme por Kruger. Una vez que mate a Rocco Pisano y finalmente se sepa quién lo mató, mi nombre estará en lo más alto de la lista negra de la Cosa Nostra. Ajello no se detendrá hasta que me persiga. Si me llevo a Ravenna, ella también se convertirá en un objetivo.

Es ella o mi venganza. No puedo tener ambos. La elección que tengo ante mí es una espada de doble filo. ¿Puedo tirar todo por lo que he trabajado en los últimos ocho años? ¿Mi propósito en esta vida? ¿Las promesas que me hice a mí y a Natalie? ¿Puedo vivir con eso? Cierro los ojos e inhalo una bocanada del aroma de Ravenna. —No puedo.



Miro el techo sobre mi cama, siguiendo las pequeñas grietas que se extienden desde el lugar donde está unida la lámpara de araña. He pasado bastante tiempo mirando este techo y esta es la primera vez que noto el daño. Alessandro está acostado a mi lado, mirando al techo también.

—Sé que estás planeando matar a mi marido antes de irte—, le digo.

Si está sorprendido de que haya conectado los puntos, no se nota en su rostro. Sus características permanecen completamente estoicas.

—Lo hago—, dice. —El Don descubrirá rápidamente quién lo hizo y vendrá a hacerte preguntas. Cuéntale todo, excepto que sabías que iba a matar a Rocco.

—¿Crees que Ajello vendrá por ti?

—Sí.

Extiendo la mano y rozo su mejilla con la punta de mis dedos. —¿Qué hizo? ¿Por qué quieres matar a Rocco?

Alessandro se pone rígido y, durante varios minutos, no pronuncia una palabra.

—Fue un viernes por la mañana, hace poco más de ocho años—, dice finalmente. —Acababa de regresar de una misión y conduje solo una cuadra de mi casa camino a la sede. Podría haber ido directamente a casa e informar más tarde, pero no quería que mi esposa viera toda la sangre en mí.

Una sensación de hundimiento se apodera de mi estómago mientras miro su perfil. ¿Su esposa?

—Ella creía que yo trabajaba como guardia de seguridad, mientras que la verdad era que he estado matando gente para el gobierno—, continúa. —Es extraño cómo tratar de proteger a alguien que a veces puede hacer que lo maten. Si hubiera ido directamente a casa, probablemente todavía estaría viva. Esa fue mi última misión y planeábamos partir ese mismo día.

—¿Qué pasó?— Me ahogo.

—Un conductor ebrio, pasando casi el doble del límite de velocidad, pasó una luz roja. Simplemente la dejó herida en la calle y huyó de la escena. Gira la cabeza y me mira a los ojos. —Tu marido.

Su voz es baja y hosca, pero las palabras estallan en mi cabeza como si él las hubiese gritado. Mi mano en la mejilla de Alessandro comienza a temblar. Abro la boca para decir algo, pero no salen palabras. Lo único que puedo hacer es observar su rostro: líneas duras grabadas en granito.

—Pasé años buscando al hombre responsable. El padre de Rocco cubrió todo salió tan bien que solo descubrí el nombre del conductor hace unos meses.

Mueve un mechón de mi cabello que ha caído sobre mi rostro, dejando al descubierto mi cuello. —Tenía la intención de destruir la vida de Rocco Pisano, pieza por pieza, y el paso final antes de terminarla por completo, iba a hacer que mirara mientras mataba a su esposa.

Alessandro mantiene sus ojos fijos en los míos mientras mueve su mano hacia mi cuello, colocando la punta de su dedo justo debajo de mi oreja.

—Ojo por ojo—, susurra mientras desliza lentamente su dedo por mi garganta en línea recta, todo el camino hasta mi otra oreja. —Su esposa por la mía.

Nunca pensé que el silencio pudiera ser físicamente opresivo, pero cuando sus ojos se clavaron en los míos, puede sentir su peso presionándome por todos lados. La ausencia de sonidos es tan absoluta que es casi como si alguien silenciara una película.

El toque de Alessandro desaparece de mi cuello. Besa la yema de su dedo y luego lo presiona contra mi garganta, sobre el lugar donde pretendía cortarme la garganta. Se levanta de la cama y se pone los pantalones de chándal, dándome una vista de su espalda desnuda cubierta de tinta. La escena es espantosa: un montón de cráneos carbonizados envueltos en llamas, y encima de la pila, un hombre colgado de una cuerda, con la cabeza inclinada mientras llamas anaranjadas se elevan para lamerle las piernas. Encima de la imagen, escrita en sus omoplatos, en latín esta.

Oculum Pro Oculo

Ojo por ojo.

Parpadeo, tratando de evitar que las lágrimas caigan, pero se escapan de todos modos. ¿Cuántas veces al verme se ha acordado de lo que mi esposo le quitó? Tanto dolor y dolor.

No puedo creer que le pedí que me llevara con él. En algún lugar muy adentro, sabía su respuesta incluso antes de que la expresara, pero todavía esperaba que dijera que sí. Con mucho gusto lo seguiría a cualquier parte. Estoy tan desesperadamente enamorada de él que no importa si él me ama. Solo esperaba que eventualmente lo hiciera. Ahora, después de lo que acaba de decirme, sé que la esperanza es inútil. ¿Cómo podría amar a alguien que representa tanto de su desesperación?

Alessandro alcanza su camiseta tirada al pie de la cama, y cuando lo hace, una cuerda de cuero alrededor de su muñeca se suelta y cae al suelo. Noté ese brazalete el primer día que lo conocí y lo encontré inusual. No usa otras joyas. Recoge el cordón de cuero con un pequeño osito de peluche colgando. y se dirige a la puerta.

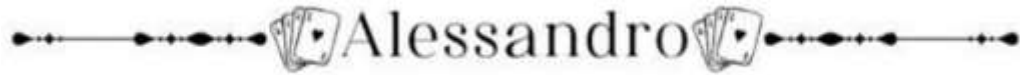
—¿Era de tu esposa?— Yo susurro.

Se detiene en el umbral y, por unos momentos, se queda allí de pie antes de responder.

—Sí.

La puerta se cierra tras él con un suave clic. Presiono mi mano sobre mi boca, desesperada por sofocar un sollozo, pero se me escapa a pesar de mis esfuerzos.

Capítulo 18



Apoyo mi espalda en el lado de la glorieta con una vista clara de la ventana del segundo piso. Es más, de medianoche, pero la luz de la habitación de Ravenna sigue encendida. No hemos hablado desde ayer por la mañana cuando le hablé de Natalie. La única comunicación que tuvimos fue un mensaje de texto que me envió hoy más temprano, preguntándome si podía llevarla a la casa de su madre, y otro después de que regresamos a la mansión, diciendo que no iría a ningún otro lugar por el resto de El día. Se sentó en la parte trasera del auto en ambos viajes.

Usé mi tiempo libre para ir al hospital y comprobar la seguridad, buscando formas de entrar en la habitación de Rocco Pisano. No hubo ninguna. Dos hombres están apostados fuera de la puerta durante todo el día. Todos los pasillos tienen cámaras, que son monitoreadas por una compañía externa con un cortafuego más sofisticado que yo podría descifrar, lo que me impide acceder a sus sistemas de red. Entrar para matar al hijo de puta no es posible.

La única manera de acabar con él es con un tiro a través de la ventana. Busqué en el edificio contiguo al hospital un lugar con vista directa a la habitación de Rocco y encontré uno en el último piso. Tiene el ángulo perfecto con la cama. Lo único que queda es tomar mi rifle y hacer la hazaña. Podría haberlo hecho hoy, pero

en lugar de completar mi misión, volví aquí para ver otra ventana. He estado de pie en las sombras, mirando la luz del dormitorio de Ravenna durante varias horas.

La extraño, extraño los pequeños toques, como cuando engancha su dedo meñique con mío. Su sutil burla. La sensación de tenerla entre mis brazos. Anoche, casi me derrumbé y fui a su dormitorio. Mi cuerpo se retorció, como si una corriente eléctrica fluyera a través de mí, todo por la necesidad de abrazarla, de inhalar su olor a talco, y sentir sus suaves mechones negros en mis manos. Me estaba volviendo loco y apenas logré contenerme.

La extraño, a pesar de que ella está allí.

Le dije que la odio. Varias veces. Pero la verdad es que no es a ella a quien odio. Creo que nunca lo hice de verdad. Me odio. Porque me he enamorado de ella.

El corazón del niño perdido y solitario que había sido amaba a Natalie, nuestros sentimientos arraigados en la necesidad compartida de sobrevivir como adolescentes sin hogar. Quería protegerla, y eso se transformó lentamente en cariño y luego en amor. Era el tipo de amor que comenzó como un pequeño arroyo en el bosque y gradualmente creció hasta convertirse en un río. Grande y firme mientras sigue su camino. Sensitivo. Natural.

Mis sentimientos por Ravenna Pisano no se parecen a un arroyo del bosque. Son una jodida cascada. Inesperado. Feroz. Pasión, deseo y hermosa locura. La anhelo más que un hombre condenado que quiere su próximo aliento. El corazón de un hombre que pasó por el infierno y regresó, el hombre que tengo convertido, está desesperadamente enamorado de una mujer a la que planeé matar. Las luces de la habitación de Ravenna se apagan, dejándola en la oscuridad.

Debería ir a buscar mi rifle, deshacerme de Rocco e irme. A estas alturas mañana podría estar en Europa, lejos de esta ciudad llena de malos recuerdos. Lejos de ella. Pero no me muevo, solo sigo mirando la ventana de Ravenna durante otra hora antes de empujarme y entrar en la mansión. En lugar de recuperar el arma escondida debajo de las tablas del piso de mi habitación, subo las escaleras.

Está completamente oscuro en el largo pasillo. Me acerco a la última puerta a la izquierda y alcanzo el pomo. Mi mano se detiene en la pieza de metal adornado, tan frío bajo mis dedos, pero aún me quema la carne. No debería estar aquí. Necesito dar la vuelta y marcharme. No es de extrañar que no me hablara después de todo lo que le dije ayer. ¿Qué diablos me pasa, confesando mis planes para matarla? Debe estar cagada de miedo. Al menos podría haberme saltado la parte de ser un asesino a sueldo, pero simplemente salió, como si mi subconsciente quisiera que ella lo supiera. Con Ravenna, tengo ganas de conseguir arrodillarme y poner todas las cosas horribles que he hecho delante de ella. Y eso me da un susto de muerte.

Esto tiene que parar. Estoy terminando esto antes de que salga el sol. Tardaré tres horas en recoger mis cosas, llegar al hospital y matar a Pisano. Para cuando alguien se dé cuenta de que está muerto, estaré fuera del país. Sí, haré eso.

Solo necesito echar un último vistazo a Ravenna.

Tan silenciosamente cómo puedo, giro la manija y entro a la habitación iluminada por la luna.

Ravenna está acostada en su cama, de espaldas a la puerta. Dormida.

Sólo un minuto o dos, me digo mientras me siento en el borde de la cama. *Observare un minuto y luego me iré.*



Siempre he encontrado esos pocos momentos antes de despertarme completamente como místicos. El límite entre el sueño y la realidad comienza como una línea borrosa, luego se vuelve más sólido a medida que las ficciones nocturnas se desvanecen y la conciencia se filtra.

Volví a soñar con él. Los pájaros cantaban mientras yacíamos tumbados en un campo de hierba suave bajo el sol caliente mientras pasaba sus dedos por mi cabello.

Mis ojos se abren lentamente, los párpados aún pesados por el sueño, y mi visión se enfoca en la vista a través de la puerta del balcón. Un gorrión salta a lo largo de la barandilla de hierro, cantando alegremente. Como en mi sueño. Y como en mi sueño, alguien está pasando sus dedos por mi cabello.

—Siento haberte despertado.

Cierro los ojos por un segundo y solo disfruto su toque. —Está bien.

—Y lamento mucho haberte asustado.

El colchón salta cuando Alessandro se levanta. Todavía está enfrentando la dirección opuesta así que no puedo verlo, pero puedo escuchar sus pasos mientras se aleja.

—Creo que nunca te he tenido miedo— susurro.

Sus pasos se silencian. —¿Incluso después de que confesé mi intención de matarte?

Me doy la vuelta en la cama y lo encuentro de pie en la puerta, de espaldas a mí.

—¿Recuerdas ese día en el ascensor? ¿Cuándo se atascó y se apagaron las luces?

—Sí.

—Jugaste ese juego de números conmigo porque sabías que estaba teniendo un ataque de pánico—, le digo.

—¿Entonces?

—Pasé meses atrapada con un hombre que encontró una gran satisfacción en torturarme, Alessandro. Tanto mental como físicamente. La tortura psicológica puede no dejar marcas visibles, pero las heridas que inflige son mucho peores. Lo inmovilizo con mi mirada. —Me odiabas por alguna razón. Entonces no supe por qué, pero lo vi en tus ojos. Podrías haberte quedado quieto y verme perder la cabeza. Y, aun así, no lo hiciste. Aunque me despreciabas.

Alessandro baja la cabeza y mira al suelo. —Me esforcé mucho en odiarte. Créeme, lo intenté. Al final, terminé odiándome a mí mismo.

Me duele el corazón, y siento la opresión en mi pecho. Este dolor es real, no un remanente en mi mente. Si la situación fuera diferente, habría intentado luchar por él. Pero no puedo luchar contra un fantasma. Está claro que amaba profundamente a su esposa. Y probablemente todavía lo hace. Ese amor lo sostuvo durante ocho años de planear su venganza. No puedo soportar la

idea de ser su premio de consolación. Tal vez, por otro hombre, podría haber vivido con eso. Pero no con Alejandro. Y no puedo soportar saber que se odiaría a sí mismo por estar conmigo.

Hay una pregunta que me ha estado carcomiendo desde que me habló de su esposa. Tenía demasiado miedo de la respuesta, pero no puedo soportar no saber más.

—¿Te imaginabas estar con ella, cuando estabas conmigo?—

Alessandro mira por encima del hombro y nuestros ojos se conectan.

—No.— sale de la habitación, cerrando la puerta detrás de él. Ese suave clic del pestillo se siente tan final.

Capítulo 19



Tomo un vaso de agua mineral que me entrega el mesero y sorbo, fingiendo prestar atención a lo que dice la mujer a mi lado. Es cuñada de uno de los ejecutores de la Cosa Nostra, pero no recuerdo cuál ni su nombre. No estoy segura de por qué vine a este brunch. Es una celebración de aniversario organizada por la Sra. Natello, y podría haberla saltado fácilmente. Pero vine, necesitando la distracción.

Si mantiene el trato que hizo con el chico del hospital, a Alessandro solo le quedan tres días para matar a Rocco y salir de la ciudad. Saber que mi esposo pronto morirá debería preocuparme. Sin embargo, no me importa un poco. Si hubo algún rastro de compasión por Rocco que él no pudo sacarme a golpes, se evaporó en el momento en que Alessandro me contó sobre su esposa y lo que mi esposo le hizo. Aun así, dejando de lado todas las cosas, la vida de un hombre está en duda.

Entonces, ¿eso me convierte en una mala persona por no importarme una mierda lo que le pase a Rocco ahora? Mis ojos recorren el solárium de la Sra. Natello, observando las vistas más allá de las paredes de paneles de vidrio que nos mantienen cómodamente calientes y lejos del paisaje helado del exterior. Apuesto a que, en el verano, la hierba verde ondulada se ve alegre desde este lugar. Ahora, el vacío del césped atrae mi atención

hacia la valla de hierro que rodea la propiedad y la franja de carretera del otro lado. El suelo está cubierto por una fina capa de nieve, y los cielos sombríos sobre mi cabeza coinciden con el estado de ánimo de mi corazón.

Me doy la vuelta y mi mirada cae sobre un grupo de hombres reunidos en la parte trasera de la sala. Alessandro y algunos otros guardaespaldas montan guardia. Como de costumbre, su postura es rígida pero sus ojos se mueven constantemente, evaluando la situación como un halcón. El resto de los hombres de seguridad están hablando entre ellos, sin prestar mucha atención a lo que les sucede a los invitados a la fiesta.

La Sra. Natello no es muy popular, por lo que esta reunión es un evento de bastante bajo nivel en lo que respecta a la jerarquía de la Cosa Nostra. No hay peces gordos presentes aquí. Son sobre todo los ejecutores y sus esposas, pero me he fijado en tres hombres que trabajan con Rocco de vez en cuando. No parecen hombres de negocios, sino más bien musculosos contratados. Cuando Rocco necesita que un problema se resuelva por su cuenta, sin que toda la familia de Nueva York, y especialmente el jefe, lo sepa, evita usar a los soldados de Don Ajello.

Este puede ser un evento insignificante, pero Alessandro está actuando como si estuviera en un campo de batalla, esperando que el enemigo salga a la superficie. No deja nada al azar. Yo amo eso de él. Se mantiene fiel a sus principios, y nada ni nadie hará que los rompa. Toda esa intensidad, ¿y si estuviera dirigida a mí? ¿Cómo se sentiría tenerlo como mío? No solo en cuerpo, sino también en su alma. Tal vez si nos hubiéramos conocido en otra vida, podría haber tenido una oportunidad. En esta, nos encontramos demasiado tarde. Su corazón ya fue tomado.

Levanto mi mano, pellizcando el puente de mi nariz. Comenzó a hormiguear como si mi psique estuviera tratando de decirme algo. ¿Es hoy el día en que se irá? Querido Dios, lo voy a extrañar mucho. Alessandro se gira y, por un breve momento, nuestras miradas se encuentran al otro lado de la habitación. He estado evitando el contacto visual con él desde que salió de mi habitación esta mañana. El dolor es demasiado grande para soportarlo. Como ahora, un dolor punzante se extiende por mi pecho mientras me pregunto si esta será la última mirada que compartimos.

La Sra. Natello se acerca y pregunta cómo nos gustaron los aperitivos. Lleva uno de los vestidos que compré el mes pasado y que mi mamá le vendió. El vestido vale cuatro mil dólares, pero la señora Natello solo le pagó la mitad a mi mamá.

—Ravenna, nunca te he visto con el pelo suelto, querida—, dice ella. —Qué sorpresa.

—Necesitaba un cambio. Me encojo de hombros.

Ella me da una sonrisa poco sincera y se inclina más cerca de mí. —Sabes, vi un increíble bolso pequeño de Chanel en su colección más nueva. Iría muy bien con mi abrigo nuevo. La miro, concentrándome en la pequeña y superficial sonrisa que se dibuja en sus labios. ¿Cuántas veces mi madre le ha vendido la ropa que he comprado? Ella sabe que he estado comprando esa ropa, y nunca preguntó por qué la esposa de un capo recurriría a obtener dinero de esa manera. A veces pienso que los espectadores son peores que los verdugos.

—Estoy seguro de que lo haría. Termino mi agua y coloco el vaso en la mesa auxiliar detrás de mí. —Se acercan las rebajas navideñas, no te las pierdas.

Ofreciéndole una sonrisa igualmente falsa, me dirijo a través de la terraza acristalada. La cantidad de dinero que necesitaba para huir de Rocco había sido astronómica, pero sin él, tengo más que suficiente. Voy a esperar hasta que todo se calme, luego llevaré a mi mamá y a Vitto a algún lugar donde la Cosa Nostra no tenga influencia. No me arriesgaré a que mi hermano caiga en sus manos.

Encuentro un lugar menos concurrido al otro lado de la terraza acristalada, más allá de las mesas con comida y las áreas para sentarse donde la mayoría de los invitados se han congregado, pero Pietro me ve y comienza a venir en mi dirección. Venir a este brunch fue un error. No estoy de humor para socializar, pero cualquier cosa se siente mejor que quedarme en mi habitación. Estar allí me hizo pensar en todo lo que me dijo Alessandro. Sus palabras se repetían en mi mente, una y otra vez. Y en medio del caleidoscopio de todo lo que pasó entre nosotros, un pensamiento siguió empujando. Él estaba conmigo cuando hicimos el amor.



Es él otra vez.

Empuño las manos y me obligo a dejar de mirar a Ravenna y Pietro hablando en el otro extremo de la mesa del buffet. Imposible. Es como si mis ojos se sintieran atraídos hacia ellos por energía magnética y nada pudiera apartar la mirada.

Su conversación parece amistosa. Pietro es uno de esos tipos que siempre hace las cosas al pie de la letra, por lo que nunca coquetearía con una mujer casada. Pero he visto la forma en que mira a Ravenna. En el momento en que ella esté libre, él hará su movimiento y no estaré allí para detenerlo. Mis uñas se clavan en mis palmas mientras mis puños se aprietan aún más. Por todas las cuentas, debería estar contento por ella. Ese hijo de puta culto y recto sería un buen partido para ella. Ravenna sería feliz con él. Pietro puede ser un cabrón sofisticado y tenso, pero es más que capaz de mantenerla a salvo. Todavía... Me duelen las manos y la rabia brota dentro de mi pecho.

¡Ella es mía! ¡Nadie debería poder mantenerla a salvo excepto yo!

Respiro hondo y empiezo a contar hasta diez. Mi decisión ha sido tomada. Tuve que decidir entre mi voto de venganza y ella, y elegí lo primero. Necesito dejar ir a Ravenna. Pietro coloca su mano en la parte baja de la espalda de Ravenna, y mi autocontrol se evapora. Atravieso la habitación y me detengo justo detrás de Ravenna. Estoy tan cerca que su culo roza mis muslos.

—Muévete— mascullo, mirando a Pietro.

Inclina la cabeza hacia arriba y levanta una ceja. —Oh. El perro guardián de Rocco. Me preguntaba dónde estabas—

Inclino mi cabeza para estar más cerca de su nivel. —Dije, muévete.

Pequeños dedos toman mi mano y la aprietan ligeramente.

—Fue un placer verte, Pietro. Saluda a tu hermana de mi parte. — Ravenna me aprieta de nuevo, y luego quita rápidamente su mano de la mía. —Alessandro, ¿puedes acompañarme al baño de damas?

Sigo a Ravenna a través de las puertas francesas que se abren al interior de la Casa principal. Entramos en una habitación cuyas paredes están cubiertas de retratos de perros y ancianos vestidos con ropa grotesca. Ravenna pasa junto a una pareja que está discutiendo cerca del reloj de pared y entra en un amplio pasillo que conduce al interior de la casa. A mitad de camino, se detiene y se vuelve hacia a mí.

—¿Qué diablos fue eso?— ella susurra/grita.

Aprieto los dientes. —Solo estoy haciendo mi trabajo.

—No creo que sea necesario que sigas haciéndolo, Alessandro. Y ambos sabemos muy bien por qué.

—Sí, supongo que lo hacemos. — Extiendo la mano y rozo su mejilla con el dorso de mi mano.

Lleva un maquillaje mínimo hoy, solo un poco de sombra de ojos. Su vestido de seda es del mismo verde esmeralda que sus ojos. No creo que alguna vez pueda ver ese color y no recordarla. Ravenna inclina la cabeza hacia un lado, apoyándose en mi toque, y envuelve sus dedos alrededor de mi muñeca.

—¿Cuándo te vas?

—Esta noche.

Ella asiente y una lágrima se desliza por su mejilla, disolviéndose cuando se conecta con mi pulgar. —Cuídate, Alessandro. — Ella da un paso a mi alrededor, dirigiéndose de nuevo por el pasillo.

Cierro los ojos, luego me doy la vuelta y envuelvo mis brazos alrededor de ella por detrás. Su olor entra en mi nariz, y me inclino, enterrando mi rostro en su cabello. La música y el parloteo

en el solárium se pueden escuchar desde aquí, pero bloqueo el ruido y me concentro en la sensación de tenerla en mis brazos.

La mano de Ravenna se desliza entre nuestros cuerpos y presiona mi polla dolorosamente dura. Podría condicionar mi mente para resistirla, pero mi cuerpo nunca lo hará. Cada vez que está cerca, mi polla anhela poseerla. La acerco más a mí e inhalo de nuevo.

—¿Hay un antídoto para esto?— Pregunto mientras deslizo mis palmas por el frente. de sus muslos y luego hacia arriba, tirando de la tela sedosa hasta su cintura.

—¿Para qué?

—Tú, Ravi.

Un pequeño gemido sale de sus labios cuando jalo su tanga de encaje a un lado y ahueco su coño en mi palma. Empapado. Acaricio sus pliegues, deslizando mi dedo dentro de su calor, luego saco mi mano y la llevo a mi boca y nariz.

Todo en ti huele a jodida ambrosía. Me chupo los dedos.

En el instante en que la saboreo en mis labios, lo último de mi autocontrol se desvanece. Necesito tenerla una vez más o voy a perder la cabeza.

—Dime que me vaya. Vuelvo a bajar la mano y, esta vez, deslizo mi dedo en lo más profundo de su coño. —Solo una palabra, Ravi, y quitaré mi mano.

Ravenna gime y ensancha sus muslos mientras un escalofrío recorre su cuerpo. Agarra la manija de la puerta a nuestra izquierda y la abre. La habitación más allá del umbral parece un estudio. Estanterías, dos sillones reclinables frente a ellos, y junto a la pared del fondo, un escritorio con algunos papeles encima.

Manteniendo mi mano presionada contra el coño de Ravenna, aprieto su cintura y la llevo dentro de la habitación.



Este maldito vestido tiene una cremallera en la espalda.

Me estiro detrás, tratando de agarrar la lengüeta cuando los dedos de Alessandro envuelven mi mano, alejándola. Un beso aterriza en mi hombro desnudo, enviando pequeños escalofríos a través de mi cuerpo. Sin levantar los labios de mi piel desnuda, toma la cremallera y la desliza lentamente hacia abajo, hasta mi trasero.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa que adorna este ¿tierra?— susurra mientras la tela sedosa cae en cascada por mis piernas.

—No—, exhalo y cierro los ojos.

—Lo eres. — Engancha su dedo en el hilo de mi tanga, sacándolo, mientras su otra mano acaricia mi trasero. —Y quiero comerte viva.

Un pequeño grito sale de mis labios cuando me toma en sus brazos y me lleva a través de la habitación. Los papeles crujen debajo de mi culo desnudo cuando me deposita sobre el escritorio y aplasta su boca contra la mía, chupando mi lengua como si realmente tuviera la intención de comerme. Alcanzo la cremallera de sus pantalones, pero mis manos están temblando, y me toma algunos intentos abrirla y liberar su pene.

—Piernas alrededor de mi cintura—, dice Alessandro con voz áspera mientras pasa sus dedos por mi cabello.

Cierro mis piernas detrás de su espalda y muevo mi trasero hacia adelante, justo al borde del escritorio.

—Ahora, respira hondo—, dice mientras la punta de su polla presiona mi entrada. —Lentamente, Ravenna.

Es casi imposible aspirar lentamente en el aire cuando siento que voy a explotar, pero lo logro. Mientras inhalo lentamente, desliza su polla dentro de mí, centímetro a centímetro. Se siente como si lo estuviera respirando en mi cuerpo, y la sensación casi me lleva al límite. Solo cuando está completamente dentro, exhalo y, por un momento, solo lo miro a los ojos.

No puedo creer que estemos haciendo esto aquí. No hay cerradura en la puerta, así que cualquiera puede entrar y vernos. Yo, una mujer casada, siendo follada por su guardaespaldas mientras su esposo está en el hospital. El pánico se eleva dentro de mí. Agarro la muñeca de Alessandro y rápidamente muevo su mano a mi garganta. Mientras sus fuertes dedos se envuelven alrededor de mi cuello, el pánico retrocede.

—No quites tu mano, —susurro.

Alessandro asiente y cierra sus labios contra los míos. Su lengua folla mi boca, duro y rápido, luego lento, pero todavía exigente, hasta que se aparta, sin aliento.

—Cualquier cosa que necesites, Ravi.

Se desliza lentamente solo para empujarme de nuevo, su polla estirando mí ya palpitante coño. Se siente tan bien. Libertador. Mis ojos se chamuscan a través de los suyos mientras se balancea dentro de mí, necesitando grabar su rostro en mi memoria. Me

mira con la misma intensidad mientras nuestras respiraciones se mezclan y, de repente, me invade la

necesidad de llorar. Este es un adiós.

—Huyamos—, susurro, mi voz tiembla, —Iremos directamente a tu auto y nos iremos, dejando todo atrás.

Alessandro aprieta la mandíbula, una expresión de dolor cruza su rostro. Sé lo que le estoy pidiendo. Hay tanta confusión en sus profundidades mientras aumenta sus embestidas, martillándome como un loco. Por favor, elígeme, suplico en mi cabeza.

—No puedo. — Su voz sale quebrada mientras lo dice.

Cerrando el mundo junto con mi vista, mis dedos se deslizan sobre su cabello corto. A medida que aumenta la presión dentro de mi núcleo, mi cuerpo comienza a temblar. Placer y dolor. Parece que uno no puede existir sin el otro.

—Ravenna.

Mi cuerpo se regocija mientras mi alma llora, todo mientras Alessandro me folla sin sentido. Estoy temblando tanto que apenas puedo mantener mis piernas enganchadas detrás de su espalda.

—Ravenna, mírame.

Giro la cabeza y trato de agarrar su cabello demasiado corto. En el mejor de los casos, mis uñas raspan sobre su cuero cabelludo.

—Más duro. Por favor.

Se retira y, con su siguiente embestida, me envía por el borde y se une a mí en caída libre.

Gimo mientras monto en lo alto, mi respiración es rápida y pesada. Los labios de Alessandro encuentran los míos, reclamándolos, tal como él me reclamó con su semilla, llenándome hasta el borde. No quiero que el mundo regrese, así que me dejo arder en el calor de sus brazos un rato más.

—¿Ravi?

Muerdo el interior de mi mejilla y me obligo a mirarlo a los ojos. Cada toque que compartimos se convierte en un cuchillo en mi pecho, prolongando esta agonía. No puedo hacer esto más. Me está matando por dentro.

Me recompongo y suplico: —¿Puedo pedirte que hagas algo por mí?

Inclina la cabeza hacia un lado y me acaricia la mejilla con la mano. —Cualquier cosa. Tú lo sabes.

Sí. Cualquier cosa, excepto elegirme.

—Necesito que te vayas ahora, Alessandro. Sus dedos todavía en mi cara.

—Me vestiré y volveré a la fiesta—, digo, deseando que mi voz no temblase. —Le pediré a alguien que me lleve a casa en la próxima hora. ¿Será tiempo suficiente para que recojas tus cosas de la mansión?

Deja caer la cabeza, apoyando su frente en la mía. —Sí.

—Está bien—, me atraganto.

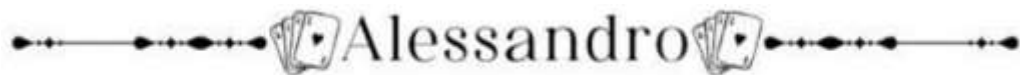
Alessandro no se mueve, solo continúa acariciando mi mejilla con su pulgar, mirándome en silencio. Ese silencio se cierra con risas fuera de la habitación, probablemente algunos invitados que se dirigen al baño. Existe la posibilidad de que entren aquí, pero

no puedo hacer que me importe. Levanto mi mano y envuelvo mis dedos alrededor de la muñeca de Alessandro, quitando su mano de mi cuello.

—Te amo, Alessandro— susurro. —Por favor cuídate.

Cierra los ojos por un segundo, luego da un paso atrás. Su mano se aparta de mi cara. Lo observo mientras se sube la cremallera, luego se gira y sale de la habitación. En la puerta, se detiene, y mi corazón da un brinco cuando una ligera esperanza se enciende dentro de mí.

—Lo siento, Ravenna—, dice, aplastando esa brasa hasta convertirla en ceniza. Sale, sin molestarse en mirar atrás.



Miro el solárium a través del parabrisas de mi SUV, buscando el vestido verde entre la pequeña multitud de personas que se arremolinan. Ya encendí mi auto tres veces, solo para apagar el encendido momentos después. Ella me dijo que me ama. Casi me mata dejarla allí después de escuchar esas palabras. No tiene que ser así. Félix puede encontrar fácilmente a un asesino a sueldo que pueda manejar a Pisano, y nadie podría relacionar su muerte conmigo. Puedo llamarlo ahora mismo, luego regresar a la fiesta y llevarme a Ravenna conmigo.

Pero la bestia que ha roído mi alma estos últimos ocho años hunde sus dientes más profundamente en mi carne, exigiendo que yo mismo lleve a cabo la sentencia de muerte de Rocco. Anhela la

sangre que le prometí hace tanto tiempo, y no tolerará una sustitución.

He aceptado mi destino, pero no puedo obligarme a irme. Aún no. Necesito asegurarme de que Ravenna llegue a casa sana y salva, y solo entonces dejaré que la bestia obtenga su merecido.

Me llega el rugido de un vehículo que se aproxima, haciéndose más fuerte a medida que se acerca. No es un coche, el ruido del escape es áspero y demasiado agudo. Miro hacia el otro extremo del camino de entrada, donde una gran motocicleta negra se detiene.

Saco mi arma de la pistolera, salgo del auto y me apresuro a cruzar camino de entrada mientras la nieve cruje bajo las plantas de mis pies.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Ladro cuando me detengo frente al motociclista.

Drago Popov levanta la visera de su casco y me fija con su mirada. —Ajustando las cuentas.

—Teníamos un trato. — Levanto mi arma y apunto a su cara. —Déjalo. Ahora.

—Nuestro trato, Zanetti, solo se aplica a Rocco Pisano. No a los otros que estuvieron involucrados en matar a mis hombres. Y mi inteligencia dice que tres de ellos están adentro en este momento.

Varias motos más se acercan a gran velocidad por detrás. me doy la vuelta, mis ojos saltan hacia el solárium donde los invitados todavía están tomando bebidas. En el camino más allá de la cerca de hierro que rodea la casa, dos motocicletas se detienen. Un presentimiento surge dentro de mí, luego se transforma en un

pánico que me detiene el corazón. Ya estoy corriendo por el camino de entrada cuando los motociclistas sacan sus armas y comienzan a disparar a través de las paredes de vidrio.

La gente grita, sus lamentos se mezclan con el sonido de los disparos. En mi mente, sin embargo, todo se convierte en un solo zumbido estridente. Taladra directamente en mi cerebro, hasta el punto de que parece que mi cabeza explotará. Cuando llego a las paredes destrozadas de la terraza acristalada, los disparos han cesado y son reemplazados por el estruendo de las motos que se alejan a toda velocidad. El aire está lleno de gritos y gritos.

¡Pedazos de vidrio están por todas partes; mesas y sillas yacen volcadas en todo el espacio. Los cuerpos de dos hombres están en el suelo, charcos de sangre gemelos rodeándolos a ambos. Reconozco a estos tipos de inmediato como pistoleros a sueldo que vi con Rocco en una ocasión. Otro matón está tirado en la mesa del buffet. Escaneo frenéticamente a los invitados acurrucados en el suelo detrás de la mesa volcada. ¡Hay al menos treinta mujeres aquí, pero no puedo verla!

Vestido blanco. Rosa. Negro. Negro de nuevo. Amarillo. Pero no verde. ¿Dónde está ella? Comienzo a correr, pasando por encima de las manos, los pies y las piernas de la gente. Me importa un carajo. Un hombre se me acerca, tirando de mi brazo. Lo agarro por la parte delantera de su chaqueta, lo lanzo sobre uno de los asientos verticales y continúo con mi búsqueda maníaca. Rojo. Negro. Oro. Me detengo en medio de la habitación tratando de calmarme. Y fallando

—¡Rávena!— Rujo a todo pulmón.

El ruido de fondo de lamentos y gritos histéricos llega a un alto abrupto, y docenas de ojos se vuelven para mirarme. En el

otro lado de la habitación, una cabeza parcialmente oculta de cabello negro enredado asoma su rostro desde detrás de una mesa que descansa de lado.

—Estoy bien—, dice Ravenna y se pone de pie.

Jesús jodido Cristo. Parece ilesa, pero necesito asegurarme. Corro hacia ella, sin importarme la gente en mi camino. En el instante en que llego a Ravenna, la agarro por debajo de los brazos, levantándola sobre la mesa para ponerla frente a mí. Cuando sus pies tocan el suelo, paso mis palmas por sus brazos y su frente, luego la doy la vuelta, examinando su espalda.

—Alessandro—, murmura.

—¿Te golpeó alguno de los vidrios?— Pregunto mientras estoy escaneando la parte de atrás de ella —Déjame ver tus piernas.

—Estoy bien.

Ella gira para mirarme y me arrodillo, recorriendo sus espinillas con mis manos. Solo después de que la haya examinado por completo podré respirar. Levanto su pie izquierdo y le quito el tacón negro brillante. Tal vez un fragmento se ha metido dentro.

—No hay nada en mi zapato, Alessandro.

Sacudo la cabeza y me muevo hacia su otro tacón, quitándoselo también, luego deslizo mi palma sobre su suela. Cuando termino con mi inspección, y el hecho de que ella está ilesa finalmente penetra en mi cerebro, mis manos comienzan a temblar. Me invade una sensación extraña, una tormenta de emociones diferentes. Se siente como si alguien acabara de vaciar un cargador lleno de balas de alto calibre directamente en mi pecho. El miedo y la ira. Alivio. Culpa.

Las paredes de mi fortaleza de piedra tiemblan como nunca antes, el estruendoso sonido llena mi mente. Ella podría haber muerto. El trueno resuena, el sonido es tan poderoso que estoy convencido de que puedo sentir sus vibraciones en mis huesos. Podría haberla perdido.

Me imagino a Ravenna, su cuerpo cubierto de sangre tirado sobre fragmentos de vidrio en el piso. Si no estuviera ya de rodillas, estoy seguro de que lo estaría ahora. La bestia sedienta de sangre que anhela venganza grita de angustia, retrayendo sus garras mientras el agarre de ocho años se desliza. Lo que queda de mi fortaleza de venganza se estremece, las piedras que alguna vez fueron poderosas se desmoronan antes de finalmente explotar en una nube de polvo fino.

—¿Alessandro?— La mano de Ravenna aterrizó en mi hombro, apretándolo ligeramente.

Envuelvo mis brazos alrededor de sus piernas y apoyo mi frente en su cintura, acercándola a mí. La próxima vez que ponga mis ojos en ese hijo de puta de Popov, voy a aniquilarlo.

Los sonidos de llanto y gemidos a nuestro alrededor finalmente se registran en mí. Junto con el sufrimiento, capto los murmullos bajos del nombre de Ravenna junto con el mío. No han pasado más de cinco minutos desde que alguien les disparó, y la gente ya comenzó a chismear. Todos pueden irse al infierno.

Siento un toque en mi mejilla mientras Ravenna toma mi rostro entre sus palmas. He inclino mi cabeza hacia arriba.

—Pensé que habías dicho que te ibas.

—Sí. Hasta que escuché esos disparos e imaginé que uno la golpeaba. Me la llevaré conmigo, y si asegurarme de que está a

salvo significa que tengo que dejar que alguien más mate a Rocco Pisano, que así sea.

—Lo haremos. — Me levanto y la tomo en mis brazos, presionando mi boca contra la suya.

Los brazos de Ravenna se cierran con fuerza alrededor de mi cuello mientras devuelve mi frenético beso, compartiendo mi aire. La aprieto aún más fuerte contra mi pecho. Los jadeos y los gritos resuenan a nuestro alrededor, pero los ignoro por completo. Solo me concentró en Ravenna en mis brazos.

—Te amo, Ravi—, le digo en sus labios. —Lamento que me tomó tanto tiempo volver a mis sentidos. Si quieres que me arrodille frente a ti aquí y te pida perdón, lo haré. Solo por favor, ven conmigo.

—Siempre. — Ella aprieta su agarre alrededor de mi cuello. —Y en cualquier lugar.

La beso de nuevo, girando hacia el camino de entrada. Las personas con expresiones de asombro en sus rostros nos observan mientras navego entre los muebles dispersos y el vidrio, a través de las paredes destrozadas del solárium hasta mi automóvil estacionado en la entrada. Todos están sacudiendo la cabeza y murmurando entre ellos, pero me importa un carajo.



Cuando llegamos a su auto, Alessandro me coloca en el asiento del pasajero y se quita la chaqueta del traje, poniéndola sobre mis hombros.

—Deberíamos haber tomado tu abrigo. Ajusta los lados de la chaqueta para que cubran mi pecho. Parece como si estuviera obsesionado con mantenerme caliente.

—Estoy bien. — Extiendo la mano y acaricio suavemente su mejilla.

Alessandro asiente y luego camina alrededor del capó, colocándose detrás del volante, pero en lugar de encender el auto, se inclina hacia adelante y toma mi rostro con la palma de su mano.

—¿Estás segura de esto, Ravi?

Sus ojos buscan los míos como si estuviera esperando que refute mi convicción anterior. Sé que necesita matar a Rocco, y no me importa cuánta gente nos persiga cuando lo haga. Iría con él hasta los confines de la tierra.

—Sí—, respiro.

La intensa atención de Alessandro no me deja mientras alcanza su teléfono y marca a alguien.

—Félix—, dice cuando se conecta la llamada. —Necesito un asesino a sueldo. El objetivo está en un hospital en Nueva York. Está fuertemente custodiado, por lo que debe solucionarse con un disparo de francotirador a través de una ventana. Te mando las coordenadas y un boceto de la ubicación del lugar adecuado que encontré. Tiene una línea de visión directa a la marca.

—¿Me estás jodiendo, Az?— una voz gruñona grita al otro lado.

—La última vez que lo comprobé, eres un maldito asesino a sueldo con competencia en rifles de largo alcance, y ya estás allí.

Alessandro toma mi barbilla entre sus dedos y se inclina hacia adelante, presionando sus labios contra los míos.

—Si lo hago yo mismo, alguien a quien amo estará en peligro—, dice en mis labios.

Mi corazón deja de latir. Levanto mi mano temblorosa y la coloco en la mejilla de Alessandro.

—¿Qué pasó con tu plan?— Pregunto. —Has pasado años conspirando para llevar tu venganza. Estoy seguro de que soñaste con hacerlo personalmente.

—Lo hice. Pero ahora tengo otros sueños. Arroja el teléfono al tablero.

El hombre al otro lado de la línea sigue hablando, pero Alessandro continúa: —Y todos ellos giran en torno a ti, Ravi. No me arriesgaré a ponerte en peligro haciendo que Ajello me persiga. Ninguna represalia vale eso.

Una lágrima escapa de mis ojos, pero esta vez es una lágrima de felicidad, no de tristeza. Sé lo que significa su venganza para él, y ahora lo está dejando pasar.

—Hubiera venido contigo a pesar de todo— susurro.

—Nunca hubiera permitido eso. Lo que siento por ti es más grande que cualquier cosa que haya sentido antes, Ravenna. Es como un hermoso incendio que me consume, iluminando una oscuridad que se ha enconado en mi alma durante tanto tiempo. Y quiero quedarme en esta luz para siempre si me dejas.

Trago saliva y asiento.

—Te llevaré de vuelta a la mansión. Empacarás tus cosas. Solo esenciales Y llamarás a tu mamá y le pedirás que haga lo mismo.

—¿Vamos a llevar a mi madre y a Vitto con nosotros?

—Sí. Todos nos iremos esta noche. Necesito deshacerme de algunas cosas antes de que podamos irnos, y me llevará unas horas.

—Bueno.

La mano de Alessandro se aparta de mi cara y enciende el auto. Cuando sale del camino de entrada, mira mis manos entrelazadas en mi regazo, luego coloca su palma en mi muslo y engancha su dedo meñique con el mío. Estamos a medio camino de la mansión cuando Alessandro da un giro, en dirección norte. No comento el cambio de dirección, pero sigo mirando su perfil mientras acaricio su palma con la punta de mi dedo.

Un poco más de media hora después, gira a la izquierda y se dirige por la calle que conduce a un cementerio. Atravesamos las puertas y él estaciona la camioneta junto a la acera en una sección de parcelas y se vuelve hacia mí.

—Necesito hacer una parada rápida. Levanta mi mano a su boca y coloca un beso en el medio de mi palma. —¿Quieres venir conmigo?—

—Sí. Pero solo si tú quieres que lo haga— digo en voz baja.
—Sí. — Él asiente.

Salimos del coche y Alessandro me toma de la mano y me lleva por el ancho camino de grava que atraviesa el cementerio. Miro hacia abajo a nuestros dedos entrelazados, sintiéndome un poco nerviosa por lo que estoy segura que estamos a punto de enfrentar. Ninguno de los dos dice una palabra mientras seguimos algunos senderos estrechos hasta llegar a la lápida de mármol blanco. Junto a ella hay un abedul joven, sus ramas delgadas y desnudas aumentan el dolor en este lugar. Observo su tronco

blanco, sin atreverme a mirar directamente a Alessandro por miedo a ver el arrepentimiento en su rostro. Pero todavía puedo verlo por el rabillo del ojo mientras extiende su mano libre y acaricia la superficie de la piedra.

El agarre de mi mano se afloja y sus dedos se deslizan de los míos. Cierro los ojos por un momento, tomando una respiración profunda. ¿Qué veré cuando los abra? ¿Me dirá que ha cambiado de opinión? Me armo de valor y levanto los párpados para enfrentar la verdad.

Alessandro está de pie junto a mí, deshaciendo el nudo de la cuerda de cuero alrededor de su muñeca izquierda. Una vez terminado, coloca la cuerda con el dije del oso de peluche encima de la lápida y vuelve a tomar mi mano.

—Adiós, Natalie—, dice con voz áspera, luego se inclina y deja un beso en la parte superior de mi cabeza. —Vamos bebé.



Los dígitos en el reloj de la cómoda cambian a las diez y media, reflejándose en el cristal y manteniendo fuera la noche.

Hay una pequeña mochila en el suelo, apenas medio llena. No quiero llevarme nada comprado con el dinero de mi esposo, así que solo empaqué un par de pantalones, algunas blusas y algo de ropa interior. Rocco tiró todo lo demás que traje conmigo a esta casa. Como no tengo una chaqueta propia, solo los abrigos caros elegidos por Rocco, me puse la chaqueta del traje de Alessandro.

Cuando escucho el sonido de pasos en el pasillo, salto de la cama y tomo mi teléfono y mi mochila, luego salgo corriendo por la puerta. El pasillo está oscuro, la única luz proviene del

candelabro sobre el rellano de la escalera al final, su resplandor ilumina la figura unos pasos delante de mí.

El bolso y el teléfono se deslizan de mi mano, cayendo al suelo con un ruido sordo mientras el pánico explota en mi pecho.

—¿Vas a algún lado, bellísima?

Me congelo, incapaz de moverme como si alguien me hubiera pegado los pies al suelo. Ni siquiera puedo hablar.

—Recibí una llamada antes. Rocco da un paso adelante. —Se trataba de una fiesta de brunch en la que aparentemente mi esposa estaba besando a su guardaespaldas. Eso no puede ser cierto, ¿verdad?

No puedo obligar a las palabras a salir de mi boca, lo único que puedo hacer es quedarme de pie. ahí y mirarlo fijamente mientras el terror inunda mi cuerpo. Rocco balancea su brazo, golpeándome la cara con tanta fuerza que termino golpeándome contra la pared.

—¡Maldita puta!— Rocco ruge y envuelve su mano izquierda alrededor de mi cuello. —¡Voy a matarte, carajo! ¡Y luego, voy a encontrar a ese hijo de puta mentiroso y lo desollaré vivo!

—Él se fue. Y él no va a volver— me atraganto mientras finalmente salgo de mi estupor y agarro su muñeca, tratando de quitar su mano, pero fallo. No puedes pelear conmigo con fuerza. La voz de Alessandro dice en mi cabeza.

Me muevo y agacho mi cabeza debajo del brazo de Rocco, girando todo mi cuerpo en un movimiento rápido. Él pierde su agarre, sus dedos se deslizan de mi garganta, y corro. Mi dormitorio está cerca, así que entro corriendo y lanzo mi peso contra la puerta, tratando de cerrarla. Pero Rocco me pisa los

talones y lo abre de una patada. Me empuja con fuerza hacia atrás y casi pierdo el equilibrio en el proceso. Sin otro lugar adónde ir, me doy la vuelta para correr hacia el baño, pero el dolor me atraviesa la cabeza cuando me tiran violentamente por detrás. Grito.

—Me encanta cuando tratas de pelear, perra. Rocco se ríe mientras tira de mi cabello.

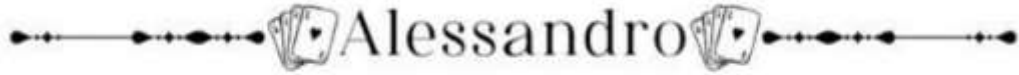
Levantando mis manos, agarro su puño en mi cabello. Su agarre duele tanto que las lágrimas brotan de mis ojos, pero me obligo a doblar y rotar mi cuerpo de la forma en que Alessandro me mostró. Rocco grita mientras su muñeca se tuerce, pero mantiene su agarre en mi cabello. Incluso con una sola mano, su tamaño y fuerza están aplastando mis intentos de escapar.

Tienes que ir contra los puntos débiles.

Miro la mano derecha de Rocco, agradecida de que al menos no tengo que preocuparme. sobre un golpe mientras tira de mi cabello. Su mano lesionada todavía está fuertemente envuelta en una gruesa capa de vendajes, y la mantiene alejada de su cuerpo, protegiéndola. Lo golpeo con mi antebrazo, poniendo tanta fuerza en mi golpe como puedo. Rocco aúlla, soltándome el cabello y agarra su mano herida contra su pecho, casi cayendo hacia adelante mientras lo hace.

Correr. necesito correr al baño, pero es un callejón sin salida, y no tiene cerradura para mantenerlo fuera. En vez de eso, me doy la vuelta y rodeo a Rocco que grita, luego salgo corriendo de mi habitación. En el pasillo, tomo mi teléfono y mi mochila y corro hacia las escaleras.

Capítulo 20



La puta puerta trasera no se cierra.

La levanto de nuevo y muevo los botes de combustible a un lado para poder reorganizar la bolsa negra para cadáveres que contiene el regalo de Félix. Uno de sus muchachos lo entregó la semana pasada y me ayudó a guardarlo en el refrigerador en la parte trasera de la unidad de almacenamiento. Ya no me sirve, y tendremos que hacer una parada en algún lugar apartado donde pueda quemarlo. Ya he limpiado mi apartamento de todo lo que pueda conectar mi pasado con Rocco Pisano. Cuando la gente se dé cuenta de que Ravenna y yo nos fuimos, y su esposo aparece muerto poco después, no quiero que nadie establezca ningún vínculo entre los dos eventos. Las posibilidades de que la Cosa Nostra pueda rastrear al asesino a sueldo que contrató Félix son escasas o nulas, pero no voy a dejar cabos sueltos.

La compuerta levadiza finalmente se bloquea en su lugar. Echo otro vistazo alrededor del vacío en la unidad de almacenamiento para asegurarme de que no me he perdido nada, luego meto la mano en el bolsillo y saco una baraja de cartas. Las tarjetas están envueltas en una banda elástica, sus bordes amarillos y deshilachados por el tiempo. Es la misma baraja de siempre que mi viejo me enseñaba a jugar al póquer y una de las pocas cosas

que conservo de mi infancia. Por alguna razón, nunca pude obligarme a tirarlos.

El timbre de mi teléfono rompe la quietud de la noche. Deslizo las tarjetas de nuevo en mi bolsillo y me deslizo detrás del volante, tomando el teléfono del tablero. La pantalla parpadea con el nombre de Ravenna. Probablemente se esté preguntando qué me está tomando tanto tiempo. No puedo evitar una sonrisa de mis labios mientras la imagino parada en la ventana, esperándome, así que mi pulgar se apresura a presionar responder llamada mientras presiono el teléfono en mi oreja.

—Él está aquí—, el susurro frenético de Ravenna llega a través de la línea.

Mi cuerpo se paraliza, el hielo llena mis venas. La llamada se desconecta.

—Ya voy, Ravi— digo, aunque ella no puede oírme, y salgo con el corazón en la garganta.

La unidad de almacenamiento está a veinte minutos de la mansión Pisano. Piso la velocidad, ignorando la aguja que sube a casi 125 en un dial, y trato de tragarme la ola de pánico que crece dentro de mí. Los vehículos que paso terminan siendo solo un golpe de luz: están allí un momento y desaparecen al siguiente. Cuanto más me acerco, más fuerte se vuelve mi miedo, mientras imagino lo que ese hijo de puta podría estar haciéndole a Ravenna. Saber que la vida de la mujer que amo depende de que mantenga la calma es lo único que me impide perder la cabeza por completo.

Me detengo y aparco fuera de la vista de la caseta de vigilancia. Es probable que Rocco haya dado órdenes de detenerme si los guardias me ven venir, y no puedo arriesgarme a que alerten a su jefe sobre mi llegada. Saco un juego de cuchillos

arrojadizos que tengo escondidos debajo del asiento y salgo del auto.

Examinando el área, veo a un guardia en el frente de la puerta, un M16 colgando de su espalda.

El otro está dentro de la caseta de vigilancia, mirando los monitores. Me arrastro de árbol en árbol hasta que estoy lo suficientemente cerca para lanzar uno de mis cuchillos. Navega hacia el cuello del tipo de la puerta, y el hombre cae de rodillas. Su compañero en la caseta de vigilancia salta de su silla y salta afuera. Lanzo dos cuchillos hacia él. El primero termina en su pecho y el otro justo debajo de la nuez de Adán. Deteniéndome solo lo suficiente para cortarles el cuello y recuperar mis cuchillos, retrocedo para encargarme de los tres tipos que están fuera del muro perimetral.

Manteniéndome alejado de las cámaras a lo largo del borde de la propiedad, elimino a los muchachos de Rocco en rápida sucesión poniéndoles una bala en la cabeza. El silenciador de mi arma se asegura de que nadie en la mansión se dé cuenta.

La luz del vestíbulo de entrada está encendida, pero no parece haber nadie alrededor. Estoy corriendo hacia las escaleras cuando un gran estruendo hace eco en algún lugar a mi derecha.

Cambiando de dirección, corro hacia el ala este de la casa y la cacofonía de los cristales rotos.

—¡No puedo esperar para ponerte las manos encima, perra!— Los gritos de Rocco vienen de la cocina. —¡Te mataré con mis propias manos!

Corro adentro.

Rocco está en medio de la habitación, un arma en su mano izquierda, pero al menos él no lo está manejando en este momento. A su alrededor hay platos y vasos destrozados. Ravenna está en la encimera de la cocina, puede que esté de espaldas a la pared, pero está frente al bastardo con un cuchillo de cocina en la mano derecha y una copa de vino en la izquierda. El cabello le cae sobre la cara enredado mientras mira a Rocco con una mezcla de miedo y determinación en los ojos, lista para lanzarle las copas.

El orgullo florece en mi pecho al verla, tan pequeña y aterrorizada, pero enfrentada a su abusador y lista para luchar por sí misma. Pero estoy aquí ahora, y nunca más necesitaré defenderse de nadie. Ravenna inclina la cabeza hacia arriba, su mirada se encuentra con la mía. Su cabello se desliza de su rostro, revelando una gran marca roja en su mejilla izquierda.

He escuchado el término rabia ciega varias veces, pero nunca lo he experimentado. Hasta este momento. Comienza como una calma absoluta, pero luego la furia y el rencor estallan como una supernova, llenando cada fibra de mi ser. Doy un paso adelante, colocándome detrás de Rocco, y envuelvo mi brazo derecho alrededor de su cuello mientras agarro su muñeca izquierda con mi mano libre. Mis ojos se encuentran con los de Ravenna mientras aprieto la extremidad de Rocco con todas mis fuerzas. El arma se le cae de la mano mientras se retuerce dentro de mi agarre, tratando de liberarse. Deslizo mi otro brazo detrás de su cuello, atrapando su cabeza en un estrangulamiento. Es un movimiento táctico muy efectivo que me permite presionar ambos lados de su cuello al mismo tiempo. Puedo sentir su respiración dificultosa mientras lucha por respirar, su rostro se vuelve de un asqueroso tono púrpura, pero ningún sonido penetra en mis oídos. Unos segundos más y listo.

Demasiado fácil. Y demasiado rápido.

Por alguna razón, mi mente va a esa vieja baraja de cartas en mi bolsillo y mis labios se curvan en una sonrisa. Suelto mi agarre y dejo que el cuerpo inerte de Rocco Pisano caiga al suelo.



La expresión en el rostro de Alessandro, mientras mira a Rocco inconsciente en el suelo, es realmente extraña. Parece controlado, pero la mirada en sus ojos es simplemente salvaje. Sus ojos encuentran los míos, y la ferocidad dentro de ellos se disipa,

reemplazada por preocupación.

—¿Ravi bebé?— Da un paso hacia mí, luego se detiene.
—¿Estás bien?

—Sí— le digo. Me tiembla la voz y me tiemblan las piernas, pero eso es por la adrenalina.

Alessandro da otro paso y se agacha frente a mí. —No voy a lastimarte, Ravi.

—¿Por qué iba a pensar que me harías daño?— murmuro confundida. —¿Y por qué estás agachado?—

—Estoy tratando de hacerme menos intimidante ante tus ojos, bebé.

—Te encuentro igualmente intimidante cuando te pones de pie y no lo eres en absoluto.

Una pequeña sonrisa tira de sus labios. —¿Te importaría dejar caer el cuchillo si ese es el caso?—

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que todavía estoy agarrando un cuchillo para carne en mi mano extendida. —Oh... lo siento— me atraganto y bajo el brazo.

—¿Puedo abrazarte? ¿Por favor? — pregunta mientras sus ojos buscan los míos.

Su rostro está formado por líneas afiladas, y su mandíbula está apretada con fuerza como

si estuviera tratando de contenerse. Estoy momentáneamente confundida por la forma en que está actuando y su pregunta, y luego me doy cuenta. Tiene miedo de que esté en estado de shock y también lo considere una amenaza. Hombre tonto. Lanzo el cuchillo al suelo y pongo mi mano en su mejilla.

—Sí.

Alessandro me rodea con sus brazos y me levanta.

—Lo siento—, dice en mi boca mientras me aplasta contra su cuerpo con tanta fuerza que apenas puedo respirar. Debería haber estado aquí.

—Está bien. Tuve la oportunidad de probar esos movimientos que me enseñaste.

—No necesitarás volver a usar esos movimientos mientras yo viva, Ravi. Lo juro por mi vida.— Su boca recorre mi barbilla hasta el moretón en el costado de mi mejilla. —¿Está todo empacado?—

—Sí.—

—Solo necesito terminar algo y nos vamos. ¿ok?

—Claro.

—Bien. — Lentamente me baja al suelo, luego se inclina y toma mi cara entre sus palmas. —Espera aquí hasta que vuelva por ti. Por favor.

Asiento con la cabeza.

Alessandro deja otro beso en mis labios, luego se dirige a Rocco. Agarra a mi esposo por la parte de atrás de la chaqueta de su traje y lo arrastra fuera de la cocina. Espero junto al mostrador durante unos segundos, luego corro detrás de ellos. Corro a través del vestíbulo de entrada a la oficina y miro dentro a través de la ventana abierta. Rocco todavía está inconsciente cuando Alessandro lo coloca en una de las grandes sillas barrocas junto a la pared, justo debajo de una enorme pintura al óleo. Rocco encargó esa pieza poco después de nuestra boda. La composición es de un grupo de hombres sentados en una mesa cubierta de tela, jugando a las cartas sobre una superficie blanca inmaculada. Me recuerda a La última cena de Da Vinci de una manera inquietante.

Alessandro mueve la mesa de café frente a Rocco y toma otra silla de la esquina de la habitación. Luego lo coloca en el otro lado de la mesa, frente a Rocco.

—Es hora de despertar, Pisano—, dice Alessandro mientras toma asiento y coloca su arma sobre la superficie de la mesa. Los ojos de Rocco se abren. Por un momento, solo mira a Alessandro, luego salta de la silla, su mano izquierda alcanzando el arma.

Alessandro es más rápido. Le arrebató el arma y le dispara una bala al muslo de Rocco.

—Eso te mantendrá sentado.

Rocco cae sobre la silla, gritando a todo pulmón. Alessandro ignora sus lamentos y vuelve a dejar el arma sobre la mesa. Tranquilamente, mete la mano en el bolsillo y saca una baraja de cartas.

—¡Te voy a matar, pedazo de mierda mentirosa!— mi esposo ruge entre sollozos, saliva volando frente a él. Su rostro está rojo, ya sea por la rabia o el dolor.

—Sé que te gusta jugar con apuestas altas—, dice Alessandro mientras baraja las cartas. —Dado que no tenemos rocas bonitas a la mano esta vez, jugaremos por otra cosa. ¿Qué hay de las partes del cuerpo?

Los ojos de Rocco brillan. Se recuesta en la silla, mirando a Alessandro, y la sorpresa en su rostro se transforma en miedo.

—Déjame ir—, espeta Rocco. —Déjame ir, y no le diré nada a Ajello. Pero si me haces daño y Don se entera, estás acabado, Zanetti.

—Me importa un carajo. Te has atrevido a tocar a alguien que amo, así que vas a pagar por eso, al diablo con las consecuencias.

Muerdo mi labio inferior. Decidió vengarse después de todo. probablemente sea por qué me pidió que me quedara en la cocina. Así que no lo sabría.

—¡Ella es mi esposa, hijo de puta!— Rocco chasquea. Obviamente concluyó que Alessandro está hablando de mí y no de su difunta esposa.

—¿Tu futura viuda, quieres decir?— Alessandro ladea la cabeza hacia un lado y empieza a repartir las cartas. —Sí. He estado enamorado de tu futura viuda desde el día que entré en tu

casa. Ahora, cállate y juega. O puedo decidir joderte la otra mano y luego no podrás sostener nada.

Presiono mi mano temblorosa sobre mis labios. Él está haciendo esto por mí. La última de las dudas que aún estaban en mi corazón se desvanecen, y me permito creer que los sueños que una vez tuve y pensé que se habían convertido en cenizas, vendrán.

Meto bien los lados de la chaqueta del traje de Alessandro alrededor de mí, me acerco sigilosamente, pero me escondo detrás de una de las estanterías. Desearía poder correr hasta allí y besarlo, pero no me atrevería a distraerlo y arriesgarme a que Rocco obtenga el arma.

Pensé que el póquer solo se podía jugar con tres o más personas, pero parece que estaba equivocada. Alessandro reparte dos cartas para cada uno de ellos, boca abajo, luego coloca tres más sobre la mesa, boca arriba.

—Me retiro—, se burla Rocco después de mirar sus dos cartas.

—En este juego mío, Pisano no se retira—, responde Alessandro mientras coloca dos cartas más boca arriba sobre la mesa. —También omitiremos un paso o dos para ahorrar algo de tiempo. Ahora, veamos qué tenemos.

Rocco mira las cartas, luego mueve su mirada hacia el arma. Puedo verlo en sus ojos en el momento en que decide alcanzarla. Su cuerpo se pone rígido mientras se inclina ligeramente hacia adelante. Abro la boca para advertir a Alessandro, pero no hay necesidad. La mano de Alessandro se dispara hacia la derecha, agarrando el arma. Un disparo atraviesa el aire al momento siguiente.

Mi esposo grita y presiona su mano sobre su hombro sangrante.

—¿Duele?— Alessandro pregunta mientras baja el arma, pero Rocco sigue llorando.

—Pregunté, sí. ¿Duele? — Alessandro se inclina sobre la mesa y entrelaza los dedos alrededor de la mano vendada de Rocco.

El sonido que sale de los labios de Rocco es más animal que humano.

—¡Sí!—

—Me alegro. Continuemos.

Me quedo escondida detrás de la estantería y observo mientras juegan tres rondas más.

Cada una concluye con una bala en el cuerpo de Rocco. Su bíceps derecho. Pie izquierdo. El otro muslo. El charco de sangre se extiende alrededor de la silla de Rocco. Apenas es capaz de sentarse derecho. Incluso sus sollozos han perdido su celo ardiente, con solo un gemido sonando de vez en cuando. El tiempo parece extenderse en un lapso interminable, pero apenas han pasado cinco minutos.

Alessandro vuelve a repartir las cartas. Rocco se balancea en la silla y luego cae adelante, su cabeza golpeando la superficie de madera de la mesa. Dispersando las cartas alrededor, golpeando el suelo una por una. Alessandro toma el arma y agarra a Rocco por el cabello, tirando de su cabeza hacia arriba.

—Se acabó el juego, hijo de puta. Dispara el arma, la bala golpea su marca en el centro de la cara de Rocco.

La sangre y la materia cerebral brotan de la parte de atrás, cubriendo todo en un desastre espeluznante.

Alessandro suelta la cabeza de Rocco y vuelve a caer sobre la mesa de centro de madera. La última carta que queda sobre la mesa se desliza hacia abajo y da vueltas lentamente en el aire antes de aterrizar en el charco de sangre junto al pie de Alessandro. El as de corazones.

Dejo mi escondite detrás de la estantería y doy un paso en la habitación. Alessandro mira hacia arriba, su cuerpo se detiene abruptamente en el momento en que me nota. La parte delantera de su camisa está salpicada de sangre y también tiene algo en la cara y la mano derecha.

—Jesús, Ravi. ¿Cuánto tiempo has estado parada allí?

—Desde el comienzo. — Doy otro paso adelante, luego corro hacia él.

Cuando lo alcanzo, salto a sus brazos, sabiendo sin duda alguna que me atrapará. Y lo hace. Envuelvo mis brazos alrededor de su cabeza, mis dedos rozan frenéticamente su pelo corto y cierro mi boca contra la suya.

—Te amo— susurro en sus labios.

Me aprieta contra su pecho con tanta fuerza que me resulta difícil respirar.

—No creo que amor sea un término lo suficientemente fuerte para describir lo que siento por ti, Ravi—, dice entre besos. —Ojalá pudiera encontrar las palabras para describirlo. Es como una hermosa llama que envuelve mi corazón, que se ha transformado en una locura ardiente en toda regla. Todo lo demás es insignificante a su luz.

—Entonces vamos a quemarnos juntos, — pronuncio y raspo mis uñas en la piel de su cuello.

Un sonido sordo sale de la boca de Alessandro mientras me lleva a través de la habitación y me coloca en el gran escritorio en el centro de la habitación. Me quita la chaqueta del traje de los hombros, luego procede a arrancarme el resto de la ropa hasta que estoy sentada en el escritorio completamente desnuda.

—Tan hermosa. — Coloca su mano alrededor de mi cuello, acariciando la piel con el pulgar, y siento que me mojo al instante. —Y finalmente, solo mía.

Mantiene su palma en mi garganta mientras su otra mano viaja por mi frente, la punta de su dedo trazando una línea recta por mi pecho y estómago, luego lo desliza dentro de mi coño. Un grito ahogado sale de mis labios cuando curva su dedo dentro de mí.

—¿Cómo se siente ser solo mía, Ravenna?— pregunta mientras espera mi cuello se tensa ligeramente.

Tomo una respiración profunda y me inclino hacia adelante, maravillándome de la sensación de su mano. presionando en mi cuello.

—Como si finalmente fuera libre.

Las profundidades azul oscuro de Alessandro se asoman a las mías mientras saca su dedo

de mi coño y se lleva la mano a la boca. Su mirada no titubea mientras lame mis jugos de su carne.

—Cada vez que te pruebo, tu néctar es más dulce—, dice, mirándome. como una bestia hambrienta preparándose para

saltar. —Me resulta muy difícil decidir si quiero tenerte primero con mi polla o con mi boca.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Coloco mis manos en el cuello de su camisa ensangrentada y tiro. Los dos botones superiores caen al suelo mientras su mano vuelve a deslizarse hacia mi coño, provocando mi entrada. Tiro de su camisa de nuevo, arranco otro botón y revelo más de su pecho tatuado. En respuesta, el agarre en mi cuello se aprieta solo una fracción cuando la punta de su dedo se desliza dentro de mí.

Es extraño ir tan despacio cuando hasta ahora, cada uno de nuestros encuentros ha sido un estallido explosivo. Aun así, me encuentro disfrutando de la mirada de moderación en el

rostro de Alessandro. Veo el frenesí apenas controlado en sus ojos, y sé que está luchando por no empalarme con su polla de inmediato. Otro botón cae, y su dedo se desliza un poco más profundo.

—Pareces disfrutar torturándome, Ravi—, dice con voz áspera.

Una pequeña sonrisa tira de mis labios.

—Veo que estás jugando.

Su dedo se desliza completamente, haciéndome jadear. Mis manos están temblando mientras desabroche los dos últimos botones y pase a la cremallera de sus pantalones.

—Necesito que vayas más rápido, Ravi—, dice mientras presiona su pulgar sobre mi clítoris. —O lo voy a perder.

—Eso es algo que me encantaría presenciar—, digo mientras empujo sus pantalones bajando por sus caderas. Un gruñido sale de los labios de Alessandro. Su dedo desaparece de mi coño en un

instante y su mano suelta mi cuello. Dejo escapar un grito de frustración, que rápidamente se transforma en un chillido cuando me agarra de la cintura y me da la vuelta.

—Dobla las piernas, cariño, y arrodíllate sobre el escritorio—, dice mientras yo cuelgo en el aire.

Puede que sea bajita, pero ciertamente no soy escuálida, y la forma en que me sostiene como si fuera una muñeca me pone tan húmeda que es vergonzoso. Pero asiento y hago lo que dice mientras me baja lentamente hasta la parte superior del escritorio.

—Inclínate hacia adelante y abre las piernas para que tenga una mejor vista de ese dulce coño.

Bajo mi pecho y presiono mi frente contra la superficie de madera, una corriente eléctrica corre por mi columna donde la palma de Alessandro viaja por mi espalda.

—Mira lo bien que encajamos—, susurra mientras su mano se acerca a mi cuello. —Respira hondo, Ravi.

Agarro el borde del escritorio e inhalo, y Alessandro se desliza adentro. Su La polla me llena, estirándome casi hasta el punto en que no puedo soportarlo más. Mis gemidos se transforman en gritos de éxtasis cuando comienza a balancear lentamente sus caderas. Es una blasfemia Estoy arrodillada en el escritorio de mi difunto esposo, siendo bellamente follada por el hombre que lo mató. A sólo unos pasos del cuerpo aún caliente de nuestro enemigo. No me importa. Dios me ayude, pero no me importa.

Mi cuerpo comienza a temblar, y me estoy acercando al precipicio cada vez que Alessandro choca contra mí. La presión aumenta bajo su ritmo constante hasta que me siento ingrávida y exploto.



—La Cámara...— digo mientras Alessandro me lleva hacia la escalera. —No importa. No queda nadie con vida para ver el video.

Aprieto mis brazos alrededor de su cuello y lo beso en su mandíbula sin afeitar.

—Entonces, ¿Qué pasó con los tipos de seguridad en la caseta de vigilancia?

Se detiene en medio de la escalera y me mira. —Representaban una amenaza para ti, por lo que han sido neutralizados. No me disculparé por eso.

Un hombre de pocas palabras de hecho. Con esa declaración, continúa subiendo las escaleras.

Una vez que llegamos a mi dormitorio, Alessandro me deja en la cama, luego camina hasta el pie de la misma y se arrodilla en el suelo.

—¿Qué estás haciendo?— Parpadeo hacia él confundida.

—Abajo, yo perdí el control. Envuelve su mano alrededor de mi tobillo y levanta mi pie a su boca, colocando un beso en mi planta. —Cierra los ojos, pequeña Ravi.

Dejo que mis ojos se cierren y me concentro en sus labios dejando suaves besos en la parte inferior de mi pierna.

—¿Y esto qué es?— Yo susurro.

—Esto...— Se mueve hacia mi otra pierna, besando el arco de mi pie allí también. —Este soy yo adorándote.

Las palmas de Alessandro se deslizan lentamente por mis piernas, centímetro a centímetro, seguidas por sus labios dejando pequeños besos a lo largo del camino, uno en mi pierna derecha y luego en la izquierda, el patrón se repite. Cuando llega a la parte interna de mis muslos, siento que el colchón se hunde mientras se sube a la cama.

—Mantén los ojos cerrados—, dice con su voz áspera, —y no mires a escondidas.

Un beso aterriza en mi bajo vientre mientras sus palmas acarician el interior de mis muslos.

Me muerdo el labio inferior y aprieto la sábana con los dedos. Sus manos se deslizan hacia mi coño, mientras su boca se mueve hacia abajo al mismo tiempo. Beso y caricia. Beso y caricia. Me pregunto qué llegará primero a mi centro: sus manos o su boca, y la dulce anticipación solo aumenta mi excitación.

Sus labios presionan mi clítoris al mismo tiempo que sus dedos llegan a mi entrada.

—Respira hondo—, instruye.

Ni siquiera necesito hacerlo conscientemente porque su boca se cierra alrededor de mi clítoris justo cuando su dedo entra en mí, y jadeo por aire. La humedad se filtra entre mis nalgas mientras su cálida lengua lame mi botón, sus caricias son duras pero lentas. Su dedo se desliza más profundo, poco a poco. Mi ya sensible coño duele con necesidad, queriendo más, pero él es implacable. Una tortura tan dulce. Sin prisas, vueltas metódicas de su lengua, y luego otro dedo se hunde dentro. Mis piernas tiemblan y mi núcleo se aprieta. Suelto la sábana y agarro su cabello en su lugar, tirando de su cabeza más hacia mí. Los labios de Alessandro presionan mi clítoris y comienza a chuparlo. Los escalofríos se

disparan por mi columna, todo el camino hasta la base de mi cráneo. Arqueo la espalda y gimo mientras aumenta la presión en mi centro.

—Por favor—, jadeo. —Me volveré loca.

—No lo harás—, murmura en mi coño y continúa lamiendo mi clítoris, mientras sus dedos ásperos se deslizan dentro y fuera de mí, hundiéndose un poquito más profundo cada vez.

—¡Alessandro!— grito, perdiendo la compostura.

Metiendo sus dedos por completo y succionó mi clítoris con tanta fuerza que estallé en un millón de pedazos al momento siguiente. Todavía estoy temblando por las réplicas cuando me lame el coño por última vez y levanta la cabeza.

—No he terminado, Ravi bebé.

—¿Qué?— Me ahogo.

Colocando un beso rápido en mi coño, se levanta y comienza a quitarse la ropa.

—¿Pensaste que mi boca sería suficiente?— se arrastra sobre mi cuerpo y coloca sus codos a cada lado de mi cabeza, sumergiendo su cabeza hacia mí y atrapándome en sus estanques azul oscuro. —Nunca podría tener suficiente de ti.

Su mirada mantiene la mía mientras desliza su polla dentro de mi núcleo fundido. me estremezco

—¿Sensible?— él pide.

—Un poco.

Envolviendo su brazo alrededor de mí, nos hace rodar hasta que estoy encima de él. Giro mis caderas lentamente, amando la

forma en que se siente tenerlo debajo de mí de esta manera. Su polla es enorme, llenándome hasta el borde, y cada pequeño movimiento enciende cada una de mis terminaciones nerviosas. Me deleito cuando su mano sube por mi estómago y mi pecho para envolverse alrededor de mi cuello.

—Lo siento mucho—, dice de repente, su voz suena rota.

—¿Por qué?

Alessandro no responde, solo me mira con una mirada extraña en sus ojos. Me inclino un poco hacia adelante y Alessandro levanta y coloca su otra mano en mi mejilla.

—Te amo, Ravenna. Más que cualquier cosa o cualquier otra persona que haya amado—, susurra. —Por favor, recuerda eso.

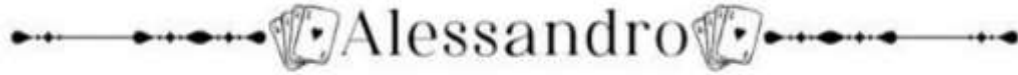
No entiendo por qué suena así... triste. Rocco se ha ido. Finalmente somos libres.

—¿Qué está sucediendo?

—Nada bebé. — Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. —Solo quería que supieras. Eso es todo.

Sigo montándolo, maravillándome de la sensación de su cuerpo debajo del mío, mientras él sigue mirándome a la cara, esa triste sonrisa en sus labios todo el tiempo.

Capítulo 21



Levanto la manta para cubrir el hombro desnudo de Ravenna y me siento en el borde de la cama, mirando el teléfono en mi mano. Varios escenarios pasaban por mi cabeza mientras estaba acostado junto a Ravenna antes, su cabeza metida en el hueco de mi cuello. Ninguno de ellos era genial, y cada opción parecía peor que la anterior. En el momento en que eliminé a Pisano, supe que solo había un resultado factible en esta situación.

Encuentro el nombre que estoy buscando en mi lista de contactos y marco es bien después de medianoche, pero él contestará. Nadie llama al Don en este momento a menos que sea una emergencia.

—¿Qué pasó?— La voz de Salvatore Ajello llega a través de la línea. —Rocco Pisano está muerto— digo.

—¿Lo atraparon los serbios?

—No yo lo hice.

El aire muerto reina antes de que vuelva a hablar. —¿Y solo llamas para confesarte?

—No. Te llamé para decirte que Ravenna no tuvo nada que ver con eso. sin daño para ella.

He estado trabajando directamente para el Don durante años, y él me conoce lo suficientemente bien como para saber que no mataría a nadie sin una razón. Especialmente un capo. Pero eso no cambia el hecho de que lo hice sin su aprobación. Fui en contra del Don y traicioné a la Familia. El castigo por eso es la muerte. No puedo correr y no puedo mentirle. Además, probablemente ya sepa lo que pasó en la fiesta del brunch, incluido que Ravenna y yo nos besáramos frente a todos.

Ajello vuelve a enmudecer, haciendo que el pánico se apodere de mi pecho. Para mantener a Ravi a salvo, no dudaría en matarlo también. Pero no estoy seguro de que alguna vez tenga esa oportunidad.

—Por favor. — Cierro los ojos y aprieto el teléfono en mi mano.

—¿Se lo merecía?

—Se merecía mucho más de lo que le serví—, digo.

Otra pausa. Probablemente dure unos segundos, pero se siente como eones para a mí.

—¿Estás en la casa de Rocco?— pregunta Ajello. —Sí.—

—¿El cuerpo?— —En su oficina.—

—Está bien. Escúchame con mucha atención, Zanetti. Tienes cuatro horas para limpiar tu mierda, luego toma a tu mujer y vete a las cinco. ¿Lo entiendes?

—¿Nos dejaras ir?

—¿Entiendes, Zanetti?

—¿Por qué?— Pregunto.

—Tú salvaste la vida de mi esposa. Ahora, te regalo la tuya, así que estamos a mano. Si te vuelvo a ver en mi ciudad, estás muerto.

—Nos iremos en cuatro horas.

—Bien. Asegúrate de cubrir tus huellas, porque si alguien te relaciona con este maldito lío, les daré luz verde a mis hombres para que los persigan a ambos. Desconecto la llamada, dejándome sin dudas de que lo dice en serio.

Dejo mi teléfono y lo miro mientras las ruedas en mi cerebro comienzan a girar. Un minuto después, marco otro número.

—Necesito otro cuerpo—, digo tan pronto como Félix responde la llamada.

—¿Qué?! ¿Estás loco? Sabes a qué hora...—

—Deja de hablar, Félix. Esto es una emergencia.

—¿Vida o muerte?—

—Sí. Necesito cuerpo de mujer, pelo negro, veinteañera. El lugar de entrega es Nueva York, te enviaré la dirección.

—Bien. Tendré algo para ti la próxima semana.

—Necesito que me lo entreguen en tres horas, Félix. Ni un minuto más. Y necesito un coche.

Corté la llamada y salí corriendo de la habitación para buscar mi computadora portátil y los planos de la mansión.



Planear un incendio en una casa que parezca una fuga de gas y borrar toda evidencia de mi participación en aproximadamente dos horas es casi imposible, pero no tengo otra opción. Incluso si la fuga de gas no se sostiene, no importará mientras crean que Rocco, Ravenna y yo morimos en el incendio.

Compruebo los planos esparcidos en el suelo junto a la cama una vez más, luego miro a Ravenna. Todavía está profundamente dormida.

—Haré que esto funcione, Ravi.

Tomo mi computadora portátil, abro el software de video vigilancia y busco los archivos de datos archivados, encontrando la grabación de la cámara de la puerta que muestra mi auto cuando me fui hoy. El registro de tiempo es para poco después de las cuatro de la tarde. Edito el clip de medio minuto y lo cambio por un video ficticio de la puerta cerrada. Luego, paso adelante cuando me colé y maté a los dos tipos de seguridad en la caseta de vigilancia. También alteré esa parte, junto con algunos fotogramas en los que las cámaras me captaron disparándole con el resto de los guardias. Me toma casi dos horas editar cada cuadro comprometedor. Desde que ya tenía varios clips guardados de varios momentos del día, era cuestión de encontrar los adecuados y manipular las entradas del registro antes de unir las transmisiones, lo que resultó en una grabación continua y limpia que nos muestra a mí y a Ravenna llegando a la mansión a media tarde, y luego a Rocco. Presentarse a las diez y media. Una vez hecho esto, anulo todas las cámaras entre la puerta principal y la puerta para mostrar una imagen fija durante las próximas dos horas. La primera fase está hecha. Es hora de bajar las escaleras para preparar el escenario para la fase dos.



El ruido sordo de los motores llena la noche mientras saco los botes de combustible vacíos por la puerta principal. Unos segundos más tarde, dos SUV negros doblan la curva en el camino de y se detienen cerca de los escalones de la entrada. La puerta del conductor del coche cabeza se abre y sale un hombre de cuarenta y tantos años. Mi amigo de la bolsa para cadáveres de la semana pasada.

—Otra entrega de Félix Allen—, dice y se acerca para abrir el área de carga del vehículo. —Femenino. cabello negro Murió por causas naturales. No pude conseguir uno a principios de los veinte con poca antelación, así que tienes a alguien en los treinta y tantos. Lo siento.

—Funcionará. Asiento con la cabeza. No quedará mucho del cuerpo para identificar de todos modos. Si lo hay, haré que Félix haga su magia y altere los resultados de la prueba de ADN para que coincidan.

—Dile a Félix que me lo debe—, dice el hombre y me tira las llaves del auto.

—Hay dos cuerpos junto a la puerta y tres más a lo largo del muro perimetral. Saco cinco diamantes de mi bolsillo y se los entrego. —¿Puedes deshacerte de ellos por mí?

—Seguro.

Observo mientras se aleja en el otro vehículo, luego saco la bolsa para cadáveres del auto y la tiro sobre mi hombro. Rocco y el cuerpo del macho de mi camioneta ya están arreglados en la cocina. Puede que no sea la ubicación ideal, pero el horno de gas

natural está justo debajo, por lo que la cocina sufrirá los mayores daños cuando explote el calentador. Agrego el cuerpo de la

mujer a la escena, recojo la bolsa para cadáveres y la llevo de regreso al vehículo que entregó el tipo de Félix. Empujo los bidones vacíos en el espacio de carga, luego transfiero las cosas de la mía al SUV de reemplazo. Cuando todo está listo, enciendo el vehículo y enciendo la calefacción, luego regreso a la mansión para buscar a Ravenna.



—Ravi.

Abro los ojos y los entrecierro hacia Alessandro. está agachado al lado de la cama y, aunque parece cansado, sus ojos brillan en la penumbra.

—Es hora de irse, bebé. Extiende la mano y roza mi mejilla con el dorso de su mano. —Llevaré tu bolso al auto.

—¿Qué está sucediendo?

Una sonrisa tira de sus labios mientras se inclina para dejar un rápido beso en los míos.

—Para que podamos escapar, primero debemos morir.

Recoge su computadora portátil y algunos papeles del piso y sale de la habitación. Mientras bajo la escalera diez minutos después, me golpea un fuerte olor a gasolina. El olor es tan abrumador que mis ojos comienzan a lagrimear y una tos repentina se apodera de mi garganta. Entierro mi cara en el hueco

de mi codo y corro a través del vestíbulo de entrada lo más rápido que puedo para salir. Alessandro está parado junto a un vehículo negro desconocido, sosteniendo la puerta del conductor abierta para mí. Tiene una máscara de gas alrededor de su cuello y en la otra mano sostiene una botella de la que sobresale un trapo.

—Conduce hasta la puerta y espérame—, dice. —Estaré allí en breve.

—¿Qué vas a hacer?

—Parece que los tipos que instalaron el nuevo horno para Rocco pueden haberlo jodido. Hay una fuga de gas grave.

—¿Cuándo ocurrió?

—En unos veinte minutos. Se pone la máscara de gas sobre la cara y se dirige al interior de la mansión.

La última vez que conduje fue hace un año cuando le pedí prestado el auto a Melania para llevar a mi mamá al médico, así que necesito concentrarme en los controles. Acercándome sigilosamente a la puerta, decido detenerme justo en la curva del camino, lo que me permite ver tanto la entrada de la propiedad como las puertas principales de la mansión. Cuando me doy la vuelta para mirar por la ventana trasera, no veo a Alessandro por ninguna parte. La botella con el trapo que tenía en la mano está en el camino de entrada donde había estado la camioneta. Paso los siguientes veinte minutos cambiando mi mirada entre el reloj en el tablero y la luneta trasera, esperando a que saliera Alessandro. Mi paciencia se está agotando y estoy considerando volver a buscarlo cuando la puerta principal se abre y sale Alessandro. Camina casualmente hasta el medio del camino de entrada, luego se detiene y se quita la máscara facial. Mi teléfono comienza a sonar.

Contesto la llamada mientras mantengo mis ojos en Alessandro, quien sostiene su teléfono en su oreja.

—Cúbrete los oídos, Ravi bebé—, su voz llega a través de la línea.

—Está bien— susurro y observo cómo guarda su teléfono y se inclina para recoger el cóctel Molotov del suelo.

Mi corazón comienza a galopar cuando él se vuelve hacia la casa y saca algo del bolsillo de su pantalón. Estoy demasiado lejos para ver qué era, pero el zarcillo de llamas que parece brotar de su mano me indica que es su encendedor Zippo. Acerca la botella a la llama, enciende el trapo y lo lanza contra una de las ventanas de la casa en la planta baja, rompiendo el vidrio.

Alessandro ya está corriendo hacia el auto cuando un estruendo atronador resuena en el aire. Como si estuviera viendo una escena de una película de Hollywood, mis ojos están pegados a su enorme forma que emerge de una nube de humo, mientras que las llamas en su espalda se elevan hacia el cielo nocturno, arrojando un brillo naranja sobre todo lo que está cerca...

Tiro de la manija de la puerta y salgo del auto, queriendo nada más que asegurarme de que esté bien, pero no tengo la oportunidad porque el instante Alessandro me alcanza, me toma en sus brazos y cierra su boca contra la mía.

—¿Sería raro si te pido que te cases conmigo la misma noche en que enviudaste?— murmura en mi boca.

—No sé. ¿Quizás? — Me río.

—¿A quién le importa? Estamos oficialmente muertos de todos modos. Él se inclina y me atrapa con su mirada —¿Te casarías conmigo, pequeña Ravi?

Tomo su labio inferior entre mis dientes y lo muerdo. —Sí.

Epílogo

Dos años después, un pueblo cerca de Le Puyen Velay, Francia.

— Alessandro —

Beep.

Mi mano se detiene a medio camino de la tostadora.

Es una de las alarmas, señalando una brecha en el perímetro. Tengo detectores de movimiento por todas partes, configurados para crear cuatro círculos concéntricos de seguridad alrededor de nuestra propiedad. Cuando se activa, significa que alguien ha cruzado una de las líneas de límite del sensor y se está acercando.

Miro hacia la cubierta trasera donde mi esposa se está preparando para el desayuno, silbando algo para sí misma. Su madre y su hermano dijeron que pasarían más tarde, pero es demasiado pronto para ser ellos.

Beep. Beep.

Dos pitidos significan que los intrusos han llegado al segundo límite. Basado en qué tan rápido se están moviendo, debe ser un vehículo.

—Ravi, — llamo mientras abro el cajón y saco mi arma.
—Necesito que vayas arriba, bebé.

Ravenna deja lo que está haciendo y mira por encima del hombro. —¿Hay algo mal?

—Parece que tenemos algunos invitados no invitados.

Tener una cerca alrededor de la propiedad y cámaras pueden ser medidas de seguridad útiles, pero nunca las instalaría alrededor de nuestra casa. Mi esposa nunca más se sentirá como una prisionera. Y cualquiera que desee hacerle daño tendría que pasar por mí primero para llegar hasta ella.

Ravenna deja los platos sobre la mesa y se dirige a la cocina. Su cabello largo cae en cascada como una cortina negra brillante por su espalda y rebota un poco con cada paso que da. Rodea la barra de desayuno que separa la sala de estar de la cocina y viene a pararse a mi lado.

Beep. Beep. Beep.

—Por favor—, digo y asiento hacia las escaleras que conducen al desván. Ella solo me sonríe y alcanza el gran tazón decorativo en el mostrador, del cual saca una de mis otras armas y la amartilla.

—No—, gruño.

Beep. Beep. Beep. Beep.

—Joder. Han cruzado el último límite del perímetro. Ravenna.

Inclina la cabeza hacia un lado y coloca la palma de su mano en mi mejilla.

—Nunca tendrás que atravesar las líneas enemigas solo, Alessandro. Me enseñaste bien. Se pone de puntillas y besa mis labios. —Estaré bien.

Nunca debí haberle contado sobre mis misiones. O entrenarla para disparar.

Afuera suena la bocina de un auto. La persona detrás del volante no parece estar satisfecha con un bocinazo y sigue golpeando la cosa en rápida sucesión como un maníaco. Es una combinación de bocinazos cortos y largos, el patrón se repite en ciclos.

—Perfecto—, murmuro y beso a mi esposa, luego vuelvo a tirar el arma en un cajón. —Puedes guardar eso, bebé.

—¿Alguien que conoces?

—Desafortunadamente.

Paso por la puerta principal y miro al recién llegado. Solo hay una persona que vendría a mi casa y usaría la bocina de su auto como código Morse para transmitir un mensaje. ¿El mensaje?

Hola, Soy yo.

—¿En serio, Belov?— Cruzo las manos sobre mi pecho.

—¿Qué? ¿No eres fanático del pop/rock?— El hombre rubio salta de su coche y me mira con los ojos entrecerrados. —¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años? Hombre, estas viejo.

—Alessandro. — Ravenna se asoma por detrás de mí. —Vas a presentar a tu amigo?

—Sí, Alessandro. ¿No nos presentarás? — Belov sonríe.

—Ese es Sergei Belov, bebé. El tipo que casi me hace estallar durante una misión. Dos veces. — Digo, luego miro a mi ex camarada. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Vinimos de visita.

—¿Quién es 'nosotros'? — me quejo

La puerta del pasajero del auto de Sergei se abre y Félix Allen sale.

—Es un negocio, no una visita social. Estamos aquí para pedir un favor en lugar del pago de los servicios que he prestado.

—¿Qué servicios?— Pregunto.

Félix se ajusta las gafas y mete la mano en el bolsillo, sacando una hoja doblada de papel. Se aclara la garganta y luego comienza a leer en voz alta.

—Obtención de varios juegos de documentos falsificados de primera línea. Hackeando las bases de datos de los gobiernos federales, estatales y locales, y accediendo/eliminar/modificar varios registros e información, piratear los sistemas de aplicación de la ley y apropiarse de información confidencial—, hace una pausa y me mira antes de respirar profundamente y exhalando, en voz alta, a medida que avanza, —trece veces. Localizar y apropiarse de armas de largo alcance en el mercado negro, falsificando o eliminando números de serie, según sea necesario. Creación de dos cuentas bancarias extraterritoriales y compras...—

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante la reina del drama, luego envuelvo mi brazo alrededor de la cintura de Ravenna mientras Félix continúa enumerando todas las cosas que hizo por mí a lo largo de los años.

—¿Ese es el tipo que te ayudó a salir de Z.E.R.O?— Ravenna susurra.

—Sí. — Dejo caer un beso en la parte superior de su cabeza mientras Félix sigue parloteando.

... chantaje, pedir favores a Yakuza, así como a dos facciones de la Camorra. Organizar la eliminación de cadáveres de forma regular, contratar y luego despedir a un asesino a sueldo muy costoso...—

—Pero se ve tan... abuelo. — Ella ríe. —Si lo viera en un paso de peatones, me ofrecería a ayudarlo a cruzar la calle.

—Probablemente te arrancaría la mano de un mordisco. Y que parezca un anciano gruñón solo lo hace más peligroso.

... adquirir un cuerpo de características únicas, así como incurrir en un gasto de almacenamiento hasta recibir un conjunto de instrucciones de entrega, adquirir otro cuerpo en un plazo extremadamente corto y el costo de un ramo de orquídeas.

Félix guarda el papel y coloca las manos en las caderas.

—¿Gastos de almacenamiento de un cuerpo?— Pregunto.

—Sí. — El asiente. —Tú solicitaste un espécimen de seis pies y siete. Tuve que comprar una nevera más grande.

—¿Y el ramo?

—Mi médico dijo que necesitaba reducir el consumo de azúcar. Guadalupe encontró el cuerpo cuando estaba buscando mi escondite de helado, así que tuve que disculparme por causarle angustia.

Miro al cielo y niego con la cabeza. —¿Qué deseas?

—Necesito que acompañes a Sergei en una pequeña misión privada para mí. Él se encoge de hombros y sacude el polvo

inexistente de la chaqueta de su traje. —Nada demasiado significativo. Tres días, tal vez cuatro, como máximo.

—¿Qué tipo de misión?

—Una misión de rescate. Un viaje corto a México y de regreso. será un pedazo de pastel, Az. Lo juro.

—Ya veo. Si es absolutamente insignificante, ¿por qué Belov no puede manejarlo él mismo?

—La ubicación está un poco protegida—, murmura el anciano, evitando mi mirada.

—¿Cuántos hombres?— Pregunto.

Félix se encoge de hombros, pero no responde.

—Ciento tres—, agrega Sergei y sonríe. —Es el complejo de mi amigo Mendoza. Con suerte, no se dará cuenta de que soy yo cuando lo asaltemos.

—¿Y tu hermano está de acuerdo con que invadas la ubicación de su socio?—

—No precisamente. — Sergei se estremece. —Mantengamos esto en secreto. Roman perderá su mierda si se entera.

Encantador. —¿Y a quién estamos rescatando?

—Kai Mazur—, dice Félix.

—Sí. — bufo. —No está pasando.

—¡Me debes!

—Ese hombre está seriamente jodido, Félix. Probablemente pensará que vinimos a sacarlo y tratará de matarnos primero.

—Siempre ves lo peor de las personas—, bromea Sergei. —Kai es un tipo decente.

—¿Kai es un tipo decente? Si no recuerdo mal, ustedes dos intentaron matarse el uno al otro por lo menos cinco veces.

—¿Un tipo decente y jodido?— él sonríe.

Me pellizco el puente de la nariz, apenas puedo creer esta mierda de la que soy audiencia. Es cierto. Los locos simplemente gravitan entre sí.

—Vamos, Az—, dice Sergei. —No podemos abandonarlo.

—Está bien, maldita sea.



Un crujido a mi derecha.

Muevo mi rifle hacia la fuente del sonido, viendo que es solo un roedor corriendo entre las hojas caídas. El aire está cargado de humedad, lo que dificulta la respiración, especialmente en equipos tácticos completos y equipos de visión nocturna. Me cambio de posición, enfocando mi alcance de nuevo en la puerta de madera donde dos hombres hacen guardia.

—Ese lunático no podía dejarse atrapar por un clima más fresco, ¿verdad? — me quejo

—Estoy seguro de que será más considerado la próxima vez—, dice Sergei mientras sigue retorciendo los cables de su bomba de fabricación propia.

—¿Cómo diablos fue capturado?—

—Ni idea. Félix pensó que Kai estaba muerto hasta que apareció su nombre en un mensaje que interceptó en uno de los canales no oficiales. ¿Puedes creer que ese viejo bastardo todavía tiene una puerta trasera a las comunicaciones de Kruger? De todos modos, parece que los mexicanos lo tenían desde hace bastante tiempo. El yerno de Mendoza fue arrestado en los EE. UU. el mes pasado, por lo que ofrecieron un intercambio: Kai por tipo.

—¿Cuánto tiempo es algo de tiempo?

Sergei termina con la bomba y la deja en el suelo. —Tres años.

—¿Tres años? Jesús jodido Cristo. ¿Estás seguro de que está vivo?

—Nunca lo matarían. Demasiado valioso como moneda de cambio—, dice y alcanza su rifle de francotirador. —Pero en qué estado lo encontraremos, esa es la pregunta del millón. Acerquémonos.

Nos acercamos a la puerta y nos cubrimos detrás de un gran arbusto. me quedo con el guardia en mi alcance mientras Sergei saca una pequeña tableta de su mochila y la abre.

—Por cierto, vi la grabación de tu funeral. Hermoso servicio.

—Gracias.

—¿Todavía creen que fue una fuga de gas?—

—Los que necesitan, sí. Asiento con la cabeza hacia el complejo frente a nosotros.

—¿Cuántas bombas pusiste?

—Doce a lo largo del exterior de las paredes. Treinta y siete adentro. No pude hacer nada en la puerta ya que está vigilada las veinticuatro horas del día.

Él mueve su dedo sobre una de las teclas del teclado y toma la bomba que acaba de hacer en su mano libre.

—Hombre, me encanta esta mierda.

Lanza la bomba hacia la puerta. La cosa aterriza entre los dos guardias y explota.

Un segundo después, un estruendo ensordecedor llena el aire cuando todos los artefactos explosivos que Sergei había puesto detonan simultáneamente. El suelo tiembla como si un terremoto hubiera golpeado bajo nuestros pies, lanzando tierra, madera y escombros de construcción hasta el cielo. Solo estoy esperando que la boca del infierno se abra y nos trague enteros.

—¿Estás seguro de que es suficiente, Belov?— Pregunto sarcásticamente mientras una nube de polvo y humo se eleva sobre los cincuenta mil pies cuadrados del recinto de Mendoza.

—Tendrá que funcionar—, dice Sergei. —No pude obtener más C4 con poca antelación. El polvo tarda casi veinte minutos en asentarse lo suficiente como para que podamos ver algo. Las explosiones cortaron la electricidad y todo el complejo del tamaño de un campo de fútbol cae en la oscuridad, y la única luz proviene de una docena de incendios que han surgido en el área. La escena realmente parece un infierno ahora.

—Ahora— digo y me pongo el pañuelo sobre la boca y la nariz, luego me dirijo hacia la puerta.

Gritos y llantos resuenan por todas partes mientras caminamos entre las derruidas estructuras. Un disparo ocasional se suma a la cacofonía mientras nos alejamos de los sobrevivientes en nuestro camino. Todo, excepto el enorme hangar en medio del complejo, está en ruinas. Varios hombres están posicionados en la entrada, sus armas levantadas mientras buscan frenéticamente las

amenazas entrantes. Saco cinco cuando me acerco por la derecha, mientras que Sergei se deshace de cuatro más que vienen del otro lado.

—Atrás—, dice y se dirige alrededor del hangar mientras sigo caminando hacia la entrada principal.

Tres guardias más saltan cuando llego a la puerta del hangar, pero rápidamente no existen y ya podemos entrar.

Obviamente es una instalación de almacenamiento, probablemente drogas ya que ese es el negocio de Mendoza, con cajas apiladas una encima de la otra por todos lados, casi llegando al techo. Giro a la derecha entre dos filas de contenedores, buscando hostiles. Varios disparos suenan al otro lado del edificio mientras Sergei barre su flanco. Llego al final de la fila y giro hacia la siguiente.

Me estoy acercando a la mitad del hangar cuando escucho la voz de Sergei en mi auricular.

—Santa Madre... Jesús, María y José—, se ahoga. —Esquina este. Mueve tu culo aquí. Ahora, Az.

Giro a la izquierda y me apresuro hacia Sergei. Está agachado, sosteniendo un tubo de luz fluorescente sobre algo en el suelo. Muevo mis NVD hacia arriba y me acerco, obteniendo una mirada más cercana. La vista que me saluda me deja sin palabras. Un hombre, apenas piel y huesos, yace acurrucado en el suelo. Sus pantalones están rotos y sucios, y lo que queda de su camiseta cuelga como un trapo sobre su pecho. Cada pulgada de la piel visible está cubierta con una capa de sangre seca. Su rostro está vuelto hacia nosotros, pero si no fuera por una mata de pelo largo y enmarañado, nunca lo habría reconocido. La última vez que vi a

Kai, pesaba casi lo mismo que yo, pero ahora parece un puto esqueleto.

—¿Está vivo?— Pregunto.

—Un poco. A ver si puedes encontrar algo para romper eso. Sergei asiente hacia la gruesa cadena de metal encadenada alrededor de la pierna derecha de Kai y atornillada a la pared.

Corro hacia la entrada del hangar para conseguir un cortador de pernos y otras herramientas que vi. En una mesa cerca de la puerta, y apresurarme a regresar. La piel alrededor del tobillo esposado de Kai está en carne viva. Es como si el hijo de puta loco tratara de cortarse el pie para liberarse.

—Sujétalo— digo. —No quiero que se vuelva loco pensando que soy un enemigo.

—Apenas respira, Az. No creo que sea capaz de otra cosa.

Doy un paso adelante y coloco la cabeza del cortador de pernos alrededor de la cadena, preparándome para hacer el corte, cuando el talón de un pie descalzo se conecta con mi barbilla.

—¡Jesús, joder!— chasqueo. —¡Te dije que lo sujetaras, maldita sea!—

Sergei se agacha sobre Kai, se sienta a horcajadas sobre el pecho y lo agarra por las muñecas. Kai deja escapar un rugido animal y le da un cabezazo a Belov con tanta fuerza que la cabeza de Sergei se echa hacia atrás.

—Mierda. — Meto la mano en mi chaqueta y saco una pequeña caja de plástico con una jeringa dentro. Félix nos consiguió el tranquilizante en caso de que tuviéramos problemas para dominar a Kai, pero una vez que vi el estado en el que se encontraba, no pensé que fuera necesario. El bastardo loco vive

para demostrar que la gente está equivocada. Destapo la aguja y hundo la cosa en el muslo de Kai. Sigue dando vueltas durante varios segundos más, tratando de darle un golpe en la cabeza a Sergei antes de que su cuerpo finalmente se hunda. Los ojos de Kai están vacíos, mirando en silencio a la distancia, pero noto que sus labios se mueven.

Me agacho junto a él y me inclino, tratando de escuchar lo que dice, pero las palabras no tienen ningún sentido.

—¿Hay tigres en México?— Miro a Sergei.

—No. ¿Por qué?

—Creo que está delirando— digo. —Está llamando a 'tigre bebé'.



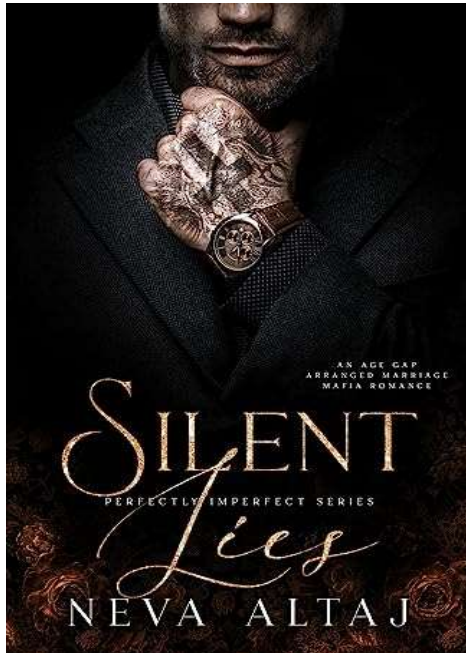
Querido lector

¡Muchas gracias por leer la historia de Alessandro y Ravenna! Espero que consideres dejar una reseña, dejando que los otros lectores sepan lo que piensas de Burned Dreams. Incluso si es solo una oración corta, hace una gran diferencia. ¡Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y ayudan a otros lectores a encontrar nuevos libros para amar!

El siguiente libro de la serie es Silent Lies, que sigue a Sienna (la hermana de Asya) y ... alguien que hayas conocido en Burned Dreams :D. Esto es una historia de diferencia de edad, un matrimonio arreglado, un sol y un gruñón. Realmente espero que les guste esta pareja porque disfruté mucho escribiendo su historia.

Pueden parecer todo lo contrario a primera vista, pero creo que este hombre posesivo, exagerado y celoso es la pareja perfecta para Sienna.

Próximo Libro



Drago

Sólo hay un castigo para los espías y mentirosos. Una muerte lenta y dolorosa. Y mi dulce y angelical esposa, que hechizó a todos en mi casa. A mis hombres e incluso mis perros.

Esa es la peor traición de todas. Pero parece que también he caído bajo su hechizo, con cada sonrisa, cada atuendo ridículo, Estoy luchando y fallando, quiero odiarla, pero en cambio, estoy anhelando escuchar, cada silenciosa mentira que sale de sus labios irresistibles.

Sienna

Solo muestra lo que quieres que vean, nunca los dejes entrar. Así es como manejo las cosas. Puede que haya accedido a este matrimonio, pero nunca seré suya.

Nunca dejes que vea debajo de tu máscara. Pero con cada día que pasa, cada vez es más difícil cumplir con mi tarea, estoy luchando, y fallando me estoy enamorando, del hombre al que juré traicionar.

*Silent Lies es el libro 8 de la serie Perfectly Imperfect mafia. Cada libro de esta serie presenta una pareja diferente y se puede leer de forma independiente, pero para disfrutar al máximo, siga el orden de lectura recomendado. Sin trampas y un HEA garantizado.

Sobre La Autora



Neva Altaj escribe tórridos romances mafioso/contemporáneo sobre los dañados antihéroes y heroínas fuertes que se enamoran de ellos. Ella tiene una debilidad por los alfas locos, celosos y posesivos que están dispuestos a quemar el mundo hasta los cimientos por su mujer. Sus historias están llenas de calor y giros inesperados, y un felices para siempre está garantizado en todo momento.

A Neva le encanta saber de sus lectores.